

CONSTANZO

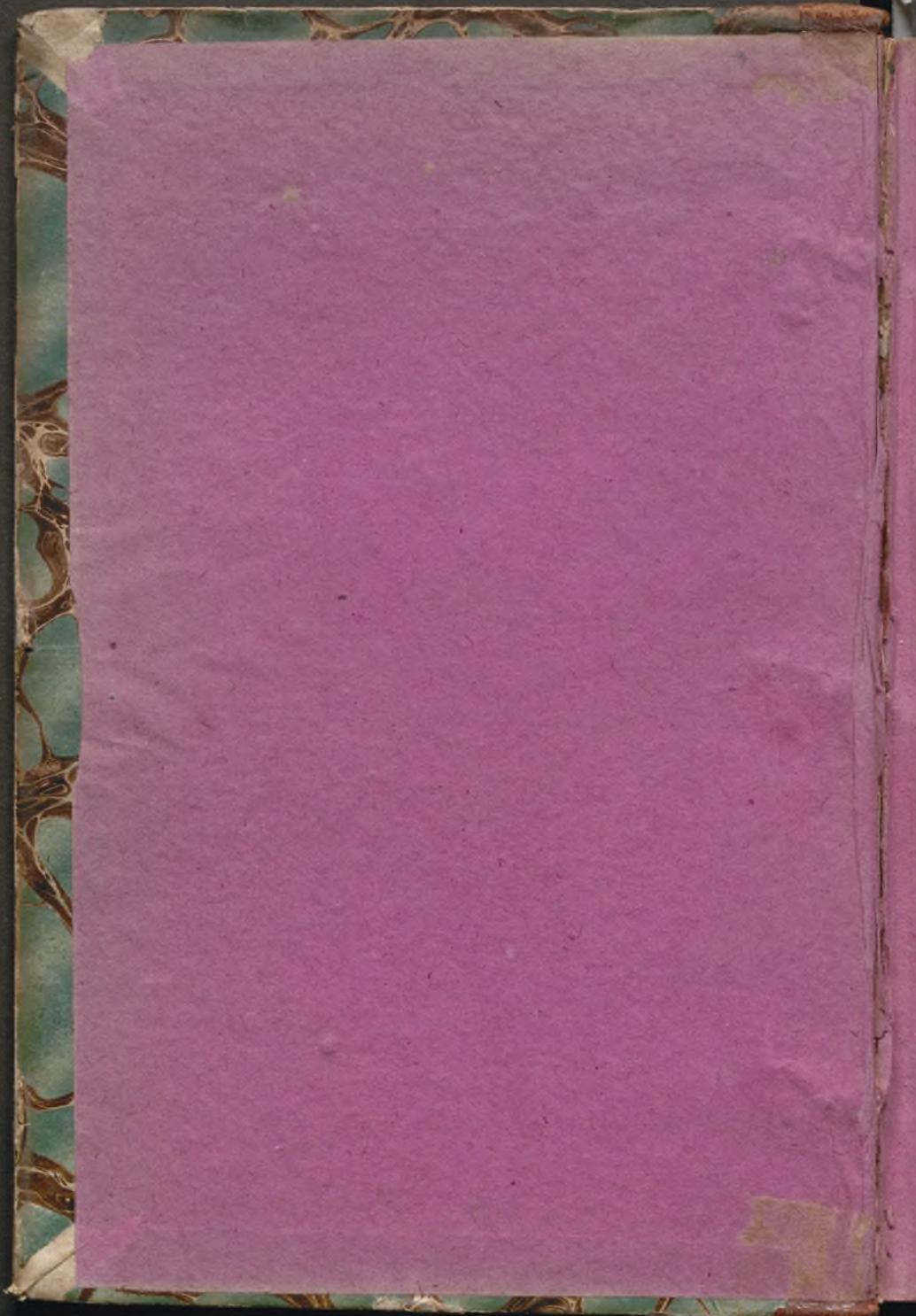


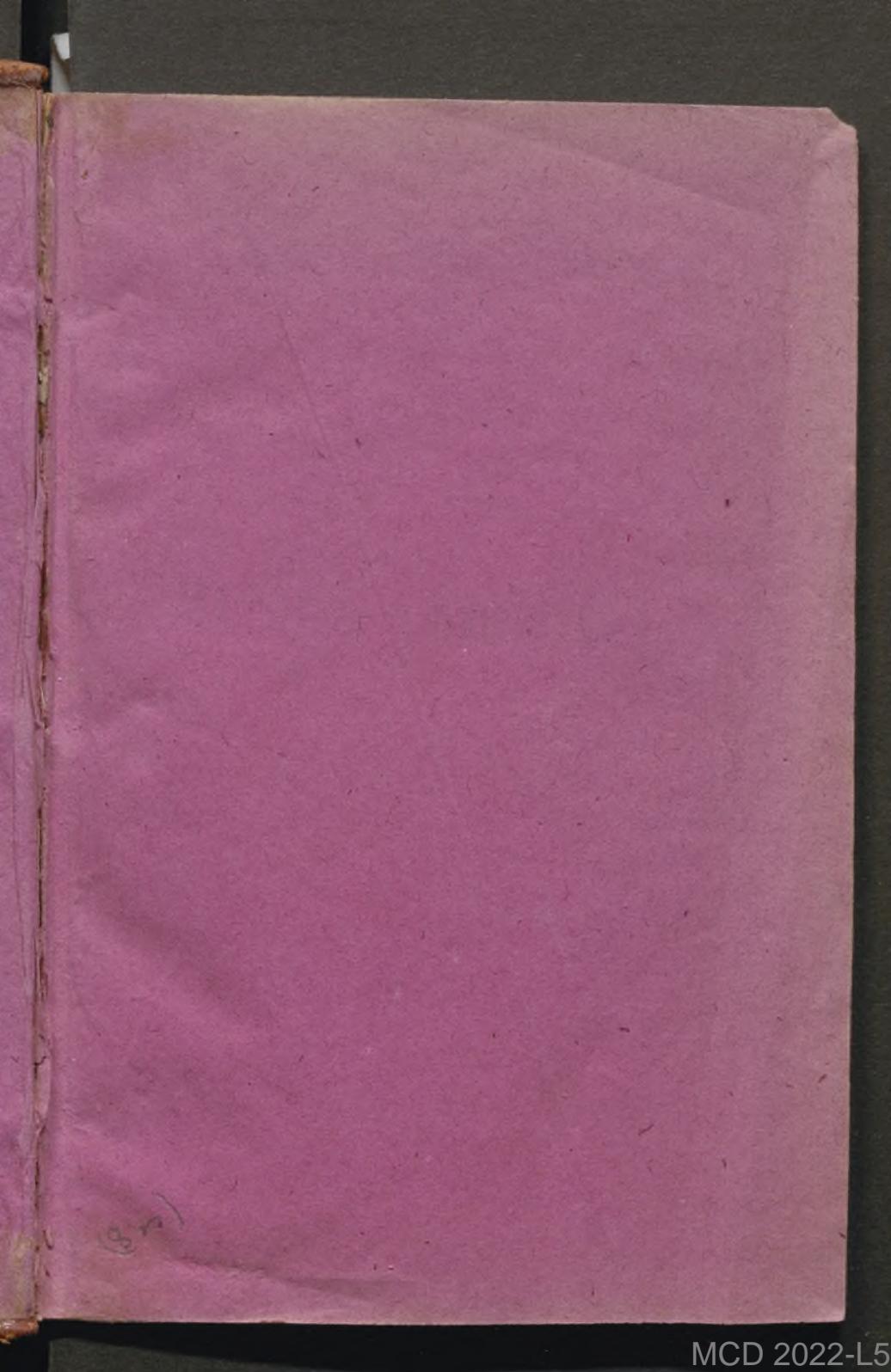
Música

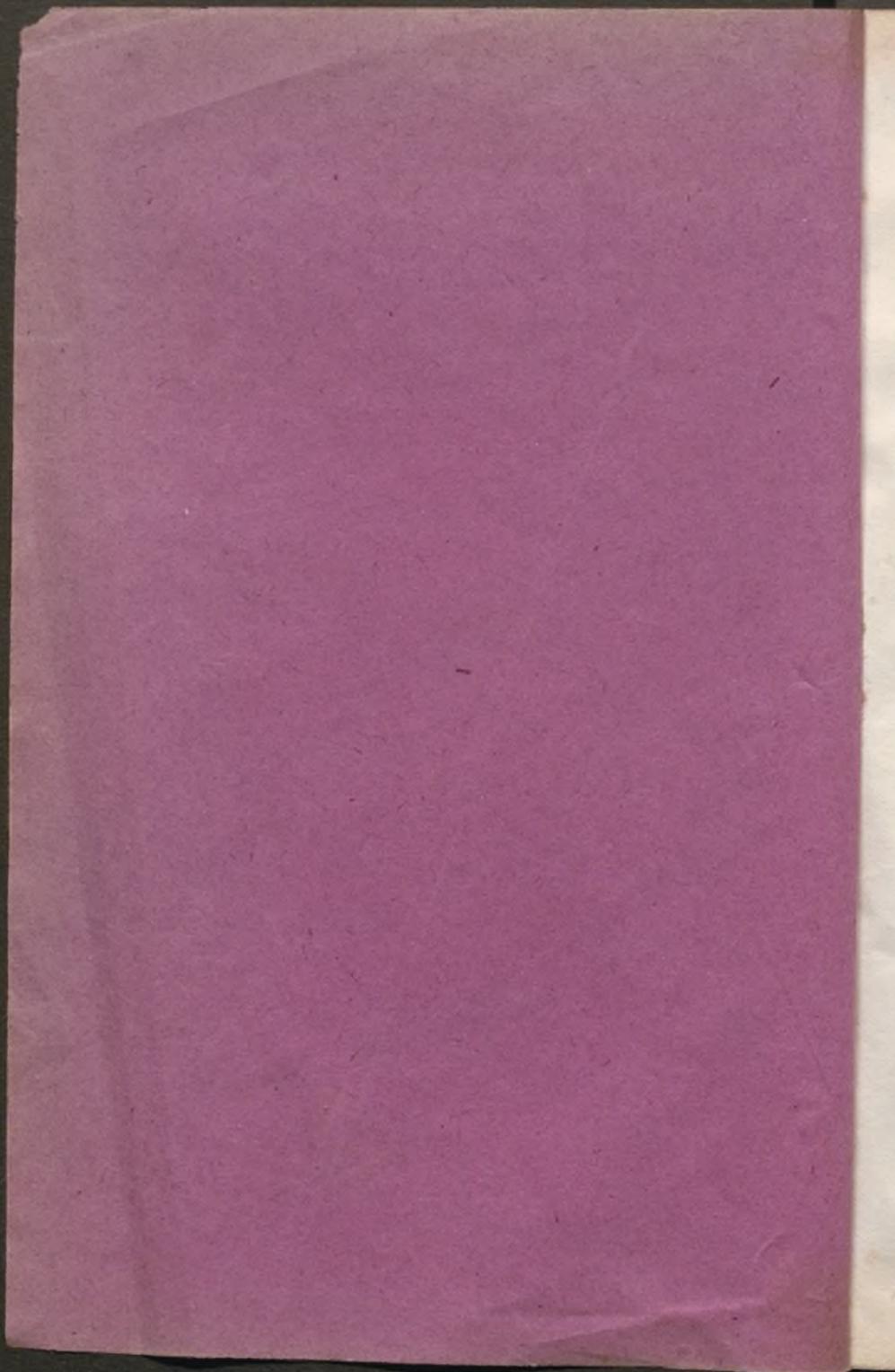
Celestial
y Terrenal



BPA
709







12

Unroada

MÚSICA CELESTIAL.

t. 861225

C. 71879417

Es propiedad de los Editores
Sres. San Martín y Jubera.

Madrid: 1868.—Imprenta á cargo de J. Peña.
Calle del Rubio, 53.

R.26.419

MÚSICA CELESTIAL,

EXPRESADA

EN LEYENDAS HISTÓRICAS, FANTASÍAS Y ELOGIOS

SATÍRICO-BURLESCOS.

POR

D. SALVADOR COSTANZO.

Caballero de la Orden de San Mauricio
y de San Lázaro.



MADRID.

A. DE SAN MARTIN,
Victoria, 9.

AGUSTIN JUBERA,
Bola, 11.

1865.

MÚSICA CELESTIAL.

EXPOSICIÓN

EN LEYENDAS HISTÓRICAS, FANTASÍAS Y CÁNCIGOS

DE D. SALVADOR COSTANZO.

D. SALVADOR COSTANZO.

Editor de la Obra en los Estados
de España.



MADRID

A. DE RIZ MARTÍN, AGENTIN JERÓNIMO

1865

R 315877

MCD 2022-L5

INTRODUCCION.

Caido el imperio de Occidente en el quinto siglo de nuestra era, comienzan con la Edad media los tiempos heróicos de la Europa moderna. No son semejantes á los de Grecia, anteriores á la guerra de Troya; no figuran en ellos las divinidades paganas; y el cristianismo dá á la Edad media un aspecto muy distinto del que tuvo el mundo antiguo. Esa edad, considerada en sus relaciones con la marcha civilizadora de los pueblos, lleva el timbre de una grande originalidad. Los trovadores ya repiten, al pié de misteriosos y ahumados castillos, canciones amorosas y lastimeras, ya celebran en sus cantos á los héroes de las cruzadas, y los largos sufrimientos de esos campeones de la fé en Palestina dán á sus versos una armonía romántica y melancólica, que

adorna con imágenes fantásticas las expediciones al Santo Sepulcro. Fervorosos peregrinos, apoyados en su báculo, y con una alforja al hombro, recorren los desiertos del Asia, y van á visitar los lugares de nuestra redencion. Entonces nacen aquellas órdenes monástico-militares, terror del imperio agareno, y las imágenes de cuyos héroes, estampadas en mudo lienzo, inspiran aun veneracion y respeto. Venecianos, genoveses, pisanos, amalfitanos surcan las olas del tempestuoso mar; llevan á la Tierra Santa peregrinos y guerreros; abren las puertas de las playas orientales á los europeos, y vuelven á los patrios hogares, ricos de mercaderías y tradiciones extraordinarias ignoradas por nuestros antepasados. Marco Polo penetra hasta la China, y visita con asombro el Celeste imperio. Las córtes de amor, en que se aprende á respetar al bello sexo, y se celebran sus encantos; las justas y los torneos; los caballeros andantes, que se constituyen, con pureza de afectos, defensores y amparo de los desvalidos, de las viudas, de los huérfanos y de todas las damas, dan á la Edad media un aspecto heróico-cristiano, y echan las semillas de un nuevo derecho público y de preceptos de una acendrada moral, muy distinta de la de Grecia y Roma, que respiraba voluptuosidad y sensualismo. Los árabes, que ocupan la España, cultivan las ciencias y las letras; á ellos debemos el álgebra; á ellos la primera idea de esas reuniones de sábios, que dan lustre á nuestras academias. Los árabes construyen canales para regar sus campos con las aguas de los rios caudalosos de España; cultivan la botánica; tienen médicos muy céle-

bres; nos conservan en sus traducciones algunas obras antiguas, cuyos originales han sido presa de la voracidad de los siglos, y la Península ibérica en tiempo de los árabes, y principalmente bajo el califato de Mahomet IV, se nos presenta maestra de toda Europa. Las guerras encarnizadas entre españoles y sarracenos dan al Leon de Castilla grandeza y esplendor, y un espíritu caballeresco desconocido por los pueblos de la antigüedad.

La gran fermentacion de las ideas, que en la Edad media ha agitado las inteligencias de los pueblos neolatinos, comienza á dar su fruto en el siglo XIII, y las ciencias, las letras, la política, la religion, tienden todas á consolidar las bases de una sociedad nueva, capitaneada por el principio católico. Entonces se fundan grandes universidades; se abren nuevas escuelas públicas; se establecen sociedades literarias, y esa época es precursora del renacimiento, inaugurado en el siglo XV por una multitud de escritores inmortales, cuya fama resistirá á los embates y á las vicisitudes de todos los tiempos. Pero en la Edad media, y tambien en los siglos XV y XVI, muchas buenas doctrinas se hermanan con la supersticion y el error. Hombres versados en las matemáticas son perseguidos por fanáticos ignorantes, que les califican de magos y hechiceros; la astronomía se queda ahogada en los absurdos astrológicos; la aparicion de un cometa hace temblar príncipes y reyes, porque le creen precursor de su muerte ó de la pérdida de un imperio; se echa el horóscopo para saber la suerte futura de un recién nacido; la química en

mantillas se entrega á los delirios de la alquimia, que alimenta los locos deseos de los que esperan transformar los metales más despreciables en puro oro, ó hallar el elixir de la vida, que alargue sin término nuestra existencia. Las leyendas, pues, de la Edad media, en que están depositados tantos errores, y al propio tiempo los gérmenes y los elementos de una civilización nueva, inspiran mucho interés en el ánimo de los lectores, porque son el retrato más acabado de las costumbres, creencias, preocupaciones y hechos heroicos de nuestros padres.

Persuadidos de esta verdad sábios muy eminentes han dado á luz amplias colecciones de leyendas, que pertenecen á esa edad; y nosotros, en atención á que la España conserva muchas reminiscencias heroicas y grandes de la Edad media, habiamos caido en el pensamiento de ofrecer á esta nuestra patria adoptiva una coleccion de leyendas enteramente nacionales. Pero la circunstancia de que el erudito y elegante escritor D. José Güell y Renté, que hoy disfruta de merecida fama en el orbe literario, ha comenzado á esplotar con éxito feliz tan rica mina(1), nos ha hecho variar de pensamiento, y atener á la idea de presentar al público una coleccion de leyendas, en que figuran personajes históricos de distintas nacio-

(1) Entre la multitud de leyendas que ha publicado el Señor Don José Güell y Renté, las más notables son: *La Virgen de las Azucenas*, *Leyendas de un Alma triste*, *La Nieta de Reyes*, *Leyendas americanas*, *Leyendas del capitán Besalú*. El Señor Güell se distingue en todas ellas por la viveza de su imaginación, propia de los que han abierto los ojos á la luz del día en

nes, y que interesan por su mucha celebridad. Pero, á fin de dar á este pequeño libro más animacion é importancia, hemos añadido á las leyendas, dos disertaciones, dos fantasías y otros tantos elogios satírico-burlescos.

Nos juzgaremos recompensados con demasia de nuestro trabajo si los lectores se nos manifestáran indulgentes, y si otros con bien cortada péñola, animados por nuestro ejemplo, emprendieran obras del mismo género, hermanando en sus escritos el interés con la amenidad.

la isla de Cuba, perla de las Antillas, y su querida pátria. El estilo de todas estas leyendas es muy elegante, y al propio tiempo sencillo é ingénuo. De las *americanas* se han hecho nueve ediciones en varios idiomas, de las otras, tres ó cuatro. El señor Güell ha publicado tambien obras políticas y filosóficas de mucho mérito.

... y que interesan por su mucha celebridad. Pero, a
fin de dar a este pequeño libro una animación e im-
portancia, hemos añadido a las lecciones, dos dis-
cursos, dos cantatas y otros tantos elegios satíricos-
burlescos.

Los juergueros reconocidos con demerito de nues-
tro trabajo se los hebreos se nos manifestaron mal-
contentos, y si otros con algun contentamiento, algunos
por nuestra escasez, otros por nuestra abundancia del mismo
genero, demostrando en sus escritos el interés con la
autenticidad.

En las de Cuba, por de las Antillas, y en pocas palabras.
Este de las estas lecciones se nos ofreció, y el propio
trabajo se nos ofreció. En las lecciones se nos ofrece
nuestro trabajo en varios idiomas, de los otros por el contrario.
El autor está en publico tambien otros politicos y filosoficos
de muy buen gusto.

... y de las de las Antillas, y en pocas palabras.
Este de las estas lecciones se nos ofreció, y el propio
trabajo se nos ofreció. En las lecciones se nos ofrece
nuestro trabajo en varios idiomas, de los otros por el contrario.
El autor está en publico tambien otros politicos y filosoficos
de muy buen gusto.

LEYNDAZ.

EL DOCTOR FAUSTO Y LUTERO.

Aunque el título de esta leyenda parece á primera vista extraño, nuevo y peregrino, es el que más conviene á las tradiciones histórico-populares, que conservamos todavía del doctor Fausto y de Lutero, tanto por la semejanza de una multitud de hechos que se les atribuyen, como por las épocas en que vivieron, muy próximas entre sí, y tan conformes, política y religiosamente consideradas, que se las puede juzgar á entrambas como una sola. El doctor Fausto, que es el protagonista del gran drama de su mismo nombre, escrito por el inmortal Goethe, sanciona y afirma en el terreno práctico, que todos los conocimientos científicos son falaces y vanos; la duda únicamente predomi-

na en el fondo de su alma, y se entrega, por último, á las supersticiones mágicas más condenables, contrayendo un pacto explícito con el espíritu maligno, á fin de penetrar todos los misterios de la naturaleza, y satisfacer sus deseos más lúbricos y ruines. Lutero se eleva sacrilegamente á reformador de una religion santa; sacude hasta en sus cimientos todos los dogmas católicos; sustituye á la autoridad de la Sagrada Escritura el racionalismo, y se atiene á los consejos que le sugiere Satan, con quien entabla largas conferencias. El doctor Fausto, pues, y Lutero inauguraron la época fatal del excepticismo más impío y desastroso; el primero negando la ciencia y sus progresos; el segundo destruyendo las verdades más augustas, y separándose entrambos de Dios, fraternizan con el ángel de las tinieblas, convertido por Proudhon, en estos últimos años, con una impiedad tan excéntrica como declamatoria, en un ser eminentemente regenerador. Vamos á trascribir el pasaje á que aludimos, sarta de blasfemias infernales, y que no queremos, sin embargo, pasar por alto, porque es un claro testimonio de que los varones de ingenio más privilegiado se despeñan en desatinos abominables, que rayan en una verdadera locura cuando se separan de la religion, cuyo manto es más esplendoroso y reluciente que el de todos los filósofos del orbe. Las palabras de Proudhon, literalmente traducidas al castellano, son estas: «Ven, Satan, ven: tú, el »calumniado por los sacerdotes y los monarcas... ¡que »yo te abrace, que te tenga fuertemente arrimado á mi »pecho! Largo tiempo ha, que yo te conozco, y tú me

»conoces tambien. Tus obras ¡bendito de mi alma! no
 »son siempre laudables ni buenas; pero ellas única-
 »mente dan al Universo una significacion, y no lo de-
 »jan caer en lo absurdo; ¿qué sería sin tí la justicia?—
 »Un instinto.—¿Qué sería la razon?—Una rutina.—
 »¿Qué sería el hombre?—Una bestia. Tú solo animas y
 »fecundas el trabajo; tú ennobleces la riqueza; tú sir-
 »ves de escusa á la autoridad; tú pones el sello á la
 »virtud. Espera aun, ¡oh proscrito! yo no tengo más
 »que una pluma á tu servicio; pero vale tanto como
 »un lio de un millon de papeles.» (1)

Ni el doctor Fausto ni Lutero hacen alarde de un ci-
 nismo tan repugnante, y ninguno de los dos se nos ma-
 nifiesta enamorado de Satan en los mismos términos
 que Proudhon; pero ¿creeis por ventura, que media
 mucha diferencia entre un panegirista del espíritu ma-
 ligo, y dos hombres que se acojen á sus pendones, y
 obran bajo sus auspicios, dando oido á sus consejos?

No ignoramos, que la vida y los hechos del doctor
 Fausto tienen un fondo histórico muy dudoso, y que en
 su conjunto son un tegido de tradiciones más bien in-
 ventadas que reales y verdaderas, al paso que no suce-
 de lo propio con Lutero, que es el triste héroe de una
 reforma muy conocida. El doctor Fausto, pues, es un
 personaje casi novelesco, un protagonista digno de le-
 yenda en mayor escala que Lutero, el cual puede ocu-
 par un puesto secundario en este género de escritura,

(1) V. Proudhon, *De la revolucion y la Iglesia*, en francés, Tomo II, pág. 540.—París, 1838.

porque en su vida se notan únicamente algunas particularidades, que tienen algo de fantástico, fundadas en creencias populares y tradicionales. Es cierto, sin embargo, respecto á Lutero, que el reducido número de sus detalles biográficos, que pueden tener cabida en una leyenda, despiertan un gran interés en el ánimo de los lectores, no solo porque se enlazan estrictamente con su historia, sino tambien porque llevan un timbre muy marcado, y todo propio de la época en que floreció ese varon, cuyas doctrinas ruines dañaron á la cristiandad y á la pureza de sus dogmas sagrados más que el Koran de Mahoma, y el alfanje de sus bárbaros y crueles sectarios.

Pero antes de entrar de lleno en nuestro argumento, no juzgamos inútil ni ocioso permitirnos una detenida digresion acerca de la verdadera índole y del fondo de filosofía propios de las leyendas, á fin de que los lectores conozcan aun más que este género de escritos es el vivo retrato del estado de civilizacion de los pueblos, de sus creencias religiosas, de sus costumbres domésticas, de sus constituciones políticas, y hasta de las distintas razas á que pertenecen, y que pueblan todos los parajes de nuestro globo terráqueo.

En el Oriente, en donde la naturaleza despliega todas sus galas con cierta uniformidad maravillosa, con cierta uniformidad, que parece la imágen de lo grandioso y eterno; en el Oriente, en donde parece que los genios surcan los aires con leve susurro, llevados en alas del aura matinal, y que esperan con anhelo la llegada del astro luminoso que alumbra el firmamento con sus

rayos de oro para saludarle ; en el Oriente, en donde se cree que las diferentes castas no son un producto del acaso, sino una emanacion directa de la divinidad, simbolizada bajo el nombre de Brahama ; en el Oriente, en donde se supone que los hombres y los brutos son criaturas distintas por sus formas exteriores únicamente, y no por el espíritu que las anima, porque el dogma erróneo de la trasmigracion de las almas, llamada con voz griega *metempsicosis*, afirma que pasan de uno á otro cuerpo, bien sea de hombre ó bruto ; en el Oriente, en donde el panteismo más absurdo y colosal ha convertido á la naturaleza en un inmenso tapiz váriamente dibujado, en que figuran reunidos en grupo todos los seres y demás objetos creados, y en última lontananza la divinidad, que lo absorbe todo en su seno ; en el Oriente, los cuentos, las novelas, las leyendas, parto de plumas indígenas, llevan el sello indeleble y propio de todas esas creencias y del panteismo, que constituye el verdadero carácter nacional de las regiones orientales muy lejanas del continente europeo.

Es cierto que cuanto acabamos de consignar se refiere con especialidad á la India ; pero antes de la aparicion de Mahoma, época á que pertenecen las leyendas más antiguas á que aludimos, todo el Oriente profesaba las mismas doctrinas bajo formas más ó menos distintas, y aunque el dios Brahama ha sido siempre considerado como una creencia exclusiva de la India, el panteismo fué propio de todo el Oriente, cuyos pueblos, árabes, egipcios, persas, conservan todavía la viva reminiscencia de sus supersticiones primitivas, que

constituyen desde tiempos inmemoriales su carácter nacional.

Con efecto, en sus cuentos, novelas, leyendas y poemas posteriores al Koran, se notan las alegorías hiperbólicas, la metempsicosis y el panteísmo hermanados con sus nuevos dogmas.

Pasando del Oriente á la docta Grecia, sus leyendas adquieren un carácter muy distinto: figuran en ellas la inclinacion muy decidida de los helenos á los deleites sensuales, el inmenso amor á su nacionalidad y los dioses que bajan del Olimpo, agitados por las mismas pasiones que el humano linaje, para medir sus armas con otras enemigas de hombres ó divinidades rivales. Confirman este aserto las leyendas de los amores de Orfeo con Euridice, y la ira, la sed de venganza, el odio, los rencores inveterados, la obstinacion en la guerra, que manifiestan los dioses y héroes de la Iliada de Homero, la cual no es más que una leyenda convertida en noble y majestuosa epopeya por el gran vate griego.

Pero entre los escritos de este género, son muy notables y despiertan más interés aun por su originalidad las leyendas escandinavas, traducidas al francés é ilustradas con notas muy eruditas por M. EDÉLESTAND DU MÉRIL (1). Todas esas leyendas tienen aquel colorido oriental, que es muy propio de la raza indo-germánica, porque hoy, como nadie ignora, los pueblos de la moderna Alemania, y principalmente los que habitan en

(1) V. Historia de la poesía escandinava, por M. Edélestand du Méril.—París 1839.

los países más septentrionales de Europa, dinamarqueses, suecos, irlandeses, noruegos, descienden de las colonias asiáticas, que cerca de seis siglos antes de nuestra Era emigraron de la India, y se establecieron en las heladas regiones del norte europeo. Pero en esas leyendas el colorido oriental se nos presenta envuelto en el nebuloso manto de nuestros climas septentrionales muy distintos de los de la India, que inspiran voluptuosidad y reposo.

Los héroes que figuran en el tercer canto de Helgi, en el tercer poema de Sigurth, en el canto primero de Gudrun, en el canto de Kraka, en la canción de Havaldo el valiente, en el canto fúnebre de Hakon, llevan el sello del carácter feroz, belicoso, vengativo de los antiguos pueblos escandinavos, y son verdaderas leyendas nacionales, en que se celebran los hechos de armas de sus ilustres capitanes, sus virtudes patrióticas, sus himeneos, y las glorias y triunfos de Odin (1), sér tal vez imaginario, pero considerado por los escandinavos como el creador de todas las cosas, y el dios que figura

(1) V. Du Méril, ob. cit.

Los mitólogos escandinavos dicen que Odin no tenía más que un ojo, que era el Sol, y que había perdido el otro por conseguir un sorbo de agua de la fuente de la sabiduría. Este dios era protector de todos los buenos guerreros, y les amparaba con su poder; inspiraba su entusiasmo al númen de los vates, y presidía al canto y á las artes mágicas. Formaban su corte catorce dioses y diez y ocho diosas, con el nombre de *Ases*, que es lo propio que *Asiáticos*, porque se creía que se habían trasladado de Asia á Europa, capitaneados por Odin su jefe.

siempre en primer término en el Edda (1) y las Sagas (2).

El canto de la Sibila, con que inaugura su coleccion el docto y erudito Du Méril, es una leyenda, cuyo autor habla en estilo sublime de la formacion del mundo y del hombre, y pone término á su trabajo profetizando que llegará un tiempo de dicha y bienaventuranza para nuestra raza.

Deseosos de que los lectores conozcan en parte este gran monumento de la mitología escandinava, insertamos algunos párrafos, traducidos al castellano, de su principio y del fin.

« ¡Silencio, hijos de Heimdal! (3) ¡grandes y pequeñas inteligencias que poblais el universo! Voy á narrar las obras del Padre de los mundos, y las pri-

(1) Se dá este nombre á dos libros, compuestos en Islandia, que contienen las tradiciones épicas, heróicas y mitológicas de los pueblos del Norte.—EDDA ANTIGUO: data del siglo II, y se divide en tres partes: la primera trata de la creacion del mundo, de los combates de los dioses y de la aparicion de los héroes; la segunda contiene los cantos heróicos, y la tercera el dogma y los misterios de la religion.—EDDA NUEVO: fué redactado por Snorro-Sturlezon, en el siglo XVII, y es una historia de los dioses en prosa y verso.

(2) Las Sagas son tradiciones histórico-mitológicas de los pueblos septentrionales, consignadas en las narraciones poéticas de los Escaldas, que cantaban, como nuestros trovadores de la Edad media, las empresas, ya verdaderas, ya inventadas, de los personajes del Norte: la mayor parte de las Sagas fué compuesta y escrita en el siglo XII de nuestra Era.

(3) Divinidad que preside al día.

»meras tradiciones de la humanidad, que conservo todavía en la memoria.

»Me acuerdo de los gigantes, que fueron creados primero, y que en épocas remotas me comunicaron su ciencia: me acuerdo de los nueve mundos, de los nueve círculos del cielo, y de los tiempos en que el árbol que sostiene al universo yacía aun en el polvo.

»Al principio de los siglos reinaba Imer (1): no había arena, ni mar, ni aguas estancadas; no había tierra ninguna, ni el cielo que la cubre; el espacio era vacío, y no brotaba yerba en ningún paraje.

»Los hijos de Bur (2), antes de crear la inmensa habitación de los hombres, se edificaron un palacio: el Sol centelleaba sobre los muros de la sala, que daban al Mediodía, y entonces la tierra se vistió de plantas verdes.

»El astro alumbrador, seguido de la luna, atravesó las puertas del cielo con dirección siempre al Mediodía, y andando por el lado derecho; pero no sabía encontrar su palacio: las estrellas no sabían en dónde buscar su morada, y la luna ignoraba el imperio que la correspondería.

»Entonces todos los dioses se sentaron en sus respectivos tronos, y los más poderosos se reunieron en consejo: crearon la noche y el día, y para medir el tiempo le distinguieron con los nombres de *alba, mediodía, crepúsculo y tinieblas.*»

(1) El caos ó confusión de todos los elementos.

(2) Creían los antiguos escandinavos que Bur no había sido engendrado por nadie, y que sus hijos eran seres inmortales.

A estos párrafos que acabamos de trascribir sigue una extensa relacion de todas las fases que atravesó el humano linaje hasta constituirse el mundo en su marcha normal: luego se habla del origen de la guerra, inaugurada por Odin, de los vicios y de la corrupcion que contagiaron paulatinamente á los hombros, y por último, la Sibila vaticina la regeneracion de nuestra estirpe en esta forma:

«Los Ases (1) se reunirán en los campos de Ida (2); »hablarán de la inmensa serpiente que rodeaba la tierra, y se acordarán de las grandes obras y de los antiguos misterios del Altísimo.

»Encontrarán por segunda vez en la verdura de los campos aquellos globos maravillosos de oro, que habian poseido ya al comenzar de los tiempos; encontrarán al Príncipe de los dioses y al Hijo del primer Creador.

»Veo elevarse en lo alto de los cielos un palacio cubierto tambien de oro y más resplandeciente que el Sol: lo habitarán los hombres piadosos, y vivirán allí con alegría hasta la consumacion de los siglos.

»Entonces el Todopoderoso, que lo gobierna todo desde el empyreo, presenciará la asamblea de los dioses, emitirá sus fallos, apaciguará los desórdenes del mundo, y establecerá una santa é indestructible armonía.

»Vendrá el negro dragon, desplegando su vuelo desde la montaña de las tinieblas; cernerá los aires sobre

(1) V. pág. 7.

(2) Se cree con visos de alguna probabilidad que los campos de Ida eran uno de los lugares más concurridos y frecuentados por los antiguos escandinavos.

»el mundo, y llevará la muerte sobre sus alas, pero »será precipitado en un profundo abismo.»

En todo el canto de la Sibila, y en los trozos ya referidos, se notan reminiscencias enteramente orientales, como la de la division del tiempo en cuatro partes, atribuida á Brahma en el Código de Manú, véase su libro 1.º Los dioses y los héroes, por el contrario, sus guerras, la descripeion de los lugares, etc., etc., llevan el sello de la nacionalidad escandinava; lo que nos demuestra á todas luces, que esos pueblos de raza indogermánica tomaron un aspecto muy distinto del de sus primeros padres á consecuencia de sus largas emigraciones á otros países, no dejando de conservar, sin embargo, los restos de la mitología y de las creencias del Oriente.

En los cantos de los mensesingeres (1), de los escaldas (2) y de los bardos (3), verdaderas leyendas, se

(1) Se ha dado este nombre á ciertos poetas y músicos alemanes, que florecieron desde el siglo xii al xiv, época en que el consejero Rudiger de Maresse recogió y coleccionó sus cantos. Los mensesingeres, cuyo singular es *Mensesinger*, pertenecian á las clases más elevadas de la sociedad y formaban un cuerpo aparte.

(2) Los antiguos pueblos del Norte aplicaron este nombre á sus poetas. Los Escaldas seguian á sus monarcas en las expediciones militares, y celebraban sus hazañas y las de sus antepasados.

(3) Los antiguos galos y bretones dieron el nombre de *Bardos* á sus poetas, que repetian de memoria las leyendas nacionales.

El canto de Vincente Monti en honor de Napoleon I, titulado *El Bardo de la Selva Negra*, es una imitacion ingeniosa y memorable de los cantos de los antiguos Bardos.

notan, en mayor ó menor escala, las mismas reminiscencias, hermanadas siempre con sus respectivas nacionalidades.

Viniendo ahora á las leyendas de la Europa cristiana de la Edad media, no vacilamos en afirmar que merecen ser estudiadas con preferencia á la historia y á la multitud de crónicas descarnadas que entonces se escribieron, no solo porque reflejan, como en un espejo reluciente y terso, las creencias, ya supersticiosas, ya sencillas é ingenuas, propias del tiempo, sino tambien porque en esa edad de gran transicion se ven cristianadas las creencias paganas, como los vaticinios, los dias aciagos, los años climatéricos (1) y los misterios tenebrosos de la mágia. No se consulta el oráculo de Delfos, ni el de Dódona, ni el de Trofonio para saber lo futuro; pero se inventan presentimientos milagrosos, supuestas revelaciones, sueños proféticos. No se consultan las entrañas de las víctimas, ni se repara en el vuelo de las aves para adivinar el éxito feliz ó infortunado de una guerra; pero se supone que Dios ha concedido este don á frailes ó mujercillas, que se dan por inspirados. La

(1) CLIMATERICO se deriva de una palabra griega, que significa *por escalones*, porque se calcula que los años climatéricos se repiten de siete en siete años con mucha exactitud como en una escala numérica. Creían los antiguos, y principalmente los romanos, que los años climatéricos influían sobre los acontecimientos buenos ó siniestros de los hombres, desde el principio de cada año climatérico hasta su fin; y que esos acontecimientos á que aludimos, dependían en parte de la índole y naturaleza de los climas.

superstición de los días aciagos y años climatéricos, triste herencia del paganismo, se perpetúa, y en la Edad media se invoca á los santones para que impidan los males con que amenazan al linaje humano. No se evoca á las Furias ni al espectro de Medea, pero se evoca á Satan y á todas las legiones de los ángeles caídos.

Estas ideas supersticiosas y estos errores, que se reproducen á cada paso en las leyendas de aquella edad, las creencias astrológicas de que la conjunción de ciertos astros influye muy directamente en la suerte de los hombres, y finalmente, los horóscopos (1), entonces en gran voga, nos pintan con viveza de colores las creencias, las costumbres y el verdadero estado social de la Edad media.

A todo lo que acabamos de exponer acerca de la índole é importancia de las leyendas, vamos á añadir ahora una observación muy cierta, y reproducida en obras muy graves por sabios eminentes. Los pueblos de raza latina, como italianos, españoles (2) y franceses, tienden instintivamente á sintetizar los principios de la ciencia, de la política y de la moral; tienden á la unificación de los elementos constitutivos del gran cuerpo

(1) Horóscopo: se compone de dos vocablos griegos, que significan *hora* y *considerar*: el horóscopo era una observación que hacían los astrólogos del estado del cielo en el momento de nacer una persona, y por cuyo medio pretendían adivinar su porvenir infortunado ó dichoso.

(2) Los portugueses pertenecen también á la raza latina; pero les hemos pasado por alto en el texto, porque el Portugal no es más que una faja de tierra toda española.

humanitario, y procuran llevar cada vez con más ahinco las ideas abstractas al terreno práctico. Los pueblos de la Europa septentrional, á quienes se les distingue con el nombre muy genérico de raza sajona (1), marchan en sentido opuesto: no se atienen como los de raza latina á la autoridad, gran punto de partida para llegar á la síntesis y unificación de los principios: su filosofía atestada de neologismos, y expuesta en un lenguaje oscuro y misterioso, lejos de formular un gran pensamiento unitario, intenta analizarlo todo; intenta analizar todas sus funciones más abstractas; busca lo absoluto, que sale de la esfera de lo posible; envuelve en nubes espesas y excentricidades las doctrinas más sencillas, y lejos de perfeccionar la ciencia, lejos de formular teorías prácticas, confunde y desfigura las conocidas.

La reforma de Lutero, tratada históricamente, confirma el aserto de que se propagó en Alemania, y dió frutos muy amargos, porque el espíritu de la raza sajona, naturalmente indómito y poco flexible, tiende á rechazar toda fuerza de autoridad y á recorrer sin freno, como un corcel brioso y desbocado, los campos del racionalismo.

Balmes dice que la reforma habria muerto en man-

(1) Aunque hemos dicho y probado anteriormente que los pueblos de la Europa septentrional son de raza indo-germánica, hemos juzgado ahora del caso darles el nombre de raza sajona, porque es el con que les distinguen los escritores que no tratan de su origen primitivo.

tillas, como otras muchas heregías, si hubiera nacido antes del arte tipográfico, que puso en rápida circulación los escritos execrables y blasfemos de Lutero y sus secuaces (1). Esta observacion crítica es muy sensata, pero no destruye nuestro aserto de que la reforma debió principalmente su origen al espíritu inquieto y disolvente de la raza sajona. En Italia, en España, en Francia, circularon tambien las obras de los disidentes, y sin embargo, el protestantismo no encontró eco, y esas naciones quedaron católicas, porque tienden á edificar y no á destruir, porque predomina en ellas el gran principio unitario, porque se atienen siempre á la fuerza de la autoridad.

Volviendo ahora á nuestro tema, repetimos, por segunda vez, que los hechos tenebrosos que se atribuyen al doctor Fausto, su pacto explícito con el diablo, y su triste fin, no son más que una larga série de acontecimientos fantásticos. Pero Goethe en su famoso drama de este mismo nombre, da á la leyenda un aspecto de originalidad muy filosófico, y desenvuelve su argumento en términos que, separándose de las creencias populares más comunes, no solo despliega á nuestra vista el más vivo retrato del espíritu y carácter de su nacion, sino que en algunas escenas alude, con colores más ó menos subidos, á las iniciaciones de las sectas político-religiosas de Alemania, y con especialidad á la de los iluminados. Nosotros, pues, hermanando lo que nos ha

(1) BALMES.—El protestantismo comparado con el catolicismo, t. 1.º

trasmitido la fama acerca del doctor Fausto con lo que está consignado de más notable en el drama de Goethe, y con algunos hechos, verdaderos ó supuestos, de la vida de Lutero, como su nacimiento por incubacion diabólica, sus tentaciones, sus coloquios con el espíritu maligno y otras cosas por el mismo estilo, vamos á presentar á los lectores en forma de leyenda un cuadro muy acabado, político, religioso y social de la Alemania, á fines de la Edad media y á principios de la época del renacimiento.

Dícese que el célebre Lessing, anterior á Goethe, y una de las glorias más eminentes de Alemania, como lo pone de manifiesto su *Laocoonte*, escribió dos Faustos: algunos críticos creen, por el contrario, que compuso uno solo, y que trazó el plan para dos. Esta opinión tiene visos de certeza, si no queremos perder de vista que en los dos fragmentos que nos quedan de todo el trabajo de Lessing, se nota mucha diversidad de colorido. Con efecto, en el primero, publicado por el autor en sus *Cartas sobre la literatura contemporánea*, y que comprende una escena entera, se nos presenta al doctor Fausto como un personaje muy distinto del que figura en el segundo fragmento, que es un bosquejo de cinco escenas; las cuales, por lo que parece, pertenecian á otro Fausto. Pero sea como fuere, lo cierto es, que los dos fragmentos, de por sí muy reducidos, están muy lejos de darnos una idea perfecta del plan seguido ó trazado por Lessing; y nosotros, en atención á lo dicho, contentándonos con haberlos indicado, vamos á hablar de la leyenda y del drama de Goethe.

En el fondo de un castillo gótico, y en un aposento que tiene algo de triste y misterioso, descubro al través de una luz pálida y ensangrentada, cuyos rayos moribundos reflejan sobre paredes ennegrecidas por la antigüedad, á un hombre envuelto en un largo manto de color oscuro, y sentado en un sillón de brazos: apoya su codo izquierdo sobre una gran mesa atestada de instrumentos de física y astronomía, de alambiques, de retortas, de hornillos, y en una de sus extremidades veo un libro abierto, cuyos caracteres y cifras ininteligibles dan á conocer que fué escrito por Belcebú: en sus páginas están depositadas evocaciones terribles, y ese libro contiene los secretos de la magia y los misterios más sacrilegos é impíos de la nigromancia.

El hombre á quien aludimos, es el doctor Fausto, que fija sus miradas ya en los instrumentos exparcidos encima de la mesa, ya en el libro diabólico, murmurando palabras horrendas y fatídicas, ya en su demonio protector, llamado Mefistófeles, que segun dice la leyenda, estaba siempre á su lado bajo la figura de un pequeño fraile, cubierto de una túnica de color gris, por haber mediado entre los dos el pacto explícito de que Mefistófeles le proporcionaria por el trascurso de veinticuatro años todas las felicidades, y que despues de este término se le llevaria en alma y cuerpo á la mansion infernal en donde reina Satán, y sobre cuya puerta, como nos dejó escrito el inmenso vate gibelino, Dante, se leen estas palabras de color oscuro:

Por mi se llega á la ciudad doliente,

Y al eterno dolor por mi marchais,

*E impelidos por mí hácia un torrente
Os confundis con la perdida gente.*

.....
.....
Dejad toda esperanza vos que entráis.

DANTE.—Infi., c. 3.

A los piés del doctor Fausto se vé recostado un perro, cuyo nombre de *Prestigiarius*, con que figura en la leyenda, tiene cierto tinte mágico, y nos trae á la memoria el demonio en forma de un grueso perro negro, que si es real y positivo lo que nos refiere Paulo Jovio, era compañero inseparable de Cornelio Agripa, tildado tambien de nigromancia.

En el aposento del doctor Fausto reina un silencio lúgubre, y este personaje misterioso, que conferencia muy amenudo con Mefistófoles y dá oído á sus consejos, tiene bajo sus órdenes falanjes de demonios y á un fiel servidor, muy anciano, llamado Waiger, parecido en un todo al que llevaba siempre consigo el conde de Saint-Germain, el cual afirmaba con mucha serenidad, hablando con Luis XV de Francia, que poseia el elixir de la vida, y que habia conocido personalmente á Jesucristo y vístole obrar en las bodas de Caná el gran milagro de convertir el agua en vino.

“Pero ¿quién es el doctor Fausto? ¿quién es ese personaje, que se ha entregado al estudio de las ciencias ocultas y que evoca con tanto afan al espíritu maligno?—La leyenda dice que Juan Fausto abrió los ojos á la luz del día en Anhalt ó en Suabia, ó más bien en el Brandeburgo; que estudió primero en Ingolstadt,

ciudad de Baviera, y luego en Wittemberg y en Sajonia; que fué téologo, jurisperito, filósofo, astrónomo, y que llevado por el ardiente y ambicioso deseo de penetrar los secretos del mundo invisible y encontrar lo absoluto en la ciencia, se entregó á los ensueños supersticiosos de la astrología, de la quiromancia y de las iniciaciones mágicas.

Goethe, ateniéndose en la primera escena de su drama á lo que acabamos de apuntar, literalmente consignado en la leyenda, nos pinta á grandes rasgos en el doctor Fausto, su protagonista, el verdadero carácter de los filósofos alemanes, que buscan con ahinco la realizacion de lo ideal en la ciencia, creyendo que en esto únicamente se apoya el inmenso edificio de la humana sabiduría. Vamos á trascribir, traducidos al castellano, un reducido número de párrafos de esta escena con que Goethe inaugura su drama :

« ¡ Ay de mí ! (habla el doctor Fausto), filosofía, jurisprudencia, medicina y tambien tú, para mí desventura, ó teología : lo he profundizado todo con pertinaz trabajo ¡ y héme aquí ahora hecho un pobre loco !....
 » yo no soy más hábil que antes. Me doy á mí mismo el título de maestro, me doy el de doctor, y diez años há que dispongo á mi antojo de mis discípulos, llevándoles de arriba abajo y de uno á otro lado ; pero conozco que nada podemos saber. Me falta poco para decir que esta conviccion me devora el alma. Es cierto que tengo más perspicacia que todos los hombres vulgares, todos los doctores, maestros, oficinistas y monjes : ni escrúpulos, ni dudas me atormentan : no temo

»el infierno ni al diablo; pero veo que no hay gozo pa-
»ra mí, y vivir en este estado más largo tiempo, ni un
»perro lo tolera. Hé aquí por qué me he dado á la má-
»gia: llevado por la fuerza y la palabra del espíritu, se
»me revelarán tal vez algunos secretos, y no me veré
»en la dura necesidad de decir congojado: «esto no lo
»sé.» Puedo llegar á conocer la causa del Universo en
»todas sus profundidades: puedo contemplar todas las
»fuerzas activas y sus gérmenes sin perderme en pala-
»brerías.»

En las leyendas de la Edad media el espíritu de las tinieblas figura siempre en mayor ó menor escala, y los nigromantes estipulan convenios y fraternizan con Belzebú; pero en la del doctor Fausto se descubre un timbre muy marcado y propio del carácter alemán. Este personaje, que pretende desentrañar los secretos de la naturaleza á fin de conocer lo que hay de más misterioso é impenetrable para el hombre, persuadido de que no puede conseguirlo con sus fuerzas únicas y los estudios ordinarios, se entrega al de las ciencias ocultas y de la magia, é invoca al diablo para que le facilite el camino que pueda conducirle al logro de sus deseos y de sus ambiciosas aspiraciones.

Pero ¿qué diremos ahora pasando á Luturo, á ese hombre violento, blasfemo y sacrilego, que con cinismo y desfachatez repugnantes, afirma que fué visitado por el espíritu maligno, y que de ese ángel caído aprendió verdades eternas contra los misterios del catolicismo? Lutero, en esta circunstancia, no hizo más, á nuestro entender, que brindar á sus sectarios y á la Alema-

nia, naturalmente fantástica, con una leyenda impía. Le apareció á media noche el diablo, disputó con el gran reformador, y éste, inclinándose, por último, á sus poderosos argumentos, se vió precisado á convenir en que la misa privada era una verdadera idolatría, y que eran todos idólatras los sacerdotes que celebraban el sacrificio eucarístico. El inmortal Bossuet, en su *Historia de las variaciones*, se expresa en esta forma acerca del particular:

«Si esta aparicion fué real y positiva, ¡qué horror del haber tenido semejante maestro! Si Lutero se la imaginó, ¡cuán tenebrosas serian sus ilusiones! ¡cuán tenebrosos sus pensamientos! Si la inventó, ¡de qué triste aventura se ha hecho honor!»

En la leyenda del doctor Fausto se refiere que Mefistófeles le apareció por primera vez en el fondo de un bosque, bajo la forma de un grueso perro negro, que describía círculos misteriosos, que entonces la naturaleza se estremeció, que el cielo se encapotó con nubes muy espesas, acompañadas de relámpagos y truenos, que temblaron los árboles, y que el perro, trasformándose paulatinamente en hombre, tomó el aspecto de un fraile con túnica gris, como queda apuntado arriba, ó tal vez la figura de un caballero elegantemente vestido, como se dice en la misma leyenda. Sea como fuere, lo cierto es, que el doctor Fausto presenció aquel espectáculo sobrecogido de espanto, y que el diablo le reanimó en términos, con sus lisonjas satánicas, que le indujo á firmar el pacto explícito de que hemos hablado ya.

En la vision de Lutero, en esa leyenda execrable, se notan particularidades muy parecidas: hé aquí cómo se expresa nuestro triste héroe:

« Cuando ví al diablo, fué muy grande mi terror; yo »temblaba todo, horribles eran los latidos de mi corazón; los argumentos convincentes del demonio no dejaban reposo á mi espíritu; el sonido de su voz era imponente; su manera de disputar era apremiante, y así las preguntas como las respuestas podian preverse.»

El doctor Fausto, segun dice la leyenda, antes de haber cobrado nuevo aliento, despues de la aparicion de Mefistófeles, se creyó próximo á morir de espanto; y Lutero, hablando del diablo que fué á visitarle, afirma con corta diferencia lo propio: sus palabras son estas:

«Entonces comprendí, como acontece con frecuencia, que se muere de repente poco antes de amanecer; y esto sucede porque el diablo puede matar y estrangular á los hombres, y cuando así no lo haga, podrá apremiarles tanto con sus disputas, que les lleve al borde del supulero, como repetidas veces yo mismo lo he experimentado.»

Luego atribuye al espíritu de las tinieblas la muerte instantánea de OEccolampadio y la de Emser, que se habian opuesto en otro tiempo á su naciente heregía. En fin, el diablo figura como un gran protector de Lutero, y á ese padre de la mentira deben los protestantes todas las reformas, que el fraile apóstata predicó contra el catolicismo.

En esta coyuntura no queremos poner en tela de jui-

cio, si el diablo real y positivamente ha aparecido alguna vez á los vivos, tomando formas extrañas de animales ó figura de hombre, ni queremos discutir si ha habido ó hay verdaderos nigromantes; pero juzgamos muy del caso consignar en estas páginas, que cuanto dice Lutero respecto á los peligros de una muerte inmediata, que puede ocasionar la aparicion del diablo, no es original ni nuevo. En todos los libros de magia y muchas leyendas anteriores á Lutero se encuentra confirmado este mismo aserto, lo que nos da á conocer hasta cierto punto que el reformador sacrilego forjó supuestas conferencias y entrevistas con el diablo, copiando á su manera otras leyendas escritas por el mismo estilo, y dando á su vision un colorido muy distinto para que el espíritu infernal propusiera y dijera lo que Lutero deseaba.

— Volviendo ahora al doctor Fausto, vamos á narrar todos los prodigios y hechos extraordinarios que se le atribuyen.

Dice la leyenda que este nigromante recorrió todos los países de Europa, ya volando por los aires con más ligereza que un ave, ya viajando por tierra en carros suntuosos y con gran boato como un verdadero príncipe. Pagaba siempre en oro, que parecia de muy buen quilate; pero al cabo de muy pocos dias se trasformaba en pedazos de cuerno, y lo que es más aun, que el doctor Fausto lo hacia todo por ingénita malignidad, porque está escrito en la leyenda que Mefistófeles le dió generosamente un cofre atestado de monedas de buena ley, tan luego como nuestro doctor estipuló con él su

pacto expícito, sellándole con gotas de su propia sangre.

Todos estos prodigios muy extraordinarios hicieron cobrar mucha fama á nuestro nigromante, y el emperador Cárlos V anheloso de conocerle, mandó que viniera á su presencia. El doctor Fausto obedeció, y habiéndole exigido con instancia Cárlos que evocára las sombras de Alejandro Magno y Julio César, aparecieron instantáneamente los dos; el ilustre monarca de Macedonia, regordete y de pequeña estatura, vestía su régio manto; César estaba noblemente envuelto en la romana toga. Pero el hecho más estupendo del doctor Fausto, puesto tambien en escena por el inmortal Goethe, es el que vamos á consignar.

Era la estacion más rígida del año, y fajas de nieve cubrian la cima de los montes y todos los campos: los árboles, despojados de sus hojas verdes, no presentaban más en su desolacion que ramas y troncos secos: los aires no resonaban ya con las melodías patéticas y suaves de los pajarillos, que silenciosos y tristes buscaban un abrigo entre zarzas y malezas para guarecerse de la lluvia: y toda la naturaleza, envuelta en un gran manto negro, esperaba el retorno del ameno y risueño abril para que las ninfas la entretejeran coronas de claveles olorosos, rosas purpurinas y blancos jazmines. Pero el doctor Fausto, protegido por Mefistófeles, acompañado por legiones de espíritus malignos invisibles, y conservando el incógnito, viajaba alegremente por la Alemania, cubierto de ricas y pesadas pieles para que el frío no le atormentára. Apenas llegado á una peque-

ña aldea, entró en una venta con la certeza de que nadie le conocería; sucedió, sin embargo, todo lo contrario. Unos campesinos que le habían visto y conocido en otro paraje, después de haberle mirado detenida y atentamente breves instantes, exclamaron todos en alta voz: «¡ESTE ES EL DOCTOR FAUSTO, EL DOCTOR FAUSTO, EL GRAN NIGROMANTE!» En seguida le rodearon, y prodigándole saludos y palabras amistosas, le dijeron que deseaban ver aquella venta convertida en un emparrado con abundantes racimos de uvas. Nuestro doctor en un principio se atuvo á repetidas negativas; pero inclinándose luego á las fervorosas exigencias de los campesinos, trazó con una vara en el suelo círculos mágicos y pronunció palabras misteriosas, evocando á los demonios. Entonces el techo y las paredes de la venta desaparecieron, y todos se encontraron bajo un delicioso emparrado, cuyos racimos recreaban voluptuosamente la vista. El doctor Fausto, manifestándose alegre y satisfecho por haberles contentado, les dijo: «Teneis »ya lo que tanto anhelábais, cojed ahora vuestras navajas, cortad el tallo de esos racimos y probad esas uvas »muy sabrosas al paladar.» Los campesinos le obedecen; pero ¡oh espectáculo horrendo! espectáculo inaudito y nunca visto!... ya no hay emparrado, no hay uvas, y desvanecida la ilusión mágica, cada campesino se halla con su navaja en la mano, próximo á partir las narices del que tiene á su lado. Esta escena terrible deja aturdidos á todos, y en tanto, el doctor Fausto sale apresuradamente de la venta y sigue su viaje.

Créese vulgarmente que los personajes á quienes se

atribuyen hechos extraordinarios y maravillosos, verdaderos ó supuestos, han sido engendrados por medios sobrenaturales, y en muchas leyendas en que figuran hechiceros y nigromantes, está consignado que el doctor Fausto, el mago Merlin y tambien Lutero nacieron por incubacion diabólica. Patrañas semejantes hacen asomar la risa en los labios de los hombres sensatos; pero escritores poco juiciosos sostienen á todo trance, no solo la posibilidad, sino la certeza de las incubaciones diabólicas, y el P. Ayala, que pertenece á este número, se expresa en los términos siguientes acerca del particular: «El diablo, naturalmente engañoso y falaz, »toma algunas veces las formas de mujer, revistiéndose de un cuerpo aéreo, y cohabita con el hombre que »más le convenga. Despues de haber prodigado sus lúbricos abrazos y recibido el gérmen fecundante, se »transforma en varon, revistiéndose de un nuevo cuerpo »aéreo, y divide el lecho con alguna infortunada mujer »para que esta le dé hijos, que cooperen á la perdicion »del humano linaje.» (1)

Tamaños absurdos, verdaderas aberraciones del entendimiento humano, nos ponen de manifiesto, que no puede bajo ningun concepto, ni debe causarnos asombro, que se haya creído con fé, y se repita todavia como cierto por la gente vulgar de Alemania lo que está consignado de más peregrino y extraño en sus leyendas de la Edad media, como las de Carlomagno, y las

(1) AYALA, Venida y aparicion del Ante-Cristo.

de Cornelio Agripa y del doctor Fausto, á quien se atribuyen tambien vaticinios y profecías.

En todas las épocas y en todos los paises ha habido visionarios y alucinados, que se han dado á sí mismos el pomposo título de profetas. Nostradamus, el P. Junípero, Olivario, Cazotte, Catalina Théot, Mad. Krudner y otros muchos han cobrado fama y celebridad por sus profecías verdaderas ó supuestas. Pero ningun adivino, ningun nigromante antiguo ni moderno fué querido por Satán en los mismos términos que el doctor Fausto por Mefistófeles; el cual, no contentándose con revelar le el futuro, le permitió tambien insertar sus vaticinios en los almanaques de Alemania: monumentos preciosos, que no han llegado hasta nosotros por haber sido presa de la voracidad del tiempo, ó por haber existido únicamente, como es de suponer, en la férvida y fantástica imaginacion de los más crédulos y dignos compatriotas de nuestro doctor. En cuanto á Lutero no ha sucedido lo propio, porque sus delirios proféticos y blasfemos sobre la próxima caída de la Silla Pontificia, y las saludables consecuencias que el humano linaje espera de su reforma, á pesar de que no se han realizado, ni se realizarán en los tiempos venideros, están depositados en sus obras impías, en esas obras en que el Papa figura con el nombre sacrílego de Anticristo.

Son muchos los escritores que hablan de Lutero y del protestantismo, muy próximo á su agonía; pero ninguno, á nuestro entender, ha sabido pintar con viveza de colores, hermanando en un reducido número de renglones, la historia con la leyenda, el carácter de

Lutero y el espíritu de la reforma, como Eliphás Levi en su *historia de la magia*: pág. 360 y sig. París 1860.—El autor se expresa en estos términos:

«Lutero era el Danton de la teología anárquica; supersticioso y temerario se creía atormentado por el diablo: el espíritu maligno le dictaba argumentos contra la Iglesia; le sugería raiocinios y desatinos al propio tiempo, y le impulsaba sobre todo á escribir. Ese espíritu, animador de todos los Caines, no le pedía más que tinta, muy cierto de que destilada por la pluma de Lutero, se convertiría en torrentes de sangre. El reformista lo comprendía todo y odiaba al diablo, porque no quería ya maestros: un día le tiró el tintero á la cabeza, casi anheloso de llenar todos sus deseos con esta violenta libación.

»MAS BIEN TURCO QUE PAPISTA: esta era la divisa de Lutero. Con efecto, la Reforma no es más en su fondo que el islamismo, no es más que el deísmo puro, organizado en un culto convencional, y se diferencia de la religion de Mahoma por unos restos de catolicismo mal borrado. Los protestantes, considerados bajo el punto de vista de la negacion del dogma católico, no son más que musulmanes con algunas supersticiones más y un profeta menos.

»Los hombres renuncian con más espontaneidad á Dios que al diablo: nos dan un testimonio de ello los apóstatas de todos los tiempos. Los discípulos de Lutero, prontamente divididos por la fuerza anárquica, no tienen más lazo de union que una creencia comun: creen todos en Satán; y este espectro, que se agranda

»en las mismas proporciones que el espíritu rebelde de
 »los reformistas, les separa de Dios y llega á tener di-
 »mensiones terribles.

» Carlostadio, amigo de Lutero, predicando un dia,
 »vé entrar en el templo á un hombre todo negro, que
 »se sienta enfrente del púlpito, y fijándole los ojos en-
 »cima, no deja de lanzarle miradas feroces. El predi-
 »cador se conturba, y acabado el sermón pregunta á
 »todos quién era aquel hombre: nadie ha visto al fan-
 »tasma.

» Carlostadio vuelve á su casa: se adelanta el más
 »jóven de sus hijos, le dice que le ha buscado un des-
 »conocido en traje negro, y que dijo que volveria des-
 »pues de tres dias:—¡Es indudablemente el espectro!
 »—Una fiebre ardiente acomete á Carlostadio; se
 »acuesta, y antes del término fatal muere.

» A estos desgraciados sectarios su sombra les in-
 »funde miedo; y su conciencia, que ha quedado cató-
 »lica, lastimosamente les condena.

» Lutero, paseándose una noche con su esposa, Ca-
 »talina Bora, levanta los ojos al cielo tachonado de es-
 »trellas; lanza un profundo suspiro, y pronuncia á me-
 »dia voz estas palabras: «¡Hermoso cielo, no te veré
 »jamás.»—«¿Qué es eso, le dice Catalina, te crees un
 »réprobo?»—«¿Quién sabe, contesta Lutero, si Dios
 »no nos castigará por haber quebrantado nuestros vo-
 »tos?»—«Volvamos, pues, á nuestros cláustros.»—
 »¡Ah!... esto no puede ser, ha sido muy fuerte el em-
 »puje dado al carro.»

Estas últimas palabras de Lutero son terribles, y nos

traen á la memoria las de Balmes, anteriormente citadas, que las heregías y blasfemias del triste reformador habrían muerto en mantillas, si hubiesen nacido antes de la invención de la imprenta, de ese poderoso resorte del humano ingenio, de ese resorte, que las dió alas para propagarse. Las heregías de Juan Hus y Gerónimo de Praga quedaron sofocadas, porque entonces Guttemberg estaba todavía envuelto en sus pañales. Pero en este valle de miserias Dios ha querido, bien sea para humillar nuestro orgullo ó para que conozcamos que la horrenda culpa de nuestros primeros padres se ha perpetuado de generación en generación, que los inventos más grandes y útiles para el humano linaje lleven el sello de algunas imperfecciones, á fin de que el hombre, dotado de libre albedrío, pueda tener en el terreno práctico el mérito de cooperar al bien de sus semejantes, ó la monstruosa responsabilidad de desvirtuar lo útil y honesto, convirtiéndoles en instrumentos perniciosos y ruines. Esto ha sucedido con la imprenta. Guttemberg, cuyo genio celebró primero en España el ilustre Quintana, y más adelante D. Juan Güell y Renté en estos lindísimos versos :

*¡¡ Nací para admirarte !! Entre mis palmas
 Tu grato nombre pronunciar oía.
 En el regazo de mi dulce madre
 Mi vista sin cesar se embebecía
 Viendo brillar los negros caracteres
 De la cristiana Biblia en que leía (1) :*

(1) V., *la oda á la imprenta de este autor* : Madrid 1862.

Guttemberg, digo, eternizó el pensamiento en caracteres indelebles ; pero los malignos escritores, esos hombres de corazon corrompido, como Lutero, Calvino, Melanchthon, Zwingli, Teodoro de Beza y varios otros, se sirvieron de este invento prodigioso para transmitir á la posteridad sus blasfemias, sus heregías, sus sacrilegios.

Es cierto, sin embargo, que lo mucho que ha contribuido la imprenta á la propagacion de las luces y al progreso de la humanidad, nos obliga á convenir en que sus ventajas están en grande escala comparadas con los errores que han salido de plumas venenosas, viles y sacrilegas, y el nombre de Guttemberg figura hoy en páginas de oro en el libro imperecedero de la fama : á su lado se lee el de Juan Fausto, que le disputó el honor de la portentosa invencion, de ese parto de un genio colosal, de ese parto, que en un principio fué creído obra diabólica. Con efecto, la imprenta se vió expuesta á fieras persecuciones y próxima á morir en humilde cuna, como el primer ensayo de los buques de vapor, debido á nuestro inmortal Blasco de Garay : y las cosas llegaron á términos, que en las leyendas de aquel tiempo se confundió equivocadamente al doctor Fausto con el ilustre impresor del mismo nombre, atribuyendo á este último hechos tenebrosos, que en otras leyendas anteriores se atribuyen al primero.

Aunque nosotros estamos muy lejos de suponer con el filósofo Condorcet, que el hombre, llevado en alas de su perfectibilidad indefinida, llegará hasta el punto, andando

el tiempo, de tocar muy de cerca lo absoluto (1), convenimos en que el genio tiene una fuerza expansiva, prodigiosa, y en que hay inventos tan extraordinarios, que parecen á primera vista sobrenaturales. Si levantáran la cabeza de la fria losa del sepulcro esos grandes sabios de la antigua Grecia y de la belicosa Roma, ¿no creerian que por obra mágica únicamente y medios diabólicos se pueden poner, en un reducido número de horas, en inmediata comunicacion países situados á grandes distancias? ¿no creerian que el ángel de las tinieblas nos ha prestado sus alas para completar en un solo dia aquel viaje en que Ulises empleó diez años, regresando de la incendiada Troya á Itaca? ¿Puede, pues, causarnos maravilla que en una época en que estaba sumida todavía la Europa en supersticiones groseras, se haya supuesto que el arte tipográfico era obra del demonio?—Ciertamente que no: y por el contrario, nos sorprende y causa estupor ver consignado en las crónicas é historias del siglo xv, que le dieron un poderoso impulso y cooperaron á su propagacion Luis XI de Francia y la Sorbona.

Luis era pérfido, cruel, vengativo y excesivamente supersticioso, como lo afirman escritores, sus contemporáneos, cuando nos dicen que en el último período de su vida se entregó á prácticas religiosas exageradas y hasta extravagantes. Felipe de Comines y Walter Scott, nos pintan á este monarca triste y melancólico,

(1) V. Condorcet, *Ensayo sobre los progresos del espíritu humano*.

temeroso de la muerte, y con una multitud de pequeñas imágenes de la Virgen y de los santos cosidas encima de sus vestidos. La Sorbona, cuerpo científico, que existe todavía, fallaba á la sazón, frecuente y lastimosamente, contra ilustres sábios, les perseguía, les tildaba de magos, y defendía con obstinación y terquedad errores vulgares y antiguas preocupaciones. Luis XI, sin embargo, y la Sorbona, se declaran abiertamente protectores de la imprenta, admiran el genio de Guttemberg, y promueven y fomentan su prodigioso invento. Luis manda venir de Maguncia impresores muy acreditados; el arte tipográfico, establecido en Francia, progresa y se extiende á otros muchos países, y comienzan á circular con rapidez obras antiguas muy útiles, poco conocidas y casi olvidadas. En esa época, que es la del renacimiento, se queda enteramente rasgado el tupido velo en que están envueltos los misterios de la antigüedad, y las tradiciones populares, las novelas fantásticas y las leyendas, que hasta entonces no habian hecho más que perpetuar errores inveterados, se convirtieron, mediante el arte tipográfico, que las reprodujo y las sometió á la sana crítica de los verdaderos sabios con todo su colorido, no sujeto á nuevas alteraciones, se convirtieron, digo, en retratos muy fieles de las costumbres, creencias religiosas é instituciones políticas y sociales de los pueblos en las distintas y respectivas épocas, que han atravesado, como nos dan un claro testimonio de ello, no solo los hechos extraordinarios y sobrenaturales que se atribuyen al doctor Fausto, las alucinaciones, verdaderas ó supuestas de Lu-

tero, y sus conferencias con el diablo, á pesar de que, así los primeros como las segundas llevan el timbre supersticioso de la época, sino tambien otros hechos que ahora vamos á narrar, relativos á esos dos personajes.

Dice la leyenda que el doctor Fausto amó entrañablemente á una sencilla y modesta aldeana, llamada Margarita, y que prendado de sus encantos queria enlazarse con ella; pero el diablo no le permitió dividir el tálamo con esa inocente criatura, porque temia que le inclinára con sus halagos y caricias amorosas á romper el pacto estipulado y á separarse de los misterios mágicos. Este hecho es muy significativo, y encierra un gran fondo de filosofía, que se escapa á la vista de los hombres vulgares.

En Grecia y Roma las mujeres fueron consideradas siempre, en mayor ó menor escala, como esclavas; pero en los países septentrionales de Europa, y principalmente en la antigua Alemania, el bello sexo fué un objeto de culto y adoracion hasta el punto de que se le conferia tambien el sacerdocio, como está consignado en la historia antigua, hablando de las Druidisas. En esos países, pues, las mujeres ejercian sobre los hombres un imperio, y no servian únicamente de instrumento á una brutal voluptuosidad: el cristianismo emancipó al bello sexo, y dijo que la mujer seria fiel compañera del hombre, y no su esclava: y en los países católicos el Vicario de Cristo, persuadido de que los atractivos y las seductoras insinuaciones del bello sexo ejercen un poderoso influjo sobre los hombres, otorga

con mayor facilidad su dispensa para los matrimonios de protestantes con católicas que para los de católicos con mujeres protestantes. La leyenda del doctor Fausto se refiere á una época en que la hidra infernal de la reforma no habia levantado aun sus horrendas y venenosas cabezas, á una época en que los alemanes eran todos verdaderos católicos, á una época en que la religion del Crucificado desplegaba por dó quiera sus victoriosos pendones.

Estas pocas ideas que acabamos de emitir creemos que son lo bastante para que los lectores comprendan desde luego que el espíritu maligno, consejero y protector de nuestro nigromante, le prohibió realizar su himeneo con Margarita, porque temia que la pureza de costumbres y acendrado catolicismo, que daban brillo á su virginidad, hermanados con los encantos propios de su sexo, le quitarian una presa que tenia ya en sus manos.

Dirigiendo ahora nuestras miradas á Lutero, aunque no dudamos en desterrar al reino de las fábulas sus con-ferencias con el diablo, nos atrevemos á sostener, que así como el ángel de las tinieblas impidió el enlace del doctor Fausto con Margarita, segun dice la leyenda, fomentó real y verdaderamente con sus inspiraciones diabólicas el de Catalina Bora con el triste Reformador, porque siendo este un fraile y aquella una monja, su monstruoso enlace les hundió más y más en el lodazal de la apostasía y de la infamia. ¡Ah! si es cierto, como la misma leyenda lo afirma, que Mefistófeles, entre los muchos dones que otorgó al doctor Fausto, le

confirió tambien, por arte mágico, el de quitar el uso de los sonidos articulados á los que con sus discursos podian causarle tédio; ¿por qué la Divinidad no hizo enmudecer á Lutero, á fin de que con su impetuosa y bellaca elocuencia no propagára sus blasfemias y doctrinas sacrílegas?—Pero los designios de la Divinidad son impenetrables y misteriosos, y á nosotros, pobres mortales, y gusanos extraidos del polvo, nos corresponde únicamente humillarnos ante sus altares.

Nadie ignora el famoso SÁBADO que figura en las leyendas de la Edad media: entonces los brujos de ambos sexos se reunian á media noche en campos solitarios bajo la presidencia del diablo, y á fin de trasladarse con más rapidez á esos parajes de maldicion volaban por los aires. Presentábase el espíritu maligno en forma de cabron, luego se trasformaba en hombre negro y velludo, y despues de haber prodigado largas promesas á sus adeptos, exhortándoles á manifestarse súbditos fieles y obedientes á sus órdenes, remedaba, con ceremonias sacrílegas, el sacrificio Eucarístico, y les bendecia con la mano izquierda: antes de disolverse esta asamblea nefanda é impía, los brujos besaban con gran devocion el orificio al diablo (1). El doctor Fausto concurría á todos los sábados; pero la noche, que fué la última y muy funesta para nuestro mago, nos la pinta la leyenda con colores tristes y negros. En esa noche fatal, en esa noche en que habia vencido ya el

(1) V. Llorente, Historia crítica de la Inquisicion, etc.—El capítulo en que habla del auto de fé de Logroño.

término de los veinte y cuatro años fijados en el pacto execrable, Mefistófeles se presenta al doctor Fausto bajo el aspecto monstruoso de un tremendo gigante, le coge con violencia y le dice: «Es ya la hora, acompáñame á la mansión del eterno dolor.» El mago, trémulo y anegado en lágrimas, intenta huir, y profundamente arrepentido de sus culpas, quiere soltarse de las garras de su tenebroso enemigo para buscar un refugio, un asilo seguro en uno de los templos del Dios que perdona, é implorar su misericordia infinita. Pero Mefistófeles, que le tiene fuertemente asido, le impide la fuga, y surcando los aires le lleva á la cumbre de una elevada montaña, que en aquel mismo instante se divide en dos, y deja enmedio un abismo insondable, que despide llamas cenicientas y densísimo humo: esta es la senda que conduce al alcázar infernal, este es el abismo en que furiosamente se lanza Mefistófeles con el doctor Fausto, y entrambos desaparecen: ¡acontecimiento terrible! Pero esa muerte no tiene visos de probabilidad, y no vacilamos en calificarla de imaginaria y supersticiosa. Dejando, pues, á nuestro mago y á su demonio, y pasando de la leyenda á la historia, vamos á consignar los pormenores de la muerte de Lutero, el fin de cuya funesta vida lleva el sello lamentable de la reprobacion.

Los años postreros de este heresiarca impío nos desplagan á la vista un cuadro lastimoso y triste, en que figuran Lutero y toda la Alemania. Los protectores del Reformador sacrílego yacen ya bajo la fria losa del sepulcro, muchos de sus discípulos le han abandonado,

y Lutero arrastra los restos de una vida miserable y necesitada. Se ve convertido en blanco de ódios inveterados; dolorosas enfermedades le atormentan, y su misma existencia le es penosa. Fieros y profundos remordimientos agitan su alma; su conciencia le acusa, y abrumado de pesares dá indicios de desesperacion, que rayan en locura. Sus últimos eseritos, atestados de neologismos impertinentes y hasta extravagantes, son indignos del hombre más vulgar y de la más emponzoñada pluma. Lutero, terco y obstinado en sus errores, exhala su postrer suspiro á la edad de sesenta y tres años en Eisleben, á consecuencia de sus excesos en una orgía, como el feroz Atila, que se daba á sí mismo el nombre de *Azote de Dios*, ni Lutero lo merece menos por sus heregias y blasfemias. Sus últimas palabras son una protesta tan solemne como impía contra el catolicismo, contra la Silla Pontificia, y en abono de sus errores, declarando con desfachatez repugnante y vil cinismo, que muere en su apostasia. En tanto la Alemania recoge la triste herencia de Lutero: la reforma conmueve todos los ánimos, agita los espíritus, se ven los templos despojados, ciudades amigas en discordia, desiertos los cláustros, las vírgenes violadas, hombres ruines, que inventan nuevos dogmas, y reina por do quiera la más completa anarquía, la desolacion más destructora. Creemos, sin embargo, muy del caso advertir á los lectores, que en la misma Alemania muchos ilustres sábios se oponen á Lutero, y que no contentándose con empuñar las armas de la más severa critica en defensa del catolicismo y contra el heresiarca

blasfemo, quieren á todo trance que baje á la arena el inmortal Erasmo, para que esta figura colosal de la época del renacimiento humille el orgullo del fraile apóstata y refute victoriosamente sus malas doctrinas. Con efecto, la obra en que Erasmo defiende el libre alvedrío del hombre contra Lutero, que lo negaba, es leída con entusiasmo; se prodigan á su autor merecidos elogios, y se le censura únicamente por haberla escrito con aquel espíritu de tolerancia y moderación, que revelan en Erasmo cierta timidez y debilidad de carácter contra un enemigo violento, que pasa de la palestra literaria á las personalidades más infamantes y á los libelos.

Los que hayan recorrido con alguna detención las páginas de la historia fatal y subversiva del protestantismo y de sus rápidos y ruinosos progresos, no habrán dejado de observar que todos los escritos de Erasmo y los de Lutero, acerca de la reforma, llevan un sello muy distinto; y sin embargo, así en los unos como en los otros se trasluce el espíritu de la época y de todas sus supersticiones. Erasmo ridiculiza á los frailes, les califica de ignorantes y hombres soeces; dice que los claustros están poblados de ociosos y de hombres de relajadas costumbres; dice que se tributa á los santos y á la Virgen un culto debido únicamente á Dios, y olvidándose luego de lo que está depositado en sus obras, invoca la protección de María, y de los bienaventurados, que han merecido los honores del altar. Lutero inaugura el racionalismo; quebranta el principio saludable de toda autoridad; llama al Papa *Anticristo*, y

dice que la misa, este sacrificio augusto y santamente misterioso, es una superstición profana y condenable bajo todos conceptos. Pero ¿quién ha revelado á Lutero verdades tan sublimes, tan nuevas, tan peregrinas?—¡Las ha aprendido en sus doctas conferencias con el espíritu maligno, y á este enemigo de Dios y de todas las gerarquías celestes debe la realizacion de su gran reforma útil y necesaria para la eterna salvacion de las almas!!.... ¡Cuántas contradicciones, cuántas blasfemias sacrílegas, no solo contrarias á la religion, sino que luchan cuerpo á cuerpo con el sentido comun!

En esta época, tristemente célebre y muy memorable figura siempre, entre católicos y protestantes, el diablo como protagonista del gran drama: y á pesar de que todos han presenciado la muerte de Lutero, y su entierro, se inventa y circula por Alemania, pocos años despues de haber bajado á la tumba el famoso herejarca, lo que vamos á narrar: verdadera pintura de las supersticiones del siglo xv.

En una ciudad del Brabante habia un crecido número de poseidos, cruelmente atormentados por legiones de demonios; pero durante todo un dia se les vió inesperadamente tranquilos y pacíficos: no sucedió lo propio al dia siguiente. Entonces los exorcistas pidieron una explicacion del hecho á los espíritus infernales, y estos contestaron con mucha serenidad: «Ayer asistimos por mandato de nuestro principe Satán á los funerales de Lutero.»

La leyenda del doctor Fausto, sus prodigios mágicos, su pacto explicito con Mefistófeles, son el cuadro

más acabado del misticismo alemán, que va siempre en busca de lo absoluto, de ese misticismo, que se lanza á un mundo tan invisible como imaginario, porque quiere á todo trance descorrer la cortina de lo infinito y lo eterno. El doctor Fausto niega la gran ley del progreso de la humanidad, niega la ciencia y se entrega á especulaciones fantásticas, persuadido de que bajo el firmamento no existen más que dudas é ignorancia. Los modernos filósofos alemanes profesan hasta cierto término las mismas doctrinas. Todos panteístas, en mayor ó menor escala, no descubren más en Dios que una perfecta unificación con las criaturas, y de esta teoría absurda pasan á la idea, considerándola, no como un don y una consecuencia de la actividad y el ejercicio de las facultades de nuestro entendimiento, sino como una emanación del mismo Dios. Esta filosofía, contraria á todas las verdades reveladas, no tiene más punto de partida que el racionalismo, porque carece de toda autoridad, y puede merecer el triste título de hija primogénita de la reforma y nieta del doctor Fausto.

Hoy los sábios alemanes no creen en el poder mágico de nuestro nigromante ni en Mefistófeles; pero su filosofía, que sale de los límites prescritos al entendimiento humano, les ha puesto en la dura necesidad de formular un lenguaje científico atestado de neologismos, que tienen mucho de incomprensible, y sus teorías, oscuras y nebulosas, rayan en un idealismo que facilita el camino á los absurdos de cierto misticismo, que sin repetidos esfuerzos puede hermanarse con la magia. En cuanto á la reforma convienen hoy doctos é

ignorantes en que inauguró tristemente el racionalismo, el cual no es más que la negacion de toda autoridad, proclamada por Lutero: principio desastroso y subversivo, que lleva á la anarquía, porque los hombres, por muy lógicos que sean, no ven siempre las cosas al traves de un mismo prisma. Con efecto, del seno de la reforma han nacido muchas sectas, que multiplicándose y subdividiéndose han allanado la senda á locuras inauditas y á otras sectas monstruosas, como la de los Mormones en América, los cuales, interpretando la Sagrada Escritura á su manera, han sancionado la poligamia, juzgándola, no solo conveniente al hombre y á su bienestar, sino tambien precepto divino.

Volviendo, despues de esta breve digresion, á nuestro tema, no vacilamos en afirmar que todo lo que va consignado en estas páginas prueba terminantemente nuestro aserto de que la leyenda del doctor Fausto y las alucinaciones de Lutero, que creia conferenciar con el espíritu maligno, nos desplegan á la vista con viveza de colorido el verdadero retrato de las supersticiones del siglo á que pertenecen los dos personajes, protagonistas de esta leyenda, al paso que la reforma nos pinta á grandes rasgos el carácter muy propio de la raza sajona, que tiende á sacudir el yugo de toda autoridad para entregarse á la licencia y al desenfreno del pensamiento, diferenciándose de los pueblos neolatinos que tienden instintivamente á sintetizar sus ideas, y á sujetarlas á único principio, que pueda servirles de punto de partida seguro, y norte para no vagar en las tinieblas del caos. En fin, los últimos se apoyan en la fuerza

de la autoridad que los primeros rechazan, y esto se nota ordinariamente en todos los escritos de los pueblos septentrionales, comparados con los de los pueblos de raza latina.

En el Fausto de Goethe figuran demonios, ángeles, arcángeles, anacoretas, coros de brujos, coros de Troyanas, Elena, una mujer samaritana, Santa María egipciaca, el doctor Fausto, que baila con una joven, Mefistófeles, que baila con una vieja; dias nebulosos, campos alfombrados de flores, las sirenas, alcázares reales, gentiles hombres, catedrales en que se oficia, bosques, cavernas, coros místicos, coros que cantan en una prision, y escenas enteras en que confusamente se traslucen ó describen las iniciaciones misteriosas y oscuras de los iluminados. El Fausto de Goethe, esa produccion colosal de un genio jigante es el tipo más perfecto del carácter aleman y de la raza sajona que, lejos de sintetizar y reducir á único principio las ideas, unificándolas, se inclina decididamente al panteísmo, que lo abarca todo, dando rienda suelta á los extravíos más absurdos de la imaginacion.

Algunos católicos alemanes han escrito con profundidad y doctrina contra la reforma; pero en ninguna de sus obras se nota aquella robustez lógica y sintética, que dá grandeza y lustre á las *Variaciones* de Bossuet, y al *Protestantismo* de Balmes. Los católicos alemanes refutan victoriosamente los errores de Lutero, demuestran la infalibilidad de nuestros dogmas santísimos; pero se les escapa la importancia de la idea unitaria, de esa idea fundamental que dá firmeza á la Silla Apostó-

lica, y una marcha cada vez más uniforme é invariable al catolicismo.

El doctor Fausto y su leyenda, el protestantismo y Lutero han suministrado argumento á una multitud de novelas, cuentos y relaciones histórico-fabulosas; nosotros, por el contrario, hemos puesto en juego todos los resortes de nuestro pobre y flaco ingenio para presentarlos bajo su verdadero aspecto, bajo su verdadero punto de vista crítico y filosófico, bajo el punto de vista que constituye la nacionalidad moral, el carácter propio y exclusivo de la raza sajona. Que sigan, pues, con más doctrina y erudición, nuestro ejemplo péñolas mejor cortadas, y tengan entendido los lectores, que en la leyenda se aprenden, con preferencia á la historia, las costumbres religiosas y políticas, el carácter y el estado de cultura y civilizacion de los pueblos antiguos, y con especialidad de los de la Edad media, cuyas reminiscencias mecen aun la cuna de las generaciones presentes.

EL PAPA SILVESTRE II

Y EL SUPUESTO LIBRO MÁGICO DEL PAPA HONORIO.

La Edad media, esa edad en que, á consecuencia de las repetidas invasiones de muchos pueblos bárbaros, se vió todo el Occidente sepultado en las tinieblas de la ignorancia, y sumido en la tristeza y el dolor; esa edad, contra cuyas instituciones han asestado sus tiros y flechas emponzoñadas escritores de nota; esa edad, sin embargo, merece ser estudiada con crítica filosófica y profunda, porque entonces comenzaron á germinar las semillas de una civilización nueva y muy distinta de la de los antiguos griegos y romanos. Entonces los Papas, con su numerosa gerarquía, se nos presentan como los adalides del verdadero progreso; se constituyen en de-

positarios de las luces, en protectores muy decididos de los que yacen bajo el yugo férreo de una atroz tiranía, y ponen en juego todas las fuerzas que están á su alcance para inaugurar la época de una gran regeneración, cimentada en las bases muy firmes del catolicismo. El pontificado, en la Edad media, ese pontificado, siempre augusto, es una de las mayores glorias del Occidente. Leibnitz, aunque luterano, exclamaba con entusiasmo, llevado en alas de su conciencia y vasto entendimiento. «¡Grande institucion es la Silla Apostólica; es el centro de la más bella y asombrosa unidad; es el centro de una doctrina y creencia universalísimas!» Salvador, uno de los judíos más sábios de nuestro siglo, nos ha dejado escrito en su *Historia de la dominacion romana en Judea*, estas palabras muy significativas: *En la Edad media los Papas únicamente ampararon á los israelitas perseguidos por do quiera y ultrajados.*

Pero en esa misma edad, en que el Pontificado prestó inmensos servicios á todo el humano linaje, y dió un fuerte y poderoso impulso á la civilizacion y cultura intelectual de todos los pueblos que se inclinaban ante el signo de nuestra redencion; en esa edad, Papas de fama imperecedera se vieron convertidos en blanco de las calumnias más insensatas que se han perpetuado en parte hasta nuestros dias por malicia ó mezquina crítica de algunos escritores, que juzgan los hechos aisladamente sin reparar en el carácter y las necesidades de las distintas épocas, ni en las preocupaciones que fueron un producto en tiempos remotos de la supersticion y la ignorancia. Así es que Gregorio VII figura todavía

en muchas historias, como un hombre altanero, prepotente, ambicioso y que no respeta los tronos ni las coronas; Urbano II como un fanático, porque dá oído á Pedro el ermitaño, y proclama en Clermont la primera Cruzada; Silvestre II como mago y hechicero, que obra prodigios por arte diabólico; Honorio I como hombre entregado á todas las ciencias ocultas más tenebrosas; y aunque el cardenal Benon dice que cinco Pontífices únicamente figuran en la historia como nigromantes, los cronistas Naucler y Platina afirman que fueron magos todos los que ocuparon la Silla Apostólica desde Silvestre II hasta Gregorio VII. Pero dirigid ahora vuestras miradas á los tiempos en que vivieron esos Papas ilustres y de gloriosa memoria: reparad en la gran cuestion de las investiduras, cuyo derecho pretendian usurpar á la tiara los emperadores de Alemania para hacer almoneda con vil simonía de todas las prelacías y todos los beneficios eclesiásticos; reparad en esas testas coronadas que creian á la sazón, como Mahomet II, que podian disponer soberanamente de la vida y los bienes de sus súbditos, sin que nadie osára oponerse á su codicia y á sus designios alevosos y ruines; reparad en la fuerza que tenian entonces las penas canónicas, y vereis desde luego que Gregorio no fué altanero ni prepotente ni ambicioso, sino un Papa animado de espíritu apostólico y un político profundo. Dirigid vuestras miradas al estado lamentable en que se encontraba á fines del siglo xi la Cristiandad, frente á frente del feroz y victorioso alfanje musulman; reparad en los progresos y estrepitosos triunfos de la impía media luna que, con

sus rayos ensangrentados y fatídicas amenazas , habia logrado eclipsar la luz evangélica en el Asia ; reparadlo todo, y vereis desde luego, que Urbano no fué un fanático, sino un Papa que, encendido en puro celo y amor á la fé, secundó el entusiasmo de los héroes cristianos que anhelaban libertar los santos lugares de las manos sacrilegas de los secuaces de Mahoma ; dirigid vuestras miradas al negro manto de la ignorancia y supersticion en que estuvo envuelto el Occidente en los siglos de barbarie, en esos siglos en que se culpaba con ligereza de mágia al corto número de sábios y á los varones más ilustres que á la sazón florecian, y vereis desde luego que no fueron magos ni Silvestre ni Honorio. El primero fué hombre dotado de genio superior, y asombraba por lo vasto de sus conocimientos ; el segundo se distinguió por la pureza de sus intenciones en el gobierno de la Iglesia, y por haber embellecido á Roma con suntuosos y magníficos edificios. Nosotros, pues, vamos á referir en esta leyenda todos los hechos dignos de nota que acerca de los dos Pontífices ya mencionados nos han trasmitido sus mejores biógrafos, y todo lo que de fabuloso y peregrino acerca de su supuesta mágia y sus prodigios por arte diabólico está consignado en las antiguas leyendas : documentos preciosos, como todos los escritos de este género , porque son la personificación de las distintas épocas que ha atravesado la humanidad, y el más vivo retrato de las creencias y preocupaciones populares más generalizadas. El buen crítico estudia detenida y concienzudamente esos escritos para formarse una idea exacta del estado político, religioso

y moral de los tiempos oscuros y tradicionales que sirven de base á la severidad histórica, y facilitan el camino, que conduce á la averiguacion de las causas, que han dado origen á hechos inventados ó supuestos, falsamente atribuidos á personajes eminentes por doctrina y conducta ejemplar, como los Papas Silvestre y Honorio.

El ilustre sucesor de Gregorio V, Silvestre II, abrió los ojos á la luz del dia en Auvergne por los años de 930: fué oscura y humilde su cuna, y sus padres vivian en estrecheces; pero Silvestre, cuyo nombre de familia era Gerberto, recibió una educacion esmerada y muy conveniente á su elevado ingenio en un monasterio de Aurillac, que pertenece hoy al departamento del Cantal en el vecino imperio. Escritores preclaros y fidedignos dicen que vino á España en el abril de sus años, y que se perfeccionó en las matemáticas bajo la férula de árabes muy sábios, que dieron fama y celebridad á esta Península. Otros niegan terminantemente el hecho, y afirman que lo aprendió todo en Aurillac y en el curso de sus largos viajes por países muy distintos de la España. Sea como fuere, lo cierto es que muchos biógrafos sostienen que Silvestre fué el primero que introdujo y propagó en Occidente el uso de las cifras numéricas, inventadas por los árabes: algunos autores atribuyen esta gloria á Lionardo de Pisa (1), que floreció en el siglo XII.

(1) V. Naudé. Apología de los ilustres varones culpados de magia (en francés).

El elevado ingenio de nuestro augusto Pontífice, su profundidad en las matemáticas, en la astronomía, en la mecánica, en las ciencias físicas y naturales, su erudición selecta y enciclopédica, sus prodigiosos inventos le hicieron calificar de mago por sus contemporáneos ignorantes y supersticiosos. Se le atribuyen problemas y teoremas geométricos enteramente nuevos; pero los triángulos y líneas que trazaba contribuyeron en gran manera á afirmar la idea de que era un gran nigromante, porque todos creían que esas figuras geométricas no eran más que cifras mágicas y fórmulas tenebrosas para evocar á los espíritus infernales. Fundados, pues, los contemporáneos de nuestro docto Pontífice en el falso supuesto de que sus conocimientos, que salían de la esfera ordinaria y comun, tenían mucho de sobrenatural, les atribuyeron á un pacto explícito de Silvestre con el ángel de las tinieblas. Esta inculpación calumniosa y absurda, pero propia de aquellos tiempos de oscuridad é ignorancia, pasó paulatinamente del dominio del vulgo al de escritores crédulos y adocenados, como Martinus Polonus, el cronista Gerveso, á quien Naudé aplica con sobrada justicia los títulos de gran mentidor y fabricante de embustes (1), cierto Galfredo, que en sus adiciones á la crónica de Sigiberto afirma con estóica serenidad que Silvestre fué un gran mago, y Platina, más bien libelista que biógrafo de los Pontífices romanos.

(1) V. Naudé, ob. cit.

En los asertos tan absurdos como pueriles y malignos de estos *inclitos* autores, y en las calumnias de muchos herejes, entre cuyo número figura también el protestante español Cipriano Valera, que en su obra del *Papa* se abalanza rabiosamente contra la silla apostólica, en esos asertos y en esas calumnias, digo, se funda la supuesta nigromancia de Silvestre, cuya leyenda vamos á referir.

Gerberto, hombre muy versado en las ciencias ocultas y en la kábala, evocó á Belzebú, que puntualmente le apareció, manifestándose ligero y pronto á obedecerle y contentarle. Gerberto le suplicó que le prodigara su auxilio y protección para alcanzar el Papado: el espíritu maligno empeñó su palabra, y separándose de su ingénita costumbre, que es la mentira y el engaño, cumplió la gran promesa. Pero en su primera entrevista con el nuevo adepto, le dijo: «Tú serás Papa, y morirás en Jerusalem.» Gerberto, como es fácil de comprender, se propuso en su interior no trasladarse nunca á la ciudad santa de los antiguos profetas, y lograr por este medio muy sencillo el don de la inmortalidad. Oid, sin embargo, lo que aconteció, y cómo fracasaron sus planes. Nuestro mago llegó á ceñirse las sienes con la tiara, á obrar prodigios portentosos por medios y artes diabólicos, y á disfrutar de todos los bienes de esta tierra. En fin, vivía feliz bajo los auspicios de su amigo Belzebú. Pero un día, mientras celebraba el gran sacrificio eucarístico, se sintió gravemente indispuerto, y acordándose al instante de que la capilla, en que oficiaba, tenía el nombre de

Santa Cruz de Jerusalem, conoció desde luego que aquella era la hora de su última despedida del mundo. No pareciéndole oportuno ni conveniente en tan duro trance entregarse en alma y cuerpo al diablo á pesar de que le debía muchas atenciones, reunió á los cardenales, que estaban en su derredor; confesó públicamente su larga intimidad y casi parentesco con Belzebú; ordenó que despues de su muerte se descuartizase su cadáver y pusiese en un carro nuevo de madera, tirado por dos caballos, el uno blanco y el otro negro, y entrambos vírgenes; que sin aguijonearles con látigo ni espuelas, se les dejára marchar libremente, y que sus despojos mortales se enterráran en donde los caballos se detuvieran. Aquellos pobres animales recorrieron una multitud de calles, y finalmente vencidos por la fatiga y el cansancio, se pararon en San Juan de Letran. ¡Caso horrendo! se oyeron en aquel mismo instante lamentos y gemidos misteriosos, que á poco rato cedieron el lugar á un profundo y triste silencio: fué entonces cuando se procedió al entierro del cadáver.

Martinus Polonus, no contentándose con reproducir todos los absurdos de la leyenda que acabamos de consignar, añade con maliciosa y simulada ingenuidad, que en tiempos no muy remotos se oía en la tumba de Silvestre un fuerte rechinar de huesos, y que la losa de su sepulcro sudaba, cuando algun Pontífice yacia postrado en su lecho de muerte. El mismo autor afirma en tono muy grave, que Silvestre tuvo bajo sus órdenes por el trascurso de muchos años á un demonio en

forma de dragon, y que este mónstruo infernal mataba todos los dias á 6,000 personas. Suponiéndolo todo una realidad, es de suponer tambien, que entonces los hombres rápidamente se centuplicaban para que el mundo no se despoblára, con la pérdida diaria de los 6,000 que morian.

Pero, volviendo ahora nuevamente á la verdadera biografía histórica y no fabulosa de nuestro Pontífice y varon preclaro, vamos á presentarle á los lectores en toda su grandeza y en todo su esplendor.

Una de las órdenes monásticas, que han adquirido más lustre y fama en todo el orbe católico por santidad y doctrina, es indudablemente la de San Benito, cuyo hábito vistió Gerberto mucho antes de ocupar la Silla del príncipe de los apóstoles. Esta noticia biográfica, que á primera vista no parece importante ni significativa, fija en gran manera la atención del buen crítico, porque en el siglo en que Gerberto floreció, los monjes, y con especialidad los de San Benito, animados de espíritu fervoroso y evangélico, admitian únicamente en su seno á los varones más insignes por sabiduría y pureza de costumbres. Entonces, dice Montalembert, á los que poblaban los cenobios se les aplicó merecidamente y con sobrada justicia el título glorioso de *soldados de Cristo*; y este mismo autor nos dá á conocer, citando una multitud de hechos históricos, que de esos cenobios salian hombres consumados en las letras y las ciencias, dignos consejeros de príncipes, maestros de reyes y emperadores, y modelos de abne-

gacion h eroica y grandes virtudes (1); la vida y los estudios de nuestro Gerberto, confirman estas palabras del docto y erudito escritor franc es.

Oton II, emperador de Alemania, anheloso de que su hijo recibiera una educacion digna del trono, que le esperaba, instruyéndose s olidamente y aprendiendo al propio tiempo la práctica de todas las virtudes políticas y morales, convenientes   un buen príncipe, le puso bajo la férula de Gerberto, que figuraba en esos tiempos aciagos y dasastrosos como un hombre extraordinario por sus grandes conocimientos, hermanados con una conducta irreprensible y muy ejemplar. El padre del alumno dió al sábio y esmerado preceptor la abadía de Bobio, muy cerca del Trebia, rio famoso, que recuerda al viajero la gran victoria de Anibal contra las formidables  guilas romanas.

Despu es de algun tiempo Gerberto volvió   Francia, y Hugo Capeto, jefe de la dinastía de los Borbones, prendado de las bellas dotes, peregrino ingenio y sanas doctrinas del ilustre monje de San Benito, quiso que educ ara   su hijo Roberto, y le nombr  arzobispo de Reims por haber depuesto   la sazón   Arnaldo, rebelde contra su real persona. El Papa Juan XV se negó   preconizar al nuevo prelado, y dispuso que volviera   su silla Arnaldo. En esta circunstancia mediaron graves y obstinadas luchas entre la corte romana y el monarca franc es; pero llegaron   su término, y las  rde-

(1) V. Montalembert, *los monjes de Occidente*, etc. (En franc es.)

nes del Vicario de Cristo fueron ejecutadas tan luego como bajó al sepulcro Hugo Capeto. Entonces Gerberto se trasladó á la corte de su antiguo alumno, Oton III, que habia sucedido en el imperio á su padre. El César, que amaba entrañablemente á su maestro, y cuya sola presencia le infundia respeto y veneracion, le confirió primero el Arzobispado de Ravena, y mas adelante le hizo elegir Papa. Naudé al referir el hecho, que acabamos de consignar, dice con refinada y chistosa sátira: «¿qué necesidad tenia, pues, nuestro Silvestre de los buenos oficios de Belzebú para ser Papa, si le protegía un poderoso emperador?» (1)

El nuevo Pontífice reinó cuatro años y medio, y bajó á la tumba en 1003 ya decrepito; pero á pesar de los achaques inseparables de la vejez, convienen todos sus biógrafos en que se distinguió sobremanera por un continuo ejercicio de todas las virtudes cristianas, por su mucha actividad y diligencia en el manejo de los negocios del Estado, por su escrupulosidad en administrar la justicia, por su ingenio sagaz y previsor, y por haber cultivado con ahinco hasta sus postreros dias las doctrinas sagradas y profanas.

Silvestre II, imitando á Plinio el naturalista, pagaba pensiones muy subidas á un crecido número de amanuenses, que copiaban bajo sus órdenes y direccion los manuscritos y ejemplares de los más sábios y acreditados autores. Su tratado de retórica no ha resistido al embate de los siglos; pero su discurso contra la simo-

(1) V. Naudé ob. cit.

nia, sus opúsculos matemáticos y sus cuarenta y nueve cartas, que todavía tenemos, son el más elocuente testimonio de su erudicion enciclopédica y de su profunda sabiduría. Debemos tambien á este ilustre varon, á este Pontifice de gloriosa memoria el relato histórico del famoso Concilio de Reims, reunido para juzgar á Arnaldo depuesto de su silla por Hugo Capeto, como arriba queda dicho ya.

Silvestre, muy versado en las ciencias fisico-matemáticas y en la mecánica, construyó máquinas, que en aquellos tiempos de oscuridad, ignorancia y barbárie, se sospechó ser cosas sobrenaturales, y obra del demonio, como sus esferas, su gran reloj, que marcaba todos los movimientos del cielo, y la hora del levantarse y caer de los astros, y sus máquinas hidráulicas, tan ingeniosamente construidas, que las aguas despedían por sí mismas melodiosas armonías, como aquellos jardines del Oriente, las hojas de cuyos árboles, agitadas por el aura matinal y la brisa de la tarde, hacen resonar en los oídos, segun afirman viajeros fidedignos, una música suave y patética muy semejante al canto de las fabulosas hurtes del paraíso de Mahoma.

Silvestre II, pues, fué un hombre superior á su siglo y no un mago; y nosotros no vacilamos en compararle al antiguo Varron, que mereció el honroso título de escritor enciclopédico entre los romanos; á Rogerio Bacon, por lo vasto de sus conocimientos en las matemáticas y en todos los ramos de las ciencias físicas y en la mecánica; y á los Papas más minentes por su fervor religioso y sus virtudes apostólicas.

Pero en la Edad media, en esos siglos de hierro, en que las reminiscencias paganas luchaban aún contra las doctrinas evangélicas, desfigurándolas é inoculando en todos los ánimos muchas supersticiones antiguas, bajo el falso oropel de creencias cristianas, en esa edad no solo se calificaba de magos y nigromantes á los varones sábios, sino tambien á otros muchos, dando oido á tradiciones populares muy infundadas, como nos lo confirma el libro mágico, atribuido al Papa Honorio, que ocupó la silla del príncipe de los apóstoles más de tres siglos antes que Silvestre II.

Durante su pontificado agitó en gran manera los espíritus, la herejía de los monotelitas, que negaban la encarnacion del Verbo eterno, y no querian reconocer en Jesucristo las dos voluntades de hombre y Dios, sino una sola. Dícese que Honorio se inclinó á este error, rechazado con celo y santa indignacion por los verdaderos católicos; otros desmienten el hecho. Sea como fuere, nosotros persuadidos de que un punto tan árduo corresponde á los teólogos é historiadores eclesiásticos resolverle, nos contentamos con haberlo indicado, porque dió márgen tal vez á la inculpacion calumniosa de nigromancia contra el Papa Honorio, y al supuesto libro mágico que se le atribuye. No queremos pasar por alto, sin embargo, que este códice diabólico no es único en su género, segun nos refieren los demonógrafos más célebres, como Martín del Río, Delancre, Bodino y otros varios. Con efecto, los tres autores, que acabamos de citar, nos hablan del gran libro mágico de Cornelio Agripa, y añaden que los nigromantes más sacrílegos,

interrogados por la autoridad eclesiástica y los jueces seculares, habian confesado que poseian libros en que estaban consignadas fórmulas de evocacion, para que les aparecieran legiones de demonios, bajo cuyos auspicios habian vivido y obrado portentos sobrenaturales. Collin de Plancy afirma lo propio en una multitud de artículos de su diccionario infernal; y viajeros de nota nos han dejado escrito que en la India, en donde la nigromancia es una especie de profesion, todos los magos tienen libros atestados de cifras y fórmulas tenebrosas. En fin, los adeptos de Satan no carecen de esos códices; pero ninguno acaño disfruta de la misma fama, que el que se supone haber pertenecido al Papa Honorio, y cuyo extracto ponemos á continuacion:

El libro de que nos ocupamos contiene una multitud de secretos, y se ven en sus páginas figuras y círculos misteriosos, que sirven para evocar á los demonios bajo formas distintas. Dice ese libro: «Cuando las tinieblas cubran ya la faz de nuestro globo, se prepararán en un aposento, alumbrado con cirios verdes, una gran mesa con un mantel blanco, tres panes de trigo, tres sillas y tres vasos de agua: que no haya en sus paredes colgaduras, ni ganchos de los que penden cuadros ú otros objetos. Hechos todos estos preparativos, el nigromante se acostará, y pronunciará las palabras siguientes: *«Bestiricum, consolacion arrímate á mí: virtud Creon, Creon, Creon: yo celebro con mi canto las alabanzas del Todopoderoso: soy dueño del pergamino, y elogiándote, príncipe de la monta-*

ña, *hagas tú que callen mis enemigos, y que yo disfrute de lo que tú sabes.*»

Entonces aparecen tres doncellas, sin trajes ni velos que cubran su pudor: se sientan á la mesa, comen los panes, beben y luego bailan, manifestándose decididas á otorgar todo lo que de ellas pueda exigirse. Si ha pronunciado la fórmula de la evocacion una hechicera, aparecen de repente tres caballeros muy robustos, sin adornos ni atavíos, como el padre Adan antes de pecar, y todos hacen lo propio que las doncellas. Así los primeros, como las segundas, toman posturas muy obscenas á fin de despertar deseos lascivos, y por último, bien sea uno de los caballeros ó una de las doncellas, vá á dividir el tálamo con el nigromante ó la hechicera que les ha escogido, y no contentándose con prodigar sus favores al objeto amado, le revela los sitios secretos en donde hay tesoros escondidos. A las doce de la noche todos esos espíritus en forma humana desaparecen. Pero los demonógrafos dicen que la virtud mágica del gran libro del Papa Honorio sube de punto y pone al alcance de los nigromantes tesoros más cuantiosos, si poseen tambien, como Cornelio Agripa, la *Clavícula de Salomon*, libro falsamente atribuido á ese antiguo rey de Israel, atestado de conjuros supersticiosos y pueriles, y al cual se ha dado el nombre de *Clavícula*, que se deriva del latin, y significa *pequeña llave*, porque se supone que facilita la entrada y abre las puertas á todas las ciencias ocultas.

En algunas leyendas de la Edad media figura el de-

monio como fiel consejero del papa Alejandro VI. Esta es una fábula como otra cualquiera, pero estamos muy lejos de censurarla, en atención á que los escritores más escrupulosos y adictos á la silla de San Pedro, no solo critican ágríamente los hechos de Alejandro, sino que le dan el título de papa malo (*Malus Pontifex*).

— Pero en esta circunstancia no queremos pasar en silencio, que la opinion vulgar de los ángeles y demonios, que presiden á las acciones de los mortales, no es más que una reminiscencia de las muchas de la antigua gentilidad, una de esas reminiscencias, que han perpetuado hasta nuestros días las supersticiones más contrarias á la pureza de las doctrinas del Crucificado.

Los verdaderos sábios y buenos críticos convienen hoy en que el genio de Sócrates, el de Gerónimo Cardano y de otros muchos no han sido más que alucinaciones ó presentimientos vagos, ó la voz de la propia conciencia, juez inexorable, que condena nuestras culpas y aplaude los hechos virtuosos.

Volviendo nuevamente, despues de esta breve digresion, á nuestro tema, decimos á los lectores, que en el libro mágico de papa Honorio y en otros por el mismo estilo figura una numerosa gerarquía de espíritus infernales, formulada en términos, que nos presenta el cuadro más acabado de la organizacion política y del gobierno feudal de la Edad media. En ese cuadro del reino tenebroso, figuran como en la Europa de aquel tiempo duques, grandes duques, marqueses, príncipes, grandes cancilleres, capitanes, administradores públicos, ministros de justicia, y todos los cargos que en-

tonces se conferian á los magnates y á personas subalternas. Satan tiene tambien su córte como las testas coronadas de la tierra; y á fin de que esa gerarquía de espíritus infernales en nada se diferencie de las personas y cosas de este mundo, figuran en ella diablos de ambos sexos, y toda aquella multitud de sílfides, salamandras, hadas y duendes, cuyos nombres peregrinos y fantásticos están consignados en novelas orientales, y en muchas de nuestra Edad media.

En el libro del papa Honorio, en la leyenda de Silvestre II, en la de Cornelio Agripa, y de otros magos, figura siempre en primera línea Belzebú, príncipe y emperador de la gerarquía infernal. Su nombre significa *dios de las moscas*, y el crédulo Bodino en su *Demonomania* dice, que en los templos consagrados por los antiguos á ese espíritu de las tinieblas, no se veian nunca moscas, porque su estatua las infundia instintivamente temor y espanto. En la *Clavícula de Salomon*, la cual en la Edad media era para los magos una especie de libro canónico, está escrito que Belzebú se presentaba con frecuencia á los que le evocaban bajo la forma de un gran toro ó de un carnero con un largo rabo, ó bajo otras formas muy monstruosas, y ahullando como un lobo. Asterot, gran tesorero de la mansion de los eternos dolores, no se separa nunca de su lado; y este espíritu maligno, que dispone á su antojo de cuarenta legiones de diablos, dicen los demonógrafos con aire de mucha gravedad, que se trasforma en asno, que adornan su cabeza dos enormes cuernos, que conoce lo presente, lo pasado y lo futuro, y que lo

revela todo con puntualidad á sus adeptos con quienes ha estipulado pactos explícitos. Eliphaz Lévi, autor de la *Historia de la magia en Francia*, y gran visionario ó más bien impostor, que reproduce á cada paso en sus obras las fábulas y supersticiones paganas, dándolas, á su entender, un aspecto científico, Eliphaz Lévi aconseja á los modernos nigromantes lleven un anillo mágico colgado de las narices, cuando evoquen á Assterot, para que les sirva de preservativo contra los insectos vapores, que este ángel de las tinieblas exhala.

Wiérius, que se cita como autoridad entre los demonógrafos, coloca en un puesto muy distinguido á Bael: dice que este espíritu infernal convierte en hombres astutos y malignos á los que le evocan, y que en el *gran libro mágico*, título que se da con frecuencia al del Papa Honorio, Bael figura como uno de los demonios más formidables y poderosos. Pero Asmodeo se nos presenta con más gala aún, y este fiel compañero de Satan tiene bajo su mando setenta y dos legiones de demonios, y es uno de los reyes más temibles del infierno.

En todas las leyendas de la Edad media, y con especialidad en algunas de ellas, como las de Silvestre II y Honorio, no solo figuran los espíritus malignos, cuyos nombres acabamos de apuntar, sino tambien otros demonios con nombres muy distintos, caprichosamente inventados ó misteriosos. Es de notar, sin embargo, que en esa misma Edad, y aun más á fines del siglo xv, aparecieron en Europa varones dotados de ingenio superior, muy distinguidos por lo vasto de sus conoci-

mientos, y verdaderos adalides de una civilizacion nueva. Con efecto, fué entonces cuando la filosofia aristotélica y la escolástica comenzaron á debilitarse, y á ceder el lugar al análisis y á las ciencias experimentales; fué entonces cuando comenzó á rasgarse el tupido velo de la supersticion y la ignorancia en que estaba sumida toda la Europa; fué entonces cuando los libros mágicos, los nigromantes, las apariciones de los Espíritus infernales comenzaron á verse ridiculizados por plumas muy bien cortadas. En los régios alcáceres de los príncipes habia astrólogos y adivinos, se echaban horóscopos, y el vulgo, que en todas las naciones y en todas las épocas no ha dejado nunca ni dejará de ser supersticioso é ignorante, persistia en esos errores vergonzosos: los pueblecitos y las ciudades no carecian de brujos ni hechiceros. Pero los embustes de esos miserables se encaminaban lentamente á convertirse en patrimonio exclusivo de gentes alucinadas y de muy corto entendimiento.

En el número selecto de los ilustres varones, destinados tal vez por la Providencia á cooperar con sus escritos á la regeneracion del humano linaje en el siglo xv, figura como astro luminoso Nicolás Macchiavelli, cuyo nombre repiten con veneracion profunda los doctos de ambos hemisferios. Macchiavelli, ese padre de la historia moderna, que juzga con mucha severidad á algunos Papas, pero sin manifestarse crédulo ni tildar de mágia á Silvestre y Honorio; ese gran político merece ocupar tambien un puesto preferente por haber dado un primero y fuerte sacudimiento á la su-

perstición de las supuestas gerarquías diabólicas con su elegante novela de Belfegor, demonio de la lascivia y de las más horrendas obscenidades.

Macchiavelli dice, que habiendo pasado ese espíritu maligno del infierno á la tierra bajo formas humanas, la hermosura y los encantos de una linda mujer le sedujeron en términos, que quiso dividir con ella el tálamo nupcial. Prendado de sus gracias, la colmaba de caricias, satisfacía de muy buen talante todos sus antojos, y llegó hasta el extremo de olvidar su ordinario oficio y los mandatos de su jefe, no hostigando ya á otras mujeres para que cayeran en el lazo fatal del pecado. En fin, Belfegor se convirtió paulatinamente en un demonio de conducta ejemplar, y digno de vivir en este mundo, que comprende en su inmenso recinto hombres peores de lo que él habia sido. Pero su nueva esposa, llevada en alas de su carácter colérico é iracundo, y naturalmente desagradecida, le abrumaba de pesares y aflicciones. Belfegor lo sufrió todo por el largo período de diez años; y por último, fatigado de una vida tan penosa, volvió desesperadamente á los infernos, y dijo á sus camaradas, que no habia tormentos iguales ni comparables á los que las mujeres de la tierra dan á sus maridos.

Esta novela satírico-chistosa y clásica en su género, desprestigió al pobre Belfegor y á todas las gerarquías infernales, poniendo de manifiesto que uno de los diablos más formidables, seductor y ruin, no pudo ni siquiera sujetar á una sola mujer.

El ingenuo y delicado *La Fontaine* imitó y reprodu-

jo en versos muy elegantes esta misma novela; y es de suponer, que al célebre vate inglés Milton, que conocía á fondo la literatura de su propio país y la de otros muchos, le sugirió las palabras que vamos á apuntar á continuacion. Interrogado por uno de sus amigos, por qué las leyes de la Gran Bretaña permitian á un monarca reinar á catorce años, y no le autorizaban á casarse hasta los diez y ocho, nuestro vate contestó: «Porque es más fácil gobernar un reino que á una mujer.» Pero dejémonos de digresiones, y seguimos con nuestro tema.

Nil novum sub sole (nada de nuevo bajo el sol,) dijo Salomon; y estas palabras, que tienen un gran fondo de verdad; adquieren un carácter de mayor certeza en cuanto á las prácticas supersticiosas de las naciones más bárbaras y rudas ó muy civilizadas. Con efecto, en el libro mágico, atribuido al Papa Honorio, y en otros por el mismo estilo, hay fórmulas y conjuros, que sirven para comunicar movimiento y fuerza á objetos inanimados, como nuestras mesas giratorias, que han exaltado el espíritu de una multitud de necios hasta el extremo de convertir sus cabezas en máquinas más giratorias que los pedazos de madera á que aludimos. Pero esas mesas, tal como hoy funcionan, las hubo tambien en tiempos muy remotos, y desaparecieron como todas las alucinaciones y los embustes que se apoyan en la arena. Tertuliano en su *Apologético*, capítulo XXIII, se expresa en estos términos acerca del particular. «Los magos imitan muchos milagros, mediante cadenas ó círculos que forman entre sí; tienen bajo sus

órdenes espíritus mensajeros y demonios, que hacen profetizar á las sillas y las mesas.» Amiano Marcelino pone en la boca de cierto Hilario, acusado de magia, las palabras siguientes: «Jueces magníficos, yo y mis compañeros hemos arreglado bajo los auspicios del infierno esta desgraciada mesa que teneis delante, adornándola con ramas de laurel como el *Trípode de Delfos*; y despues de haberla sometido por largas horas, segun las reglas prescriben, y con los conjuros y procedimientos de costumbre, á la accion de fórmulas misteriosas, hemos logrado por último ponerla en movimiento. Cuando se quiera consultar la mesa mágica sobre cosas secretas, que se la coloque en el centro de una sala preventivamente santificada con perfumes de Arabia, y que se la cubra con una palangana formada de varios metales, y con las veinte y cuatro letras del alfabeto grabadas en lo interior de sus márgenes, y un anillo atado de un hilo y suspendido perpendicularmente sobre ella. El mago, con una larga vestidura de lienzo, con calzado de la misma tela, la cabeza cubierta con una franja en forma de solideo, y teniendo en la mano derecha un ramillete de yerbas mágicas, despues de haberse puesto, recitando algunas plegarias, bajo la proteccion del dios de los oráculos, comunica al anillo cierto movimiento, mientras la mesa gira; y ese anillo tocando ligeramente las letras, se colocan todas con espontaneidad de modo que forman una série de versos heróicos muy regulares, semejantes á los de la Pitónisa de Delfos, y que contestan á las preguntas.»—¿Diferéncianse por ventura esas mesas antiguas de las mo-

dernas? Una miserable superstición eran aquellas, y estas son lo propio; en las primeras funcionaban un anillo, en las segundas funciona un lápiz; aquellas perecieron y estas morirán. Acordémonos de los vampiros de Bohemia y Hungría; acordémonos que obispos, insignes preladados y muchos sábios afirmaron su realidad; acordémonos que el doctísimo Dom Calmet se ilusionó hasta el punto de escribir un libro para probar su existencia; —y sin embargo ¿hubo tales vampiros? ¿No se han convertido hoy en objeto de risa? Todos los siglos y todos los pueblos, dice el conde de Maistre, tienen su mitología; y nosotros añadimos que en todos los tiempos ha habido alucinaciones muy generales, que han sujetado los espíritus al error y al engaño.

En la Edad media, en esa edad de miserias é ignorancia se desembolsaban cantidades muy subidas para adquirir la supuesta *Clavícula de Salomon* ó un ejemplar del libro mágico atribuido al Papa Honorio. Hoy esos códices diabólicos nadie los busca, y se encuentran únicamente en el fondo de las antiguas bibliotecas cubiertos de polvo y apolillados.

Nosotros no negamos la existencia de los espíritus infernales, como Bekker en su *Mundo encantado* y Cayla en su obra titulada, *El diablo, su grandeza y su decadencia*; pero estamos muy léjos de creer con el P. Baltus (1) y el fantástico Merville que legiones de

(1) V. Su respuesta á la historia de los oráculos de Fontanelle.

demonios se han apoderado de nuestro planeta, y que obran prodigios á cada paso. Nosotros convenimos en que Dios haya permitido y permita, á fin de dar cumplimiento á sus altos designios, afligir y contristar al hombre; pero vivimos en la íntima persuasión de que el Ente supremo no dará nunca rienda suelta al enemigo de su eterna gloria y de los mortales para que altere las leyes con que el mundo se rige y gobierna. ¿Háse visto acaso, que por obra del demonio se hayan invertido el órden y la marcha ordinaria de las cosas? ¿Han sufrido acaso alteracion por obra del demonio la justicia, la moral, los dogmas religiosos? ¿Han influido en algo todos esos magos verdaderos ó supuestos para cambiar la faz del orbe? Dejemos, pues, que los espiritistas modernos publiquen libros á centenares, con ánimo de reducir á ciencia sus mezquinas alucinaciones; dejemos que Eliphaz Lévi intente resucitar los ensueños de los talmudistas y los delirios de los neoplatónicos de la escuela de Alejandría; dejemos que dé importancia y aire de verdad á todos los libros apócrifos del antiguo Egipto, y que invente fórmulas de evocacion para que aparezcan los muertos; dejemos que el anglo-americano Home asombre á uno y otro hemisferio con sus prodigios, y se jacte de tener comunicacion muy directa con los espíritus; nosotros despreciamos todas esas supersticiones, y sin vacilar las ponemos al lado de la multitud de hechos fantásticos, depositados en las leyendas de la Edad media, como las de Silvestre II y Honorio; el primero verdadero prodigio de ciencia, y animado de fervoroso celo apostólico; el segundo muy

distinguido por sus virtudes, por la sencillez de sus costumbres y por haber dado mayor lustre y grandeza á Roma, hermoseándola con nuevos y suntuosos edificios, que han perpetuado su gloriosa memoria.

CARLOMAGNO

Y LOS TRIBUNALES SECRETOS DE LA EDAD MEDIA.

I.

Carlomagno se nos presenta con dos caras como el Jano de la antigua mitología; con la una mira los siglos pasados, con la otra los venideros. Su reinado, sus conquistas, el valor de sus paladines recuerdan las empresas histórico-tradicionales de las épocas más remotas de Grecia y Roma; dan vuelo á los arranques de la más acalorada fantasía, y pintan al propio tiempo las creencias supersticiosas y místicas de la Edad media, en cuyo seno fermentan los gérmenes de una civilización nueva, capitaneada por el principio católico. Su reinado resplandece en la oscura noche de la barbarie, como una atalaya misteriosa, que señala al pasajero en medio de

campos solitarios, sembrados de abrojos, espinas y malezas, la senda que pueda conducirle á terrenos más felices y á regiones, que desplieguen á su vista un nuevo y risueño horizonte. Carlomagno es la figura magestuosa, el simulacro sublime de los antiguos Césares; bajo su cetro, el imperio romano irgue ufana la cabeza entre los francos de las Galias; su trono se apoya en Italia sobre los escombros y las cenizas del dominio longobardo, y Carlomagno se presenta en Alemania, como el domador de aquellos fieros germanos, que destrozaron en otro tiempo las legiones de Varo. El reinado de este monarca, pues, es una profecía de las edades futuras, es el vaticinio de una nueva organizacion política en todo el Occidente. De su seno brota la caballería andante, epopeya maravillosa de las novelas y leyendas de la Edad media, que trasforman á Carlomagno y sus paladines en héroes de los más extraordinarios encantamientos, de su seno brotan las crónicas que hermanan la fábula con la historia para ennoblecer al hombre y amparar al bello sexo. El sacerdocio, que en todas las épocas y en todas las naciones ha sido el principio civilizador, porque el hombre en el estado de barbarie se inclina únicamente á la voz del cielo, el sacerdocio dá la corona del orbe á Carlomagno, y el papado inaugura la grande obra de una civilizacion sin término, y cada vez más lozana, porque tiende á reforzar los lazos de la fraternidad universal, y no á quebrantarlos como en Grecia y Roma, lodazal de todos los vicios, y en que habia más esclavos que hombres libres. En el reinado de Carlomagno, una chispa eléc-

trica reanima todos los seres; y las leyendas de su tiempo, que atribuyen tambien el uso de los sonidos articulados á los brutos, nos dan á entender bajo el velo misterioso del prodigio, que la misma naturaleza cooperaba con sus esfuerzos á enaltecer la fama de las gloriosas hazañas de Carlomagno, y á postrar al suelo el orgullo y la osadía de sus fieros y bárbaros enemigos. Las aves hablan para que el ejército francés, extraviado en la espesura de bosques sombríos, se dirija por otro camino, y un coloso de bronce, que se eleva en medio de las olas tempestuosas del mar, señala al emperador la senda que conduce al fantástico Oriente. Orlando, primer paladin de Carlomagno, posee una espada mágica, bautizada como una criatura cristiana, y cuyo nombre es *Durandal*; Orlando habla á su portentoso acero; este le escucha, le comprende, le obedece, y todos los guerreros más valientes y osados, se hincan de rodillas ante el primer paladin de Carlomagno. El terrible sonido del cuerno de marfil que posee Orlando, se estiende hasta veinte leguas; amedrenta á los enemigos, y hace estremecer las montañas. Cae, sin embargo, el gran campeón, oprimido bajo el peso mortífero de las flechas sarracenas en Roncesvalles; pero se levanta, cual nuevo Ateneo, toca su cuerno, y los bárbaros, sobrecogidos de espanto, apelan precipitadamente á la fuga. Carlomagno oye el sonido misterioso; quiere socorrer á Orlando, pero se lo impide el traidor Ganelon, que ha vendido el ejército francés á los enemigos. El paladin muere agobiado por un diluvio de nuevas flechas, estrechando en sus brazos á *Durandal*; los sarracenos no

osan descender de las montañas en que están acampados; no osan acercarse al cadáver del hombre terrible; creen ver á su espectro, que les amenaza desde lejos con fiero ceño; temen al héroe exánime; le descargan otras flechas.

Estos relatos histórico-tradicionales, aunque muy hiperbólicos, y propios de los tiempos en que la imaginación lo exagera todo, nos pintan á grandes rasgos y con viveza de colorido las guerras encarnizadas y destructoras de la Edad media. Hoy una buena táctica, el conocimiento profundo del arte militar, las marchas bien calculadas, las grandes evoluciones en el campo de batalla, vencen con frecuencia el número de una hueste formidable, y ponen el pendon de la victoria en las manos de un esperto general, que tiene bajo sus órdenes un ejército reducido. En la Edad media no habia mas elemento, no habia mas esperanza de triunfo que el número: las grandes batallas eran un conjunto de duelos parciales entre los individuos de dos huestes enemigas, y era muy natural, que el débil, que no tenia en su abono ni arte ni destreza, sucumbiera siempre bajo los repetidos golpes del mas fuerte. Pero, en atención á que las facultades, así físicas como morales de todos los hombres, están generalmente á un mismo nivel; si un individuo, en las épocas de oscuridad ó ignorancia, en esas épocas en que las creencias supersticiosas están arraigadas en todas las gerarquías sociales, descuella por la elevacion de su entendimiento ó por una noble osadía y su carácter esforzado, no se le califica de genio, ni se atribuyen sus hazañas, victorias

y triunfos á su valor, sino al influjo de causas sobrenaturales, á la mágia, á una proteccion decidida del cielo, y se inventan en su abono prodigios y milagros, de lo cual nos dan un claro testimonio los hechos que acabamos de narrar, extractados de las leyendas y crónicas en que se habla de Carlomagno y de todos sus invencibles paladines. El largo reinado, pues, de este emperador, sus guerras, sus grandes conquistas son el retrato mas fiel de la Edad media.

Los criticos mezquinos y los lectores vulgares, en las tradiciones oscuras y remotas del rey Arturo, del mago Merlin, de los caballeros de la tabla redonda, de Lancelote, de las gracias seductoras de la hermosa Geneveva, en todas las empresas y batallas de Carlomagno, en el esforzado valor de Orlando y sus compañeros de armas, no descubren más que fábulas caprichosamente inventadas y consejas pueriles. El filósofo, por el contrario, el historiador sagaz, y tambien el profundo publicista descubren en esas tradiciones oscuras, confusas y mezcladas con absurdos, la personificacion de una época, en cuyo seno fermentan los gérmenes destinados á servir de base y cimientos á un nuevo edificio social, como nos lo da á conocer lo que vamos á consignar.

Dicen las leyendas, en que figura Carlomagno en primer término y con brillo, que el papa Leon III, despues de haberle ceñido las sienes con la corona imperial, le dió un libro misterioso, llamado *Enquiridion*, el cual contenia plegarias cristianas, preceptos morales y los secretos de la cábala: bastaba poseerle para ser dueño del mundo entero. El *Enquiridion* suponía una revelacion

primitiva y universal; esplicaba todos los secretos de la naturaleza, y los hermanaba con los misterios de la ley de Gracia, conciliando la razon con la fé, porque las dos son hijas de Dios y concurren entrambas á robustecer la inteligencia. Decia luego, que una dura necesidad obligaba á ocultar estos misterios revelados, porque el vulgo, que no puede entenderlos, podria abusar de ellos, interpretándoles malignamente, y sirviéndose de la razon contra la fé. Añadia, por último, que su conocimiento habia sido conservado por una tradicion secreta á los soberanos pontífices y á los príncipes seculares.

El *Enquiridion* de Leon III es un libro ideal, una invencion fantástica; pero ¿no revela las necesidades de una época en que millares de hombres, avasallados por la fuerza prepotente de señores feudales, reclaman formas gubernativas más sólidas y regulares bajo la proteccion de la tiara, y de príncipes obedientes y sometidos al poder del que representa en la tierra al Dios de paz y caridad? ¿No es el supuesto *Enquiridion* una reclamacion en abono del imperio y del sacerdocio? ¿no es la manifestacion y una protesta solemne de un gran deseo que aspira á ver centralizado el principio de autoridad, arrancándole de las manos impuras del feudalismo, que fracciona el cuerpo político?

Comparad ahora lo que nos refieren las leyendas homéricas de la guerra é incendio de Troya, lo que nos refieren las antiguas leyendas del origen de Roma, con los hechos consignados en las de la Edad media; comparad á Aquiles con Orlando, á Agamenon y Menelao,

á Rómulo y Numa con Carlomagno, y vereis desde luego la mucha diferencia que se nota entre los elementos constitutivos de una sociedad nueva, que se funda en el error, y los que sirven de base y punto de partida á otra que se apoya en verdades eternas y regeneradoras.

Los griegos victoriosos entregan á las llamas el palacio de Priamo, sedientos de venganza por el rapto de una mujer; Rómulo dá asilo á bandoleros y asesinos para fundar la capital del orbe; griegos y romanos adoran á dioses mitológicos, y viven sumidos en la más torpe idolatría. Salen de la barbarie, pero sus instituciones políticas adolecen de todos los vicios destructores de la libertad individual, y sus guerras y conquistas aumentan el número de los esclavos. En las leyendas homéricas, los dioses figuran dominados por las pasiones más ruines; unos combaten con valentía ó con engaño en favor de los griegos; otros protegen á los troyanos; Numa dicta leyes en nombre de la ninfa Egeria, y encarna la idolatría en el ánimo de sus súbditos; los vicios más abominables tienen en Grecia y Roma sus dioses protectores. Júpiter mancha el tálamo nupcial de los mortales; Mercurio patrocina el robo; Venus es la diosa de las prostitutas, y exige que las doncellas sacrifiquen el pudor sobre sus altares. Estas son las leyendas histórico-mitológicas de los dos pueblos más clásicos de la antigüedad.

Carlomagno figura como domador de los fieros germanos; incendia aldeas y ciudades para someterles á su poder; pero echa al propio tiempo las bases de una civilización nueva abatiendo los ídolos y señalando á los

pueblos conquistados la senda del progreso. No es Agamenon ni Menelao, que vengan ofensas personales; no es Ulises, que vence con la astucia y el engaño; es el campeón del Crucificado, que combate con el Evangelio en una mano y la espada en la otra.

Aquiles es impetuoso, iracundo, inexorable con los mismos griegos, y se niega á combatir, porque se ve privado de su esclava; Orlando figura siempre como el primer paladin de Carlomagno; no le separan del campo de la gloria sus odios ni sus amores, y exhala la última aura de vida, lanzando miradas terribles con rostro amenazador á los bárbaros sarracenos.

En las leyendas histórico-mitológicas triunfan la injusticia, el abuso de la fuerza, las iras, los rencores; sus protagonistas son hombres feroces, vengativos, astutos ó divinidades paganas, que adolecen de todos los vicios. En las de la Edad media, las prácticas supersticiosas, las visiones místicas, los errores astrológicos, los encantamientos, los ensueños de la alquimia no destruyen la idea católica. Figuran entre sus protagonistas hombres malvados y supersticiosos, adivinos, brujas, hechiceros y nigromantes, que evocan las almas de los muertos; pero los verdaderos héroes de esas leyendas son siempre hombres dotados de grandes virtudes cristianas ó caballeros andantes, que se hincan de rodillas y depositan con pureza de afectos su espada á los pies de las damas (1).

(1) La crónica publicada bajo el nombre de Turpin, arzobispo de Reims, muerto en el año de 800, cartoce antes que

Si queremos por un instante separarnos de las leyendas, y atenernos únicamente á la parte histórica, respecto al reinado y las reformas gubernativas de Carlomagno, este monarca, lejos de presentarse á nuestros ojos como el hombre de los encantamientos y de las tradiciones fabulosas y exageradas, se nos presenta en sus Capitulares como un legislador, digno de ocupar un puesto preferente al lado de los monarcas más célebres de todas las épocas y de todas las naciones. En este gran monumento de la antigüedad, Carlomagno figura ante todo como emperador cristiano, guiado por un sentimiento religioso, que le dirige por la senda de las reformas más útiles. Sus Capitulares abrazan todos los ramos de la administracion en el orden político, civil, judicial y eclesiástico.

Su universalidad, la esperiencia del legislador, la rectitud de sus intenciones, su amor á las letras, su anhelo en introducir mejoras en el comercio y en las artes, su respeto profundo al sacerdocio, su deseo de hermanar los intereses de este último con los del imperio, sin sancionar los abusos, ponen de manifiesto la elevacion del talento de Carlomagno. Pero la oscuridad

Carlomagno, se cree con visos de mucha probabilidad, que pertenece al siglo XII. Esta obra, aunque apócrifa, es muy importante y curiosa, no solo porque se refiere á las leyendas y tradiciones populares, que existían en la época en que fué escrita, acerca de Carlomagno y sus paladines, sino tambien porque contiene una multitud de hechos históricos y tradicionales de los siglos XI y XII, como las peregrinaciones á Santiago de Galicia, las cruzadas y el ejercicio de la autoridad sacerdotal.

de los tiempos en que reinó; el estado de confusión en que se vió sumido todo el Occidente á consecuencia de las repetidas invasiones de los pueblos septentrionales; el poder despótico, la arbitrariedad, la violencia de los señores feudales; el carácter indomable de los hijos de los fieros germanos; su espíritu belicoso, que tenia en fermentacion toda la Alemania; la ignorancia, que engendra siempre ferocidad, y que á la sazón tendia á sofocar los últimos y lamentables restos de la antigua cultura intelectual, frustraron en gran parte la fuerza de las leyes muy sabias y discretas de Carlomagno, y dieron origen á instituciones bárbaras, como los tribunales secretos de la Edad media, y principalmente la Santa Vehmé, que se refiere á la época y reinado de ese gran monarca. Sus tenebrosas ceremonias, sus iniciaciones, sus sentencias inapelables, sus leyes de sangre, su impenetrable secreto, y los procedimientos terribles de otros tribunales del mismo género hoy nos inspiran horror, y sin embargo, en aquellos tiempos de barbarie su institucion fué hasta cierto punto necesaria.

II.

El gran principio de la justicia universal y de sus aplicaciones está tan fuertemente adherido al corazón del hombre, está tan encarnado en la vida política y civil de los pueblos, que no es dable concebir la idea de una sociedad en que no exista justicia. Así es, pues, que á

cada paso nos resuenan en los oídos las palabras, JUSTICIA DISTRIBUTIVA Ó CONMUTATIVA: ACTOS DE TREMENDA JUSTICIA; y en los tiempos de oscuridad y confusión, en esos tiempos en que todos los derechos más inviolables y sagrados degeneran por malignidad de los hombres en abusos horrendos, el gran principio de la justicia universal, que no encuentra un apoyo sólido ni firme en las constituciones del Estado, busca un asilo en el seno de sociedades misteriosas y oscuras, como LOS TRIBUNALES SECRETOS DE LA EDAD MEDIA, cuya memoria terrible conservamos todavía. Era su objeto defender la inocencia, amparar á los desvalidos, escudar á las víctimas de la arbitrariedad, humillar á los magnates y señores feudales. Pero la administración de la justicia, cualesquiera que sean los fines que sus jueces se proponen, cualquiera que sea la rectitud de sus intenciones, cuando sus procedimientos son inquisitoriales, secretos, ocultos, misteriosos; cuando no admiten defensa ni disculpa; cuando su código y sus leyes respiran sangre y venganza, la justicia se convierte en asesinato; y sus jueces, cubiertos con el manto de una falsa legalidad, se trasforman en verdugos, como sucedió en los tribunales secretos á que aludimos, y principalmente en el de la Santa *Vehmé*, titulado: TRIBUNAL SECRETO DE WESTFALIA.

Su institución trae origen de Carlomagno, y se supone, con visos de mucha probabilidad, que este emperador lo estableció despues de haber vencido á los fieros alemanes, para domar su carácter impetuoso, sometién道les á los fallos terribles de un tribunal, cuya

formidable autoridad no podían eludir ni rechazar con las armas en la mano, ni con sediciones y motines, porque ignoraban los procedimientos secretos y tenebrosos de los jueces destinados á vigilar su conducta y condenarles. Sea como fuere, lo cierto es, que la Santa *Vehmé* tenía largas ramificaciones en toda la Alemania, y que la historia de los tribunales secretos de la Edad media se enlaza tan estrictamente con la suya, que se les puede considerar á todos como una institución única en los vastos dominios septentrionales de Carlomagno.

Hasta mediados del siglo pasado, el triste recuerdo y los pormenores terribles de la Santa *Vehmé* quedaron envueltos en el tupido velo de tradiciones tan oscuras, que eminentes escritores juzgaron más del caso pasarlas por alto ó hacer de ellas una rápida y ligera mención, que engolfarse en el piélago insondable de investigaciones penosas y difíciles. Montesquieu, en el *Espritu de las leyes*, y Hénault, en su *Cronología razonada*, no hablan de la Santa *Vehmé*: Voltaire, en los *Anales del imperio*, se nos manifiesta muy poco enterado en esta parte de su historia. Pero las nuevas y laboriosas tareas, emprendidas por ilustres sabios, á principios de este siglo, con objeto de disipar las tinieblas y el silencio de los antiguos archivos, en que está depositada aun la historia de las instituciones más memorables de la Edad media, nos han colocado hoy en mejor terreno, y puesto en el caso de poder comunicar á los lectores una multitud de noticias peregrinas y curiosas acerca de la materia que nos ocupa.

En Dortmund, ciudad de los Estados prusianos en Westfalia, se encontró, hace ya muchos años, el código de la Santa *Vehmé*, cuyo título, literalmente traducido del alemán, es este: CÓDIGO Y ESTATUTOS DEL SANTO TRIBUNAL SECRETO DE LOS FRANCO-CONDES Y FRANCO-JUECES DE WESTFALIA, QUE FUERON ESTABLECIDOS EN EL AÑO 772 POR EL DIFUNTO EMPERADOR CARLOMAGNO: EL REY ROBERTO CORRIGIÓ EN EL 1404 LOS DICHOS ESTATUTOS, Y DESPUES DE HABERLES IMPRESO NUEVAMENTE SU SELLO, LES CAMBIÓ Y AUMENTÓ EN VARIOS PUNTOS PARA CONFORMARSE CON LO QUE EXIGIA LA ADMINISTRACION DE LA JUSTICIA EN LOS TRIBUNALES DE LOS ILUMINADOS (1).

En la primera hoja de este código famoso se lanzan fieras y horrendas amenazas contra los profanos que osáran leerle, y se dice que el que perpetrara tamaño crimen, será entregado en el acto á los puñales de los francos-jueces.

La eleccion de estos magistrados misteriosos fué en un principio privilegio esclusivo de los emperadores alemanes, que pertenecian á la Santa *Vehmé*; pero andando el tiempo los *francos-jueces* se arrogaron el

(1) V. la obra francesa titulada *De las sociedades secretas en Alemania y en otros países*, de la secta de los iluminados, del tribunal secreto, del asesinato de Kotzebue, etc., etc.: París, 1819.

Los *franco-jueces* se dieron á sí mismos el nombre de *iluminados*, porque suponian tener en sus manos la antorcha de la luz divina y de la eterna justicia. Es menester, pues, no confundir á esos *iluminados* con los nuevos sectarios del mismo nombre, cuyo jefe fué á fines del siglo pasado WEISHAAPT.

derecho de elegir por sí mismos los candidatos, bajo el secreto de este juramento terrible, dictado por su Gran-maestre al recipiendario: «Juro ser fiel al tribunal »secreto y defenderle contra mí mismo, contra el agua, »el sol, la luna, las estrellas, el follaje de los árboles, »todos los seres vivientes, todo lo que Dios ha creado »entre el cielo y la tierra, contra todos los hombres. »Juro sostener los fallos del tribunal secreto, ejecutar- »les y hacer que otros les ejecuten. Prometo y juro, »que ni la dulzura de los afectos, ni el dolor, ni el di- »nero, ni los parientes, ni las otras cosas creadas por »Dios, podrán obligarme á infringir este juramento. No »revelaré jamás los misterios del tribunal secreto; no »advertiré á nadie de los peligros que le amenazan; de- »lataré á mis padres, hermanos, hermanas y amigos, »sin excepcion ninguna, si el caso lo exige.—Dios y »sus santos me asistan.»

Cumplida esta ceremonia, dice el código, que el recipiendario repartía el regalo de costumbre, dando á cada *franco-juez* de primera clase una pieza de oro; á los de la segunda, una de plata, y á los de la tercera, media cuba de vino y un sombrero. Los que fallaban, pertenecían todos á la primera clase, y se les distinguía con el nombre sencillo de *francos-jueces*; los encargados de ejecutar las sentencias, y cuyo nombre era *verdaderos francos-jueces*, ocupaban un puesto inferior; los últimos, llamados *santos jueces del tribunal secreto*, debían vigilar la conducta de los particulares, recorrer las ciudades y referir á la Santa *Vehmé* todo lo que suponían que caía bajo su jurisdiccion.

Los *francos-jueces* tenían signos convencionales y palabras misteriosas para conocerse mutuamente, estando en medio de los profanos; y tan luego como un candidato quedaba admitido en el tribunal secreto, después de haber pronunciado su juramento, el Gran-maestre le comunicaba los primeros y las segundas.

En los antiguos archivos de Herfort en Westfalia se encontraron, entre varios documentos relativos á la Santa *Vehmé*, hace ya algun tiempo, las iniciales siguientes: S. S. S. G. G. Los sabios alemanes las interpretaron en esta forma: Stock, STRICK, STEIN, GRAS, GREIN, á saber; PALO, CUERDA, PIEDRA, YERBA, LLANTOS. Se cree, con algun fundamento, que estas palabras misteriosas, que servian de paso, indicaban al propio tiempo los castigos reservados á los profanos, que osáran introducirse furtivamente en el tribunal secreto, cuyas asambleas, siempre nocturnas, se reunian en grandes subterráneos ó en el fondo de las cavernas. Las palabras referidas algunas veces se sustituian con otras; pero de la misma índole, y su sentido alegórico y misterioso respiraba siempre crueldad, venganza, sangre. En fin, los *francos-jueces* daban un aspecto terrible y aterrador á todos los actos más indiferentes de la vida. Juan Agrícola nos dice terminantemente, en su esplicacion de los antiguos proverbios alemanes, que cuando asistían á algun banquete, se daban á conocer entre sí, colocando la punta de los estuches de sus cuchillos hácia el centro de la mesa, y la de estos últimos hácia uno de sus lados.

Todas las iniciaciones y ceremonias de la Santa *Ve-*

hmé eran misteriosas y lúgubres; todos sus procedimientos llevaban el timbre de la más despótica violencia, envuelta en las tinieblas del secreto, y en el manto de una hipocresía inexorable, que perpetraba horrendas crueldades y actos atroces bajo el pretexto de su inmenso amor á la justicia, como nos lo demuestra lo que vamos á extractar del código, que conocen ya los lectores.

Quando se abrian las sesiones de la Santa *Vehmé* sin el Gran-maestre, el *franco-conde*, que hacia sus veces, sentado en una especie de butaca, y teniendo á su lado un sable con un báculo ó un ramo de sauce, hablaba en esta forma á sus colegas, los iluminados: «Os pregunto, si son estos realmente el paraje y la hora en que yo pueda juzgar las causas llevadas ante el *Santo tribunal*.» Los iluminados contestaban: «El *Gran-maestre* te ha investido de todos sus poderes (1).» El *franco-conde* respondia á su vez: «Me conformo con las palabras que acabais de pronunciar.» Cumplida esta ceremonia, elegia siete *francos-jueces* para que le asistieran á fallar, y dirigiéndose á toda la asamblea, decia: «Prometo seguridad y proteccion á mis integros colegas, á todos los que están aquí presentes, y les declaro instalados, como es de derecho.» Los *francos-jueces* debian tener la cabeza descubierta durante la sesion; no podian llevar guantes, y se les permitia únicamente

(1) Cuando presidia las sesiones el Gran-maestre, se suprimian las palabras: «El Gran-maestre te ha investido de todos sus deberes,» porque este hablaba en su propio nombre.

presentarse con su manto echado al hombre: todas las sentencias de la Santa *Vehmé* respiraban sangre.

Si un profano se introducía furtivamente en la asamblea, se le ahorcaba por los piés al árbol que estaba más cerca; si á uno de los miembros del Santo tribunal se le culpaba de algun delito, y sus cohermanos juzgaban que merecía la muerte, se le arrojaba una sogá al cuello, y se le estrangulaba despues de haber pronunciado el Gran-maeste estas palabras terribles: «Te condeno á ser ahorcado, conformándome con las leyes del tribunal secreto; y en atencion á que tú has merecido este suplicio por tus delitos, entrego tu cuerpo á los cuervos y á todas las aves y animales que habitan en el aire: recomiendo tu alma á Dios: declaro viuda á tu esposa y húrfanos á tus hijos.» Los que revelaban los secretos de la Santa *Vehmé* debian ser ahorcados siete piés más alto que todos los demás; el código se espresa acerca del particular en esta forma: «Al culpable se le vendarán los ojos; se le atarán las manos detrás de las espaldas; se le echará una cuerda al cuello; se le pondrá boca abajo; se le arrancará la lengua por la nuca, y se le ahorcará por los piés hasta exhalar el último suspiro.» Emitida la sentencia y ejecutada, el Gran-maestré arrojaba en medio del subterráneo una rama de sauce, los *francos-jueces* escupian sobre ella y aprobaban el fallo, estando todos en pié, con la cabeza descubierta y desarmados.

Todas las sentencias del tribunal secreto eran inapelables; y cuando los *francos-jueces* condenaban á hombres, que no pertenecian á su gremio, mandaban fijar

la sentencia por manos desconocidas, durante la noche, en los muros de la casa de la víctima infeliz ó en la estatua de algun santo cerca de su vivienda, ó en el tronco de un árbol en campo raso. La sentencia concedia siempre al condenado seis semanas de dilacion para prepararse al gran viaje que debia llevarle al otro mundo. Ningun oficial de justicia iba á buscarle para comunicársela; y llegaba á sus oídos, porque las guardias nocturnas ó los pasajeros, que la habian visto y leído, le anunciaban su fatal desventura. Desde aquel momento su muerte era inevitable; si intentaba huir, le acometian y asesinaban personas desconocidas; si se encerraba en su cuarto, se le encontraba cadáver sin poder averiguar la mano homicida.

Algunas veces al culpado se le perdonaba, si pertenecía á los miembros del Santo Tribunal, y no habia revelado el secreto. En casos semejantes debia presentarse á la Santa *Vehmé* acompañado de dos *francos-jueces*, con una soga al cuello, guantes blancos, las manos juntas como suplicante, y debia postrarse en el suelo, pidiendo gracia; despues de esta ceremonia muy humillante quedaba absuelto.

Aunque todos los escritores antiguos, que nos hablan de la Santa *Vehmé*, dicen que la condenacion contra los profanos, que no formaban parte del gran cuerpo de los *francos-jueces*, se lanzaba en la oscuridad y el silencio de la noche, sin intimar al culpado que se presentára al Santo Tribunal, es de suponer que habia casos excepcionales en que no se observaba esta regla, si es cierto lo que está consignado en una antigua crónica, la cual

se espresa en la forma siguiente: «Los tribunales secretos podrán tener sus sesiones en todos los lugares ignorados y desiertos; esta circunstancia pondrá al acusado en la imposibilidad de adivinar en donde los *francos-jueces* se han reunido. Tan luego como el acusado reciba la intimacion, deberá trasladarse tres cuartos de hora antes de la media noche al lugar más vecino de su casa, y allí se encontrará con un *franco-juez*, que le llevará en silencio al tribunal, despues de haberle vendado los ojos.»

En esta circunstancia no queremos pasar por alto, que en los baños de Baden, á poca distancia de Rastadt, bajo el antiguo castillo de los Margravios (1), situado sobre una montaña, existe todavía un gran subterráneo, en donde se cree que se reunian los *francos-jueces*.

La Santa *Vehmé*, cuyo solo recuerdo nos inspira horror, y hace estremecer la humanidad, llegó á adquirir una gran importancia política á fines del siglo xii, despues de haberse apoderado de Westfalia el arzobispo de Colonia en el año de 1182. A mediados del siglo xiv se establecieron en toda la Alemania otros tribunales secretos sobre el mismo modelo; y sabemos que los magistrados más distinguidos, los hombres adictos á la diplomacia, los príncipes reales y tambien los

(1) Esta palabra se compone de dos vocablos alemanes, que significan *frontera* y *conde*, porque en un principio se aplicó á los que gobernaban en Alemania ciudades fronterizas; pero andando el tiempo, este mismo título se dió á los príncipes independientes de varias provincias alemanas.

monarcas, solicitaban á porfía ser admitidos en el número de los *francos-jueces* de la Santa *Vehmé* ó de otros tribunales por el mismo estilo, á fin de evitar los graves riesgos á que se veían espuestos y una muerte violenta y alevosa. Tenemos todavía cartas particulares en que se dice terminantemente que en el consejo de Carlos, Margravio de Baden, y en los ayuntamientos de Basle, Worms y Ulm habia *francos-jueces*.

El emperador Sigismundo en la última mitad del siglo xiv, los emperadores Alberto IV y Federico III, en el siglo xv, intentaron poner freno al poder formidable de los tribunales secretos; pero podemos afirmar, con visos de mucha probabilidad, que vieron en gran parte frustrados sus esfuerzos, si es cierto, como nos han dejado escrito autores muy fidedignos, que en tiempo de Federico, los *francos-jueces* ascendian á más de cien mil, y que los tribunales secretos desaparecieron en el siglo xvi, despues de haberles dado el golpe de gracia Carlos V, emperador de Alemania y rey de España.

Esta es la historia compendiada de esos tribunales de sangre. Es de advertir, sin embargo, que en las crónicas alemanas de la Edad media figuran bajo una multitud de nombres, y que esta particularidad ha dado márgen á graves errores acerca de sus constituciones y reglamentos, y al aserto infundado de que habia tribunales secretos que no traian origen de la Santa *Vehmé*. Nosotros, á fin de disipar toda esta confusion, vamos á referir los nombres que se dieron indistintamente á la Santa *Vehmé* y á los demás tribunales secretos,

considerándoles como una institucion única. Tituláronse: REMGERICHT, tribunal de Westfalia, HEIMLICHACHT, tribunal secreto, HEILIGE HEIMLICH RECHT VISSENDE ACHT, tribunal santo, secreto y justo, VEHMEDING, tribunal veimico ó fémico, Santa *Vehmé*, á saber, tribunal que condena desterrando ó separando de la sociedad, FREYDING, tribunal franco ó libre. Pero esos tribunales tenebrosos, esos tribunales, cuyos procedimientos fueron siempre oscuros, secretos y envueltos en el velo del misterio, esos tribunales, en fin, que esparcian el terror hasta en los hogares domésticos de las personas más inofensivas, ¿fueron siempre perjudiciales á los ciudadanos y á todo el cuerpo político? ¿no produjeron ningun efecto saludable? ¿su institucion primitiva fué tan mala como figura hoy en la historia? ¿no degeneró andando el tiempo? Estos son los puntos muy árdulos y dificiles de resolver que vamos á tratar.

III.

Los que estudien detenidamente, guiados por la antorcha de una crítica juiciosa, la organizacion de los sucesos políticos en distintas épocas; los que fijen sus miradas en las costumbres, la índole y religion de los varios pueblos que figuran en los anales de la historia; los que se remonten á las causas que han promovido instituciones, que se han perpetuado por una larga serie de siglos, á pesar de sus graves defectos, descubri-

rán, despues de un maduro exámen, que hay tiempos y circunstancias en que un legislador se ve obligado á adoptar medidas violentas y hasta inquisitoriales para someter pueblos bárbaros, para castigar su ferocidad, para amansarles y dirigirles por la senda del progreso y de la civilizacion. La Santa Vehmé y los francos-jueces, establecidos por Carlomagno, se propusieron en un principio, como único objeto, castigar con severidad á los hijos de los antiguos germanos, naturalmente feroces y belicosos, encarnados en sus creencias supersticiosas, y muy adheridos á sus usos y costumbres. Los pueblos á quienes la espada de Carlomagno habia vencido, no tenian una idea perfecta del derecho; rechazaban con violencia las reformas más útiles, y sufrían el dominio del gran conquistador con ira y con la viva esperanza de sacudir su yugo. Carlomagno, pues, para poner freno al carácter impetuoso y obstinado, y al espíritu turbulento de sus nuevos súbditos, y al propio tiempo humillarles, necesitaba echar mano de medios y recursos muy eficaces, de medios y recursos ocultos; misteriosos y tan formidables y rápidos, que no les fuera dable precaverse contra ellos, ni evitar el castigo. Todas estas particularidades abogan en abono de la Santa Vehmé, y nos demuestran, que la institución de este tribunal fué, hasta cierto punto, una exigencia de la época á que aludimos.

En un pueblo civilizado, que comprende perfectamente las ventajas del progreso y la utilidad de las reformas; en un pueblo en que cada cual tiene la conciencia de los derechos que le asisten, y de lo que exi-

ge el cumplimiento de sus deberes, el ejercicio de una autoridad absoluta con formas arbitrarias es un absurdo que conduce á malos resultados. En un pueblo bárbaro, por el contrario, como la Alemania en tiempo de Carlomagno, no sucede lo propio, y un legislador no puede llevar á cabo sus planes, por muy buenos que sean, sin salir del camino ordinario, y apelar á medidas de rigor, porque los bárbaros desconocen y rechazan todas las formas legales. Pero, en atención á que podrian ahora nuestros lectores culparnos, con sobrada justicia, de contradiccion por lo que acabamos de apuntar acerca de la Santa Vehmé, despues de haber expuesto con colores muy oscuros, y censurado anteriormente los procedimientos inquisitoriales, horrendos, crueles y tenebrosos de los francos-jueces y de todos los tribunales secretos de la Edad media, nos vemos obligados á dar á nuestras ideas más precision y claridad, á fin de disipar todas las dudas y poner de manifiesto la realidad de los hechos.

Para comprender el origen, los progresos y la desaparicion de los tribunales secretos, es menester considerarlos bajo tres aspectos muy distintos en sus diferentes épocas. La de Carlomagno, que llega hasta el siglo xi; la del obispo de Colonia, señor de Westfalia, que se extiende hasta los siglos xiii y xiv, y la de los emperadores Sigismundo, Alberto y Federico, que acaba en Cárlos V.

En la primera época, la Santa Vehmé, que figura como único tribunal secreto hasta fines del siglo ix, conserva el carácter de una institucion política, some-

tida á la autoridad soberana. El emperador elige los francos-jueces, y cuando estos fallen, no podrán ejecutarse sus sentencias, sin el consentimiento y beneplácito imperiales; la jurisdiccion de este tribunal es muy lata, y se extiende sobre toda clase de delitos; pero los francos-jueces, no perdiendo nunca de vista que es su principal objeto humillar á los grandes y amparar á los desvalidos, persiguen con ahinco á los magnates, que abusan de su autoridad, bien sea perjudicando al Estado, bien sea á los particulares. Es de notar, sin embargo, que si el acusado se cree inocente, no se rechazan sus disculpas sin exámen; que algunas veces se le indulta, y que durante el proceso se le permite trasladarse de uno á otro país con un salvo conducto imperial. La Santa Vehmé, pues, en esta época se nos presenta como una especie de policia secreta bajo la presidencia del Príncipe, y los francos-jueces no son más que magistrados elegidos por la corona, y sujetos á su autoridad.

Las Capitulares de Carlomagno contienen disposiciones admirables, y revelan á cada paso, como queda consignado en la primera parte de esta leyenda, la superioridad de su ingenio; pero algunas de sus leyes encontraron obstáculos invencibles á consecuencia de la ignorancia y barbarie de los tiempos. Habia á la sazón tribunales ordinarios; pero eran tantos los abusos introducidos en la administracion de justicia, tantas las exenciones y tan ilimitados los privilegios en abono de los señores feudales, que estos lo podian todo contra el jefe del Estado. La Santa Vehmé, que heria en

la oscuridad y el silencio con mano invisible, remedió en parte estos males, porque los hombres más osados y prepotentes no podían impedir con la fuerza, ni rechazar con sus violencias la ejecución rápida de fallos que ignoraban. Los castigos impuestos por la Santa Vehmé eran atroces y crueles, pero propios de la época, y no los habían inventado los francos-jueces. Nuestros padres, ¿no presenciaron excesos de barbarie, muy parecidos, hasta mediados del siglo pasado? El tormento, la pena del fuego, condenar á los hombres á ser descuartizados vivos, ¿eran acaso castigos inferiores á los impuestos por los francos-jueces? El código de la Santa Vehmé, que hace estremecer á nuestros contemporáneos, no tiene los caracteres de una severidad exagerada en la época de Carlomagno, como hoy se cree. Pero todas las instituciones humanas, de por sí muy imperfectas, y principalmente las que otorgan poderes ilimitados á un cuerpo de individuos, como la Santa Vehmé, de que nos vamos ocupando, más ó menos tarde degeneran y se desvian de la buena senda, porque los hombres que se ven exentos de toda responsabilidad, dan rienda suelta, casi instintivamente, á sus pasiones más ruines, y procuran engrandecerse, ensanchando el círculo de sus facultades.

La Santa Vehmé en el siglo xi se sustrae de la autoridad soberana; los emperadores no pueden asistir á sus reuniones, sin hacerse iniciar primero como otro recipiendario cualquiera; los francos-jueces eligen sus colegas; fallan, castigan y condenan sin reserva; sus sentencias no necesitan ya la sancion imperial; los fran-

cos-jueces obran por su propia voluntad; la Santa Vehmé sirve de modelo á otros tribunales, que se forman por el mismo estilo; y tanto estos como aquella se convierten en sectas clandestinas y tenebrosas, que respiran sangre, ódio y venganzas. Entonces el secreto, animado por el espíritu de secta, es más rígido, más inviolable; las sentencias de los tribunales secretos son terribles; la seguridad individual queda completamente aniquilada; y los hombres más distinguidos, que temen atraerse las miradas de los francos-jueces, procuran asociarse á la Santa Vehmé. En tanto, los que aspiraban al imperio de Alemania, electivo y causa de intrigas, sin fuerzas suficientes ni centralizacion de poderes; los príncipes alemanes seculares ó eclesiásticos, mutuamente enemigos y estimulados por rivalidades ambiciosas, creen descubrir en la Santa Vehmé y en los demás tribunales secretos un cuerpo formidable de hombres, que pueden contribuir al logro de sus fines con las armas de la alevosía y de la traicion. Los francos-jueces, pues, adquieren en esta segunda época un gran prestigio y una triste importancia, y en el siglo XII ejercen un poderoso influjo en todas las córtes de Alemania, disponiendo á su antojo de los destinos de la nacion. La fama oscura y confusa, que ha llegado hasta nosotros de los tribunales secretos en este siglo, es un tejido de crímenes horrendos, de iniquidades inauditas, de castigos dictados por el interés, la ambicion y las pasiones más ruines. Pero, si es cierto, que nada puede perpetuarse en este mundo, y que cada siglo tiene sus necesidades y exigencias propias, es más cierto

aun que las instituciones, esencialmente malas, ó fundadas en la violencia y la arbitrariedad de un poder absoluto, tienden á desplomarse cada vez con más fuerza, porque carecen de elementos sólidos; y tan luego como han desaparecido los motivos verdaderos ó supuestos, que las promovieron, su caída es muy segura y su ruina inevitable.

Los alemanes en el siglo xiv no conservaban más que el recuerdo histórico de los usos y hábitos, de las costumbres y supersticiones de sus antiguos padres, á quienes calificaban ya de bárbaros; los motivos, pues, que habian mediado en tiempo de Carlomagno para establecer la Santa Vehmé eran una reminiscencia y no una actualidad. Los demás tribunales secretos, ramificaciones de esta última, tampoco tenían objeto ni misión especial que cumplir. Por otra parte, el derecho público en Europa habia comenzado á echar raíces; y los emperadores de Alemania, en cuya elección tomaban ya un interés casi dinástico, todas la demás potencias, adquirían cada día más fuerza. No podían, pues, permitir ni tolerar tribunales secretos y clandestinos, independientes de la corona, y que obraban por sí solos con autoridad soberana. Pero una institución, por mala que sea, no deja de crear intereses muy hondos con el trascurso de los años, y acaba siempre por tener un crecido número de defensores; los unos por egoísmo, los otros por costumbres y hábito, ó porque creen que es una profanación sacrílega abolir las instituciones de sus padres, ó introducir en ellas innovaciones y reformas. En casos semejantes un go-

bierno no puede obrar franca y resueltamente, y se ve en la dura necesidad de contemporizar, apelando á medios más ó menos indirectos, como sucedió con la Santa Vehmé, y los demás tribunales secretos de la Edad media en esta tercera época. Los emperadores Sigismundo, Alberto y Federico les pusieron bajo su vigilancia; no buscaron su apoyo, como los antiguos príncipes y emperadores; no se manifestaron adictos á los francos-jueces, que frecuentaban sus córtés respectivas; y por último se declararon contrarios á sus procedimientos secretos y tenebrosos, y á sus fallos inapelables é infucos. Cuando Cárlos V ocupó el trono imperial, su política, sus conquistas y las inmensas fuerzas de que disponia, cambiaron enteramente el aspecto de Europa; le facilitaron el camino á inaugurar una nueva época, derribando los restos carcomidos de la Edad media, y descargó con su poderoso cetro el último golpe á los tribunales secretos, ya debilitados é inábiles á resistir á leyes, cuya observancia se apoyaba en la punta de la espada. No queremos, sin embargo, pasar por alto en esta circunstancia, que contribuyó tambien á la desaparicion de los tribunales secretos la Reforma. Nosotros estamos muy lejos de aprobar sus delirios blasfemos; pero nos vemos obligados á convenir en que, habiendo establecido por su punto de partida el libre exámen en el órden religioso, inspiró un profundo aborrecimiento en todos los ánimos contra las medidas inquisitoriales y misteriosas.

Todo lo que llevamos espuesto, fundado ten hechos históricos y no en hipótesis, ó vanas conjeturas, nos

pone de manifiesto que los tribunales secretos de la Edad media tuvieron su cuna y ejercieron su formidable poder en Alemania únicamente. Podemos afirmar, sin embargo, con visos de alguna probabilidad, que tanto en este país, como en todos los demás de Europa, influyeron sobre manera en la creación de una multitud de sectas, y que la francmasonería, cuya institución se supone mucho más antigua, ha adoptado en sus iniciaciones algunas ceremonias de la Santa Vehmé. Con efecto, como nadie ignora, los recipiendarios no pueden tener voto ni tomar parte en lo que tratan los francmasones en sus logias, sin someterse primero, como lo practicaron ya los francos-jueces, á las pruebas que prescribe su ritual. La inviolabilidad misteriosa del juramento, y la atrocidad de los castigos con que se amenaza á sus contraventores, conservan un mismo carácter en la Santa Vehmé y en la francmasonería. En entrambas hallamos establecido el mismo orden gerárquico de primero, segundo y tercer grado; sabemos además, que los francos-jueces se distinguieron también con el nombre de *rose-croix*, que es un título masónico; y finalmente los nombres genéricos de francos-jueces y francmasones nos indican, que tanto estos como aquellos se consideraron en todas las épocas exentos de la observancia de las leyes ordinarias, establecidas y sancionadas por la autoridad legítima, encargada del gobierno del Estado.

El autor de la obra francesa sobre las sociedades secretas, etc., arriba citada, cap. XXXI, cree que la del ORDEN DE LA PERFECTIBILIDAD, fundada en 1776 por

Weishaupt en Alemania, y convertida mas adelante por sus adeptos en secta de los nuevos iluminados, no fué mas que un restablecimiento de la Santa Vehmé bajo otra forma. Si queremos parar mientes tan solo en la inviolabilidad del juramento, que exigian los francos-jueces, en los castigos terribles con que amenazaban á los que osáran quebrantarle, y en sus iniciaciones oscuras y tenebrosas, no cabe duda que se nota mucha semejanza entre los antiguos tribunales secretos y los iluminados de la época moderna; pero no sucede lo propio en cuanto al objeto que se proponian los primeros, y al que se propusieron los segundos. Los francos-jueces se creían autorizados, en virtud de sus constituciones y reglamentos, á administrar una justicia rápida y severa en abono de los que eran, á su entender, victimas de los fuertes, á humillar á los prepotentes, á proteger á todos los desvalidos; los iluminados modernos querian, por el contrario, organizar una sociedad nueva, derribando todo lo existente; y en sus delirios se daban siempre, con el firme propósito de engañar, por taumaturgos, que poseian los secretos más maravillosos, como la medicina universal, la bebida de la inmortalidad, el arte de hacer el oro y los diamantes, y la ciencia oculta de evocar á todos los espíritus invisibles y á las almas de los difuntos (1). Nosotros, pues, ateniéndonos únicamente á la historia,

(1) Los que quieran enterarse de todos los pormenores acerca de la secta de los iluminados, y pasar al mismo tiempo un rato muy divertido, podrán leer lo que nos ha dejado escrito

y sin salir del terreno de los hechos, ponemos término á nuestra narracion con decir á los lectores que la Santa Vehmé y los demás tribunales secretos, muy distintos de la secta de los iluminados modernos, en cuanto á su objeto, fueron una institucion muy viciosa, atroz y arbitraria, pero exigida hasta cierto punto por la oscuridad y confusion de los tiempos, y que desaparecieron de la faz de Europa á consecuencia del progreso de las luces.

sobre las sectas secretas de Alemania el conde de Mirabeau en la «Monarquía Prusiana» tomo 5.º, lib. VIII, pág. 58 y sigs.—Edicion de Lóndres, 1788.—Y en la historia de lo maravilloso en los tiempos modernos, Luis Figuier.—Paris, 1860.

y sin salir del terreno de los hechos, como se ha
 & nuestra narracion con decir & los hechos que se
 Santa Ysabel y las de las diferentes cortes, que dis-
 tintos de la corte de los reinos moriscos, en
 quanto a su objeto, fueron una institucion muy vici-
 sa, para y arbitria, pero existia hasta el año
 por la necesidad y conveniencia de los tiempos, y que des-
 tinguieron de la de Europa & conservacion del
 progreso de las artes.

En la corte de España el año de 1500 se
 se instituyó la Real Academia de las Ciencias y Artes
 de España, y en la de Portugal en el año de 1709
 se instituyó la Real Academia de las Ciencias y Artes
 de Portugal.

LA HERMOSA É INOCENTE ROSITA.

LEYENDA TURCA DEL SIGLO XVI.

La cuna de las fábulas más fantásticas, de las novelas en que figuran seres imaginarios, pero con tinte celestial, de las leyendas y alegorías más compasivas y patéticas, ha sido en todos los tiempos, en todas las generaciones el Oriente. Un sol brillante, que con sus rayos de oro alumbraba el firmamento y anima toda la naturaleza, campos alfombrados de flores y revestidos de perpetuo verdor, elevadas y gigantescas montañas, cuya cumbre la vista del hombre no alcanza, rios caudalosos y parecidos al anchuroso mar, árboles, cuyas ramas frondosas, agitadas por una aura suave y ligera, refrescan con su sombra al caminante en sus largos y penosos viajes, dan al Oriente un aspecto de grandeza,

lozanía y magestad, que nos recuerda la época primitiva de la creación del mundo. En esas regiones, cuando la noche estiende su negro manto sobre todos los seres, la luna, que recorre taciturna los aires en su carro de ébano, despidiendo los rayos de una luz pálida y debilmente argentada, y el inmenso número de estrellas, que tachonan la bóveda celeste, dan la idea de la eternidad. En esas regiones, las creencias más inveteradas de sus habitantes y su acalorada fantasía dotaron á los animales de razón, les dotaron del uso de los sonidos articulados, y dieron origen al apólogo, que pasó del Oriente á la docta Grecia. En esas regiones toda la naturaleza, y los objetos que la embellecen y engalanan, inspiran placer, voluptuosidad, encantos y amor al reposo.

Aparece Mahoma, y entonces la Arabia, esa gran península oriental, se convierte al islamismo; toma una actitud guerrera, y con su alfange en una mano y el Coran en la otra, aspira á conquistar el mundo entero. Sus vates, sin embargo, sus fabulistas, sus historiadores, conservan en toda su viveza las creencias populares, conaturalizadas con el Oriente; conservan en sus escritos su decidida propension á la voluptuosidad, á lo maravilloso, á lo fantástico. *Las mil y una noches*, *Los mil y un dias*, y todos los cuentos y las leyendas, producto de plumas orientales, confirman este aserto. Persuadido tal vez Mahoma de que no le es hacedero, ó que no conviene á los intereses de su supuesta y fingida misión dar á sus sectarios un carácter muy distinto de las costumbres sensuales y lascivas, propias de

los árabes, les permite dividir el tálamo con cuatro esposas legítimas y con un número ilimitado de concubinas, declara que la mujer es esclava del hombre y no su fiel é inseparable compañera, y deposita en su Coran una parte de los ensueños y de las leyendas del Oriente. Su capítulo de los *Angeles*, el de los *Génios*, su descripción del Paraíso, en donde los bienaventurados disfrutan de todas las gracias y todos los encantos que les prodigan numerosas odaliscas, y respiran el aire embalsamado de las esencias y de los perfumes olorosos, que despiden las hermosas flores y los árboles de amenos jardines, son un testimonio evidente de lo que acabamos de consignar.

Pero los árabes conquistadores, esos sectarios de Mahoma, capitaneados por el invencible Omar, pierden paulatinamente su lustre, su grandeza, su imperio; y los nombres gloriosos de los califas de Bagdad, Al-Mamun y Harun-Raschid, el lujo y esplendor de sus magníficas Córtes, sus victorias memorables y sus triunfos, sus famosas academias, dignas de rivalizar con las más célebres de la Europa moderna, su decidida y poderosa protección á las ciencias y á las letras, han pasado hoy á ser dominio de la historia, que nos enseña, apoyada en una triste y lamentable experiencia, que los imperios más fuertes y las dinastías más ilustres, nacen y perecen como los individuos.

Los turcos, pueblos bárbaros, feroces é ignorantes, sucedieron á los árabes; y estendiendo aun más sus conquistas en Asia y Europa, se apoderaron de Constantinopla, antigua capital del imperio griego, que no

tardará tal vez en renacer de los escombros y las cenizas de la impia Media-Luna.

Muchos de los árabes, despues de su completa decadencia, volvieron á la vida nómada de sus primeros padres; otros habitan hoy bajo Regencias separadas en las costas berberiscas, y que pueden merecer el título de Estados independientes, á pesar de que la diplomacia las considera como tributarias de la sublime Puerta. Pero, sea como fuere, lo cierto es, que están en su agonía y próximas á ser presa de los Europeos, como la Argelia, que en tiempos no muy remotos fué el terror de la cristiandad en todo el mediterráneo y en varios puntos del adriático, porque los argelinos, más bárbaros y piratas que los de Túnez y Trípoli, desembarcaban en muchas playas, y principalmente en las de Sicilia, y robaban las niñas y las mujeres más hermosas para poblar sus harems ó para venderlas como esclavas. El Dey de Argel mandaba en don al Sultán de Constantinopla las que más se distinguían por su hermosura, á fin de que disfrutára de sus gracias y encantos, encerrándolas en el serrallo imperial.

Todos los autores ponderan en gran manera la tez blanca y sonrosada, los ojos rasgados y negros, el cútis delicado y fino, el pié enano, las facciones y formas muy acabadas de las mujeres nacidas en Georgia ó Circasia; pero la belleza no siempre gusta, y las gracias seducen, halagan y encadenan los corazones con más fuerza y constancia. Hé aquí por que en tiempo de la piratería berberisca era para el sultán el regalo más agradable una esclava siciliana. Las mujeres de esta isla,

perla del mediterráneo, apenas llegadas á la adolescencia, parecen la obra más perfecta de la naturaleza; las Gracias y los Amores revolotean en su derredor, y los restos, que conservan todavía del antiguo tipo griego, dan más brillo y realce á sus encantos. Era muy célebre en Sicilia el templo dedicado á Venus sobre el monte Erice; y esta diosa, delicia de los númenes y de los hombres, como dijo Lucrecio, no nació en Georgia ni en Circasia, sino de las olas espumosas y blancas del mar en una isla.

Los que hayan recorrido con alguna detencion los anales del imperio otomano, no habrán dejado de notar, tal vez, que las esclavas sicilianas fueron siempre las más preferidas en el serrallo del sultan, y que algunas entre ellas llegaron á ser grandes sultanas, como Zulema, madre de Soliman I, y Bassa, madre de Mahomet III; nuestra Rosita, cuya leyenda histórico-tradicional vamos á narrar, fué compatriota de las dos mencionadas, y dividió tambien el tálamo imperial con su señor.

En una pequeña ciudad marítima de Sicilia, muy cerca de Catania, y llamada *Aci Trezza*, fué sorprendida por los Argelinos, á mediados del siglo xvi, una niña de siete años, que parecia mas bien ángel que criatura humana. Los padres, que eran pobres campesinos, y no tenian mas hijos, despues de haber perdido tan miserablemente aquella prenda de sus entrañas, en quien habian depositado todas sus esperanzas, todo su cariño, todos sus cuidados, pasaron el resto de sus dias en la amargura y el desconsuelo, derramando ardorosas lá-

grimas. La niña, que era nuestra Rosita, fué enviada á Constantinopla y ofrecida en don al sultan. En el serrallo se la brindó con muchos juguetes para distraerla de la afliccion y tristeza que manifestaba; pero ni aquellos, ni los halagos que la prodigaban las odaliscas, ni la compañía alegre y festiva de otras niñas esclavas, ni todos los demás placeres, pudieron borrar de su memoria la idea acosadora de verse separada de sus padres y lejos de su tierra natal. Estando ya en el abril de sus años, el Sultan comenzó á darla testimonios de estrechado cariño, y Rosita fué declarada al cabo de algun tiempo Gran Sultana por haber dado un heredero al trono. Entonces el emperador, prendado cada vez mas de su hermosura, de sus encantos y de su carácter, naturalmente dócil y afectuoso, se habria inclinado, tal vez, á enlazarse con ella en legítimo matrimonio, si una ley fundamental del Estado no se lo impidiera.

Los historiadores afirman en general, que habiendo vencido Tamerlan á Bayacet y usado de sus infortunadas mujeres, se estableció como ley que ningun emperador otomano contrajera matrimonio en los tiempos venideros, á fin de que si otro caso semejante acaeciera, no sufriese el grave ultraje de ver manchado su tálamo real. Pero algunos autores sostienen, que no prohibiendo el Coran bajo ningun concepto el himeneo de un musulman con una cristiana, no se permiten en la familia imperial enlaces formales por miedo de que la religion y la política europeas lleguen á perjudicar las constituciones del Estado.

Pero sea como fuere, nuestra Gran Sultana, aunque

esclava y no esposa, se cautivó el corazón de su señor en términos, que este, no contentándose con preferirla á todas las demás mujeres que poblaban su serrallo, intentaba todos los medios que estaban á su alcance para complacerla y disipar aquella nube de profunda tristeza, que oscurecía con frecuencia su semblante. La Rosita, dotada de mucha viveza de ingenio y de todos los encantos propios de su sexo, hablaba perfectamente el turco, el griego y el árabe, y bailaba con gracia y ligereza, acompañando sus movimientos acompañados con las melodías de suaves y patéticas canciones.

El sultan, prendado cada vez más de tantas bellas dotes, anhelaba verla reconquistar aquel sosiego, que dá más expansión y fuerza á los afectos del alma. Habiéndola sorprendido, pues, un día con los ojos empapados en lágrimas, la pidió como una muestra de verdadero amor y ternura, le revelase los motivos de su aflicción y mucho pesar. Entonces la Rosita le refirió con voz lastimera y acentos entrecortados por repetidos sollozos y destemplado llanto el triste caso de su horrendo y alevoso rapto; le dijo que su melancolía, aunque no tan profunda ni continua como en su niñez, porque entonces se la había prometido que se la devolvería á sus queridos padres, no dejaba de acometerla de vez en cuando con violencia, y añadió, por último, que habiendo abrazado la religión de Mahoma, y acostumbrada ya desde largos años á los usos turcos, se contentaría ahora tan solo con tener noticias de sus padres.

El sultan, después de haber oído atentamente estas

palabras, que manifestaban un entrañable amor filial, mandó venir á su presencia á Kislir-Agá, jefe de los eunucos negros, y muy adicto á su persona; le enteró de lo que acababa de pasar, y le dió de un modo muy terminante el encargo de trasladarse á Sicilia para buscar á los padres de la sultana; pero alegando como pretesto que había emprendido aquel viaje con ánimo de instruirse y visitar los raros monumentos de una isla famosa en los anales de la antigüedad por haber sido pátria de muchos ilustres varones en las ciencias, las letras y las artes. El Visir dijo, por mandato del mismo sultan, al embajador de Nápoles, residente en Constantinopla, que escribiese á su monarca para que el virrey de Sicilia tratára á Kislir-Agá, durante su viaje, con todas las consideraciones debidas á un súbdito de la Sublime Puerta y personaje muy distinguido. El sultan, finalmente, dispuso que su eunuco fuese á ver á la sultana antes de embarcarse para recibir sus órdenes y ejecutarlas con escrupulosidad y sin reserva.

Esta mujer, digna de mejor suerte, depositó con alegre satisfaccion en las manos de Kislir-Agá todo el dinero que había reunido y economizado en el serrallo, alimentando siempre la lisonjera esperanza de enviarlo á sus padres. Le dió tambien sus diamantes y otros objetos preciosos para que se los entregára, y le recomendó encarecidamente no revelase que había cambiado de religion ni que estaba en el serrallo, sino que dijese que había dado su mano á un rico mercader armenio, y que entrambos disfrutaban de todas las delicias de un verdadero amor, viviendo muy dichosos.—

La sultana regaló al eunuco una sortija de gran valor, y le prometió dones más cuantiosos á su regreso.

El virey de Sicilia, en atencion á las órdenes de su amo, recibió honorablemente á Kislir-Agá; pero tan luego como puso el pié en las playas de Sicilia, y desembarcó en Palermo, capital de la isla, quiso que se le vigilase con cuidado y en secreto, porque el pueblo, las autoridades, los grandes dignatarios de la corona y el virey mismo, sospechaban que aquella estraña visita tuviese por su principal objeto altas y simuladas miras políticas: sus sospechas no eran infundadas.

El imperio turco estaba á la sazón en su apogéo de gloria y esplendor, y el alfanje musulman amenazaba á la Europa entera, proyectando nuevas conquistas: la memorable batalla de Lepanto, ganada por las armas españolas, unidas á las fuerzas vénetas y romanas, y la invencible espada de Sobieski y sus polacos no habian humillado aun la fiereza otomana.

¡Ah, Polonia y Venecia fuisteis entrambas baluarte contra el turco! pero ¿cuál ha sido vuestro premio, cuál vuestra fortuna?—La que espresan con poético númen estos versos, traducidos del italiano al español por la ejercitada pluma del ilustre vate y escritor distinguido D. Ventura de la Vega:

¿Quién salvó de Europa la mísera gente
Del ímpetu ciego del fiero otomano
Polonia vibrando el asta luciente,
Venecia en los riscos del ancho Oceano?

¿Y cuáles mercedes, cuál noble fortuna
De entrambos premiaron el alto valor?
Tragóse á Venecia la negra laguna
Despuebla á Polonia del Czar el furor.

Volviendo ahora nuevamente á nuestro argumento, repetimos que no eran infundadas las sospechas de los sicilianos acerca del viaje de Kislir-Agá, no solo porque no parecia muy natural ni ordinario que un turco pensára en instruirse y visitar los raros monumentos de Sicilia, sino tambien por la mucha proximidad de esta isla á las costas africanas, cuyos habitantes no ignoraban, que en épocas no muy remotas, el pendon de Mahoma habia ondeado sobre sus torres. Nada tenia, pues, de fantástico ni estraño suponer que, apoyados los berberiscos en las fuerzas otomanas, proyectáran apoderarse de la Sicilia, y que el viaje del eunuco tuviese por objeto explorar las playas desiertas ó menos frecuentadas de la isla, á fin de intentar el desembarco de un numeroso y formidable ejército.

Pero al cabo de un corto número de dias se tranquilizaron todos los ánimos por haber puesto el virey en conocimiento del público que un griego, secretario é intérprete de Kislir-Agá, le habia revelado, mediante una suma muy erecida de dinero, depositada en sus manos, la verdadera mision del eunuco; el cual, despues de haber visitado Palermo, marchó á Catania, y desde allí se trasladó á *Aci Trezza*. Tratando de averiguar en esta última ciudad el paradero de los padres de la sultana, supo que habian dejado de existir, abrumados de dolor y miseria, y que pronunciaron con ter-

nura hasta su última agonía, entre suspiros, lágrimas y sollozos el nombre de la prenda querida de su alma que los argelinos les habían robado. Kislir-Agá, á semejante noticia, que frustraba todas sus esperanzas, prorumpió en amargo llanto, y habiendo vuelto á Constantinopla despues de algunas semanas, participó á su señor el éxito funesto de su delicada mision. El sultan no tuvo el suficiente valor para comunicar en el mismo instante el triste suceso á la que era el único objeto de su entrañable cariño; pero la Rosita, á quien parecian largas las horas y eternos los dias, esperaba con anhelo el retorno de Kislir-Agá, y viendo que el sultan la prodigaba sus caricias con aire compasivo y melancólico, y no con su acostumbrada alegría, comenzó á sospechar algo de siniestro, y agitada, palpitante y temerosa, preguntaba con frecuencia por Kislir-Agá, diciendo á su señor que tardaba mucho en regresar. El sultan respondia palabras entrecortadas y misteriosas, ó guardaba un profundo silencio, echando á su Rosita miradas que expresaban ternura y afliccion á un tiempo; y últimamente la dijo, aludiendo al fatalismo musulman, que en esta tierra estamos todos sometidos á los fallos inexorables de un destino irrevocable, y que los que nacen están destinados á morir. Entonces la sultana comprendió que sus padres habian desaparecido del mundo, y se abandonó desmayada en los brazos de su señor, que confuso, lloroso y asistido de un gran número de odaliscas, la suministró todos los recursos para que volviera en sí, pareciéndole que estaba próxima á exhalar el último suspiro. Desvanecida

la síncope, nuestra sultana anegada en lágrimas, habló en esta forma: «¡Oh Dios misericordioso! ¡oh Dios de
 »mis padres, vos me castigais por haber abandonado
 »vuestra ley, y abrazado otra que no era la mia! Virgen
 »santa, y vosotros, bienaventurados del paraíso, bende-
 »cid á mis padres, que reposan dichosos en la mansion
 »eterna: he sido causa involuntaria de su muerte fu-
 »nesta, pero los corsarios me robaron, y no fuí hija in-
 »grata: Dios misericordioso, ¿me perdonareis? y si vos
 »no me perdonais, ¿qué puedo esperar de los hombres?
 »¡Ay, tristes recuerdos de mi niñez! Mi madre, mi que-
 »rida madre, aquella que me llevó en su seno, aquella
 »que me alimentó con la sangre de sus venas, me cogia
 »con ternura en sus brazos, y me decia: «Tú eres mi
 »alma: prenda de mis entrañas, te amo, te adoro»...
 «¡¡Ah, los corsarios me robaron!!!» El sultan y las oda-
 liscas se deshacian en lágrimas, y aquel dia fué un dia
 de afliccion, tristeza y luto para todo el serrallo.

El amor de una madre, su extremado cariño, están estampados con caracteres indelebles en lo más profundo de nuestra alma, y los que llegan á borrarlos son mónstruos y no hombres. ¡Cuán bella es la alegoría, que compara las madres al pelicano, que segun los antiguos creian, alimenta á sus hijuelos con su propia sangre!

Muerto el sultan, subió al trono su heredero, hijo de nuestra Rosita, que fué declarada *sultana validé*, á saber, viuda del padre del sultan reinante.

El amor filial amortigua en parte los pesares y hace más llevadero el infortunio: la Rosita, pues, halló en el

nuevo sultan, que se le manifestaba respetuoso y pronto á llenar todos sus deseos, un fármaco á sus males muy inveterados. Pero cuando sus antiguas y tristes reminiscencias la acometían, miraba al hijo de un modo tan tierno como significativo, y le decia: «Hijo mio, »nací libre, y soy esclava y señora á un mismo tiempo, »y el verte y amarte son mi único consuelo. Si el Dios »misericordioso me perdona, si puedo abrazar á mis »padres en la mansion celeste, perdonaré á los corsarios »que me robaron.»

En su agonía, y estando ya al borde del sepulcro, pronunció estas últimas palabras: «Dios mio, os pido »perdon, os pido misericordia: no fui nunca en mi co- »razon mahometana: detesto mi aparente apostasia: he »creido siempre en la religion de mis padres, y muero »cristiana.—Expiró (1).

(1) Esta leyenda la hemos entresacado de una narracion histórico-tradicional, consignada en la Historia de Turquía, escrita por Mr. Grossi, con el título de *Charte de l'empire ottoman.*, tomo 1.º, pág. 216. París 1825.

En el presente se ha considerado el problema de la
 existencia de un sistema de coordenadas que sea
 invariante por las transformaciones de Lorentz.
 Este problema se resuelve considerando el espacio
 de Minkowski, donde el tiempo y el espacio se
 unifican en un solo concepto, el espaciotiempo.
 En este espacio, las transformaciones de Lorentz
 se representan como rotaciones hiperbólicas.
 La métrica de Minkowski es dada por:

$$ds^2 = -c^2 dt^2 + dx^2 + dy^2 + dz^2$$
 donde c es la velocidad de la luz.

La invariancia de esta métrica bajo las
 transformaciones de Lorentz garantiza que la
 longitud propia y el tiempo propio sean
 cantidades físicas bien definidas.
 El espacio de Minkowski es un espacio
 vectorial de dimensión 4, donde los ejes
 representan las coordenadas espaciales y
 el tiempo.

En conclusión, el espacio de Minkowski
 proporciona un marco matemático riguroso
 para la relatividad especial.

RANCÉ Y LA TRAPA.

Cuando las pasiones fermentan y se agitan por el contraste de elementos encontrados; cuando el pensamiento vuela, llevado en alas de la imaginacion; cuando el ánimo está corrompido, pero quedan todavía vivas y fuertes las creencias augustas y santas de las verdades católicas, un hecho, que tiene algo de extraordinario é inesperado; un acontecimiento siniestro, que abate el espíritu, obran conversiones prodigiosas, y al hombre de estragadas costumbres, y que vive encenagado en deleites y placeres sensuales, le transforman en ángel de caridad, le separan del vicio y le allanan el camino que conduce á la eterna bienaventuranza.

Armando-Juan *le Bouthillier de Rancé*, este gran reformador de la Trapa, confirma nuestro aserto; pero antes de consignar los hechos más notables de su vida,

no muy ejemplar en el siglo, austera y santa despues de su conversion, y antes de referir su muerte humilde y penitente, nos parece muy del caso hablar de la fundacion de la Trapa, la más augusta y memorable entre las órdenes cistercienses.

Su nombre trae origen de la palabra francesa *Trappe*, que se aplica en general á un lugar de reclusion cualquiera ó retiro, cuya salida impide una trampa (trappe) despues de haber facilitado su entrada (1). La palabra *Trapa*, pues, significa monasterio separado del mundo, cenobio muy austero y aislado. Su fundador fué en 1122 Retrou, conde de Perche, y segundo de este nombre. Una antigua leyenda dice que habiéndose visto, á su vuelta de Inglaterra, amenazado de naufragio por una gran tormenta, hizo el voto solemne de edificar una capilla en honor de la Virgen santa, si lograba llegar al Continente sano y salvo, y que habiendo escuchado el cielo sus fervorosos ruegos, mandó dar la forma de un buque volcado á la bóveda de la iglesia en que figuraba la nueva capilla, que cumplia su voto. Retrou III, su hijo, la acabó de perfeccionar

(1) Chateaubriand dice en su vida de Rancé, v. pág. 88 del tomo I, Bruselas 1844, que *Trapa* significa en el dialecto de Perche, país de Francia, *escalera*, y que Nuestra Señora de la Trapa es lo propio que *Nuestra Señora de la Escalera*. Nosotros nos hemos separado de esta etimología, que no se apoya en bases firmes, sino en la opinion únicamente de un escritor, y hemos adoptado la que acabamos de apuntar en el texto, porque nos parece más lógica y conforme á la austeridad y vida solitaria de los antiguos trapistas.

y embellecer, por haberse convertido la iglesia en un monasterio, que fué la Trapa. Poco despues este Retrout hizo parte de la primera Cruzada con otros héroes cristianos, y á su regreso de Palestina trajo muchas reliquias, que fueron depositadas por su hijo en la capilla de la Virgen santa. Entonces á la basilica nada faltó, dice Chateaubriand, para completar la historia del tiempo: hubo voto, naufragio, peregrinacion (1).

Serlon IV, abad de Savigny (2), reunió en 1144 la Trapa á la órden cisterciense (3), y el nuevo monasterio, que acababa de nacer, fué protegido por los papas Alejandro, Clemente, Inocencio y Nicolás III.^{os}, y por los papas Bonifacio VIII, Juan XXI y Benedicto XII.

San Luis, rey de Francia; ese varon ilustre que ha merecido el honor de los altares, y cuyo nombre figu-

(1) V. Chateaubriand, ob. cit., p. 88.

(2) SAVIGNY: esta aldea, que pertenece hoy al departamento francés del Ródano, es muy célebre en los anales de la Iglesia Galicana por su monasterio titulado *San Martín de Savigny*.

(3) Dióse en general este nombre á todos los monasterios sometidos á la regla de San Benito, desde el tiempo en que Roberto de Molano, con otros religiosos, se retiró en Cister, ciudad de Francia, y que allí fundó un nuevo monasterio de la órden de San Benito.

En esta circunstancia no queremos pasar por alto que las tres órdenes monásticas de trapistas, camaldulenses y cartujos son muy distintas, aunque algunos escritores las confunden. Es muy cierto que, tanto la primera, fundada por Retrout, como la segunda por San Bruno, y la tercera por San Romualdo, pertenecen á la órden de San Benito; pero sus respectivas constituciones, iguales en cuanto al fondo, varian en sus aplicaciones, y su observancia no es uniforme en el terreno práctico.

ra con brillo en todas las instituciones más memorables de la monarquía francesa, amparó y protegió al nuevo orden religioso de la Trapa, como lo pone de manifiesto una cédula real, en que San Luis se expresa en esta forma: «Quiero que los trapistas vivan libres, tranquilos y exentos de toda clase de subsidios (1).»

La Trapa fué un lugar de asilo y santidad por el trascurso de largos años; pero andando el tiempo, perdió toda su grandeza y su carácter augusto, así que necesitaba ya una mano muy poderosa, que sosteniéndola, empleára todas sus fuerzas para restablecer el edificio, que amenazaba ruina, y renovar las antiguas constituciones, que prescribían con rigor la estricta observancia de las reglas monásticas. Para convencerse de lo que acabamos de apuntar, basta leer la descripción de la Trapa antes de la reforma de Rancé: descripción lastimosa, concebida en estos términos:

«Las puertas quedaban abiertas de día y de noche; los hombres y las mujeres entraban libremente en el claustro; el átrio del monasterio era tan negro, que parecía más bien el de un hediondo calabozo que de una casa de Dios; una escalera, apoyada en una muralla, servía para subir á los pisos, cuyos tablados estaban rotos ó carcomidos en términos, que no se podía andar sin grave riesgo; entrando, se veía una bóveda á medio desplomar, que se llenaba de agua á la menor lluvia; las columnas que la sostenían estaban

(1) *Sint liberi, quieti, exempti ab omnibus subsidiis.*

»encorvadas, y los locutorios se habian convertido en
 »cuadras. El refectorio no conservaba más que el
 »nombre de lo que habia sido; religiosos y seglares se
 »reunian allí para jugar á la pelota, cuando el calor ó
 »el mal tiempo no les permitia darse un buen rato al
 »aire abierto; el dormitorio, expuesto á todas las in-
 »temperies de la atmósfera, servia de vivienda á las
 »aves nocturnas. La iglesia no se encontraba en me-
 »jor estado: sus paredes amenazaban ruina; acá y acu-
 »llá se veian piedras dispersadas; los ladrillos del sue-
 »lo estaban rotos; el campanario parecia próximo á
 »desplomarse, y cuando tocaban las campanas, todo el
 »edificio temblaba. El agua corrompida y cenagosa de
 »los estanques exhalaba vapores mefíticos muy insalu-
 »bres, que dañaban la respiracion é infestaban el aire;
 »y el aspecto de la Trapa, triste y solitario, parecia
 »más bien un lugar habitado por espíritus malignos
 »que por religiosos consagrados al culto divino.»

Rancé, los hechos de cuya vida vamos á narrar, confirma lo propio en una carta á madama de Guisa, y la dice: «No tiene visos de mucha probabilidad que, tan cargado de años como estoy, y que con el aire que respiro, me restablezca de mis dolencias: debemos reparar únicamente en la situacion del lugar en que Dios nos ha puesto: él no ignoraba los males á que quedaríamos sometidos: ¿qué importa, pues, en donde se vive, si es necesario morir?»

En el siglo de Luis XIV la literatura francesa, llega á su apogeo, pero las creencias católicas comienzan á manifestar síntomas de decadencia: los chistes satíri-

cos de escritores lúbricos y lascivos, y cierta ligereza epigramática y antireligiosa, que se separan de la elocuencia varonil y viva fé de Fenelon, Bossuet, Flechier, Bourdaloue, inauguran la época fatal de aquella gran corrupcion, que dando rienda suelta al desenfreno de todas las pasiones, estaba destinada á producir más tarde frutos muy amargos y horrendos desastres.

Armando-Juan le Bouthillier, señor de Rancé, hijo de Dionisio le Bouthillier y de Carlota Joly, ahijado de Rechelieu y su protegido, amigo de Bossuet, dotado de facilidad y agudeza de ingenio, naturalmente afable y de carácter festivo, se nos presenta como el eslabon de la gran cadena que une dos épocas, la del espíritu religioso y del amor á los estudios fundamentales y severos; y la de la ligereza y costumbres relajadas, que toman rápido incremento. La conversion de Rancé es un claro testimonio de lo que acabamos de sentar respecto á la primera época; la pintura que nos han dejado de su juventud los biógrafos de este ilustre personaje, y que ponemos á continuacion, confirma lo que se refiere á la segunda época: « Los biógrafos se espresan » en esta forma: Rancé pasa el abril de sus años en las » pompas y diversiones de una corte fastuosa y brillante, y se entrega á las vanas especulaciones de las ciencias ocultas más condenables, despues de haber formado parte de la gerarquía eclesiástica, sin más vocacion » que sus aspiraciones ambiciosas, que le hacian desear, » cada dia con más anhelo y ceguedad, las dignidades » primarias de la Iglesia: su conducta poco ejemplar, es » un objeto de escándalo. Este hombre, sin embargo,

»sumergido en todos los deleites con que brinda el mundo, se ordena sacerdote, y el que ha olvidado el camino del cielo, es recibido doctor de la Sorbona.»

Muerto su padre, y quedado libre Rancé de sus actos y persona á la edad de veinte y seis años, se presenta en medio de la más alta aristocracia con todo el esplendor que hasta entonces no habia podido ostentar; atraviesa las calles de París con un tiro de ocho caballos de las mejores y más costosas castas, con un gran equipaje y con un crecido número de lacayos en ricas libreas. Su palacio está lujosamente amueblado; su mesa abunda en esquisitas viandas, y asisten á sus suntuosos banquetes los personajes más distinguidos por su opulencia ó por los elevados cargos que desempeñan. Entre las damas que frecuenta Rancé, ocupa un puesto muy preferente la duquesa de Montbazon, cuya muerte ha adquirido mucha celebridad, por haber obrado la conversion, tan extraordinaria como milagrosa, de ese ilustre varon, reformador de la Trapa, y protagonista de nuestra leyenda.

Desdichados los hombres que piensan en dividir su tálamo con una esposa, cuando en el estrecho horizonte de nuestra vida corre el sol al ocaso. Pero el duque de Montbazon, creyendo tal vez que podia ser un acto meritorio y un gran testimonio de resignacion para una jóven enlazarse con un hombre anciano, celebró su himeneo, estando ya cerca de los ochenta años, con una hija del conde de Vertus, niña de diez y seis, y luego escribió á la madre de Luis XIV estas palabras, dignas de pasar á la más remota posteridad, porque

son muy peregrinas: «Conozco, M. los peligros que me amenazan por haber contraído matrimonio muy cargado de años; pero los buenos ejemplos de V. M. impedirán á mi esposa salvar los límites del deber».

Quedaron frustradas todas sus esperanzas, porque madama de Montbazon, no muy satisfecha con verse al lado de un hombre que no era más que un monumento, no se manifestaba ingrata ni desconocida con los que la prodigaban lisonjas, seducidos por sus encantos. El duque, persuadido de que la principal culpa era toda suya, se atuvo al partido muy prudente de convertir en broma su propia deshonor. Habiendo, pues, mandado edificar á diez leguas de París un castillo, adornado con pequeñas torres y astas fingidas de animales vacunos, lo enseñaba á los curiosos, y decia, tocándose la frente: «Lo que veis ha salido todo de mi cabeza.»

La vida licenciosa y libertina de madama de Montbazon figura en canciones, madrigales, epigramas y libelos de aquel tiempo, más bien satíricos que calumniosos. Pero Rancé, querido por el anciano duque, y criado en la casa de la jóven duquesa, la amaba entrañablemente, y cuando esta enviudó, fué su amigo preferido é inseparable. El cardenal de Retz dice, hablando de madama de Montbazon, que no habia visto nunca á una mujer entregada al vicio con tan poco respeto á la virtud: el hecho no dejaría tal vez de ser real y positivo, ni la historia lo desmiente. Nosotros, sin embargo, limitándonos á lo que juzgamos más propio para el caso, podemos afirmar con seguridad que madama de Mont-

bazon, dotada por la naturaleza de hermosura, de muchos encantos, de viveza de ingenio, de un carácter fácil y cariñoso, eclipsó en la corte á todas las damas sus rivales; podemos afirmar que á la edad de treinta y cinco años no aparentaba más de veinte, y que sus relaciones íntimas con Rancé fueron objeto de envidia para los que aspiraban á granjearse su amor. Madama de Montbazon, pues, llegó á convertirse en un ídolo del mundo galante, y habiendo circulado un dia la triste noticia de que atravesando un puente, que en aquel mismo instante se hundió, habia muerto ahogada, se publicó un epitafio, en que se la comparaba á las diosas del Olimpo. Pero tan luego como se supo que la Montbazon aun vivia, todos sus adoradores y la corte repetian el epitafio como un corto panegírico á que sus encantos eran acreedores.

Un misterio inexplicable, que enlaza el mundo físico con el moral, y que se reproduce con frecuencia, nos enseña que los grandes acontecimientos casi siempre van precedidos, en mayor ó menor escala, de circunstancias precursoras de lo que se desea ó teme.

La muerte desgraciada y violenta de madama de Montbazon habia sido una mentira; pero al cabo de pocos meses las Parcas inexorables cortaron el hilo dorado y seductor de su vida, y nuestra duquesa bajó al sepulcro, acompañada de los tristes lamentos de los que prendados de su hermosura, la prodigaban cada vez más obsequios y lisonjas. Algunos biógrafos dicen que Rancé la consoló en su agonía con palabras edificantes y santamente religiosas, y que recogió su último

suspiro; otros, y con especialidad los legendarios, lo niegan, circunstanciando la muerte de esa mujer muy célebre y la conversion de Rancé en una forma que merece ocupar estas páginas, no solo porque un crecido número de autores la han reproducido, sino tambien porque tiene cierto tinte, que lleva consigo y refleja con viveza la fuerza mística de uno de aquellos grandes desengaños, que rasgando el velo de todas nuestras ilusiones fútiles y transitorias, descubren su vanidad.

La leyenda dice que madama de Montbazon enfermó gravemente, y murió estando Rancé en una quinta á corta distancia de París. Los amigos, que habian asistido á la duquesa, y sus criados, conociendo que una noticia tan triste, tan repentina, tan inesperada, no habria dejado de producir en Rancé una profunda impresion y un abatimiento de espíritu, que podria haber sido la causa inmediata de su muerte, convinieron en ocultarle aquel funesto acontecimiento para comunicárselo más tarde, y despues de haberle preparado antes de recibir el gran golpe. En tanto Rancé, que lo ignoraba todo, tan luego como regresó á París, se dirigió al palacio de la duquesa de Montbazon. Pero... ¡espectáculo horrendo!... en el primer tramo de la escalera vió á una multitud de gente con cirios encendidos, y á cuatro hombres que llevaban un ataúd—¿qué comitiva fúnebre es esta, pregunta con demudado rostro?—Nadie le contesta. Entonces Rancé abre con violencia la caja mortuoria, y se presenta á su vista... ¡oh Dios!... se le presenta el cadáver de la que habia sido

dueña y señora de su alma, el cadáver de la que habia sido el único objeto de su amor y ternura, el cadáver mutilado de la duquesa de Montbazon. No siendo suficiente la caja por sus cortas dimensiones á contenerlo, los sepultureros le habian cortado la cabeza, que toda ensangrentada, casi rodaba sobre los despojos mortales de la infortunada duquesa. Rancé, aturdido é inmóvil como una estatua, lo mira todo sin prorumpir en lágrimas, no lanza quejidos, y despues de breves instantes se separa de la comitiva fúnebre, y corre á su casa. Los criados le saludan respetuosamente, Rancé no contesta, y se encierra en su despacho. Ya queda con los ojos fijos en el suelo, ya mira las paredes, y acometido últimamente por un gran delirio, cree ver á la duquesa, y la habla en esta forma: «¿Quieres, pues, dejarme triste y desolado?... Pero yo sé muy bien que tu muerte es fingida... ¡oh Dios! ¿quién te ha herido? ¿quién te ha mutilado con tanta barbarie?... yo te hablo, yo te veo; pero ¿en dónde está tu cabeza?... Malvados, asesinos, homicidas, devolvedme el objeto amado... ¡Ah duquesa, no me dejes! ¿No sabes tú que me es molesta y gravosa la vida sin tu amor?... ¡oh Dios! ¿qué abismo se abre bajo mis piés? ¿qué cirios fúnebres son estos?... ¿quién me roba el objeto amado? ¿quién me arranca el alma del pecho? »

Tantos y tan repetidos delirios fatigaron su espíritu en términos que cayó desmayado en un sillón de brazos, y vuelto en sí al cabo de poco rato, pensando más sosegadamente en la muerte funesta de madama de Montbazon y en el espectáculo que habia presenciado, se

trasladó en posta á Veretz con la viva esperanza de que la soledad y el retiro aliviarían sus pesares, proporcionándole aquellos consuelos que no encontraba en las criaturas humanas.

¡Vana y triste lisonja! Aquel lugar desierto dá alas á su profundo dolor; dá alas á su melancolía, y acaba por convertir en acibar los escasos alimentos que prolongan su penosa existencia. Las noches le son insupportables, y pasa los días en aquellos parajes solitarios, sumido en tristeza y aflicciones: ya queda inmóvil y estático á orillas de un estanque ó de una clara y limpia fuente, mirando el reflejo de su propia imágen, y casi próximo á trasformarse, no en cándida flor, como el fabuloso Narciso, sino en piedra, como la infortunada Niobe; ya recorre maquinalmente entre zarzas y malezas, y por veredas extraviadas, bosques poblados de robles y encinas, que con sus frondosas ramas ocultan los rayos luminosos del sol, y dán un aspecto sombrío á toda la naturaleza. ¡Ah! madama de Montbazon ha muerto, y esos lugares desiertos sirven únicamente para despertar en el corazón oprimido de Rancé el triste recuerdo de su pasada felicidad. Pero aunque la fría losa del sepulcro encierra las cenizas de esa mujer extraordinaria, de esa mujer, cuyas gracias seductoras y cuyos encantos alegraban las tertulias más selectas y concurridas, ¿no sería ahora posible á Rancé, que la adoró como los antiguos paganos á la diosa Venus, evocar su espíritu?—Ese varón, que en los delirios de su primera juventud se había entregado también al estudio vano y supersticioso de las ciencias ocultas, intentó en

su desesperacion este medio tan criminal para satisfacer su ardiente y devorador deseo de ver la sombra de la duquesa de Montbazon. La evocó ; pero el espectro no apareció, porque el Dios misericordioso, segun dice la leyenda, habia dispuesto que una vision toda cristiana sirviera de fármaco á las aflicciones profanas de Rancé, convirtiéndole en ángel de virtud en este valle de miserias para facilitarle el camino que conduce á la mansion de la eterna bienaventuranza. Luego la leyenda sigue en esta forma:

«Un día, mientras Rancé, taciturno y pensativo atraviesa á pasos lentos y tardos una alameda, muy próxima á su casa de Veretz, le parece que han prendido fuego todos los edificios del patio ; corre apresuradamente, pero cuanto más se acerca, tanto más el incendio disminuye, y por último se convierte en un inmenso lago de fuego, y se vé presa de las llamas á una mujer levantada de medio cuerpo arriba. Esta vision terrible infunde pavor en el ánimo de Rancé, y persuadido de que el espectáculo horrendo que acaba de presentarse á sus ojos es un cuadro en que figuran el infierno y madama de Montbazon, condenada sin rescate á las penas eternas, vuelve á su casa pálido, trémulo y casi moribundo: cae sin sentido sobre su lecho, y restablecido de su desmayo al cabo de algunas horas, refiere con voz entrecortada por gemidos y sollozos lo que ha presenciado.»

Habrá sido tal vez aquella vision supuesta y no real y verdadera; habrá sido el producto de su exaltada fantasia, ó la consecuencia de un nuevo delirio; pero lo

cierto es que en Rancé, que en este varon insigne, ha labrado ya el espíritu divino; que el ángel de misericordia ha extendido sus alas benéficas sobre el pecador; que el rocío fecundo de la gracia celeste ha ablandado su alma endurecida en la culpa. Rancé renuncia solemnemente á los falsos deleites, á los placeres engañosos con que el mundo brinda; la memoria de su vida pasada le causa tristeza y remordimientos; su conciencia le acusa, y Rancé invoca el auxilio de la Virgen Santa y de todas las gerarquías que rodean el trono del Altísimo para que intercedan en su abono, y le sean perdonadas sus culpas. Rancé quiere sepultarse en el fondo de un claustro; y cilicios, ayunos, abstinencias, rezos y plegarias, serán su sustento y su pan de salvacion.

Lo que acabamos de referir, enlaza ahora la leyenda con la historia, como nos lo confirma el pasaje que ponemos á continuacion, extractado de la vida de Rancé, escrita por D. Juan Bautista de Latour, prior de la Trapa: « Cuando yo daba rienda suelta á los extravíos de mi corazon,—habla el mismo Rancé,—no solo bebía la iniquidad como el agua, sino que, cuanto leia ó llegaba á mis oidos acerca del pecado, lejos de separarme de la culpa, me estimulaba á ser mas culpable. En fin, el tiempo dichoso ha venido, en que el padre de misericordia quiso dirigirme sus miradas: yo ví al romper el alba al mónstruo infernal con quien habia vivido, y el pavor que se apoderó de mi persona, al presenciar aquel espectáculo terrible, fué tan extraordinario, que me parece harto difícil que otro semejante vuelva á experimentar en mi vida. »

Sometiendo á un exámen muy detenido todo lo que atañe al hombre, física y moralmente considerado, se nota que, andando el tiempo, este ser se modifica en mayor ó menor escala. En el abril de sus años sus pasiones son vivas, animadas, enérgicas como su semblante, sus formas exteriores y todos sus actos; en la edad madura su aspecto es muy reposado, y sus pasiones y afectos del ánimo son mas tranquilos; en la vejez el hombre se nos manifiesta débil de cuerpo, y tardo en todas sus operaciones. Pero esta marcha muy natural no guarda siempre uniformidad, y cuando un hecho extraordinario é imprevisto ó un grande acontecimiento hiere profundamente la imaginacion, suceden en el hombre cambios radicales y repentinos, bien sea separándole de la senda de todas las virtudes, y pervirtiéndole, para su desventura, hasta el extremo de que la violencia de sus pasiones, en vez de amortiguarse con el trascurso de los años, adquiere mas fuerza y malignidad, bien sea trasformándole, aunque jóven y entregado á todos los deleites y placeres sensuales mas seductores, en un ángel y en un verdadero modelo de todas las perfecciones, como nos dá un brillante testimonio de ello Rancé.

Penetrado este insigne varon del espíritu divino, arrependido de sus desmanes licenciosos y de su conducta escandalosa, y muy contraria á la santidad de su carácter sacerdotal, apela á la misericordia divina; desea aplacar los remordimientos de las tristes y lúbricas reminiscencias que agitan su alma; desea merecer el pan propiciatorio de la eterna salud; desea que una

vida larga y penitente sirva de fármaco y justa compensación á sus grandes faltas, y dá oído á los buenos consejos y á las insinuaciones muy cristianas del P. Séguenot, su director espiritual, y luego á las del P. Mouchy, hombre profundamente instruido, de costumbres muy puras, y que habia dirigido tambien su conciencia. Rancé comienza por introducir reformas en toda su vida privada; la frugalidad reemplaza al lujo y esplendor de su antigua mesa; viste sencillamente sin afectacion ni galantería; despide á cocheros, lacayos y á otros muchos de su servidumbre; no concurre á las grandes y numerosas cacerías, que eran una de sus principales diversiones; prodiga limosnas, y aunque no ha renunciado todavía á sus pingües beneficios, los considera ya como propiedad de los pobres. Algunos hombres piadosos y amigos de Rancé le aconsejan trasladarse á la India, recorrer la elevada é inmensa cordillera del Himalaya, y predicar en aquellos paises muy remotos las verdades evangélicas, siguiendo en sus misiones las huellas de S. Francisco Javier, que obró prodigios en la India, y convirtió milagrosamente á muchos infieles. Una peregrinacion tan larga y arriesgada era muy conforme al genio emprendedor de Rancé; pero Dios habia dispuesto, que el nuevo soldado de su milicia celeste adquiriera mérito, gloria y santidad en Europa y en la misma Francia, restituyendo á la Trapa el antiguo lustre que habia perdido.

Tan luego como Rancé, que tenia un derecho de patronato sobre algunas tierras de aquel monasterio, hizo resonar las primeras voces de reforma, censurando

las costumbres relajadas del escaso número de monjes que le habitaban, encontró obstáculos, al parecer invencibles. Pero una resistencia, por muy obstinada que sea, cede puesta frente á frente de una voluntad firme, que la rechaza y tiene en su abono aquella pureza y rectitud de intenciones, que se apoyan en el auxilio divino.

Rancé, ya manifestándose muy severo y adusto, y cada vez mas firme en su propósito, ya de carácter manso y dócil, embota paulatinamente con las armas de la persuasión las mas poderosas y fuertes de sus contrarios. Algunos le convierten en blanco de sátiras mordaces y amargos sarcasmos; pero Rancé desvia las flechas emponzoñadas de la maledicencia, y viéndose próximo á lograr sus deseos, se traslada á Roma, y obtiene de la silla apostólica la aprobacion de su reforma, cuyas constituciones, concebidas en estos términos, fueron estrictamente observadas:

«Se levantarán los hermanos á las dos de la madrugada para cantar maitines; entre los toques de la campana que les avise, y su marcha al coro, se les concederán muy pocos instantes, y los necesarios para ponerse en pié. Su actitud será muy modesta en la iglesia y harán todos á un tiempo sus reverencias y genuflexiones. Quedarán con la cabeza descubierta hasta el primer salmo, y cuando marchen al coro, se les prohibirá volverse y dirigir sus miradas al dormitorio. Sus ademanes serán siempre graves y mesurados; no se permitirá á ninguno entrar en la celda de otro. No habrá mas lechos, que jergones con almohadas

»rellenas de paja, y con dos tablas sostenidas por ban-
 »quetas de madera. En el refectorio los hermanos co-
 »merán con limpieza, sin levantar los ojos y sin incli-
 »narse mucho sobre las viandas. Cuando toque la cam-
 »pana y anuncie que es la hora del trabajo, todos los
 »religiosos y novicios se reunirán en el locutorio, y
 »marcharán reposadamente y con gran recogimiento al
 »lugar destinado, considerando que el trabajo es la
 »primera pena del pecado. En las horas de recreo no
 »se permitirá hablar de cosas de actualidad, y cuando
 »los hermanos salgan del claustro para respirar el aire
 »libre, guardarán silencio; pero podrán llevar consigo
 »libros para leer, y se pasearán siempre por caminos,
 »que los seglares no suelen frecuentar. Los cabildos se
 »reunirán dos veces cada semana, y los hermanos an-
 »tes de acusarse de sus culpas se prosternarán todos
 »juntos á los piés del superior, que les preguntará:
 »*quid dicite?* (¿qué quereis decirme?) cada uno contes-
 »tará: *culpas meas*; (mis culpas). En la enfermería no
 »se permitirá nunca quejarse á los que sufran alguna
 »dolencia, porque un enfermo no deberá tener más an-
 »te los ojos que la imágen de la muerte, y nada deberá
 »temer tanto como la vida. A ninguno de los hermanos
 »se permitirá quedar solo en un cuarto ú otro lugar
 »cualquiera sin luz. Si muere algun pariente muy inme-
 »diato á uno de los religiosos, como el padre ó la ma-
 »ndre, el abad recomendará su alma á todo el cabildo,
 »sin pronunciar el nombre del difunto, para que todos
 »los hermanos se interesen igualmente por su alma,
 »como si fuera la de uno de sus padres, y á fin de que

»no se desasosiegue, ni afliga demasiado, ni distraiga de sus deberes el religioso á quien la pérdida corresponde.»

Rancé antes de encerrarse en el claustro y de inaugurar sus reformas, restauró todo el edificio, desembolsando sumas muy cuantiosas para el caso; pero tan luego como vistió el hábito, renunció todas sus prebendas, abadías y rentas propias, y dijo que las tierras y otras fincas, que pertenecian al monasterio, eran de los pobres y no de los religiosos. Con efecto, todas las semanas alimentaba á mil y quinientos necesitados, y en la Trapa encontraban indistintamente hospedaje todos los que lo pedian, sin que nadie les preguntára su nombre ni el objeto de su venida. Si no habia recursos suficientes, los religiosos ayunaban para que los huéspedes no carecieran de sustento. Rancé cumplia con rigor y escrupulosidad todos sus deberes monásticos, y su vida penitente servia de noble ejemplo á sus hermanos en Jesucristo. Carlos Nodier dice, en sus *Meditaciones del claustro*, aludiendo á una traduccion de Anacreonte, ensayo muy juvenil de nuestro Rancé, estas palabras que trascibimos: «Ese ilustre cenobita, ese espíritu ingenioso, que habia saboreado á la edad de nueve años los encantos del poeta de Teyo, sepultó sus lágrimas y aflicciones en el fondo de un claustro, y se entregó en el abril de los años, que se inclinan á todos los deleites, á una vida austera, que llena de estupor á la humana flaqueza.»

Rancé nació en 1626, y este ilustre personaje, este antiguo amante de madama de Montbazon, este perso-

naje educado en los regios alcázares y en las pompas y fastuosidades de una corte brillante, este varon entregado á todos los deleites, placeres y halagos con que el mundo brinda, expira despues de treinta y tres años de vida penitente en la Trapa, en ese cenobio tan célebre en los anales de las órdenes monásticas, y expira sobre la paja. Pero los ángeles, que recogen su último aliento, y esperan su alma para llevarla á la mansion celeste, convierten en flores la paja en que yacen los despojos mortales de Rancé; y estas flores hermosas, que alfombran todavía los campos de la antigua Trapa, agitadas por el aura matinal, parecen decir al viajero con leve susurro: «Aquí murió Rancé, pero vive eternamente en el cielo.»

procuraba su nombre en el objeto
 según recurren algunas de las religiones antiguas para
 que los huéspedes no asociaran de pronto. Rancé
 cumplir con rigor y exactitud todas sus haberes
 condiciones, y en vida penitente vivió de noble simp-
 que á sus hermanos en la caridad. (Rancé) Rancé dice,
 en sus librerías del clero, añadiendo á una tra-
 ducción de Anacoreto, un muy juvenil de nuestro
 Rancé, estas palabras que le atribuyen: «Las librerías
 cenobiales, así como las sagradas, que habia sabido
 en la edad de nueve años los ensayos del país de
 «Toro, separó sus lágrimas y aflicciones en el fondo
 de un clero, y se entregó en el abril de los años,
 para se inclinar á todos los deleites, á una vida sus-
 tene, que lleva de saber á la humana palabra»
 Rancé nació en 1620, y este libro personal, este
 antiguo amante de madame de Maintenon, este perso-

ENRIQUE CORNELIO AGRIPA

Y SU PODER MÁGICO.

Este varon de ilustre prosapia nació en Colonia el 14 de setiembre de 1486; dotado por la naturaleza de ingenio fácil, fué perito en el arte de la guerra; fué juriconsulto, doctor en medicina, teólogo; conocia perfectamente seis idiomas, en otros dos estaba regularmente versado; fué secretario del emperador Maximiliano; fué escritor elegante, profundamente erudito, orador, historiógrafo, anticuario, alquimista, astrólogo, mago.

Agripa se nos presenta en el siglo xvi; en ese siglo del renacimiento de una cultura intelectual y de una civilizacion enteramente nuevas, como un astro lumi-

noso, cuyos rayos refulgentes toman en el cielo sombrío y oscuro de la Alemania un tinte opaco y rojizo, que tiene algo de fantástico y sobrenatural.

Llevado en alas de su carácter inestable y dominado por el genio germánico, que tiende al misticismo, se entregó á las especulaciones vanas y supersticiosas de la astrología judiciaria y á todas las supersticiones de la nigromancia. Enseñó estas supuestas ciencias, tan falaces como perjudiciales á la buena moral, y depositó todos sus delirios en una obra, titulada: *Filosofía oculta*. En este libro, que hoy se ha hecho muy raro, Agripa adopta y recomienda todas las máximas y los preceptos de la teurgia (1) pagana; habla del poder físico, de la animación é influencia de los astros, de los encantamientos, de las evocaciones, de los perfumes, de las palabras bárbaras y cifras misteriosas que se emplean en las ceremonias mágicas, de varios nombres aplicados á la Divinidad, de los ángeles, de los talismanes, de los amuletos. La *Filosofía oculta* originó escándalos y promovió graves persecuciones contra el autor. Los hombres más timoratos la calificaron de impía y sacrilega; y á pesar de que el cardenal Campeggio, legado de Clemente VII en Alemania, y el cardenal de la Marke, obispo de Lieja, mediaron para apaciguar la efervescencia de los espíritus, Agripa quedó sepultado por algunos meses en las cárceles de Bruselas, y perdió la

(1) Especie de magia, por cuyo medio creían los filósofos de la escuela de Alejandría, que les era dable ponerse en comunicación con las divinidades bienhechoras.

pension de que disfrutaba como historiógrafo. Pero estos pormenores y la circunstancia de que la *Filosofía oculta* fué dedicada por el autor al arzobispo de Colonia, el cual la aceptó como un claro testimonio de respeto y benevolencia, nos dan á conocer, que á la sazón, tanto los hombres ilustrados como el vulgo creían en la nigromancia, en las brujerías y en las supersticiones astrológicas, con la diferencia de que los primeros juzgaban, tal vez, útiles é importantes las obras de este género, porque suponían que los sábios necesitaban penetrar los misterios más ocultos de lo sobrenatural; al paso que el segundo las juzgaba perniciosas y sacrílegas, porque establecían, á su entender, un medio muy directo de comunicacion entre los hombres y los espíritus malignos.

Sea como fuere, lo cierto es, que la *Filosofía oculta* ha suministrado abundante cosecha de absurdos é invenciones pueriles á los demonógrafos, los cuales han convertido á Cornelio Agripa de sabio en verdadero nigromante, ensartando fábulas que provocan la risa. Martín del Rio, varon muy erudito; pero uno de los demonógrafos más crédulos y supersticiosos, dice en sus *Disquisiciones Mágicas*, lib. II, cuest. XII, núm. 10, que Agripa viajando pagaba á sus posaderos en moneda, al parecer buena, y que al cabo de pocos dias se encontraban con haber recidido, en vez de dinero, pedazos de cuerno ó concha. El mismo autor refiere en el lugar citado, que estando Agripa en Lovaina, y viéndose precisado un dia á ausentarse de la ciudad, dijo á su esposa, antes de salir, no permitiese á nadie entrar

en su despacho. En tanto un jóven, que vivia de pupilo en su casa, pidió con poca discrecion y obtuvo la llave del aposento fatal, en donde se puso á leer un libro de conjuros, que habia encima de una mesa; oyó dar repetidos golpes á la puerta, pero no contestó absorto en su lectura. Era un demonio, que preguntaba, quién le habia evocado y por cuál motivo: repitió su pregunta, y viendo que nadie le contestaba, estranguló al jóven que leia. Agripa á su regreso vió una multitud de demonios, que bailaban en derredor de su casa, les mandó acercar, y ellos le enteraron de lo que habia ocurrido. Entonces el nigromante ordenó al homicida, que entrara en el cadáver del infortunado pupilo, que diera cuatro vueltas por las calles más concurridas de la ciudad, y que luego le dejara. Fueron ejecutadas sus órdenes, y cuando el demonio salió del cuerpo del difunto, dejándole tendido en el suelo, todos creyeron que habia muerto de repente. Despues de algun tiempo se averiguó el hecho, y Agripa tuvo que apelar á la fuga.

El obispo de Nocera, Paulo Jovio, que es uno de sus acusadores más tenaces, dice que Agripa llevaba siempre consigo á un demonio bajo la figura de un gran perro negro, y que dando oido en su lecho de muerte á los que le exhortaban á arrepentirse de sus culpas, quitó al perro un collar guarnecido de clavos, que formaban cifras mágicas, y le dijo: «Vete, bestia desgraciada, que eres la causa de mi perdicion.» El perro se arrojó á las aguas del Saona, y no volvió á aparecer más, ni vivo ni muerto.

Pedro Bayle, en su *Diccionario histórico y crítico*,

art. *Agripa*, refuta con abundancia de datos y mucha sutileza de ingenio todas estas fábulas, y no vacila en afirmar, que las acusaciones de mágia contra Agripa han sido infundadas. Nosotros, aunque creemos que no fué nigromante, persuadidos de que todas las supuestas ciencias ocultas no son más que el producto de la impostura y de la ignorancia, ó el de lamentables alucinaciones, no podemos, sin embargo, convenir con Bayle en que se le acusó falsamente, no solo porque, como queda consignado ya, adopta y recomienda en su *Filosofía oculta* todas las supersticiones de la teurgia pagana, sino tambien porque en el último período de su vida dió un compendio muy reducido de sus doctrinas sobre la astrología judiciaria, las diferentes especies de mágia, la cábala, los prestigios, las adivinaciones, acompañado de una retractacion auténtica en la que confiesa la vanidad de todas estas supersticiones y se manifiesta arrepentido de haberlas practicado (1).

En el principio de su *Filosofía oculta* dice que ha sido muy temerario, y que se le puede culpar de indiscrecion por haber escrito en una edad muy juvenil sobre materias tan espinosas; y luego añade, que renuncia de antemano á todo lo que haya podido salir de su pluma contrario á la religion. Esta protesta muy solemne nos demuestra que Cornelio Agripa, creia como Éliphas Lévi y

(1) El abate Guyon, en su *Biblioteca Eclesiástica*, t. VIII, pág. 123. París, 1771, transcribe íntegra la retractacion de Cornelio Agripa, y en el mismo t. págs. 88 y 89, dá una idea clara y precisa de la *Filosofía oculta*.

otros demonógrafos modernos, que la teurgia y la nigromancia son una verdadera ciencia, y que pueden practicarse sin ofender la santidad del cristianismo; al paso que su retractacion nos dá á conocer, que antes de morir llegó á convencerse de que todas las ciencias ocultas son ilusiones fantásticas, que no conducen á resultados útiles. Pero sus protestas y salvedades no han tenido bastante fuerza para disculparle ante el tribunal severo y supersticioso de una multitud de escritores. Thevet dice resueltamente en su *Historia de los hombres ilustres*, que «*Agripa fué uno de los nigromantes más execrables, que profesó públicamente la mágia, y que con sus uñas encorvadas supo sacar y ganar más tesoros que los á que aspiraron y nunca adquirieron los valerosos capitanes que con sus armas han hecho gran ruido en el mundo.*» Esta manera hiperbólica y estraña con que se espresa Thevet lleva el timbre de la falsedad y nos demuestra, que este varon, más bien fabulista que historiador, escribía sin crítica, entregándose á los arranques de su imaginacion.

En el *Diccionario de ciencias ocultas ó Repertorio universal*, publicado por el abata Migne (1848) el autor del artículo *Agripa*, no contentándose con dar á este nigromante un solo demonio familiar bajo la figura de perro negro, como lo habia hecho Paulo Jovio, le dá dos del mismo pelo, y apoyándose en el aserto, supuesto ó verdadero, de cierto Wiérus, discípulo de Agripa, dice que el uno se llamaba *Monsieur* y el otro *Mademoiselle*—elegancia francesa.—En el *Diccionario infernal de Plancy* Agripa figura como un gran nigro-

mante. No queremos, por último, pasar en silencio que en algunos países de Alemania, cuyos habitantes conservan todavía costumbres patriarcales, se cree que Agripa no ha muerto; que goza como el célebre alquimista Flamel, de una vida robusta y lozana, pero oculta á los ojos de los profanos, y que vivirá más que el fenix, mediante los secretos de su arte mágico ó el elixir de la vida. Los iluminados de Alemania reprodujeron en el siglo pasado esta fábula y la aplicaron á Cagliostro y al conde de Saint-Germain, asegurando á sus adeptos, que vivian entrambos ocultos; el primero en América, y el segundo en Europa, y para confirmar su aserto hacian aparecer en la sala de las iniciaciones dos figuras fantásticas, diciendo á los recipiendarios, que eran los dos personajes mencionados, protectores de su secta (1.)

Un hombre supersticioso y excesivamente crédulo me dijo en Nápoles, que habiendo comenzado á leer uno de sus amigos la *Filosofía oculta* de Cornelio Agripa, se sintió asido con violencia por una mano invisible de hierro, y que no pudo continuar su lectura por haberse desmayado; yo le contesté friamente, que este era un embuste y una solemnísima mentira, porque no

(1) Acerca de Cagliostro, del conde de Saint-Germain, y de los prodigios atribuidos á estos dos personajes, los lectores encontrarán una multitud de noticias muy curiosas en la obra de Eliphas Lévi, titulada *Historia de la magia*, París, 1860. De Cagliostro en particular habla estensamente Figuiér en el t. 4.º de su obra, titulada: *De lo maravilloso en los tiempos modernos*, París, 1860.

habia sucedido lo propio á los cajistas que la habian compuesto, á pesar de que se habian visto en la necesidad de leerla toda.

La *Filosofía oculta*, atestada de ensueños astrológicos y supersticiones mágicas, no es más que un monumento de las aberraciones más lastimosas del entendimiento humano, y hoy puede servir únicamente para darnos á conocer que muchos de los embustes de los modernos nigromantes, que pretenden con sus mesas giratorias y espíritus fluidos, renovar los delirios de los filósofos de la escuela de Alejandria, están incluidos en el libro de Cornelio Agripa. Nos vemos, sin embargo, obligados á confesar que en la *Filosofía oculta*, se descubren de vez en cuando los relámpagos de un ingenio sutil, que se lanza con arrojo á un mundo fantástico para hermanarle con la vida material. Con efecto, en esta obra el autor habla, como un verdadero filósofo, de la música, y de la fuerza que ejerce en el corazon del hombre, ya excitando su ira, ya dulcificando sus pesares; y en varios capitulos emite ideas profundas acerca del magnetismo animal, hoy muy en boga.

Pero bien sea cierto ó no, que Cornelio Agripa fué nigromante, es indudable que figuró en el siglo xvi, como uno de los sabios más eminentes; que se le dió el nombre de *Trismegisto* (1) por lo vasto de sus conocimientos; que estuvo relacionado con los hombres más distinguidos á la sazón en la república de las letras, y con los personajes de más elevada categoría, y

(1) Tres veces sabio.

que se vió convertido en blanco de fieras persecuciones por su carácter naturalmente brusco, y por la terquedad con que sostuvo opiniones científicas ó literarias, que no se conformaban con el espíritu y la intolancia de su siglo.

Toda la vida de Cornelio Agripa es un tejido de aventuras, en que la historia se enlaza con lo que hay de más singular y peregrino en las leyendas de la Edad media. Para cautivarse el afecto de Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos é inclinada á protegerle, escribió sobre la *Nobleza y excelencias del bello sexo*. Este opúsculo excitó la cólera de los frailes de Bélgica, de Holanda y de una gran parte de Francia y Austria: Agripa, juzgándose inhábil á resistir á la fuerza del huracan que tan de cerca le amenazaba, se trasladó á Inglaterra. Los frailes lograron con sus intrigas impedir por algun tiempo la impresion del libro, que se publicó, por último, en Amberes, por los años de 1529, á pesar de todas las persecuciones promovidas contra su autor.

Francisco I de Francia dió á Cornelio Agripa una pension, y este sabio fué agregado á la córte de la madre de aquel monarca en clase de médico; pero disfrutó muy poco tiempo de su pension y de las buenas gracias de su señora, porque no quiso consultar para contentarla los astros acerca del éxito que tendrían las guerras que entonces mediaban entre Francisco I y el emperador Carlos V; y finalmente, la madre del monarca francés le espulsó de su córte, porque supo, que despues de haberse negado á emplear en su

abono los conocimientos astrológicos que profesaba, habia dicho públicamente, que estaban reservados nuevos triunfos al condestable de Borbon (1).

Su tratado sobre la *Incertidumbre y vanidad de las ciencias*, publicado en 1530, irritó sobremanera á todos los amigos de Agripa y á los sabios en general, porque se juzgaron no solo desairados sino desposeidos de un patrimonio que esclusivamente les pertenecia. Este libro es, á nuestro entender, una de las producciones más notables del siglo xvi, y superior bajo todos conceptos al famoso discurso de J. J. Rousseau contra las artes y las ciencias. Merece ocupar tambien un puesto en esta breve reseña el Comentario de Agripa sobre el *Arte de Raimundo Lulio*, y su disertacion sobre el *Orígen del pecado*. En esta última sostiene, que la caida de nuestros primeros padres no fué una consecuencia de haber comido el fruto del árbol vedado, sino la de haberse amado deshonestamente.

Los frailes le persiguieron tambien por haber escrito sobre la monogamia de Santa Ana. El infortunado jesuita, padre Malagrida, murió, mediante los *buenos y filantrópicos oficios* del marqués de Pombal, en las hogueras de la Inquisicion de Lisboa, por haber escrito sobre el mismo argumento en su obra, titulada: *Vida heróica y admirable de la gloriosa Santa Ana, madre de la Santa Virgen*.

(1) Algunos escritores dicen, que la madre de Francisco I encerró á Agripa en una azotea, dejándole una noche entera al sereno para que consultase los astros, y que nuestro astrólogo la dijo al dia siguiente, que su hijo caeria prisionero en Pavia.

Es falso é infundado el aserto de los que dicen que Cornelio Agripa publicó un opúsculo en que sostenia la necesidad del divorcio de Enrique VIII con Catalina de Aragon. Ningun escritor contemporáneo afirma haberle visto; y en atencion á que el cardenal de Sainte-Croix dispuso que viniese Agripa á Pisa para asistir como teólogo al famoso concilio que, despues de haberse reunido en aquella ciudad, no tuvo efecto ninguno y se disolvió, es de suponer que Cornelio Agripa, esplicando teología en varias universidades de Europa, no emitió nunca proposiciones atrevidas ó condenadas por la córte de Roma. Es cierto, sin embargo, que encendido en ira por las persecuciones que le habian promovido los frailes, y con especialidad los dominicos, se habia propuesto escribir una obra contra estos últimos; pero no realizó su pensamiento, y tal vez para su bien, porque los dominicos en aquella época gozaban de un gran prestigio, y ejercian mucho influjo en todos los negocios eclesiásticos y políticos del orbe católico.

Las particularidades de la muerte de Agripa son dudosas y confusas: Paulo Jovio dice que murió en Lion; y que exhaló la última aura de vida en el fondo de una mezquina posada detestado y maldecido por todos sus contemporáneos, como un execrable nigromante. Otros afirman, con visos de mayor probabilidad, que murió en Grenoble, y que cerró los ojos á la luz del dia en un hospital. El erudito bibliógrafo Gabriel Naudé, dice que murió en esta misma ciudad, pero en la casa del recaudador general del Delfinado. Allard, en

su *Biblioteca* de los escritores de la antigua provincia francesa, que acabamos de nombrar, dice terminantemente que Agripa murió en Grenoble, y que fué enterado en una iglesia de dominicos. Sea como fuere, lo cierto es, que vivió casi siempre sumido en la miseria, y que, despues de haber recorrido, ya como un fugitivo, ya como un hombre que busca sosiego y anhela cambiar de fortuna, casi toda la Europa, bajó á la tumba en el año de 1535, perseguido por sus enemigos y abandonado de todos sus amigos.

Cornelio Agripa figura en las antiguas leyendas como un nigromante y un brujo que, peseido por los espíritus malignos, obra prodigios, engañando á sus semejantes y corrompiendo á la juventud. En la historia literaria, por el contrario, figura como un verdadero sábio, profundamente erudito, versado en las ciencias más abstractas y en los estudios más espinosos, pero llevado siempre en alas de su carácter instable y excéntrico.

GILLES DE LAVAL,

CONOCIDO GENERALMENTE CON EL SOBRENOMBRE DE
BARBA AZUL.

Cárlos VII, rey de Francia, es una gran figura en la Edad media, no por sus virtudes ni por su valor, sino por una multitud de acontecimientos extraordinarios, que han hecho memorable su reinado. ¿Quién ignora la suerte funesta de Juana de Arco, conocida con el nombre de *Pucelle d'Orleans*? Cuando Voltaire calumnió á esta heroína en un poema impío, atestado de chistes licenciosos é inoportunos, los versos impuros del patriarca de Ferney despertaron sentimientos de indignacion é ira en el pecho de los verdaderos pa-

triotas franceses. Su lectura inspiró horror á madama Staël, y esta ilustre mujer exclamó: «¡¡Produccion diabólica y delito de lesa-nacion!!» Federico II de Prusia, aunque amigo de Voltaire, y admirador entusiasta de sus obras, calificó el poema mencionado de chocarrero y trivial. ¿Quién ignora el nombre de Ana Sorel, á quien Cárlos VII habia consagrado todos sus afectos, y cuya memoria ha celebrado Beranger, uno de los líricos modernos más eminentes del vecino imperio? Estos hechos son muy conocidos; pero no sucede lo propio con la leyenda de Gilles de Laval, porque los muchos que han hablado de este hombre terrible, han suprimido ó adulterado algunas circunstancias y particularidades de su vida, que nos dan la idea, no solo del carácter de Gilles de Laval, sino tambien de la época que presenció sus crímenes atroces, y los hechos del reinado de Cárlos VII.

En la sala de los Mariscales de Francia, que es una de las más magnificas del Museo de Versailles, se ve el retrato de un ilustre personaje, vestido con rico uniforme: el baston en que apoya una de sus manos, es un distintivo de su mucha autoridad; sus miradas tienen algo de feroz y terrible; su frente arrugada parece la de un hombre que medita crímenes infernales y tenebrosos; su barba negra raya en el azul. Este es Gilles de Laval, á quien la posteridad ha dado el nombre fantástico de *Barba Azul*.

Un escritor moderno dice, al hablar de este personaje misterioso: «Gilles de Laval, señor de Raíz y mariscal de Bretaña, era valiente, porque corria en sus venas sangre francesa; ostentaba grandeza y lujo, por-

que era rico; quiso ser mago, porque habia perdido el juicio.» (1)

La edad en que vivió inclinaba los ánimos á las creencias religiosas; pero el misticismo, propio de todos los siglos en que la imaginacion somete á su dominio la razon, triunfaba en Francia y en toda la Europa. Suponíase, pues, que era dable al hombre ponerse en inmediato contacto con los espíritus, y que estos podian proporcionarle riquezas y felicidades. Una vida contemplativa y mística, purificada de todas las supersticiones, anticipa hasta cierto punto la idea inevitable de la eterna bienaventuranza, y convierte al hombre en un modelo de virtud y santidad; pero el misticismo, que se propone como principal objeto la adquisicion de los bienes fútiles y pasajeros con que nos brinda el mundo, degenera en supersticiones horrendas y tenebrosas, y entonces el hombre acaba por entregarse á todos los delirios de la nigromancia, convirtiéndose en un espíritu infernal, como sucedió al protagonista de esta leyenda.

Gilles de Laval ostentaba un lujo religioso y una devocion, cuyas apariencias eran tan magnificas como extraordinarias: recorria siempre las calles precedido de una cruz y un estandarte; sus capellanes marchaban cubiertos de oro, y con adornos pomposos como los más grandes prelados; tenia en su casa un colegio de cantores, con el título de pajes. Pero toda esta devo-

(1) V. Histoire de la Magie, etc., por Eliphas Lévi, página 281. París, 1860.

cion no era más que la máscara con que encubria los hechos más infames y los crímenes más horrendos é impíos que han perpetuado su memoria, dándola una triste celebridad.

Nuestro mariscal, á pesar de sus inmensas riquezas, estaba abrumado de deudas por sus despilfarros y locas prodigalidades; habia disipado gran parte de sus tesoros, buscando los secretos de la alquimia; no encontraba á nadie que le suministrara fondos, y carecia ya de los recursos necesarios para sus gastos. Queriendo, pues, crearse á toda costa una nueva fortuna, se determinó á echar mano de la magia negra para obtener del infierno el dinero que le negaban los hombres.

Gilles de Laval se habia enlazado con una doncella de noble cuna, víctima infeliz de un infausto himenéo. Su esposo la tenia encerrada en el castillo de Machacoul (1), cuya arquitectura tenebrosa inspiraba horror, y á este edificio daba un aspecto más lúgubre aun una pequeña torre, cuyas puertas exteriores estaban todas muradas, porque, segun decia el mariscal, amenazaba ruina. Pero madama de Raiz, que pasaba con frecuencia las noches en triste soledad, habia observado que de lo alto de la torre se despedian ráfagas de una luz opaca y rojiza. ¿Cuál era la causa oculta y misteriosa de un fenómeno tan extraordinario? ¿qué luz era esta en una torre deshabitada? Madama Raiz no osaba preguntarlo al mariscal: su carácter sombrío y taciturno,

(1) A 32 kil. S. O. de Nantes en el departamento de la Loira-inferior.

su aspecto adusto, sus miradas, que anunciaban algo de siniestro, la aterraban. Pero alimentaba en el fondo de su alma sospechas oscuras é indeterminadas: las paredes ennegrecidas del castillo, la torre en que nadie podía penetrar, la parecían una mansion infernal, destinada á ocultar en la soledad y el silencio la perpetracion de crímenes horrendos. Una circunstancia muy particular conturbó aun más su espíritu, dió á sus sospechas un carácter más estable, y aumentó sus temores. El mariscal escogia entre la gente pobre sus numerosos pajes; halagaba á los padres de esos niños desventurados con generosas promesas; les aseguraba que era su intencion educarles con esmero y prepararles un brillante porvenir; pero exigia de los padres, como condicion indispensable, que no volvieran á preguntar por sus hijos, que no se interesáran por ellos, y que no les vieran. En tanto todos los dias uno de los pajes desaparecia; estaba vedado á sus camaradas indagar los motivos, que le habian obligado á separarse de ellos, y el mariscal suplía la falta con un nuevo paje.—¿Qué significaba la luz rojiza y nocturna de la torre? ¿cuál era la suerte reservada á los pajes?—Madama Raiz pasaba los dias y las noches absorta en dudas, en sospechas, en pensamientos lúgubres, que la inspiradan terror. Esta ilustre dama, á la sazón en cinta, no podia mirar al mariscal sin estremecerse.—¿Qué clase de negocios ocultos y misteriosos tenia este hombre, siempre meditabundo, con un florentino, llamado Prelati, con Sillé, intendente de su castillo, y con un sacerdote apóstata de la diócesis de Saint-Malo? ¿Qué significacion

tenian sus largas conferencias, cuyo secreto era impenetrable?

El día de Pascua de Resurreccion de 1440, despues de haber recibido Gilles de Laval en su capilla la Santa Eucaristía con gran solemnidad, y con hipócrita y sacrilego recogimiento, se despidió de su intendente, diciéndole que marchaba á la Tierra Santa: y en atencion á que madama Raiz se hallaba en un estado que exigía cuidados y mucha asistencia, la permitió mandar venir á su hermana: luego montó á caballo y se puso en camino.

Unidas las dos hermanas, se abrazaron anegadas en lágrimas, y madama Raiz reveló, entre sollozos y tristes gemidos, á la recién llegada, las sospechas crueles que desgarraban su pecho. Entrambas dirigieron sus miradas á la torre fatal; pero ¿cómo penetrar en ella? todas sus puertas estaban muradas, y ¡ay del que intentára acercarse á esta torre misteriosa! El mariscal lo había prohibido con fieras amenazas, y su carácter duro é inflexible, su ira implacable amedrantaban á los más osados. Las dos hermanas quedaron largo rato pensativas, y últimamente, sospechando que alguna puerta secreta conducia á la torre, se dieron á buscarla pálidas y temblorosas. Despues de haber explorado todos los subterráneos del castillo, y registrado todos sus escondites, vieron en la pared, que estaba detrás del altar de la capilla, un grueso boton de cobre, casi envuelto en un follaje, que parecia un adorno de escultura. Madama Raiz le empujó ligeramente con su mano derecha, y entonces cedió á la presion una gran

piedra, y se presentó á la vista de las dos hermanas una larga escalera que las condujo á la torre infernal, repartida en tres pisos. Habia en el primero una especie de capilla con una cruz vuelta al revés, rodeada de cirios negros, y con una efigie monstruosa, que seria tal vez la de un demonio, colocada sobre un altar. En el segundo habia hornillos, retortas, alambiques, carbon, azufre y otros preparativos ordinarios de los alquimistas. En el tercero reinaba mucha oscuridad, y sus paredes despedian miasmas tan mefíticos, que madama Raiz y su hermana se vieron obligadas á retroceder. Pero la primera tropezó con una gran cofaina, y se sintió en el mismo instante inundados los piés y su vestido de un líquido viscoso y próximo á condensarse; volvió precipitadamente al segundo piso, y mirándose se halló empapada en sangre. Su hermana, sobrecogida de espanto, queria apelar á la fuga; madama Raiz la detuvo, trajo de la capilla una lámpara, y subieron nuevamente las dos al aposento oscuro. Entonces se ofreció á su vista uno de los espectáculos más tremendos entre los muchos que han presenciado los mortales. Estaban colocadas, con orden y simetria, á lo largo de las paredes, grandes cofainas de cobre, llenas de sangre, y todas tenian sus respectivos letreros, que indicaban fechas distintas; en medio del aposento estaba tendido sobre una mesa de mármol negro el cadáver de un niño, que acababa de ser degollado; la sangre de la cofaina, volcada por madama Raiz, se habia dilatado por todo el suelo, cubierto de madera carcomida y súaia. Las dos hermanas, pálidas como la muerte, y casi des-

mayadas, lo contemplaban todo con horror; pero madama Raiz, á quien interesaba sobremanera que todos los indicios y las huellas de su indiscrecion desaparecieran, buscó agua y una esponja con ánimo de lavar el suelo. Fueron vanos todos sus esfuerzos; las manchas de la sangre vertida tomaron un color muy subido, y cambiándose de negruzcas en rojizas, lejos de desaparecer se engrandecieron... Óyese de repente un gran ruido en el castillo: son muchos los que repiten el nombre de madama Raiz, y hieren sus oídos estas palabras terribles: «¡Es el mariscal que viene!» Entonces las dos infelices mujeres corren precipitadamente hácia la escalera, pero oyen más ruido, más gritería y pasos apresurados de gente en la capilla infernal del primer piso, llamada por los venideros *Capilla del Diablo*. La hermana de madama huye, y busca un refugio en las almenas de la torre; no cabe la misma suerte á la otra, y la desventurada madama Raiz se encuentra frente á frente de su tremendo esposo, acompañado del sacerdote apóstata y del florentino Prelati que dirige al mariscal estas palabras infernales: «Sabeis lo que exige el caso: la víctima ha venido á ofrecerse voluntariamente.» —«Muy bien, contesta el mariscal, comiéndose la misa negra.» (1) Entonces el sacerdote apóstata se acerca al altar de la Capilla del horrendo subterráneo, y el señor de Raiz saca de un armario junto al altar un daga; luego se sienta al lado de su esposa, la cual yace des-

(1) La misa negra era un conjunto de ceremonias sacrílegas.

mayada sobre un banco, que se apoya en la pared de la capilla, y en tanto el apóstata hace todos los preparativos necesarios para la terrible ceremonia. Pero ¿por qué Gilles de Laval habia vuelto tan de repente? ¿qué motivos le habian obligado á interrumpir su viaje? —La peregrinacion del mariscal á la Tierra Santa habia sido fingida, y en vez de tomar el camino de Jerusalem se dirigió á Nantes, en donde vivia Prelati; entró furioso en la casa de este impostor miserable y sacrilego, y le dijo que estaba decidido á sacrificarle á su ira y venganza, si no le indicaba en el acto medios eficaces y seguros para obtener del diablo todo el dinero que necesitaba. Prelati, ocultando con gran disimulo bajo el velo de una estudiada indiferencia el temor que le inspiraban las fieras amenazas de Gilles de Laval, le contestó, con ánimo de alargar los dias de su infame existencia, que el infierno no dejaría de protegerle si no se negaba á sacrificarle el hijo que madama Raiz llevaba en su seno, arrancándole de sus mismas entrañas. El mariscal guardó silencio, y sin pronunciar ni una sola palabra, volvió al castillo, acompañado del sacerdote apóstata y de Prelati.

Es de suponer que fué mucha su feroz alegría cuando encontró á madama Raiz en el subterráneo de la torre, porque la indiscrecion de su desventurada esposa le proporcionaba un pretesto muy legítimo, á su entender, para consumir el nuevo y horrendo delito que le exigia Prelati á nombre del infierno, ni las palabras del hechicero florentino: «La victima ha venido á ofrecerse voluntariamente», lisonjearian menos su ambicion

de dinero, porque le recordaban, que tras el delito venían los tesoros. Pero el cielo, que ampara la inocencia, y descarga los rayos de su venganza contra los culpables, cuando se juzgan más próximos al triunfo, salvó á madama Raiz, y quiso que la suerte funesta que estaba reservada á Gilles de Laval, sirviera de triste ejemplo á la más remota posteridad.

La hermana de la mariscal, refugiada en las almenas de la torre, se habia quitado el velo de la cabeza, y teniéndole asido por una de sus estremidades, le agitaba desplegado al viento, pidiendo casi instintivamente, afligida y triste, y á la ventura, algun socorro en aquella soledad, más bien al cielo que á los mortales. Pero fué mucha su alegría, y tan grande como inesperada, cuando vió, que dos hombres á caballo y acompañados de mucha gente armada respondian desde lejos á sus señas, y se acercaban al castillo galopando. Eran sus dos hermanos, que al primer anuncio del viaje de Gilles de Laval á Palestina, se habian puesto en camino para venir á visitar á madama Raiz y consolarla, durante la ausencia del esposo.

Habiendo sabido el mariscal la llegada de sus cuñados, interrumpió la horrible ceremonia de la misa negra, y dirigiéndose con afectada serenidad á su victima infeliz, la dijo: «Madama, os perdono, y se correrá el tupido velo del olvido sobre lo pasado, si me obedecis. Volved á vuestro aposento, poneos otro traje, é id á buscarme á la sala en donde voy á recibir á vuestros hermanos. Si os atreveis á soltar de vuestros labios una sola palabra indiscreta, que pueda dar

indicios ó sospechas de lo ocurrido, tan luego como ellos salgan del castillo, os conduciré nuevamente á este subterráneo, se continuará la misa negra y morireis cuando el oficiante llegue á la consagracion; aquí dejo la daga: miradla .» Despues de estos cortos y terribles acentos, pronunciados en tono resuelto, cogió del brazo con furia á su esposa; la llevó él mismo á su cuarto, y se fué á recibir con testimonios de simulada alegría á los dos personajes, que conocen ya los lectores, y á la gente que les acompañaba, diciéndoles que madama Raiz no tardaria en venir. Con efecto, al cabo de pocos instantes apareció la víctima infeliz; pero tan pálida, tan decaída, tan triste, que inspiraba afliccion y dolor. «¡Mariscal! nuestra hermana está muy enferma, dijeron á un tiempo los dos caballeros: ¿qué enfermedad es la suya?—Son las dolencias inseparables del estado interesante en que se encuentra, contestó el mariscal—y en tanto, fijando en ella sus miradas infernales, parecia decirla en lúgubre silencio y con fiera amenaza:—«El subterráneo, la misa negra, el sacrificio te esperan.» Las miradas homicidas de su terrible esposo la aterran; pero no la impiden pronunciar en voz baja, y en un tono muy débil y lastimero esta palabras: «Hermanos míos, salvadme: quiere asesinarme.» Entonces la otra mujer desgraciada, que se habia refugiado en las almenas de la torre, y que en esta parte de la leyenda figura con el nombre de Ana, entra furiosamente con los ojos empapados en lágrimas, y grita en alta voz: «Hermanos, llevadnos, salvadnos: Gilles de Laval es un homicida, es un asesino: ha en-

tregado su alma á los espíritus malignos:»—y teniendo fijas sus miradas en el hombre terrible, repite siempre las mismas palabras. El mariscal, viéndose espuesto á graves é inminentes riesgos, llama en su socorro á la gente del castillo; pero esta le desarma y no le defiende, porque cree descubrir en su semblante pálido y agitado, y en sus miradas feroces é inciertas, todos los indicios de la locura y de un gran delirio. En tanto las dos mujeres pasan el puente levadizo del castillo, y salen defendidas y amparadas por sus hermanos, y los hombres armados, que les acompañan.

Un dia despues de los hechos, que acabamos de narrar, el duque de Bretaña, Juan V, mandó circuir el castillo de Machecoul, y Gilles de Laval se entregó á discrecion y sin resistencia. El Parlamento de aquella provincia le condenó como homicida; la córte eclesiástica como herege y hechicero, y Gilles de Laval fué quemado vivo en el campo de la Magdalena cerca de Nantes (1).

(1) Federico II de Prusia, en uno de sus arrebatos de cinismo é incredulidad, publicó, como autógrafo de Dom Calmet, un breve comentario, que él habia escrito sobre la leyenda de Barba Azul, con ánimo de ridiculizar, no solo al profundo y muy erudito Dom Calmet, sino á todos los comentadores de la Sagrada Escritura, que se han esforzado en aclarar el sentido místico y las alegorías de algunos pasajes algo oscuros de los antiguos profetas.—V. *obr. de Federico II. rey de Prusia—Amsterdam, 1790; t. IV. del suplemento, cuyo t. I, comienza despues del XIX, que comprende con todos los tomos anteriores las obras de Federico publicadas antes de que el suplemento apareciera.*

DEL GRAN TORNEO

CELEBRADO EN BRUGES EN EL AÑO DE 1392.

No pertenecemos al crecido número de los ancianos que elogian siempre lo pasado, elevándose á críticos impertinentes y á censores malignos ó insensatos de todas las reformas y los adelantos de los siglos; no pertenecemos al *laudator temporis acti* del Venusino; no pertenecemos á la escuela de De Maistre ni á la de Bonald, que pretendian resucitar todos los abusos y arbitrariedades más repugnantes de la atigua aristocracia. Convenimos, por el contrario, en que la gran ley del progreso es inherente y connatural á la humana raza, y confesamos con satisfaccion y hasta con regocijo que la época en que vivimos, á pesar de sus

defectos y vicios abominables de que adolece en el órden político y moral, es muy superior á la de nuestros padres. Pero nos causan hastío y un tedio profundo los escritores que, sin reparar en la diversidad de los tiempos, y en sus exigencias y necesidades, ridiculizan indistintamente todas las instituciones antiguas, á pesar de que basta abrir el gran libro de la historia para conocer que muchas de ellas fueron á la sazón útiles y provechosas, como la órden muy insigne de la caballería y sus justas y torneos.

El gobierno feudal, inaugurado en la Edad media por los bárbaros del Norte, aunque, como dice Guizot, comenzó paulatinamente á reorganizar el cuerpo político que, despues de la caída del coloso romano, presentaba el espectáculo lastimoso de la confusion y la anarquía (1), nadie ignora que su base y principal punto de apoyo eran la violencia y el poder arbitrario. La voluntad de cada señor, encerrado en su castillo, tenía fuerza de ley, y los que no vivian escudados por su proteccion, se quedaban sin amparo y espuestos á todos los riesgos y atropellos más horrendos, porque en esos tiempos tan calamitosos no habia derecho público ni internacional, no habia leyes escritas ni consuetudinarias. Entonces fué cuando se estableció la caballería, revestida de los caracteres, que en todas las épocas y en todos los pueblos han reunido siempre con fuerza y consistencia los elementos más regeneradores del humano linaje constituido en sociedad, á

(1) V. Guizot, *Civilizacion en Europa*.

saber: grandeza y lustre de nacimiento, valor y osadía en arrostrar todos los peligros, abnegacion heroica y amor á la justicia y á la religion. En esos tiempos aciagos, pues, el caballero, que empuñaba su lanza ó espada en abono de los huérfanos, de las viudas, de los menesterosos, de los oprimidos, no era la representacion de un individuo, sino la de un adalid, de un campeón, de un guerrero, de un hombre revestido de caracteres intangibles y santos, á quien la sociedad, la justicia, la religion, habian confiado el precioso depósito y el ejercicio de sus derechos hollados por la violencia y la barbarie. Así es, que un caballero infundia respeto á los señores más prepotentes; así es, que un heraldo anunciaba su llegada á un castillo feudal, y que se le abrian de par en par las puertas cerradas á todos los demás; así es, que se le trataba como á un verdadero representante de todos los derechos más sagrados é inviolables; así es, que ante su presencia y su lanza se inclinaban los tiranos más crueles y violentos.

En esa época las justas y los torneos, muy concurridos, pusieron en contacto más ó menos inmediato á pueblos distantes; les dieron á conocer su número y sus fuerzas, y desarrollaron paulatinamente el germen de aquella sociabilidad y union robustas, que derribaron más adelante el feudalismo y sirvieron de iniciativa á la formacion de las monarquías regulares y de los grandes municipios. Las justas y los torneos, pues, facilitaron la senda que conduce al reconocimiento de los propios derechos, emancipando á los pueblos y rompiendo las cadenas de la más oprobiosa tiranía; las justas

y los torneos, en fin, fueron un foco de civilización, como los juegos olímpicos de Grecia, como esos juegos en que fraternizaban todos los helenos, adquiriendo cada día más importancia política y amor á la libertad.

Todos los honores que los caballeros tributaban á las damas, consagrándolas sus gloriosas empresas con pureza de afectos, esos honores tan ridiculizados por algunos escritores son el más claro testimonio de la emancipación del bello sexo, obra magnífica del cristianismo, que ha ennoblecido á la mujer para que sea fiel compañera del hombre y no su vil esclava é instrumento de brutales voluptuosidades, como figura en los anales de los pueblos antiguos, y hoy en todo el Oriente.

Pero despues de esta breve introduccion, vamos ahora á hablar del torneo ya anunciado, que no dejará de poner de manifiesto en el terreno práctico lo que va referido.

Era el dia 10 de marzo de 1592, cuando muchos obreros trabajaban todavía con ahinco á las nueve de la mañana en el gran mercado de Bruges, que presentaba un aspecto magnífico é imponente por los pomposos preparativos de un torneo que debía celebrarse al dia siguiente entre dos partidos políticos, ensañados en términos que habian convenido entrambos someterse al fallo del juicio de Dios y al de las damas. Cada uno de los dos partidos tenia cuarenta y ocho caballeros, prontos al combate y cubiertos todos de hierro.

Uno de los jefes era el señor de la Grutusa, principe de Steenhuysen y partidario de la independencia nacio-

nal y alianza con Francia: este personaje figura en la historia con el nombre de Aa. El otro era Wolfart de Ghistelle, gran chambelan hereditario de Flandes, y que se inclinaba decididamente á la supremacía y protección de Inglaterra.

El conde de Flandes debía asistir al torneo acompañado de su córte, y el vasto recinto en que debía verificarse ocupaba un gran espacio de terreno, sembrado de arena. En su derredor habia una multitud de gradas para que tomáran asiento en ellas los curiosos y concurrentes al espectáculo. Dos barreras, una en cada estremidad del campo, debian abrirse á la primera señal del conde.

A las doce del dia todos los preparativos estaban ya terminados, y los cuarenta y ocho campeones de uno y otro partido, que fueron á visitar el campo con sus escuderos lo encontraron dispuesto y bien ordenado. Entonces el señor de la Grutusa mandó anunciar el torneo, y un heraldo, tocando primero su trompeta, dijo en alta voz: «Señores caballeros, mañana se celebrará el combate en el Gran Mercado, en donde se vende y compra el valor con el hierro y el acero»—y luego añadió: «Bello será el torneo, y vosotros escuderos, que sois sus *visperas* no falteis en cumplir con vuestro deber.»

Dábase el titulo de *Visperas* del torneo á los combates que le precedian, y en que tomaban parte únicamente los escuderos un dia antes. Armados á la ligera y con menos pompa y suntuosidad, que los noventa y seis campeones, peleaban dos á dos. Con efecto, comenzó el combate, y los dos que sobresalieron por su osadía y noble

atrevimiento, cobraron estrepitosos aplausos, fueron conducidos en triunfo por todas las calles más concurridas de Bruges; el sonido de las trompetas y repique de las campanas anunciaban su venida, y fueron por último declarados caballeros.

En esos tiempos, los años del señor feudal se dividían en tres períodos; la infancia, que duraba hasta los siete años, y entonces las mujeres únicamente cuidaban de su educación; de los siete á los catorce, era paje, y á los veinte y uno, desempeñaba el oficio de escudero. Para formar parte de la orden de caballería, se necesitaba ser príncipe; pero las antiguas crónicas afirman que hubo muchos casos excepcionales.

A las nueve de la mañana del día siguiente, los noventa y seis caballeros, que debían figurar en el torneo, y que para cumplir con todas las ceremonias de aquel tiempo, debían asistir primero con gran recogimiento al sacrificio eucarístico, se reunieron y entraron en la iglesia de San Donato, divididos en dos filas, capitaneada cada una por su jefe. Entonces fué también, cuando los dos escuderos ya victoriosos en el combate del día anterior, recibieron honrosa y pomposamente todas las insignias de caballeros en la forma que vamos á narrar:

Se presentaron en la iglesia vestidos de blanco como dos neófitos, y se hincaron de rodillas para asistir en esta actitud humilde y devota al santo sacrificio. Cuando el ministro del altar pronunció las palabras misteriosas, que convierten las especies en cuerpo y sangre de nuestro Redentor Divino, los nuevos caballeros entregaron al diácono las espadas, que llevaban colgadas del

cuello con una cinta tan blanca como sus vestidos, y acercándose luego á la sagrada mesa, recibieron las formas eucarísticas.

Concluida esta augusta ceremonia, un sacerdote anciano y venerable, arengó á los dos caballeros, manifestándoles con palabras llenas de dulzura y santa uncion, que eran muy graves los deberes que habian contraído como campeones de la nueva orden á que pertenecian, y que les correspondia cumplirlos con mucha esculpulosidad en amparo de los huérfanos, de las viudas, de todos los menesterosos, y para defender los santos Evangelios. Por último, el sacerdote, que habia oficiado y que llevaba el título de decano, bendijo indistintamente á todos los caballeros.

A los dos lados del altar, habia dos grandes sillas preparadas de antemano; en la derecha se sentó el señor de la Grutusa, en la otra Wolfart de Ghistelle, y los dos neófitos, vestidos de blanco, se arrodillaron ante ellos, acompañado cada uno de cuatro padrinos, cuyo particular oficio era confirmar y garantizar los juramentos y las promesas de los nuevos caballeros.

Habló únicamente de la Grutusa; pero á nombre propio y al de su colega Ghistelle, y á pesar de que sus palabras van dirigidas á uno solo, como se verá por el diálogo que insertamos á continuacion, han de considerarse como preguntas hechas á los dos nuevos caballeros; y las esplicaciones que dá Guillermo Van Hersele, que es el uno de los dos con quien de la Grutusa habla, se han de considerar igualmente como una manifestacion de la voluntad de uno y otro caballero.

El diálogo, escrito en lengua flamenca, traducido al castellano, dice así: «¿Quereis por ventura entrar en la
 »órden de la caballería para acumular riquezas y hono-
 »res? Si alimentais este pensamiento, retiraos.—No,
 »quiero ser caballero para consagrar mi espada á Dios
 »y á la iglesia, para acometer empresas honrosas, para
 »defender á los oprimidos y á los débiles, para escudar
 »á las damas.—Vosotros, que sois sus cuatro padrinos,
 »¿creeis que Guillermo no miente?—Sí, sí.—¿Lo ga-
 »rantizais? ¿creeis que arrostrará todos los peligros sin
 »apelar á la fuga?—Es valiente, y no tiene miedo.—
 »¿Contribuirá á dar esplendor y gloria á la órden de la
 »caballería?—Es verdadero cristiano sin mancha.»

En tanto el oficiante, despues de haber recitado una plegaria, teniendo su mano derecha puesta sobre la cabeza de Guillermo Van Hersele, comenzó á vestirle todas las insignias propias de los caballeros, al paso que otro, que desempeñaba igual cargo, repetía la misma ceremonia en el lado opuesto, vistiendo á Daniel Van Halewyn, que era el compañero de Guillermo. Los subdiáconos de ambos lados presentaron á los dos caballeros las espuelas de oro, que eran uno de los principales distintivos de la antigua caballería, y luego les pusieron la cota de malla, los brazales y las manoplas; presentaron tambien una espada á de la Grutusa y otra á Ghistelle, que las ciñeron á un tiempo á los dos caballeros, y por último medió entre el primero y Guillermo Van Hersele el diálogo, que vamos á referir, reproducido en el lado opuesto por Ghistelle y Halewyn.

«Dios, dijo de la Grutusa, os ha dado esa espada,

»y Dios abandona á los caballeros fementidos». Entonces Guillermo pronunció con acento muy significativo estas palabras: «Dios me protegerá». Estaba todavía hincado de rodillas, segun la costumbre de los tiempos, cuando de la Grutusa, levantándose de su asiento, le dijo en alta voz: ¿Qué quereis, os pregunto? —Ser caballero.—¿Qué dicen vuestros padrinos?—Los cuatro contestaron: «Le garantizamos cuerpo por cuerpo». Oidas de la Grutusa estas últimas palabras se acercó á Guillermo Van Hersele, le aplicó un beso al rostro, y sacando su espada, le dió tres golpes, uno sobre el hombro derecho, otro sobre la cabeza, y un tercero sobre el hombro izquierdo; y luego dijo: «Os hago caballero en nombre de Dios, de San Miguel y de San Jorge».—«Amen», respondieron todos.

«Sed valiente, atrevido y leal», le dijo el primer padrino.

«El sacerdote debe orar, y el caballero defender», le dijo el segundo.

«Alargad los brazos á todos los menesterosos que necesiten amparo», le dijo el tercero.

«¿Cuál será vuestra divisa?» le preguntó el cuarto.

—«Enderezar tuertos» respondió Guillermo; y su compañero Daniel, que habia repetido todas las palabras pronunciadas por Guillermo en el diálogo que acabamos de consignar, dijo: «y mi divisa será: morir sin mancha.»

Los dos caballeros fueron llevados bajo la nave de la iglesia, y sus respectivos padrinos dieron un escudero á cada uno de ellos. Los pajes les presentaron el casco,

el escudo y la lanza; les fueron dados también dos briosos corceles lujosamente bardados; los caballeros les montaron sin poner el pié en el estribo, y salieron de la iglesia en medio de vivas y estrepitosas aclamaciones. Transitaron las calles con alborozo y alegría, y todos les daban mil parabienes, diciendo que era mucha su fortuna por verse ya armados caballeros, cuando iba á celebrarse uno de los más brillantes torneos en que podían dar testimonios de su valor y merecida elección.

Estaba la liza abierta y bendecida en el Gran Mercado de Bruges; pendían ricas colgaduras de todas las galerías construidas en su derredor; se veían por doquiera distintivos honoríficos y banderas desplegadas al viento; y las damas, pomposamente adornadas, y haciendo alarde de su hermosura, de sus joyas y pedrerías, eran comparables en un todo por su noble aspecto y sus miradas penetrantes y seductoras á las diosas del antiguo Olimpo.

Apenas tocaron las doce del día, el gran tropel de los caballeros se presentó, al sonido de las trompetas, en las dos extremidades del campo, y los heraldos de armas, el uno del señor de la Grutusa, y el otro de Ghistella, avanzaron á caballo, anunciando en alta voz que el torneo ya comenzaba. Entonces los jueces, destinados á dar su fallo en abono de los más valientes, mandaron abrir las barreras, y dijeron á los caballeros: «Entrad, valerosos campeones.»

Divididos en dos filas, no de cuarenta y ocho cada una, sino de cincuenta, por haber completado este nú-

mero Guillermo y Daniel, se arrojaron noble y atrevidamente al combate. Todos tenían espadas y lanzas embotadas y sin punta (1), tal como se acostumbraba entonces en las justas y los torneos, grandes espectáculos en que los caballeros se contentaban con vencer, descargando á sus rivales repetidos golpes, hasta derribarles de su corcel y postrarles en el suelo.

En el torneo que vamos describiendo, Ghistelle combatió contra de la Grutusa, Guillermo contra Daniel, y los demás, unos contra otros. Todos dieron testimonios de un gran valor, de mucho arrojo y noble osadía. Los espectadores, divididos en dos bandos, unos partidarios de Francia, y otros de Inglaterra, aplaudían estrepitosamente á los combatientes; pero con sus vivas repetidos, con sus palmoteos, con sus miradas, tan significativas como anhelosas, y con su gritería, procuraban reanimar é infundir cada vez más atrevimiento y valor á los de su partido.

Era una de las leyes más terminantes de la antigua caballería que no se permitieran los combatientes herir los corceles de sus adversarios, ni á estos se les permitía tocar con sus espadas y lanzas ninguna parte del cuerpo de los otros caballeros con quienes peleaban, á no ser el rostro. Nuestros campeones observaron con escrupulosidad la ley, y á pesar de que en su primer

(1) Estas armas de la antigua caballería se llamaban *cortes*, y eran muy distintas de las muy afiladas y con punta, que se usaban en los desafíos á muerte.

ataque muchos mordieron el polvo, y se retiraron del campo, llevados por sus escuderos, prontos á socorrerles, fueron lealmente vencidos.

La encarnizada lucha duró cuatro horas, y por último, salieron victoriosos de la Grutusa y su partido, quedando en pié muy pocos de los caballeros sus contrarios. Pero al cabo de algunos instantes se reorganizaron las dos líneas de combatientes, y puestos todos en actitud de guerra, se acometieron tan confusa y furiosamente, que el torneo se convirtió en un campo de batalla. Las dos líneas desempeñaron airosamente su papel; las dos líneas dieron pruebas de un prodigioso valor; las dos líneas se distinguieron, atrayéndose el interés y las simpatías de todos los concurrentes, y con especialidad de los que habian recorrido más de cincuenta leguas para trasladarse de sus respectivos países al *Gran Mercado* de Bruges, y presenciar el torneo. La fortuna, sin embargo, se declaró nuevamente propicia á de la Grutusa, que se coronó de gloria, y á todo su partido.

En los tres días siguientes se peleó tambien, pero sucedió lo propio que en las dos luchas anteriores; y finalmente, Ghistelle entregó las armas, y tuvo el profundo dolor de ver condenada su opinion y desvanecidos sus deseos en abono de Inglaterra, por haber triunfado el partido popular, amigo de Francia.

Pero, á pesar de todo, los vencidos siguieron alimentando esperanzas muy exageradas, y fomentaron nuevas disensiones y guerras desastrosas, cuyo relato no puede tener cabida bajo ningun concepto en la breve des-

cripcion de un torneo. Contentándonos, pues, con haberlas indicado, vamos á poner término á lo que acabamos de consignar, apuntando en estas páginas algunos pormenores curiosos y hoy casi olvidados acerca de la antigua caballería.

En el siglo XIII, pertenecer á su orden era la más elevada de todas las dignidades á que un hombre de guerra y un valeroso campeón podían aspirar. Con efecto, á los nuevos caballeros se les daba el parabien, diciéndoles que lo merecían todo por haber entrado en el TEMPLO DEL HONOR.

Los elegidos entre los candidatos, antes de verificarse la gran ceremonia de su admision en la orden de los caballeros, observaban por el trascurso de muchos dias una rigorosa abstinencia de toda clase de manjares y licores, no permitiéndoseles más que comer pan y refrescarse con pocos sorbos de agua: las noches las pasaban orando, y eran muy cortas las horas destinadas al reposo. A estos preparativos solemnes y augustos se les daba el título de *pruebas*; y las últimas noches de oraciones y plegarias, se llamaban la *vela de las armas*. En tiempo de guerra se dispensaban todas estas ceremonias, y el rey ó general del ejército se limitaba á dar el abrazo de costumbre al nuevo campeón, diciéndole: «*En nombre de Dios, de San Miguel y San Jorge, te hago caballero.*»

Los que formaban parte de una orden tan insigne, no solo se veían obligados á cumplir escrupulosamente sus juramentos, sino que tambien debían ser un modelo de conducta ejemplar y grandes virtudes. Con efecto,

en una de sus constituciones estaba consignado, que el caballero que perpetrara una falta deshonrosa, por muy leve que fuese, se le espulsaria. En casos semejantes, al culpable se le llevaba á un tablado, muy expuesto al público, se rompian sus armas, se las pisoteaba, y al propio tiempo, buen número de sacerdotes recitaba el oficio de difuntos, á fin de dar á entender que al caballero refractario se le consideraba ya muerto para la órden á que habia pertenecido y para el mundo. Después de esta ceremonia muy lúgubre, un heraldo preguntaba tres veces cuál era su nombre, los oficiantes lo pronunciaban con voz lastimera, pero el heraldo decia: «*No es cierto, no es este, porque el hombre á quien veo es un traidor, un desleal, un fementido:*» y tan luego como acababa de pronunciar estas palabras muy injuriosas, vertia sobre su cabeza un jarro de agua caliente, ceremonia terrible, porque su sentido místico era que desde aquel mismo instante se consideraba como nulo y borrado el abrazo de costumbre, que habia conferido al mal caballero el honor y los distintivos de la órden. Luego se le bajaba del tablado, pándole una cuerda por debajo de los brazos, se le ponía sobre unas angarillas, se le echaba encima un velo negro, se le conducía á la iglesia de la órden, se recitaba nuevamente el oficio de difuntos, se lanzaban imprecaciones muy repetidas contra el culpado, y por último, se le maldecía y espulsaba para que se fuera y ocultara su deshonra, retirándose del mundo.

Todo lo que llevamos expuesto acerca de la antigua caballería, de su origen y de sus constituciones, nos dá

á conocer clara y terminantemente, que á esta órden tan insigne debemos considerarla como el gran punto de partida de una civilizacion nueva, y como un elemento regenerador, destinado á disipar las tinieblas muy espesas en que estaba envuelta toda la Europa en la Edad media. La caballería echó las bases del derecho público é internacional, como queda apuntado arriba; la caballería empuñó la espada de la justicia contra los opresores y tiranos de los desvalidos; la caballería espiritualizó el amor al bello sexo, casi divinizándole; la caballería, en fin, dió fuerza y movimiento al cuerpo político, que carecia de sosten y apoyo para reconquistar sus derechos hollados violentamente por la tiranía y la barbarie.

BEATRICE CENCI.

En el siglo xvi los italianos, llevados en alas de su genio, cultivaban con esmero las ciencias, las letras y las artes; pero á pesar de que un destello divino inflamaba su pecho, inspirándoles elevadas concepciones, y recordándoles á cada paso la grandeza de su origen y el resplandor de sus ilustres antepasados, muchas bárbaras instituciones, que habian echado raices muy hondas por obra de los godos y otros pueblos septentrionales, hacian azarosa su existencia y perturbaban la tranquilidad de las ciudades más populosas de la hermosa Italia.

Los señores feudales gozaban aun de fueros y privilegios, que les habian trasmitido sus progenitores y mantenian á su sueldo bandoleros, sicarios y asesinos, prontos á perpetrar toda especie de crímenes y á aco-

meter á los ciudadanos indefensos y pacíficos, para satisfacer las pasiones ruines y las venganzas del señor, que les escudaba con su prepotente patrocinio, como no lo ignoran los que han recorrido las crónicas de aquel tiempo y la preciosa novela de Alejandro Manzoni: *I Promessi sposi*.

Sisto V, que desde el fondo de su humilde choza supo elevarse hasta el Capitolio, ciñendo sus sienes con la tiara, cuyo poder abrazaba entonces el orbe entero; este varon preclaro, este pontífice de renombre impecadero, apenas sentado en la silla del príncipe de los apóstoles, abrasado de celo y amor á la justicia, concibió el noble proyecto de poner coto á la avilantez, á la tiranía y al poder brutal de los patricios romanos, que por conducto de sus infames satélites perpetraban enormes delitos.

Queriendo, pues, aquel pontífice dar un escarmiento terrible á los señores feudales que abusaban tan torpemente de su elevada posición, les hizo notificar que se trasladasen á su régia morada en un dia determinado y á la misma hora, diciendo que debía conferenciar con ellos sobre asuntos muy urgentes que atañían al bien del Estado. Aquellos altos personajes acudieron solícitamente á la intimación de su soberano, que les recibió con semblante muy severo y les habló en esta forma: «Vuestra desenfrenada tiranía y la maldad de
 »vuestros fieles servidores acosan miserablemente los
 »Estados de la iglesia; vosotros hollais todos los derechos
 »humanos y divinos, pero el imperio de las leyes bajo
 »mi reinado será más fuerte, más sólido y duradero que

«vuestra tiranía, y para que conozcais que estas palabras no son amenazas vanas ó una jactancia pueril, mirad hácia lo alto de las ventanas de este palacio.»

La ira y el encono de aquellos patricios, al oír el breve, pero tremendo discurso del pontífice, se convirtió en espanto y horror, cuando al levantar los ojos columbraron al través de los cristales á los ministros de su iniquidad colgados de unas horcas elevadas sobre los tejados de las casas que estaban enfrente del palacio de Sisto V.

El papa, mirando entonces con torvo ceño á aquellos personajes, que estaban aun en su derredor, y que con cara demudada y los ojos fijos en el suelo, no osaban pronunciar ni una sola palabra, añadió en tono de cólera: «Acordaos de este espectáculo que habeis presenciado y no me provoqueis á mostraros mañana otro más terrible (1).»

(1) Uno de los hechos más memorables, y que pone de manifiesto la firmeza de carácter y el amor á la justicia de Sisto V, es el que vamos á narrar, entresacado de la vida de este gran pontífice, escrita por Gregorio Leti.

Un caballero romano robó una doncella; los padres de esta le perdonaron, sabiendo que se ofrecía voluntariamente á enlazarse con ella. Pero se necesitaba el perdón del papa para la celebracion del himeneo, porque las leyes contra los raptos eran muy severas. Se presentaron, pues, á Sisto los padres y le rogaron que indultára al que debía ser su yerno. El papa contestó, que no podía conceder legalmente la gracia sin el consentimiento del gobernador de Roma, y que volviesen dentro de pocos días á su palacio, en donde encontrarían al gobernador. En tanto, mandó significar con mucho secreto á este último, que tenía que

El acierto de las resoluciones soberanas del pontífice, la firmeza, la incorruptibilidad, el rigor de los ministros de justicia bajo su gobierno, ahogaron la tiranía de los patricios romanos. Pero el reinado de Sisto fué muy corto, y este esclarecido varon no pudo llevar á cabo sus vastos designios, ni cortar de raiz los desmedidos privilegios y torpes abusos que enaltecian el orgullo de los patricios; los cuales, despues de su muerte, volvieron á levantar la cabeza como una serpiente asquerosa en cuyas venas infunden un nuevo calor los ardientes rayos del sol, tan luego como se disipan las nubes que han oscurecido el cielo durante el invierno. Así es, que en la época á que se refiere la funesta historia que vamos á escribir, habia vuelto á germinar la mala semilla de malhechores y asesinos, pen-

conferenciar con él acerca de un negocio de mucha trascendencia. Tan luego como se presentó el gobernador, le dijo todo lo ocurrido, y añadió que el dia siguiente volviere á su palacio en donde estarian tambien los padres del raptor, y que cuando él le preguntára si era conveniente agradecerle, contestase que no lo juzgaba oportuno y conforme á las reglas de la sana justicia. Convenido todo en estos términos, mandó significar á los interesados, que les esperaba, indicándoles el dia y la hora. Cuando se presentaron y solicitaron nuevamente la gracia, Sisto, dirigiéndose al gobernador, le dijo:—¿Le parece á Vd. conveniente indultar á un hombre que ha hollado con tanta violencia las leyes?—El gobernador contestó:—Santidad, seria un mal ejemplo y un escándalo.—Muy bien, replicó el papa, y luego añadió, mirando con fiera á los padres de la doncella; yo me atengo á lo que dice el gobernador, y condeno á siete años de presidio al que ha perpetrado el crimen; se casará despues de haber pagado su culpa.

sionados por los señores feudales del Estado romano, entre los cuales sobrepujaba, tanto por su riqueza, por su larga clientela y noble alcurnia, como por su violencia, por su altivez y repugnantes crímenes, Francisco Cenci, padre de la desventurada *Beatrice*.

Su rostro pálido y descarnado, sus ojos undidos y fruncidas cejas, sus miradas torvas y malignas, su talle delgado, sus pasos tardos y lentos, hacian traslucir su alma pérfida y amancillada de terribles y horrendos crímenes. Este hombre, que parecia el hijo primogénito del pecado, y que hollaba todos los derechos humanos y divinos; este hombre, que escarnecia los afectos más tiernos que la naturaleza ha estampado en nuestros corazones, y que habia sido el asesino de su jóven esposa, cortándole el hilo dorado de la vida en el abril de sus años con un brevaje venenoso, prendado ahora de la hermosura y de las gracias seductoras de Lucrecia Petroni, noble matrona romana, queria cautivarse á toda costa su amor. Pero esta rechazó con desden las bajas lisonjas de Francisco Cenci, conociendo que nacia de afectos caprichosos é impuros. El candor de su alma y la honestidad, que habia sabido conservar sin mancha en los años de su viudez, quitaban á Cenci toda esperanza de lograr sus deseos; la brindó, pues, con las promesas lisonjeras del himeneo, confirmándolas con repetidos agasajos y ricos dones. La Petroni, aunque no se habia mostrado muy propensa á aquel nuevo enlace, no tuvo bastante fuerza para rechazar con obstinacion los halagos que trae consigo la opulencia, el fausto y la pompa, y cedió por último á los impulsos de una am-

biciosa vanidad, pasion terrible, que ejerce en el mundo su imperio y encuentra siempre firme apoyo en el corazon de toda mujer, por altas que sean sus virtudes, y sus afectos candorosos y nobles.

Ufano Francisco Cenci de haber ablandado á una mujer tan esquiva, apresuró sus bodas, que se celebraron en uno de sus mejores palacios de Roma. Pendian allí de las paredes pomposas y ricas colgaduras de varios y deslumbrantes colores, que reflejaban imágenes históricas y mitológicas de dioses antiguos y grandes héroes á la luz brillante que despedian arañas de reluciente cristal, adornadas de záfiro y esmeraldas. Se veían allí los retratos de los más ilustres varones que habian pertenecido á la familia Cenci, y la fama de cuyos hechos habia sido trasmitida á la posteridad. En uno de los costados de la espaciosa sala se presentaba á la vista el retrato de un guerrero con su cota de malla y vestido todo de hierro, que llevaba en su pecho el signo de nuestra redencion, noble distintivo, que daba á conocer habia atravesado en tiempos muy remotos los desiertos arenosos y abrasados del Asia peleando contra los infieles para reconquistar los santos lugares. Estaba más allá el retrato de un hombre envuelto en una larga toga, y que teniendo en su mano un papel escrito, parecia mirar con fruncidas cejas á algun interesado en un gran pleito y decirle: *Veremos*. Se veía al lado opuesto el retrato de un hombre, cuyo semblante muy severo y cuyos hábitos indicaban que habia tenido el alto honor de pertenecer al número de los príncipes de la Iglesia. No muy lejos se veían los retratos de dos

guerreros que llevaban con fiero ademán y mucha arrogancia dos largos pendones, desplegados al viento, y cuyos colores daban á entender que habian capitaneado en la Edad media á las facciones de los blancos y de los negros, que sacudieron hasta en sus cimientos la libertad de Italia. En el fondo de la sala y en última lontananza, estaban los retratos de Francisco y Lucrecia al pié de un altar, y entrambos parecian prontos á proferir el juramento solemne delante del sagrado ministro, cuya bendicion esperaban.

Pero tanta alegría se trocó muy luego en tristeza y acerbo dolor. Francisco Cenci, despues de haber satisfecho su orgullo, su vanidad y sus deseos, dividiendo el tálamo con Lucrecia Petroni, volvió á sus hábitos antiguos, y desplegó toda la fuerza de su tiranía y la ferocidad de su alma contra su nueva y tierna esposa. Los hijos de Cenci, Jacobo, Bernardo y *Beatrice*, que habian mirado con regocijo aquel himeneo, alimentando la placentera esperanza de que la honesta matrona amansára, con su dulzura y la pureza de sus costumbres, la indole perversa de un padre tan crudo, se encontraron sumidos en nuevas y terribles calamidades, y en vez de tener un alivio, desahogando sus pasadas desdichas en el seno de una madrastra cariñosa, se vieron en el duro trance de mezclar sus lágrimas amargas con el llanto que vertía la nueva víctima caída bajo el yugo de un hombre, cuyo corazon no latía más que para la ira, el encono y el crimen.

Francisco Cenci, abandonando la ciudad de Roma, se trasladó con sus hijos y Lucrecia á un viejo castillo,

que en tiempos remotos habia sido morada de sus antepasados, y en donde residian á la sazón bandoleros y asesinos, que eran ministros de sus iniquidades. El silencio y la soledad de un campo desierto, las murallas de aquel castillo ennegrecido por los años, el largo foso que le rodeaba, sus ventanas estrechas y ahumadas, sus almenas góticas y todo el conjunto de su arquitectura, le daban un aire de tristeza y terror. Al mirarle desde lejos, creería el viajero que moraban allí espíritus malignos, y que por la noche se celebraban en sus alrededores los infames misterios que las leyendas de la Edad media atribuyen al sábadó de la bruja. Francisco Cenci, que tenia encerrados en cuevas oscuras y hediondas á sus hijos y á su nueva esposa, les escaseaba cada día más los alimentos, y dejándoles muchas veces bajo la vigilancia de sus viles satélites, se alejaba por algunas semanas de aquella mansion de infamia y horror, vagando solo y triste por los campos desiertos, acompañado de un enorme perro, que no era para él un símbolo de fidelidad y amor, sino el emblema de su rabia maligna y feroz.

Aquellas víctimas exasperadas convinieron en abreviar los días de su tirano; y Lucrecia Petroni, á la idea acosadora de sus ofensas y del encono profundo contra Cenci por los ultrajes con que agobiaba á los hijos, añadia también sospechas terribles de que fuesen para *Beatrice* un don funesto de la naturaleza, y causa de perpétuo deshonor su hermosura, sus encantos, su inocencia, su candor virginal, porque Francisco, hombre de alma corrompida, no estaba muy age-

no de hollar con infamia las leyes humanas y divinas, atentando al pudor de su propia hija. Dominados, pues, los dos hermanos y Lucrecia por el pensamiento de un parricidio, lo revelaron á *Beatrice*; pero aquella niña angelical, pálida, descarnada y temblorosa por sus largos sufrimientos, nada comprendió del proyecto terrible, nada de la perpetracion del crimen que se premeditaba, y bajando los ojos sin pronunciar ni una sola palabra, prorumpió en lágrimas acompañadas de sollozos y lamentos. Jacobo, Bernardo y Lucrecia, ensañados aun más á la vista de un espectáculo tan desgarrador, y creyendo á *Beatrice* casi fuera de juicio y próxima á su hora extrema, convinieron en apresurar el golpe fatal, consumando el horroroso crimen.

Uno de los malvados á quien Francisco Cenci habia confiado la custodia de la víctimas desventuradas, conmovido de su suerte lastimosa, les habia manifestado afectos muy piadosos. Le comunicaron, pues, su pensamiento, y para animarle á ejecutarlo, le prometieron ricos dones y le prodigaron de antemano muchas monedas de oro, que tenian guardadas en largas fajas, que llevaban bajo sus vestidos. El sicario, codicioso de adquirir riquezas, pero acostumbrado por el trascurso de una multitud de años á mirar con respeto y sumision profunda á Francisco Cenci, se quedó suspenso y mudo por largo rato, cuando Jacobo, Bernardo y Lucrecia, jurándole que aquel hecho tremendo no seria nunca revelado, y rogándole calorosamente con los ojos empapados en lágrimas, redoblaron sus largas promesas hasta vencer su resistencia. Logrado el consentimiento que

tanto anhelaban, Lucrecia Petroni y los dos hermanos convinieron en que el ministro de su venganza, penetraría favorecido por el silencio y las tinieblas de la noche, en la habitación en donde Cenci acallaba sus remordimientos entregándose al sueño; que, encontrándole indefenso y solo, le traspasaría con un largo clavo las sienas, que trasladaría su cadáver al jardín del castillo, introduciendo en las sienas, heridas por el instrumento homicida, el ramo de una alta higuera, que estaba bajo la ventana de su dormitorio, y que le atravesaría, por último, con otro ramo del árbol mismo el vientre, para que al día siguiente pudieran publicar, afectando sorpresa y dolor, que Francisco Cenci, por funesto caso ó de intento, se había abalanzado desde la ventana de su habitación, suicidándose miserablemente.

Habia estendido la noche su negro manto sobre todo lo creado, y la soledad profunda interrumpida por el graznar de las fatídicas aves nocturnas, que revoloteaban en derredor del viejo edificio, acrecentaba el horror de las tinieblas, cuando el sicario, aunque muy agitado y despavorido, entra en el aposento de Francisco Cenci, y se acerca hasta su lecho, ya avanzando lentamente y paso á paso, ya arredrándose estremecido de terror. Pero descubriendo á la luz de una lámpara á Francisco inerte y sepultado en el sueño, y que se ofrece víctima involuntaria á la traición del que quisiera atentar contra su vida, sobrecogido de la idea terrible de un paricidio, huye precipitadamente, y volviendo á donde estaba la Petroni y los dos hermanos, con cara demudada y voz temblorosa, les dice, que arrepentido de su reso-

lucion, tenia mucha repugnancia en perpetrar un crimen tan alevoso. Aquellos, amedrantados de que se descubriera su plan, y ciegos de furor, apostrofaron ignominiosamente al que habian destinado para instrumento de su venganza, y le llamaron vil y cobarde. Pero despues, pidiéndole perdon, le recordaron entre sollozos y gemidos su desventurada situacion, y le ofrecieron gran parte de los tesoros de Cenci, obligándole de esta manera á la perpetracion del crimen y á satisfacer sus deseos. El sicario, endurecido en los delitos, suponiendo que una obstinada resistencia pudiera dar márgen á que se le creyese falto de valor, vuelve al aposento de Francisco Cenci, sin protestar más, y ejecuta el proyectado parricidio.

Al despuntar el alba se encontró el cadáver de la víctima, que colgaba de las ramas de la infausta higuera, tan desfigurado y negro como el vendedor de Cristo; y la gente aterrada al mirarle recordaba con estremecimiento los vicios que amancillaban el alma de Francisco Cenci, y atribuian su muerte á la cólera y venganza del Hacedor Supremo. Lucrecia, Jacobo y Bernardo, compadeciendo con fingido dolor é hipocresía un suceso tan funesto, dejaron al cabo de pocos dias el castillo, y volvieron á su palacio de Roma llenos de contento, y llevando consigo á la desdichada *Beatrice*, cuyo corazon, oprimido por las pasadas desventuras, le vaticinaba nuevas y terribles desgracias, á pesar de que su alma pura no habia participado del crimen alevoso, que acababa de quitar del mundo á Francisco Cenci. Pero Lucrecia y los dos hermanos esperaban que se perdiera toda traza

del parricidio, por haberse trasladado á Nápoles el asesino á quien habian colmado de dones: cuando uno de aquellos acontecimientos, á que no alcanza la humana prevision, disipó todas sus esperanzas y acarreó sus última ruina.

El sicario, instrumento del crimen, llegado al cabo de un año á su hora extrema, y afligido por remordimientos acosadores, reveló en su agonía el parricidio cometido para que se publicára tres dias despues de su muerte. Trasmitida aquella noticia á Roma, Clemente VIII, que ocupaba entonces la silla apostólica, estremecido de horror, mandó encarcelar á la familia Cenci, sujetándola á los tribunales para que indagáran todos los pormenores de aquel terrible acontecimiento, y falláran sin retardo segun el rigor de las leyes.

Lucrecia Petroni, Jacobo y Bernardo, negaron con arrojo el crimen que se les imputaba; pero la infortunada *Beatrice*, derramando lágrimas, invocaba al cielo en testimonio de su inocencia. Entonces fué cuando Ulises Moscati, destinado á la sustanciacion del proceso, mandó torturar á los acusados; los cuales, no teniendo fuerza bastante para sufrir el tormento, confesaron su delito, á excepcion de la desdichada *Beatrice*, que, lejos de manchar su alma pura con una mentira que la declararia criminal y parricida, arrostró con valor y entereza el tormento, proclamando su inocencia en medio de los dolores más atroces y el dislocamiento de sus miembros tiernos y delicados. Pero la alevosía del crimen, y la firme resolucion del pontífice, que queria que se castigára á toda costa segun el rigor de las

leyes á los autores del parricidio, hicieron que el juez sometiera nuevamente al tormento á la infeliz *Beatrice*. Envuelta la desventurada víctima en una túnica blanca, que dejaba descubiertos sus brazos de marfil, el verdugo le ató los puños con una cuerda, que colgaba de una garrucha clavada en el techo, y luego tirando con violencia el cabo, que tenia en sus manos, levantó del suelo el cuerpo delicado de la víctima. Aflojada luego, y detenida de pronto la cuerda, sufrió *Beatrice* un fuerte sacudimiento y quedó en el aire sofocada de su propio peso. Entre los dolores muy atroces y su congosta, sin desmentir su firmeza y medio desmayada, decia con voz lastimera: «¡Oh, Virgen Santa, no me abandonéis en tan duro trance, vos que conocéis el candor y la inocencia de mi alma!» Ulises Moscati, no pudiendo resistir más á un espectáculo tan triste, mandó, vertiendo lágrimas, que se soltase á la víctima y que se la prestasen todos los remedios que pudieran aliviar sus quebrantos en tanta afliccion.

Llegada á los oídos del pontífice la noticia de lo acaecido, relevó á Moscati de su cargo, y confió el proceso de los Cenci á César Lucini, hombre de mucho rigor, y cuyo corazon estaba cerrado á todos los afectos compasivos. El nuevo juez se trasladó á la cárcel de *Beatrice*, y mandándola comparecer ante su tribunal, la hizo entrar en un gabinete colgado todo de negro, y cuyas paredes reflejaban una luz opaca y moribunda. César Lucini, sentado en medio del aposento, se apoyaba en una mesa, teniendo en frente la imágen del Crucificado, á la derecha los Santos Evangelios, y

á la izquierda una calavera con las sienes huecas y ensangrentadas. La doncella infeliz, pálida y desfigurada por los horrores de la cárcel y los tormentos, quedó sobrecogida de espanto á la vista de aquellos objetos. Pero César Lucini la dijo con acento ronco y fiero: «Acercaos, parricida, y confesad vuestro crimen si quereis que os perdone el Crucificado: mirad esta cabeza, mirad sus sienes huecas y ensangrentadas, y acordaos que fueron traspasadas con un clavo homicida por vuestro mandato.» *Beatrice* entretanto protesta ser inocente, y cae desfallecida en los brazos de los ministros de justicia, que la habian sacado de su calabozo para llevarla al gabinete de Lucini; el cual, viéndola privada de sentido, esperó friamente que volviera en sí, y siguió diciéndola: «No creais que vuestra juventud, que vuestros encantos, que los halagos de vuestro sexo me conmuevan y enternezcan; confesad vuestro crimen, sino dormireis en un lecho más blando que el de *Procusto*, que os he mandado preparar.» Era este el tormento más atroz que habia inventado la crueldad humana en los tiempos de barbarie. El cuerpo del paciente, cubierto de una túnica muy sutil, se tendía de espaldas sobre una larga tabla sembrada de guijarros puntiagudos, en donde se le ataba, y despues, por medio de una soga, que pendía de una gran garrucha, se le columpiaba con gran violencia; así que, por la fuerza que comunicaba á la soga el desapiadado balanceo, los guijarros laceraban las carnes del torturado. *Beatrice* arrojó con valor este nuevo género de tormento, y con los ojos empapados en lágrimas, entre lamentos y sollozos, protestaba cada vez

con más firmeza que era inocente. Pero Lucini, inspirado por su demonio, viendo á *Beatrice* casi exánime, y conjeturando que en su debilidad cualquiera nueva y fuerte impresion la arrancaria de la boca las palabras que él deseaba, mandó suspender el cruel tormento, y ordenó que entráran de repente en el oscuro calabozo Jacobo, Bernardo y Lucrecia, á quienes habia dado á entender que evitarian la última pena si *Beatrice* no persistia en su negativa. Aquellos desventurados, impelidos por una esperanza falaz, se hincaron de rodillas delante de la niña infeliz, asegurándola que el áncora de su salvacion se apoyaba en que ella afirmase lo que Lucini queria. Entonces *Beatrice*, vencida por el dolor y la piedad, se inclinó á los deseos de su verdugo; pero al cabo de pocos dias cayó el terrible fallo de muerte sobre la cabeza de los acusados (1).

Clemente VIII, solicitado por una gran parte de la

(1) Su abogado defensor fué el célebre Farináceo, uno de los criminalistas más célebres de su tiempo: el papa quiso presenciar la defensa, y habiendo notado que Farináceo se esforzaba en conmover el ánimo de los jueces en favor de *Beatrice*, le dijo: «Señor abogado, no sé como puede defenderse con tanto calor un parricidio.» Farináceo contestó: «Santo padre, no defiendo á una parricida, sino á una inocente con abierta injusticia acusada, y esto pretendo probar.» La arenga de Farináceo, pronunciada en lengua latina, segun la costumbre del tiempo, fué docta y elecuente, y es de suponer que este criminalista, cuya obra muy voluminosa sobre la tortura, ha pasado á la posteridad como un monumento, es de suponer, digo, que en su arenga no dejaria de manifestar fuerza de raciocinio y doctrina.

aristocracia romana á indultar á *Beatrice*, se manifestó en un principio propenso á conceder la gracia; pero habiendo mediado otro parricidio despues del fallo contra la familia Cenci, se negó, diciendo que no queria bajo ningun concepto conceder una gracia tan escandalosa y perjudicial por sus consecuencias. Se limitó, pues, á trocar la última pena en prision perpétua á Bernardo, porque era todavía menor de edad. Las demás víctimas fueron llevadas al patíbulo, despues de haber recibido con caridad todos los consuelos que nuestra religion santísima prodiga á los desventurados.

Jacobo subió al cadalso tembloroso, y fué degollado con el filo cortador de un acero, para que fuese su muerte más dolorosa y cruel; Lucrecia se abandonó desvanecida al hacha homicida; pero *Beatrice* avanzó impávida y serena al suplicio que la aguardaba. El verdugo queria arreglarla el velo blanco que la ceñia la cabeza y la cubria los hombros; *Beatrice* le miró desdenosa y le dijo: «Aléjate de mí, que no tuve nunca hombres semejantes que me sirvieran»; y sin pronunciar más palabras levantó los ojos al cielo como á su última morada, y se ofreció en holocausto al Creador de todas las cosas. La sangre que brotó de su tronco manchó el blanco velo, y aquellos dos colores tan diversos dieron á conocer á los que presenciaron aquel tremendo espectáculo, sumidos en una afliccion profunda, que la víctima martirizada habia llevado consigo al sepulcro un corazon puro y el candor de su virginidad.

El viajero, que atraviesa la antigua metrópoli del orbe, mira aun con tristeza en la galería Barberini, y tambien en la de los Colonna, el retrato de *Beatrice Cenci*, hecho por el famoso Guido Reni. Aquella imágen, animada por el pincel divino del artista, inspira pureza de afectos y ternura en los corazones sensibles, y parece decir en mudo lenguaje al viajero: «¿Podia cobijarse bajo formas tan angelicales la idea terrible del parricidio? ¡¡Fuí desventurada, y no criminal!!!. ¡¡Derrama una Lágrima de dolor sobre mi tumba, pero deplora aun más, oh viajero, la injusticia de los hombres!!» (1).

(1) El señor don Antonio Cánovas del Castillo, ilustre y erudito escritor, y con cuya amistad nos honramos, hablando un dia de *Beatrice Cenci*, me dijo: que habia leído en Roma, siendo representante de la embaajada española, el proceso original de aquella famosa causa, y que habiéndolo recorrido con mucha detencion, no dudó que *Beatrice* habia sido cómplice del gran parricidio. Estas palabras de un hombre como el señor Cánovas tienen mucho peso; pero yo he juzgado más conveniente en esta leyenda presentar á *Beatrice* como inocente, tanto para dar un colorido más patético y compasivo á la narracion de los hechos, como porque algunos escritores contemporáneos abogan en abono de *Beatrice*, declarándola inocente.

DISERTACION

CONTE LAS CENAS DE LAS

DISERTACIONES.

DISERTACIONES.

DISERTACION

SOBRE LAS CIENCIAS OCULTAS.

ADIVINACION DE LO FUTURO.—MAGIA.—INTERPRETACION
DE LOS SUEÑOS.—MAGNETISMO ANIMAL.

Me elevo en alas de mi fantasía, y me lanzo al vasto piélago de las ciencias ocultas, para contemplar al hombre en sus desvaríos, alentado por la vana esperanza de adquirir una sabiduría sobrenatural, y penetrar en lo futuro desgarrando el velo de aquellas tinieblas, que alivian nuestros pesares en este valle de lágrimas y amarguras. Si el hombre llegase á conocer la larga série de los hechos venideros, el desenlace de los acontecimientos, que ya abruma de tristeza su cora-

zon y le hacen latir, agitado por fervorosos deseos, ya le llenan de alegría y regocijo; si llegase á conocer el momento terrible en que se va á abrir bajo sus plantas la fria losa del sepulcro, pondria el último sello al fatalismo musulman. Todas sus generosas pasiones se apagarían; el amor á la pátria y sus amistades más afectuosas se convertirían en egoismo ó apatía; la dulzura de los hogares domésticos se quedaria aniquilada; los sentimientos delicados, que nos inspira una consorte virtuosa, y que repiten nuestra imágen en los hijos, perderían todo su vigor; se daría rienda suelta á las inclinaciones más perversas; la esperanza, los deseos, las ilusiones más lisonjeras, que recaman la enmarañada tela de la vida, se desvanecerían; el prisma encantador, que refleja, con variedad asombrosa de colores, el gran panorama del universo, cuyas vistas deleitan, porque sus cambios se escapan á la prevision humana, perdería toda su hermosura; el hombre, dotado de libre albedrío, se convertiría en una máquina movida por resortes, tan infalibles como necesarios, y la sociedad caería en una disolucion completa ó en un marasmo no menos lastimoso que terrible: ¿qué vigor podrían tener las leyes y la severidad de los castigos para el que sabe de antemano la suerte que le espera? ¿qué aliciente los premios para el que no duda del éxito de sus acciones?

Sin embargo, ha habido en todos los siglos y en todos los pueblos hombres que, aguijoneados por una curiosidad impía ó necia, han intentado adivinar lo futuro ó descubrir los secretos más ocultos, entregándose

á supersticiones sacrilegas, evocando á los espíritus y esperando de ellos revelaciones portentosas. Ha habido otros, estúpidamente crédulos, que han dado oído á charlatanes impostores, diestros en el arte de engañar, confiados en que estos hombres recorrerian á sus ojos la cortina del tabernáculo misterioso, que encierra en la oscuridad y el silencio el depósito de nuestros destinos. Ha habido otros que han supuesto poder descubrir con misticismo fantástico, en la interpretación de los sueños, el anuncio precursor de grandes calamidades ó de una suerte venturosa, y hoy, para baldon de nuestro siglo, se pretenden resucitar en ambos hemisferios estos delirios carcomidos, supersticiosos y producto de la ignorancia, arrancando de las aulas de la facultad médica el magnetismo animal para convertirle en objeto de investigaciones metafísicas, engañosas é infundadas.

Persuadidos nosotros de que es muy útil para el bienestar de las familias destruir las preocupaciones más inveteradas, esponer á la vista de los lectores la charlatanería y la impostura en toda su desnudez, demostrar cuán perjudicial es para el sosiego de la vida una ciega credulidad, nos hemos propuesto consignar en estas páginas algunos pormenores, no menos estraños que curiosos, sobre la magia, lo que nos ofrece de más peregrino la supuesta interpretación de los sueños, y cuáles, entre los fenómenos magnéticos, merecen crédito y aprecio, separándoles de los falaces que son un producto del embuste de hombres taimados, que se proponen esplotar la bolsa de los honachones, que se alimentan

tan de prodigios y milagros, como Don Quijote se alimentaba de duelos y quebrantos.

Si el hombre, en vez de sujetar sus pensamientos á una crítica rigurosa, se abandona instintivamente á los arranques de su acalorada imaginacion, sale del círculo de la realidad, cree que todos los objetos exteriores influyen, más ó menos directamente, en los actos más libres de su vida, y lo atribuye todo á un fallo inexorable que pesa sobre su existencia. Levanta los ojos á la bóveda azulada del firmamento, tachonado de estrellas, contempla con asombro aquel espectáculo magnífico, y supone que la luz trémula y argentada, que despiden los cuerpos celestes, impera sobre su destino; de aquí trajo origen la astrología. Fija la vista con maravilla en una grande hoguera, en el chisporroteo de sus llamas, que serpentean y se encrespan con movimiento perenne, como las olas del mar, vé las bocanadas de humo que salen de su seno y vagan por la inmensidad de los espacios, condensándose en negra nube, lo contempla todo, y cree que el fuego, símbolo de la vida que anima al universo, tiene algo de significativo y misterioso; de aquí trajo origen la piromancia ó adivinacion por el fuego. Atraviesa los bosques espesos de algun paraje solitario, resuenan á sus oidos las ráfagas de un viento impetuoso, parece que en las regiones elevadas de la atmósfera aullan lobos y hienas, y cree que la naturaleza habla con voz ronca y airada; de aquí trajo origen la aeromancia ó adivinacion por el movimiento del aire. Se detiene á orillas del mar tempestuoso: sus olas, que se levantan con estruendo hasta

las nubes, y luego se precipitan, presentando á su vista el horrendo espectáculo de un abismo insondable, le infunden espanto, y cree que espíritus invisibles tienen su morada en la profundidad de los mares y de los ríos; de aquí trajo origen la hidromancia ó adivinación por el agua. Fija las miradas sobre sí mismo, y supone encontrar en los surcos de su mano señales infalibles de una vida longeva ó de una muerte prematura; de aquí trajo origen la quiromancia ó adivinación por los signos de la mano (1). Pero, entre todas estas creencias supersticiosas, no hay ninguna tan sacrílega como la nigromancia, ó evocación de los muertos para que su espíritu nos revele lo futuro ó descubra secretos misteriosos, que salen de la esfera de la inteligencia común.

La magia abraza, en su sentido más lato, todos estos ramos de las ciencias ocultas, y comprende en su seno

(1) Recomendamos á los que quieran pasar un rato muy divertido, la lectura de un libro moderno francés, titulado: *La preciencia ó grande interpretación de los sueños, éxtasis y visiones: tratado curioso, extractado de todas las obras de antiguos y modernos que se han dedicado al estudio de la filosofía y á la esplicación de las ciencias ocultas.*

La prescience ou grande interprétation des songes, de rêves et de visions, traité curieux, extrait de tous les ouvrages des anciens et des modernes qui se sont adonnés á l'étude de la philosophie, et á l'explication des sciences occultes.—A Paris, chez Delarue quai des Augustins, n.º 11; et á Lille, chez Castiaux, libraire.

En esta obra, adornada con figuras, algunas regulares y otras estrambóticas, se habla de toda especie de adivinaciones y de las loterías.

á los brujos y hechiceros, que suponen poseer la facultad sobrenatural de comunicar con los espíritus reprobos ó demonios.

Los que figuran como magos desde tiempos inmemoriales son los persas y los indios; pero los primeros adoptaron la palabra *mágia*, y el nombre de *mago* en su verdadero sentido, que significa *sabiduría* y *varon sábio*, por lo que se dice que su primer legislador Zoroastro, eminentemente sábio, fué un gran mago; al paso que los segundos, entregándose á todas las supersticiones y ceremonias más abominables, se atribuyen el poder de evocar á los demonios, de ponerse en comunicacion con los espíritus invisibles, de practicar todos los maleficios más horrendos, de interpretar los sueños, de vaticinar lo futuro. En la India la *mágia* ha echado hondas raices, y no hay individuo en sus castas que no sueñe á cada paso con sortilegios, adivinaciones, encantamientos y maleficios. Nada se atribuye en aquel país á la eventualidad, ni á causas naturales. Contradicciones, contratiempos, acontecimientos funestos, enfermedades, dolores agudos, muertes prematuras, en fin, todas las plagas á que los hombres están espuestos por las leyes de la naturaleza, se atribuyen siempre á las maquinaciones ocultas y diabólicas de algun pérfido y maligno encantador. En aquel país se encuentran cuadrillas de adivinos, de astrólogos y de magos, que venden sus oráculos, y se comprometen á manifestar por el dinero los secretos de su profesion. En aquel país hay brujos de distintas categorías; se supone que algunos de ellos, que tienen el poder de evo-

car al demonio, pueden tambien sujetarle á sus órdenes y caprichos; hay otros de clases inferiores, cuya facultad se limita á fomentar los ódios entre las personas de distinto sexo, ó á inspirarlas amor mediante los filtros ó palabras misteriosas, y que pueden producir enfermedades incurables ó muertes repentinas, ó esterilizar los campos con sus miradas, ó producir en el ganado vacuno males contagiosos, ó descubrir tesoros, y los efectos robados ó perdidos. En la India hay libros especiales de mágia, escritos en caracteres estraños, inteligibles únicamente á las personas que profesan este arte, y que indican cuál es el objeto que se propone el mago en todas sus operaciones, hasta dónde se estiene de su poder, cuáles son los medios de que debe servirse en el ejercicio de la mágia, cuáles las palabras que debe emplear en las evocaciones, cuál es el tiempo más oportuno para que el ejercicio de su arte y sus encantamientos tengan buen éxito. En la India los que aspiran á ser magos toman leccion de algun maestro consumado en las ciencias ocultas, y estos discípulos, si ven en sus primeros ensayos que un demonio ó un duende no ejecuta sus mandatos al pié de la letra, se lo intiman á nombre de sus maestros, cuyas órdenes no puede desobedecer. Se sirven en sus encantamientos de huesos de elefantes, perros negros, tigres, gatos blancos y osos. Además amasan el barro de los muladares más asquerosos, y lo convierten en figuritas, en cuyo pecho escriben los nombres de las personas á quienes desean causar daño, y creen que esto es lo bastante para que los desventurados, que se han atraído la ira y el encono.

de un mago, sean atormentados de mil pesares por el influjo maligno de algun planeta ó de los elementos de la naturaleza. Los magos taladran algunas veces con espinas las figuritas ó las mutilan para que padezcan iguales martirios las personas, cuyos nombres llevan escritos. Los indios creen que sesenta y cuatro raices de diversas plantas tienen la misma eficacia en causar desgracias y dolencias. Todo este cúmulo de supersticiones repugnantes y las castas, que separan á los indios en corporaciones distintas, que se odian y evitan todo contacto entre sí, han producido las consecuencias funestas de quebrantar los lazos de aquella union fraternal y paz de las familias, que embriagan el corazon con la dulzura de los afectos más tiernos, y han debilitado aquella fuerza vigorosa, que es propia de las grandes nacionalidades, y la idea sublime de la libertad individual, madre de las acciones más heróicas, y finalmente han perpetuado el dominio extranjero en la India, cuya inmensa poblacion no ha podido todavía, á pesar de sus grandes esfuerzos, ni podrá aun por mucho tiempo, sacudir el yugo de un puñado de europeos. La conviccion vergonzosa y degradante de que un brujo ó un encantador puede dominar la marcha de los acontecimientos humanos, la creencia antisocial de que la union de una casta con otra es un sacrilegio, han inoculado en el ánimo de los indios la indolencia y entorpecido su espíritu.

Despues de los indios se nos presentan como magos en los anales de la antigüedad los egipcios; pero entre ellos la práctica de todas las ciencias ocultas fué un

dominio casi esclusivo de los sacerdotes, que se pregonaban intérpretes de la Divinidad, que pronunciaban oráculos: y á los que aspiraban á ser iniciados en los misterios de Isis, les llevaban á grandes subterráneos, en donde herian sus oídos voces estrañas, lamentos, suspiros lastimeros, rugidos de leones, estruendo de torrentes de agua: y luego veían á la claridad dudosa de una luz, que parecia próxima á apagarse, figuras monstruosas y terribles. Aquellas escenas, sin embargo, de tristeza, dolor y espanto, se disipaban paulatinamente, y los iniciados se veían por último introducidos con asombro en vergeles amenos y deliciosos, alfombrados de flores, en donde descubrían á lo lejos figuras de personajes desconocidos. Entonces el Jerofante ó Sumo Sacerdote apostrofaba á los iniciados en esta forma: «Habeis llegado ya, despues de tantos padecimientos, á esta mansion de bienaventuranza; y »la diosa Isis, que os protege y ampara, os ha otorgado »la gracia de ver allí á lo lejos á los que reciben el premio de las virtudes que les adornaron durante su vida »mortal.» (1) El relato fantástico, confuso, exagerado de estos misterios ocultos, daba á los sacerdotes egipcios un gran prestigio y una superioridad, que les hacia considerar como otros tantos órganos destinados á poner á los hombres en comunicacion con los espíritus invisibles: y el pueblo, embrutecido en sus supersticiones idólatras, que lo llevaban á adorar los cocodrilos, los

(1) V. el *Séthos*, novela histórica político-moral, escrita por el abate Terrasson.

gatos, las culebras y hasta las cebollas, creía descubrir en el cuerpo sacerdotal á los predilectos de los dioses, á los señores del cielo y de la tierra, y á una gerarquía de individuos, que habian recibido el don celeste de obrar maravillas, y someter bajo su mando la misma naturaleza. Estas creencias perpetuaron en Egipto la práctica de las ciencias ocultas y del arte mágico, y aun hoy sus habitantes, y los turcos, que ejercen en aquel país una grande influencia en lo político y en lo religioso, confían en los prodigios de la magia. El abate Toderini en su historia, tan peregrina como curiosa, de la literatura turca, nos habla de un códice que adquirió durante su larga permanencia en Constantinopla. Su autor, que pretende reducir la magia á principios y teorías estables, apoya sus doctrinas en algunos pasajes del Coran, y luego dice que el que quiera ejercer este arte, adivinar lo futuro ó interpretar los sueños, debe tener la conciencia pura, limpia de toda culpa y ser hombre de vida penitente y austera; y hablando con especialidad de los sueños se explica en estos términos: «Pueden someterse á interpretacion únicamente aquellos que no son el efecto de enfermedad ó de una mala digestion, ni el efecto de pasiones »exaltadas ó de grandes perturbaciones:» y añade, que se debe dar crédito con preferencia á los sueños que se nos presentan al romper el alba. Pero este autor, más sensato que la multitud de adivinos embusteros, é intérpretes de los sueños, que vivian regalada y pomposamente en la córte de Nabucodonosor, en la del impío Baltasar, y de otros príncipes del Oriente, pone

término á su discurso con decir que todo arte adivinatorio no puede dar resultados infalibles y terminantes en todos los casos, porque el conocimiento de lo futuro está reservado á la Divinidad.

Los griegos y latinos, y principalmente sus vates, nos refieren con gala y en versos armoniosos los prodigios mágicos de Medea, de Circe, de Canidia; nos hablan en tono misterioso y enfático de los oráculos de la Pitia de Delfos, del oráculo de Dodona, del de Anfirao y de la gruta de Trofonio, que vaticinaba lo futuro durante el sueño á los que iban á consultarle. Pero las supersticiones mágicas no infiltraron el fatalismo oriental en las repúblicas helénicas, ni entorpecieron la marcha del progreso social en la antigua Roma, porque el carácter griego y aun más el romano, naturalmente indomables á todo yugo, produjeron el saludable efecto de que sus varones más eminentes, sus capitanes ilustres, sus gobernantes, sus filósofos, en vez de venerar con ciega superstición las sentencias de los oráculos embusteros, se sirvieron de ellos como instrumentos á propósito para realizar sus miras políticas, sus deseos, sus aspiraciones ambiciosas: y Ciceron no titubeó en escribir que le causaba mucha maravilla que dos augures, que pretendian adivinar lo futuro por el vuelo de las aves y las entrañas palpitantes de las víctimas, podian mirarse á la cara sin prorumpir en grandes carcajadas.

Pero el arte mágico, que fué siempre un objeto de terror y espanto para los espíritus débiles, crédulos é ignorantes; las supersticiones mágicas, que embrute-

cen al pueblo; y todas las ciencias ocultas, que fueron siempre un objeto de escarnio para los sábios, tomaron asiento con desfachatez impía en el santuario de las ciencias metafísicas, en el primero y segundo siglo de nuestra era, mediante los delirios de los neoplatónicos de Alejandría, que se propusieron abatir el cristianismo y levantar del precipicio, en que se habia abismado, la antigua idolatría. Estos filósofos, que convirtieron la metafísica en mágia, hermanando los ensueños de Platon con los de Pitágoras, y de los gimnosofistas del Oriente, se daban por intérpretes de los dioses; se jactaban de adivinar lo futuro; decian que el hombre puede comunicar con la Divinidad por espíritus intermedios, y evocaban tambien á los muertos, ejercitándose en la nigromancia. Estos filósofos, en fin, cuyos jefes fueron Porfirio, Jamblico y Plotino, decian que Apolonio de Tiana se habia trasformado en serpiente; que habia resucitado á los muertos; que se le habia visto en un mismo dia y á una misma hora en dos países distintos; y que todos los milagros de nuestro Redentor no tenian nada de estraordinario ni eran nuevos, porque otros prodigios de la misma nataraleza los habian precedido. Esta filosofia tenebrosa se disipó paulatinamente por obra del cristianismo, como la niebla al aparecer el gran planeta, que alumbró el firmamento; y los doctores de la Iglesia primitiva redujeron á polvo los asertos y sofismas, tan ridículos como impíos, de los neoplatónicos, cuyas creencias supersticiosas y alucinaciones debian reproducirse para baldon de la humanidad en nuestro siglo.

En la Edad media se dió tambien crédito al arte mágico, y nuestros padres juzgaron una realidad la existencia de los magos, de los brujos, de los hechiceros, de los adivinos y de las supersticiones astrológicas. Entonces algunos sábios eminentes, como Rogerio Bacon en Inglaterra, el marqués de Villena en España, Alberto el Grande, y más adelante Cornelio Agripa, entre los alemanes, y el ilustre pontífice Silvestre II, fueron todos calificados de magos, tan solo porque, dotados de talento superior y conocimientos profundos, descubrieron grandes verdades y echaron los cimientos de la filosofía espermental y de las matemáticas. Fué entonces cuando se inventó un crecido número de prodigios mágicos, y de leyendas extravagantes por sus excentricidades, en Europa, y principalmente en Alemania, cuyo cielo nebuloso es muy propio para exaltar la fantasía, como nos lo demuestra la leyenda del doctor Fausto, á quien ya conocen nuestros lectores, immortalizado por la docta pluma de Goëte. La leyenda nos representa á este supuesto nigromante como un hombre extraordinario, que despues de haber contraído un pacto esplicito con el demonio para que le concediera, por espacio de muchos años, satisfacer todos sus antojos más lúbricos é infames, fué llevado últimamente á la mansion eterna de los llantos y de los dolores. Fué entonces cuando se forjaron apariciones, profecías falaces, y hasta supuestos milagros, profanando el nombre de varones santísimos, y dotados de virtudes angelicales. Pero en los primeros años del siglo xvii, todas las supersticiones mágicas que habian

recorrido el gran círculo de los desvaríos humanos, perdieron todo su vigor, porque las luces que esparcían las ciencias, y que iban adquiriendo fuerza y energía, disipaban las tinieblas de la ignorancia y encaminaban á los hombres por la senda de la observación y de la crítica, intérpretes fieles de los fenómenos naturales. Con efecto, sabemos que el famoso fray Paulo Sarpi, cuyo solo nombre es una de las glorias imperecederas de Italia, desenmascaró en Mántua, de un modo muy chistoso, los vaticinios embusteros de un astrólogo que gozaba de gran fama. Fray Paulo le dijo: «Eche Vd. su horóscopo, y vaticine la suerte que »está reservada al ser viviente que ha nacido esta noche en el recinto del palacio ducal.» El astrólogo echó el horóscopo, y luego, en tono enfático, pronunció estas palabras: «Será un *gran condottiere* (capitan de »ejército). Fray Paulo contestó: «Esto no es cierto, »porque el ser viviente que ha nacido es un borrico, y »ninguno de su familia puede aspirar al honor de ser »*condottiere*.» ¿Quién ignora las tradiciones supersticiosas y nefandas que repetían nuestros padres acerca del *sábado*, que celebraba á media noche una multitud de brujos y hechiceros bajo los nogales de Benevento, en donde creían adorar al demonio, que se les aparecía en forma de cabron?—Y sin embargo, sabemos por las crónicas longobardas, que estas tradiciones tuvieron origen de un hecho muy sencillo. Los longobardos, que llevaron á Italia sus supersticiones, declararon sagrados muchos árboles y fuentes, y se reunían todos los sábados por la noche, con linternas encendidas, bajo

los nogales de Benevento. Esto bastó para que el pueblo ignorante les calificára de brujos, que adoraban al demonio el último día de la semana. En Holanda, hasta fines del siglo xvii, se ejecutaba á los reos fuera de la ciudad, y se les dejaba colgados de la horca por espacio de dos días. Baltasar Bekker, en su obra titulada *El Mundo encantado*, nos refiere que, pasando algunos rústicos por un campo solitario, en donde había un ahorcado, y habiendo mugido débilmente á lo lejos una vaca, que pastaba, aquellos hombres supersticiosos se echaron á correr persuadidos de que el muerto había hablado; y al cabo de pocos días en muchos pueblos y aldeas de Holanda se dijo que las almas de los ajusticiados lamentaban su destino.

Podríamos ahora referir en estas páginas las víctimas innumerables que fueron entregadas á las llamas devoradoras, ó perecieron en medio de suplicios atroces, como magos y hechiceros, por la crueldad é ignorancia de sus jueces, que supusieron reales y verdaderas brujerías, las alucinaciones de estos infelices, que decían haber volado por los aires ó haberse convertido en lagartos, subiendo por los muros hasta lo alto de los tejados; pero nosotros, que no queremos ofender la memoria de nuestros antepasados, sepultamos en el silencio y el olvido todo el relato de hechos tan horrendos y lastimosos, juzgando más útil apuntar lo que sigue. No es un misterio hoy, que hay bebidas narcóticas y unturas venenosas, que producen sueños fantásticos, y persuaden á los supersticiosos de haber volado por los aires, ó de haberse convertido en animales sin perder la fuerza de

su propia inteligencia; de aquí trajeron origen las supuestas trasformaciones por obra del demonio, y luego los rigores y suplicios crueles contra una multitud de infelices que, víctimas de su supersticion, merecian más bien ser encerrados en una casa de orates, que ser conducidos al cadalso. Entre los pueblos bárbaros del Africa, y en muchos del Asia, los magos y hechiceros componen sus filtros con yerbas narcóticas, que producen visiones falaces y espantosas, atribuidas supersticiosamente á fenómenos extraordinarios, y al poder oculto de los espíritus malignos; y por el contrario otras bebidas, y los granos del ópio, tomados en dosis muy diminutas, concilian un sueño suave y blando, y presentan á la imaginacion escenas voluptuosas, como jardines amenos, fuentes y rios limpios y cristalinos, poblados de ninfas, palacios y quintas, en donde parecen tener los dioses su morada celeste.

Eusebio Salverte, que somete á un exámen critico y erudito todo lo que nos refieren de más sobrenatural los escritores antiguos y modernos sobre los supuestos prodigios de la mágia, sortilegios, evocacion de los espíritus, y otras creencias tenebrosas, nos dá á conocer que debemos atribuir su origen á la impostura y á las alucinaciones, propias de una mente exaltada, y que pueden esplicarse con mucha sencillez, si en vez de atendernos únicamente á los asertos más vulgares, nos proponemos averiguar el tiempo, la hora, los parajes, el carácter de las personas, y todas las demás circunstancias inseparables del fenómeno, calificado de extraordinario, y cuya realidad se supone efecto del

poder oculto de espíritus invisibles ó la obra maligna de algun nigromante. Lo que nos dice este autor, con refinado juicio, se nos presenta con más visos de verdad aun, si no queremos perder de vista, que todos los fenómenos extraordinarios, apariciones, sueños misteriosos, vaticinios, que se atribuyen á este ó á otro individuo, se conforman siempre con las supersticiones y creencias arraigadas en el pueblo á que pertenece.

Los paganos de la antigüedad creyeron repetidas veces, en sus alucinaciones, ver á Júpiter, á Apolo, á Diana, que les revelaban lo futuro; y referian haber visto al padre de los dioses con los rayos en sus manos, á Apolo con una corona de laurel, tocando la lira, y á Diana vestida de cazadora. Los negros del Congo, cuando evocan en sus encantamientos al demonio, aseguran que se les ha aparecido en la forma de hombre blanco, porque creen que este color, propio de los europeos, es repugnante y contrario á las ideas de hermosura, que suponen existir en los de su raza. Leemos en los historiadores primitivos del descubrimiento de América, que aquellos pueblos sumidos en la idolatría más atroz y grosera, y familiarizados con los sacrificios humanos, soñaban siempre con escenas sangrientas; y sus sacerdotes y adivinos profetizaban á cada paso guerras, carnicería y destruccion. En la Edad media, intentando algunos impostores impíos deslucir la pureza y santidad del cristianismo, decian haber visto espantosas apariciones de demonios vestidos de frailes; y forjando supuestos prodigios llegaron tambien á profanar los misterios más augustos de nuestra religion santísima,

empleando palabras de la sagrada escritura para evocar á los espíritus.

Hoy todo el atavío terrible de estas supersticiones ha desaparecido ; hoy no se nos retratan ya aquellas figuras fantásticas de los antiguos magos, ceñudos, con una barba muy poblada y canosa, cubiertos de un traje todo negro, y con una vara en la mano, á la que se atribuía la virtud de hacer salir de la tierra falanges de espíritus diabólicos, hoy leemos con cierta sonrisa de indignacion la demonografía de Bodino, y las disquisiciones mágicas de Martin del Rio; pero algunos escritores fanáticos, y embusteros astutos de nuestra época, pretenden resucitar la evocacion de los espíritus, el arte adivinatorio y todas las tenebrosidades de las ciencias ocultas, echando mano del magnetismo animal, y suponiendo haber descubierto que este fluido, cuyas virtudes, á su entender, fueron ignoradas hasta la última mitad del siglo pasado, puede obrar prodigios que salen de la esfera del mundo visible ; y sin embargo, el relato de muchos de los fenómenos extraordinarios que se atribuyen al magnetismo animal, algunos falsos y otros exagerados, los encontramos en libros de fechas muy anteriores á la nuestra.

Dejando de meternos en honduras eruditas con Aubin-Gauthier, para investigar si los antiguos egipcios obraban en la celebracion de sus misterios ocultos portentosos maravillosos, mediante el magnetismo; si la Pitia de Delfos pronunciaba sus vaticinios, animada por una fuerza magnética; si otros oráculos de la antigüedad profetizaban por medio del sonambulismo; y si el demo-

nio de Sócrates no era más que el efecto de una exalta-
 cion magnética, nos contentamos con decir, que en la
 primera mitad del siglo xvi, se publicó en Francia un
 libro, que habrán visto tal vez algunos de los lectores,
 titulado *La Baguette adivinatoire* (la vara adivinato-
 ria); en esta obra, hoy casi olvidada, se anuncia resuel-
 tamente el descubrimiento de una vara, que indicaba
 al que la tuviese en la mano, los lugares en que habia
 tesoros ocultos, los en que se habian depositado obje-
 tos robados, el camino por donde habian huido los
 ladrones, y otros hechos peregrinos y portentosos, que
 se consideran hoy como efectos de una fuerza magné-
 tica. El célebre jesuita aleman Kircher, en su obra
 titulada *Magneticum regnum* (reino magnético), pre-
 tende que todas las criaturas vivientes, los vegetales y
 los minerales, tienen una fuerza magnética, inherente
 á su propia naturaleza, que mediante las fuerzas ocultas
 del magnetismo se pueden explicar los fenómenos que
 se suponen generalmente sobrenaturales, y que el fluido
 magnético, aplicado á la medicina, puede curar las en-
 fermedades más peligrosas. Sin embargo, estos libros
 anteriores á Mesmer, y á su supuesto descubrimiento
 del magnetismo aplicado á la medicina, hoy se han
 quedado sepultados en el olvido; y á pesar de que los
 hechos prodigiosos, referidos por el autor de *La Baguette*
adivinatoire, y las teorías de Kircher sobre el magne-
 tismo, han sido calificados muchas veces de ensueños y
 delirios, hoy se quiere, no solo renovarlos sino darles
 más amplitud, afirmarlos como infalibles, y pasando de
 aserto en aserto y de consecuencia en consecuencia,

algunos escritores modernos, y principalmente Eliphas Lévi, han acabado por elevar á ciencia los desvarios más absurdos del arte mágico, segun manifestaremos al fin de esta disertacion.

La electricidad, el fluido galvánico y el magnetismo animal, están colocados á un mismo nivel. Los tres sirven de gran recurso á la medicina; los tres producen efectos extraordinarios; los tres dan la explicacion de muchos fenómenos, que en otra época se atribuyeron á obra del demonio; pero es un desvario muy lastimoso suponer que el magnetismo animal nos suministra la clave de todas las ciencias ocultas, y que los magnetizados pueden adquirir un espíritu profético, mediante el sonambulismo, que les traslada á las regiones de un mundo invisible, cuyas puertas están cerradas á la inteligencia comun. Nosotros no negamos que los magnetizados lleguen alguna vez á obtener una segunda vision, y á penetrar verdades dificiles; pero es de notar que hechos semejantes aislados é inconexos no alteran las leyes que rigen al mundo; y á pesar de que nos revelan que la naturaleza tiene sus misterios, no se diferencian de otros, que están sin embargo muy lejos de causarnos maravilla, porque nos hemos familiarizado con ellos, y los vemos repetidos á cada paso. ¿Cómo podemos explicar el fenómeno de que hay hombres que improvisan espontáneamente versos, que no pueden producir todos los esfuerzos del arte, y que ellos mismos ignoran la fuerza prodigiosa de su númen? El padre de Ovidio queria que su hijo fuese orador en Roma y no poeta, y viendo que se obstinaba en ser alumno de las

Musas, un día le riñó ágríamente; Ovidio le prometió entre lágrimas y sollozos dedicarse al foro; pero expresaba en versos armoniosos sus promesas y su arrepentimiento sin que él mismo lo conociera. El célebre jurisconsulto Gravina, autor de la obra inmortal. «*De origine juris*» (Origen del derecho), estando en Roma asomado, en una noche serena de verano, á la ventana de su gabinete, oyó á un muchacho que, recorriendo la calle, entonaba canciones melodiosas, dignas de los vates más primorosos de Italia; sorprendido de aquel fenómeno, le llamó, y le dijo que subiera á su casa, porque tenia que comunicarle cosas que le interesaban: subió, y Gravina le preguntó: «¿Quién te ha enseñado esas canciones?—¿De qué canciones me habla V. ?—De esas que vas cantando en versos tan armoniosos.—Señor, nadie: ni yo sé lo que son versos, y canto lo que espontáneamente me ocurre.» Aquel muchacho era Pedro Trapasso, que hoy conocemos con el nombre tan ilustre de Metastasio; y sus palabras que revelaban un prodigio de la naturaleza, entusiasmaron á Gravina que, aficionado á las letras y á la poesía, se propuso educar á Metastasio en su misma casa, proporcionándole todos los medios que se necesitan para los estudios de la amena literatura, y legó á la posteridad como don inapreciable un vate, cuya fama no será menos duradera que el mundo.

Un día se presentaron en Roma al cardenal Mezzofante dos vizcainos, y sabiendo que aquel príncipe de la Iglesia conocia entre lenguas y dialectos, ochenta idiomas, le hablaron en vascuence. Mezzofante se detuvo, y

dijo: «No conozco esta lengua, pero repítanme Vds. las »palabras que acaban de pronunciar:» las repitieron, y Mezzofante trabó con ellos una larga conversacion en el vascuence, que no habia aprendido jamás, inspirado por una fuerza de genio inconcebible, que tenia mucho de sobrenatural. Todos los españoles han presenciado en Mangiameli el fenómeno extraordinario de un niño que resolvía de improviso los problemas más difíciles de la aritmética y del álgebra sin haber aprendido ni siquiera los rudimentos de las primeras letras.

Todos estos prodigios, y otros muchos, que dejamos de apuntar, por amor á la brevedad ¿no pueden colocarse al mismo nivel que los tantos fenómenos que se atribuyen á la fuerza magnética? Pero, así los primeros como los segundos, naturalmente inesplicables, no pueden sujetarse á reglas infalibles; y así como seria una locura suponer que las haya para que todos lleguen á adquirir la inspiracion y el númen de Ovidio y Metastasio, ó de Mezzofante y Mangiameli, no lo seria menos suponer que los fenómenos magnéticos, y la que se llama segunda vision, puedan suministrarnos reglas fijas para penetrar en todos los misterios de la naturaleza, para curar todas las enfermedades más peligrosas, para adivinar los secretos que un individuo oculta en su pecho, y para espiritualizarnos hasta el punto de desprendernos del mundo material en que vivimos, poniéndonos en comunicacion con seres invisibles y de una naturaleza muy distinta de la nuestra.

Pero me parece oír zumbar á mis oídos las voces de algunos, que llevados de su fanatismo por los supuestos

prodigios magnéticos, esclaman: «¿Y cómo pueden negarse las mesas giratorias y los espíritus fluidos, que ante una multitud de espectadores han escrito con mano invisible, revelando grandes secretos de la naturaleza y hechos ocultos á este mundo en que habitamos?» Para contestar á esos hombres diremos, que habiendo hablado sobre el particular con muchos americanos del Norte, en donde se supone que comenzaron á realizarse cosas tan extraordinarias, todos nos han dicho terminantemente: «Se nos han referido estos fenómenos sobrenaturales, pero no los hemos visto.» Esto nos demuestra que las mesas giratorias y los espíritus fluidos podemos compararlos hasta cierto punto al fénix, de cuya existencia, muerte y renacimiento de sus propias cenizas nos hablan todos los escritores de la antigüedad, ateniéndose al relato ajeno. Sin embargo, la sana crítica y la esperiencia han desmentido estas fábulas, y el docto Dupuis, autor del *Orígen de todos los cultos*, ha probado casi hasta la evidencia que el fénix no fué más que la alegoría de una constelacion celeste. Pero, aun cuando se nos presenten hombres, que afirmen haber visto con sus ojos esas mesas, y oído las voces de esos espíritus fluidos, ó examinado su escritura, no puede merecer crédito su aserto, si queremos acordarnos de los vampiros, cuya supuesta existencia hizo mucho ruido á principios del siglo xvii en Polonia, Hungría, Silesia, Austria, Moravia, Inglaterra y Lorena. Tenemos todavía en algunos archivos de la Alemania documentos fehacientes en los que muchos varones ilustres y prelados muy sábios nos aseguran haber visto á los

vampiros y presenciado los daños que causaban. En estos documentos se dice que los cadáveres de los magos, y de otros que habian muerto impenitentes, se convertian en vampiros, á saber, en espíritus invisibles, que se introducian por las noches en los aposentos de las casas, que chupaban la sangre á los vivos durante el sueño, y que luego volvian á su eterna morada. En tanto las víctimas de estos espíritus réprobos y supuestos magos iban pereciendo poco á poco, y los malignos vampiros se mantenian en sus tumbas frescos, lozanos y de un color sonrosado por efecto de la sangre con que se alimentaban. Esta alucinacion tomó raíces tan hondas, que el docto Dom Calmet se ilusionó hasta el extremo de escribir formalmente una obra, atestada de erudicion, y muy conocida en el orbe literario, sobre «las apariciones, los espíritus y los vampiros.» Hoy el que creyera en cosas semejantes haria asomar la risa en los labios de los hombres sensatos, y andando el tiempo sucederá lo propio respecto de las mesas giratorias y de los espíritus fluidos, que han comenzado á caer ya, si no en el olvido, en el descrédito. Cuando estuvo Cubi en esta córte, un sinnúmero de hombres preocupados, no contentándose con creer que la sonámbula de aquel magnetizador profetizaba, dijeron que durmiendo veía por la punta de los dedos. Este supuesto prodigio, aun cuando hubiese sido real y verdadero, no podria causarnos maravilla, porque vemos diariamente á muchos que hablan por los codos y piensan con los talones.

En esta época estamos todos muy persuadidos de que

el conde Cagliostro y Saint-Germain, muy ejercitados en los secretos de la prestidigitacion y de la fantasmagoría, ilusionaron á sus contemporáneos en términos, que muchos entre ellos creyeron, que habian visto muertos resucitados, y hombres que estaban á millares de leguas de distancia. Hoy son pocos los que ignoran en Italia que el gran prestidigitador Pinotti hizo que viese en el fondo de un teatro Fernando I, rey de Nápoles y abuelo de Fernando II, al célebre Tanucci, que habia bajado al sepulcro hacia muchos años; y sin embargo, olvidando ó fingiendo desconocer nuestros contemporáneos toda la série de estos hechos, que no tuvieron nada de sobrenatural; fingiendo ignorar que los iluminados de Baviera y otros reinos de la Alemania engañaban á los recipiendarios con prodigios parecidos, y que luego su jefe, Adan Weishaupt, atónito de que lo creyeran todo, exclamaba: «¿y qué no creerán los »hombres?» pretenden ahora presentarnos como un prodigio extraordinario, y como un producto de los nuevos descubrimientos en las ciencias ocultas, en el magnetismo animal, y hasta en la magia, la persona del americano Home, que no hace más que repetir, en mayor ó menor escala, lo que hicieron ya sus predecesores.

Nosotros no negamos que el magnetismo animal y la electricidad contribuirán cada vez más á dar impulso á las ciencias naturales, y que está reservado á los venideros hacer grandes y nuevos descubrimientos mediante estos dos agentes de la naturaleza; pero es mucha locura suponer que puedan lanzarnos á un mundo

invisible, alterando la marcha normal de la vida del hombre y de los acontecimientos humanos, y es más locura aun creer que llegarán á abrir las puertas del arte mágico. La Eterna Sabiduría no puede permitir que se desquicien sus leyes, que mantienen el equilibrio del universo, ni permitirá jamás que sus criaturas se vean convertidas en juguete de un magnetizador ó de un mago, para que destronque á su antojo nuestro libre albedrío, que no conoce límites.

Créase, si se quiere, que el magnetismo animal pueda dar á los sonámbulos una segunda vision, más pronunciada y espiritual que la ordinaria, y que entonces el hombre pueda tener algun fuerte presentimiento de lo venidero; pero estos casos excepcionales no pueden sujetarse á reglas, ni serán siempre infalibles; y por lo demás ¿no tenemos en la historia, sin acudir á los prodigios magnéticos, casos semejantes muy averiguados é inesplicables? El profundo escritor inglés Addisson en su *Spectator*, al hablarnos de la muerte de César, nos dice, que si queremos atenernos á lo que nos refieren los escritores contemporáneos de aquel gran dictador, no podemos negar de ninguna manera que una voz misteriosa le anunció la muerte funesta que le esperaba, y que todo se realizó al pié de la letra. La Harpe nos refiere, como testigo ocular, que Cazotte profetizó los estragos de la revolucion francesa de 1789, siete años antes de suceder. ¿Cómo esplicaremos hechos semejantes?—Serán siempre un misterio para los mortales. Pero es indudable que ni la muerte de Cesar, ni la revolucion francesa, alteraron la marcha normal de la humanidad.

Esto ha sucedido hasta hoy con el magnetismo animal y sus prodigios, y esto sucederá siempre. No vacilamos, pues, en deplorar la suerte de algunos espíritus extraviados, que pretenden elevar el arte mágico á la categoría de ciencia, como lo ha hecho últimamente en Francia Luis Constant, bajo el pseudónimo de Eliphaz Lévi, en su obra titulada «Dogme et rituel de la Haute Magie.»—París, 1856. Figuran en este *trabajo original* la clavícula de Salomon, obra apócrifa, como está probado hasta la evidencia; los fragmentos de Mercurio Trimegisto, que segun todas las probabilidades no han existido jamás; la vida de Apolonio, escrita por Filostrato, á fin de proporcionar un rato divertido á Julia, mujer del emperador Septimio Severo; los escritos de Paracelso sobre la alquimia y la magia; los delirios del Talmud, y otras muchas obras que tratan de la cábala; *documentos todos preciosos y estupendos por su mucha autoridad*. Uno de los rasgos más característicos de la obra de Eliphaz Lévi, es el siguiente: «César fué asesinado porque se ruborizaba de su calva; Napoleon murió en Santa Elena porque apreciaba las poesías de Osian, y Luis Felipe debia perder el trono, como efectivamente lo perdió, porque tenia un paraguas (tomo I. pág. 152.)» Este autor, *más célebre tal vez que todos los magos, que se supone haber existido ó que puedan existir*, despues de haber dado varias fórmulas de evocaciones muy estrañas, dice lo siguiente: «Sin embargo, aconsejo á los que quieran iniciarse en los secretos de la alta magia, que se abstengan de semejantes evocaciones, si no quieren esponer-

»se á una muerte repentina, como la han sufrido muchos, y como yo mismo estuve á punto de perder la vida, cuando evoqué la sombra de Apolonio Tianeó.» Eliphás Lévi pretende, por lo visto, que sus lectores crean ciegamente en la realidad de lo que ha escrito, para no incurrir en el riesgo inevitable de ser desmentido. No queremos pasar en silencio, por último, que en cada uno de los dos tomos, de que se compone su obra, hay dos láminas muy particulares; la del primero representa una especie de triángulo con la cabeza de un viejo terrible, y muy parecido, por su largo birrete y por su barba canosa, á uno de esos magos antiguos, que nos han descrito varios demonógrafos; y la del segundo representa á un demonio de formas espantosas, y con dos cuernos muy parecidos á los de una cabra. Nosotros creemos que Eliphás Lévi se propuso representar en la cabeza del viejo á su Mercurio Trimegisto, y en la del demonio á sí mismo.

Todos estos delirios, que excitan indignacion, y que merecen más bien escarnio que ser sometidos á un exámen crítico bien entendido y sensato, y los muchos fenómenos extraordinarios que se pretenden atribuir, con repugnante exageracion, al magnetismo animal, han retraido en este último ventenio de la buena senda científica á hombres de un mérito distinguido; y en vez de dar á los estudios filosóficos una aplicacion práctica, para que cooperen al progreso de la civilizacion y á la reforma de los abusos, los han convertido en un misticismo ridículo, tenebroso y atestado de supersticiones tan lastimosas como viles.

Los que quieran adivinar lo futuro, sin desasosiego de su paz interior y con satisfaccion de su propia conciencia, que practiquen, en vez de echar mano de las ciencias ocultas, todas las virtudes sociales y domésticas. Si son padres de familia, que eduquen bien á sus hijos, que ejerzan su superioridad como amigos y no como tiranos, que les proporcionen los medios de una instruccion sólida, que les den ejemplos de costumbres puras, y entonces ya pueden adivinar de antemano que esos seres, á quienes han dado la existencia, serán el ídolo de su patria y los bienhechores de sus semejantes. Si su posicion social les ha colocado en elevados destinos, que no echen jamás en olvido que todo interés privado y personal debe sacrificarse al bien comun; y el que así lo hiciere podrá adivinar de antemano que los venideros bendecirán eternamente su memoria, aun cuando no muera bajo dorado techo, porque es siempre dichoso el fin del que deja el mundo sin remordimientos y con la idea consoladora de haber practicado la virtud. Dirigiendo ahora nuestras miradas al bello sexo, que nos inspira respeto y veneracion cuando todos sus actos reflejan modestia y pudor, decimos á las madres de familia, que cooperen con sus amados cónyuges á inocular en el pecho de sus tiernos vástagos, y principalmente en el de sus hijas, sentimientos religiosos y puros para que hagan lo propio cuando lleguen á ser esposas y madres. Estos son los únicos medios de adivinar lo futuro en abono de nosotros mismos, de nuestros allegados y de todos nuestros semejantes; estos son los verdaderos prodigios que la

Providencia ha puesto en las manos del hombre; esta es la verdadera mágia, que en vez de evocar á los espíritus invisibles convierte al hombre en angel de salvacion; esta es la verdadera fuerza magnética que nos atrae los corazones de todos nuestros hermanos, y que nos proporciona la segunda vision de una grande inteligencia en el terreno práctico.

DISERTACION

SOBRE LA NOBLEZA Y LAS SUBLIMES DOTES DEL BELLO SEXO.

I.

Escritores muy eminentes han entretejido guirnaldas de laurel y mirto á las mujeres, y han demostrado con selecta erudicion, engalanada de todas las flores de la elocuencia, la nobleza del bello sexo, colocando en primer término á una multitud de mujeres, que han sobresalido por sus virtudes sociales, por su literatura y hasta por su valor. El ilustre italiano, Boccaccio, fué uno de los primeros, entre los sábios de la Edad media, que dió realce al bello sexo con su elegante plu-

ma. Otro escritor aleman, Cornelio Agripa, cuyo nombre conocen nuestros lectores, y á quien sus contemporáneos calificaron de hechicero, porque su elevado ingenio y sus conocimientos profundos le distinguian de todos los demás, escribió en el siglo xvi una obra erudita y curiosa sobre la nobleza del bello sexo, colocándole en un puesto muy preferente al del hombre. (Véase pág. 145.) En el siglo pasado, el célebre Thomás escribió tambien sobre el espíritu de las mujeres, y en nuestra época el bello sexo ha suministrado materia de trabajos muy profundos á una multitud de escritores, cuyos nombres dejamos de apuntar por amor á la brevedad. Nosotros, pues, aprovechándonos de todas las ideas, que han emitido sobre el particular tantos sábios preclaros, y añadiendo algo de nuestro propio fondo, vamos á tratar este mismo tema.

Todas las criaturas humanas, sin distincion de sexo, tienen un alma racional y formas corpóreas, que en su conjunto no se diferencian, es pues, un absurdo suponer que el bello sexo esté colocado en un puesto inferior al del hombre. Muchos escritores, sin embargo, creen que este último es esencialmente más noble por haber sido creado primero por la Divinidad: aserto fútil, infundado y hasta ridículo, porque sabemos que muchos brutos aparecieron en la tierra antes que el hombre, y sin embargo no ha ocurrido á nadie hasta ahora sostener que haya bestias irracionales, que venzan por su nobleza á la humana estirpe. El hombre se distingue por su fuerza, por sus facciones viriles, por la facilidad con que emprende trabajos árdulos y

espinosos; pero no se distingue por aquella belleza encantadora, por aquella delicadeza de afectos, por aquellos sentimientos de piedad, que son dotes inseparables del bello sexo. ¿No es un error lógico, por lo demás, suponer que el hombre sea un ser mucho más perfecto que la mujer, á quien debe principalmente su existencia? Si así fuese, nos veriamos obligados á convenir en que hay efectos más nobles y apreciables que sus causas, lo que tiene visos de inconsecuencia y absurdo.

Los vicios de que adolecen algunas mujeres han dado pábulo á la maledicencia de los hombres descontentadizos ó poco discretos, que han descargado las flechas emponzoñadas de una sátira amarga contra el bello sexo; pero estos *insignes varones* ¿por qué blasfeman contra las mujeres, que con mucha frecuencia se separan del buen camino por la malignidad de los hombres, que ponen en juego los artificios de la más vil seducción para que una mujer dé oído á sus insinuaciones, consejos ó deseos perversos? No esclamemos, pues, contra el bello sexo y sus desórdenes sin examinar primero á nosotros mismos, que somos muy á menudo la causa de sus graves culpas, ó de cierta ligereza que merece la desaprobacion de los hombres cuerdos. No olvidemos, además, que nuestra sociedad nota, con manifiesta injusticia, las faltas más pequeñas del bello sexo y disimula las de los hombres, aunque muy graves, y luego falla que á estos están permitidos aquella desenvoltura, aquella libertad, aquella franqueza, que se consideran en el bello sexo como indecorosas y

poco convenientes; diremos, por último, que nuestra sociedad brinda cada vez más á los hombres con sus adulaciones, y les ofrece nuevos motivos de vituperar al bello sexo, que se vé expuesto á la calumnia y á una censura exagerada sin defensas ni fuerzas bastantes para rechazar los asaltos de sus enemigos, porque si una mujer manifiesta con amargo y ágrío sentimiento su pesar y su ira contra los que la calumnian, todos los demás hombres la califican de señora poco comedida; y dicen que habla en defensa del bello sexo y de sí misma, con tanto ardor y frases violentas, porque fieros remordimientos agitan su alma.

Otros muchos, que pretenden blasonar de eruditos y de hombres discretos, y hasta respetuosos hácia el bello sexo, dicen: «Si es cierto que ambos sexos son iguales en nobleza, y que poseen, sin distincion ninguna, las mismas facultades físicas y morales ¿por qué Dios dijo que el hombre tendría un dominio de superioridad sobre la dulce compañera de su existencia? Este raciocinio, que parece á primera vista fundado en las palabras de la Sagrada Escritura, está muy lejos de probar la inferioridad del bello sexo, porque su justa interpretacion no es la de que Dios formó á la mujer para ser esclava del hombre, sino que quiso darnos á entender que pertenece á este último la defensa, la proteccion y el cuidado de la compañera que le dió para su consuelo y alegría. El hombre, pues, no es su señor, sino su sosten y apoyo, porque el bello sexo, destinado á cuidar con especialidad de la economía doméstica, de la educacion de los hijos en su pri-

mera infancia, y dotado de un carácter muy dócil y compasivo, no puede tener en sus manos ni los medios ni los recursos, ni la posibilidad de marchar tan resueltamente por el camino de la vida como el hombre, que tanto por su constitucion física, como por las ventajas que le ha prodigado el orden político de la sociedad, puede ejercer solo y con más plenitud todos sus derechos y sus funciones sociales.

Algunos, llevados de un mal entendido orgullo, dicen, á fin de probar que el bello sexo está colocado en un grado inferior al nuestro, que no se confian á las mujeres los cargos públicos de mayor entidad, y que éstas no van al foro para defender ó reivindicar los derechos de dos partes contendientes, ni ejercen el arte saludable de la medicina, ni las funciones del sacerdocio, ni capitanean los ejércitos ó las armadas. Todas estas razones, aunque parecen apoyarse en la esperiencia, son ridículas, fútiles é insubsistentes. Las mujeres no van al foro, ni ejercen la medicina, porque su modestia las prohíbe presentarse en las grandes concurrencias, y ejercer el desempeño de profesiones que espondrían á riesgos muy graves su pudor. Pero, á pesar de esto, ¿no tenemos ejemplos en la historia, que con rara y sublime excepcion nos prueban la mucha habilidad de las mujeres en el ejercicio de las profesiones, que se creen esclusivas del hombre? En Bolonia, noble ciudad de Italia, y famosa por su antigua universidad, ¿no dió lecciones de derecho civil con gran lucimiento la hija del juriseconsulto Irnerio? En Alejandria de Egipto, ¿no dió lecciones de filosofia, y no esplicó las doctri-

nas de la mas elevada metafisica una mujer, llamada Hipatia, que á pesar de ser pagana descolló, no tan solo por su sabiduría, sino tambien por su modestia? En la historia de la medicina, ¿no tenemos un crecido número de mujeres, que se han distinguido por sus profundos conocimientos en este ramo tan delicado de la humana sabiduría, y en otros muchos, como nos lo ha dejado escrito Ariosto, uno de los vates mas eminentes, cuya fama resuena en uno y otro hemisferio, y segun lo han confesado ilustres autores, que agenos de toda preocupacion han sabido apreciar las sublimes dotes del bello sexo? Vamos á insertar los elegantísimos versos del mismo Ariosto, traducidos al castellano con fidelidad y elegancia por Ieronymo de Urrea, poeta del siglo xvi, que se distinguió por la pureza de su lenguaje, y cuya ortografia no hemos querido variar por el profundo respeto que nos inspira su nombre:

Damas antiguas admirables cosas

Han hecho en musas y en armas celebradas,
Y de sus obras bellas gloriosas
Andan todas regiones alumbradas.

Arphalice y Camila son famosas
Porqu' eran en las armas muy usadas:
Corina y Sapho entre estas bien florecen
Ilustran para siempre y resplandecen.

Mujeres excelentes han venido
En cualquier arte que el ingenio apura.
Y quien habrá en historias bien leído
Verá su fama andar clara y no oscura.
Si el mundo un poco tiempo ha carecido,
No siempre el mal influxo veis que dura,

Y quizá esconden tanto sus honores ,
La envidia é ignorancia de escritores.

Bien me huelgo de ver agora en suma
Tanta virtud en dueñas y en donzellas ,
Que dar bien pueden obra á toda pluma
Porque en años futuros sepan de ellas.

.....

.....

Los últimos dos versos de este ilustre vate nos traen á la memoria el nombre de otras mujeres esclarecidas, que han descollado por su talento en tiempos muy recientes, y que dejaron un nombre imperecedero en la historia, como madama de Sevigné, que fué una respetable matrona, el modelo de las madres, y de quien tenemos una coleccion de cartas, que manifiestan viveza de ingenio, elegancia de estilo y una envidiable facilidad en espresar sus pensamientos cada vez mas delicados. ¿Quién ignora la vasta erudicion y los conocimientos profundos de madama Staël? ¿Quién ignora sus obras filosóficas sobre la Alemania; sus Reflexiones políticas sobre la revolucion francesa de 1789; sus dos novelas de distinto género, la *Corina* y la *Delfina*, entrambas dignas de las plumas mas eminentes de un verdadero genio? (1) Napoleon el Grande, á pesar de que

(1) Merece ocupar estas columnas la anécdota, que vamos á referir. En un gran convite diplomático, tenido en Londres, el príncipe de Talleyrand estaba sentado en medio de dos damas, la baronesa Staël y una princesa francesa. Conversando amistosamente los tres, se habló de los riesgos, que se corren con frecuencia en los largos viajes marítimos: la Staël dijo: «Esto es

fingia desconocer el mérito de esta mujer, dió pruebas manifiestas de que su elevado talento y su enemistad le daban motivos de recelo. Pero, ¿qué diremos ahora del ingenio peregrino de otra mujer, que floreció en los primeros años del presente siglo, y que supo colocarse en el escaso número de los astrónomos más distinguidos por algunos de sus descubrimientos? Esta mujer, que fijó sus miradas en la bóveda celeste y en la inmensidad del firmamento, porque le pareció tal vez, que el globo, que habitamos, ponía límites muy estrechos á los vuelos de su mente; esta mujer fué la hermana del célebre Herschell, y su inseparable compañera en todas las observaciones mas trascendentales de la astronomía. En los fastos literarios de España figuran tambien muchas mujeres ilustres por su talento y lo vasto de sus conocimientos; pero nosotros, en atencion á que los limites muy reducidos de una breve disertación nos obligan á pasar por alto los nombres de un crecido número de ellas, nos contentamos con apuntar los de las mas célebres en los anales de nuestra historia patria. Ana Cervaton, natural de Castilla, y dama de

cierto; pero si viajando los tres nos cogiera una gran tormenta, y próximos á naufragarnos, el señor príncipe pudiera salvar únicamente á una de nosotras dos ¿á quién daría la preferencia?—Tayllerand contestó: «Ah, señora, Vd. me hace esta pregunta porque sabe nadar.» Este chiste no deja de tener un tinte muy malicioso y picaresco, si no queremos perder de vista la circunstancia de que la Staël era muy fea, al paso que la princesa su compañera se distinguia por la delicadeza de sus formas encantadoras.

honor que fué de la reina Germana de Fox, segunda esposa de D. Fernando el Católico, fué muy docta y discreta, prendas que en la córte la adquirieron el nombre de singular. En las cartas de Lucio Marineo Siculo, escritas en latin á esta dama, pueden léerse en la misma lengua las respuestas que tuvo de Ana Cervaton por los años de 1512: su elegancia atestigua la mucha perfeccion con que la poseia. Antonia de la Cerda, mujer que fué del capitan Antonio Pereira, su primo, aprendió las lenguas latina, griega y siriaca, en las que hizo grandes progresos; se dedicó á una continua lectura de la historia sagrada y profana, y hubiera hecho mayores adelantos á no habérselo impedido la muerte en 4 de julio de 1686, contando 16 años de edad. Feliciano Enriquez de Guzman, natural de Sevilla, y dotada de clarísimo ingenio, se distinguió en gran manera entre las mujeres de su siglo, y nos ha dejado una tragi-comedia, titulada: *Los jardines y campos sábios, primera y segunda parte*, en Coimbra, 1624 y Lisboa, 1627.

Nada diremos de las mujeres ilustres, nuestras contemporáneas, tanto extranjeras como nacionales, porque corresponde á los sábios venideros fallar acerca de su mérito. Pero lo cierto es que las mujeres han ocupado en todas las épocas un puesto muy preferente por sus bellas dotes, y que se las ha comparado, con sobrada justicia, á cuanto de más hermoso nos ofrece la naturaleza, como se espresa en estos versos:

Comparadas

Son á las perlas preciadas,

Y margaritas preciosas,
 Y á las yerbas olorosas,
 En los jardines criadas,
 Y á las flores
 Adornadas de colores,
 Y al alba clara y serena,
 Y á la linda luna llena,
 Y al sol en sus resplandores,
 Y á los prados
 Floridos, y nunca hollados,
 Y al verano sin estío,
 Y al delicado rocío
 De los campos apartados;
 Y á las aves,
 Que con sus cantos suaves,
 Y sabrosas melodías,
 Hacen más dulces los días,
 Y las noches menos graves:
 Tales son,
 (Haciendo comparacion)
 Las mujeres de valor,
 De quien mana á Dios loor,
 Y al mundo consolacion.

Los que quieran admirar en todo su lustre y brillo las dotes sublimes del bello sexo, su valor, su generosidad, sus sentimientos profundamente religiosos, su heroica abnegacion, podrán leer la historia de las mujeres ilustres de la Sagrada Escritura, obra muy conocida entre nosotros, y que parece haber sido escrita para confusion de los perversos, que calumnian al bello sexo y á la religion. Los que quieran además formarse una idea de los afectos generosos y delicados de las mujeres, durante la época más terrible de la revolu-

cion francesa, que estalló en el año de 1789, podrán recorrer los versos elegantes y patéticos que nos ha dejado sobre el particular, Legouvé en su auréo libro, titulado: *El mérito de las mujeres*. En esta obra podrán observar los lectores los rasgos de un sublime heroísmo y de una ternura envidiables bajo todos conceptos.

En la historia de la Grecia moderna, que ha reivindicado con tanto arrojo su independencia, ¿no figura en primera línea una mujer llamada Bubolina, que peleó contra los tureos, y que vió caer muertos á su lado á dos de sus hijos sin manifestar turbacion ninguna y siguiendo el combate? Los que hayan recorrido la historia antigua, ¿ignoran tal vez que en la última destruccion de Cartago las mujeres pelearon al lado de los hombres con indecible valor, y que por último se arrojaron á las llamas para no caer en las manos de los enemigos? En los primitivos siglos de la Iglesia figuran tambien las mujeres en la gerarquía eclesiástica, como las diaconisas, que tenian el honroso oficio de bautizar á las de su sexo: y si las mujeres no han sido nunca llamadas á ejercer el sacerdocio, esto debemos atribuirlo, no á la inferioridad de su sexo, sino á la aparicion del Mesías, que se revistió de las mismas formas que tuvo Adán, porque fué la primera de las criaturas, y el que se dejó seducir y halagar con la idea perversa de un pecado horrendo contra el espreso mandato que habia recibido de la Divinidad.

Las mujeres, pues, no fueron condenadas por la naturaleza, como suponen sus calumniadores, á cuidar tan

solo de la economía doméstica, ni el Todopoderoso las destinó á ser esclavas del hombre, sino á ser sus compañeras y consoladoras en las aflicciones y amarguras de la vida. Pero los que pretenden á toda costa sostener con argumentos capciosos, que las mujeres ocupan un puesto inferior al del hombre, ¿no ven su opinion desmentida por uno de los hechos más palpitan-tes, si quieren reflexionar en que tanto las leyes humanas como las divinas han sancionado que pueden ejercer la regia autoridad tambien las mujeres, constituyéndose en señoras de pueblos enteros, y teniendo bajo su mando y dependencia á los hombres que desempeñan los cargos más espinosos y difíciles? Si esto es cierto, cómo puede suponerse que las mujeres, llamadas á empuñar el cetro y á ejercer una autoridad suprema en vastos reinos, son, sin embargo, naturalmente inferiores á los hombres? No queremos, además, pasar por alto en honor del bello sexo, que la historia de todas las épocas nos enseña que muchas de las mujeres que han ocupado el trono, se han manifestado en la politica más versadas y profundas que otros soberanos de su época, dando mucho lustre á su corona.

II.

La célebre Margarita de Waldemar en el siglo xiv de nuestra era, reunió bajo su mando la Dinamarca, la Suecia y la Noruega; gobernó con mucha sagacidad

política sus reinos y ha merecido ser llamada por su valor y grandeza la Semiramis del Norte. ¿Quién ignora que la España debió su antiguo esplendor y sus asombrosos descubrimientos en el otro hemisferio á Isabel la Católica, que bajó á la tumba cubierta de inmarcesibles laureles por haber contribuido sobre manera á la toma de Granada y á desplegar sobre sus torres el pendon de Castilla? ¡Cuánta diferencia medió entre la política vacilante de su esposo Fernando y la política resuelta, generosa y magnánima de Isabel, que supo hermanar todas las virtudes de una gran reina con las dotes más brillantes de la modestia y de un espíritu de piedad y religion que sirvió de noble ejemplo á sus contemporáneos, como nos lo atestigua la historia!

Nosotros estamos muy lejos de disculpar los vicios que afean el alma, y son testimonios de un corazon corrompido; pero á pesar de esto, nos vemos precisados á decir que Isabel de Inglaterra, aunque manchada de algunos vicios, se manifestó grande como reina, y colocó á los ingleses en un puesto muy distinguido, echando los cimientos de una de las primeras monarquías de la Europa moderna. El inmortal Sixto V, uno de los papas que han honrado más la tiara, mientras escomulgaba á Isabel por haberse separado del seno del catolicismo, se veia obligado á repetir con frecuencia, admirando su arte de gobernar; *¡Gran cabeza de princesa!* Cristina de Suecia merece ocupar un puesto preferente en estas columnas, no solo por haber renunciado á los errores impíos de Lutero y por haber bajado voluntariamente del trono, prefiriendo la tranquilidad de la vida

doméstica á las pompas soberanas, sino tambien por su sólida instruccion en las letras, por su amor á las bellas artes, y por haber sabido apreciar el mérito eminente de Descartes, cuya fama como filósofo se ha perpetuado en el mundo. ¿Quién ignora que Margarita, esposa del gran rey de Francia San Luis, se distinguió por sus excelsas virtudes; que ejerció mucha influencia en todos los negocios públicos; que acompañó al monarca su esposo en la célebre expedicion á la Tierra Santa; que manifestó un carácter varonil y un valor asombroso cuando Luis cayó prisionero; que fué la que impulsó á los cruzados á pelear y resistir en Damietta contra los infieles, y que disuadió á su esposo de abdicar el trono? Esta reina cuya grandeza de alma y bellas dotes, están depositadas en los anales de la historia, despues de haber muerto San Luis se retiró al cláustro para dar complemento á su vida ejemplar y virtuosa.

Las mujeres han influido en el gobierno de los grandes imperios, aun cuando el mundo y la barbarie las han condenado á quedar sepultadas en el recinto de edificios impúdicos, que ofrecen á la vista del filósofo y del cristiano el espectáculo miserable de una pomposa esclavitud, como nos dá un vivo testimonio de ello Roxelana, que fué esposa de Soliman el Magnífico, émullo y rival de Carlos V, en las glorias y empresas militares. Esta mujer influyó en muchas de las guerras y conquistas emprendidas por Soliman, y en la suerte del imperio otomano en aquella época. Roxelana dominó el corazon de aquel gran emperador hasta el punto de que le indujo á enlazarse con ella, aunque leyes invete-

radas prohibían á los Sultanes contraer matrimonios formales.

Pero si dirigimos nuestras miradas á la Edad media y á los siglos de la más lastimosa barbárie, ¿no se nos presentan las mujeres como campeones de una civilización nueva, y como regeneradoras de la sociedad moderna? Las justas, los torneos, las memorias confusas y fantásticas de la antigua caballería, ¿no dieron el primero y más poderoso impulso á una sociedad nueva, poniendo en juego aquella galantería, aquella delicadeza de afectos, aquel entusiasmo hácia el bello sexo, que comenaron á hermanar los corazones y á formar la familia europea en las concurrencias solemnes y pomposas, destinadas á celebrar la hermosura y las dotes espléndidas que acompañan á las mujeres? Nosotros leemos hoy con descuido y únicamente por vía de curiosidad, las leyendas y novelas antiguas, en las que figuran los caballeros andantes y sus amores, que tenían un tinte místico y casi divino, porque se contentaban con declararse protectores y adalides de las mujeres, sin aspirar á las recompensas indignas de los verdaderos héroes; pero el filósofo descubre en esas leyendas y novelas el fondo de una gran civilización, porque en donde hay pureza de afectos brotan virtudes celestiales, grandeza y amor de patria.

Cesaría

Sin ellas la policía,
Las galas y los arreos,
Y las justas y torneos
Supérfla cosa sería:

Los primores,
 Que nacen de los amores,
 Perderían su sabor,
 Despojándose el amor
 De sus honestos ardores,
 Y sus llamas.

Hay hombres que miran al mundo por el lado de sus miserias, y no para poner un correctivo á los vicios; no por el deseo de ver introducidas reformas útiles, sino para gozar en la depravacion de la humana estirpe; no para señalar á sus semejantes el verdadero camino de la virtud, sino para reirse con la hiel del sarcasmo cuando les ven al borde del precipicio. Esos hombres interpretan siempre en sentido siniestro todas las acciones humanas, y las consideran con maligna y repugnante superficialidad bajo el punto de vista más oscuro. Esos hombres infaman y calumnian á las mujeres, y nos repiten que ha reinado siempre en el mundo la perversidad y una gran disolucion de costumbres promovida principalmente por el bello sexo. Esos hombres nos pintan con el atavío de la sátira y del ridículo la Edad media; se rien de aquellos héroes que consagraban sus votos y el valor de su brazo á las mujeres, y creen que la Edad media fué la época clásica de los más ridículos desvaríos del entendimiento humano, en que se divinizó á las damas de un modo fantástico, como nos lo demuestran, á su entender, las leyendas y las novelas en que están consignadas las memorias de una época tan memorable. Pero los verdaderos sábios desmienten estos asertos aventurados, y la más clara y

brillante prueba de su falsedad nos la ofrecen los estudios profundos de los doctos y eruditos más eminentes de la Europa moderna sobre la Edad media, proponiéndose como fin rasgar el velo misterioso que la envuelve todavía en alguna oscuridad, y manifestar la mucha influencia que ha ejercido el bello sexo en abono del progreso y de la civilización en todas las épocas, y principalmente en la Edad media. Los que se proponen sostener lo contrario, que dirijan sus miradas á la sociedad raquítica del Oriente; allí verán á las mujeres envilecidas y colocadas al nivel de los brutos, pero verán también á los hombres rudos y revestidos de cierta ferocidad; verán á las mujeres consideradas como instrumentos de un brutal capricho, pero verán también á hombres que no tienen lazos de familia; verán á mujeres que procrean hijos, pero no verán el triunfo de la maternidad; verán por doquiera serrallos, pero no verán hogares domésticos; y la sociedad entera del Oriente parece cubierta de un manto fúnebre y de una tristeza profunda en que reflejan los rayos del astro alumbrador como sobre un cuerpo opaco. Si por el contrario fijamos nuestras miradas en la Europa, tomando por punto de partida la Edad media, veremos á todo el cuerpo social que va adquiriendo cada vez más fuerza y lozanía; veremos á una sociedad nueva, que se establece sobre las bases sólidas de la paternidad; veremos á las mujeres que son compañeras y no esclavas de sus esposos; veremos á nuevos seres que alegran los hogares domésticos y rodean con afecto y ternura á los autores de sus días; veremos á los dos sexos colocados

á un mismo nivel y á la civilizacion que medra y triunfa.

Pero las mujeres, que han dado formas elegantes á la sociedad europea; que nos inspiran afectos delicados; que alegran el seno de las familias, y que han contribuido sobremanera á la civilizacion moderna, han dado márgen tambien á las concepciones más tiernas y sublimes de los vates de todas las épocas, y con especialidad á las imágenes nuevas y seductoras de los vates de la Edad media, que, prodigando en versos armoniosos loores al bello sexo en las justas y en los torneos, inauguraron la época de la poesia provenzal, enriqueciéndola con aquella viveza de colores y metáforas encantadoras, que han dado origen, brillo y realce á la poesia de nuestras lenguas modernas, y á aquel tinte de pureza de afectos que se revela en los versos tiernos del poeta italiano Francisco Petrarca, que entretejió coronas de mirto y rosas á Laura. La poesia, que eleva la mente á regiones desconocidas, dando alas á nuestra fantasía, tiene en sí misma una fuerza civilizadora y algo de celestial que embellece á la humana naturaleza, como nos lo demuestra la tradicion histórico-fabulosa de todas las naciones, cuyos dioses y primeros legisladores han hablado en lenguaje poético para que los hombres aprendiesen con mayor facilidad los preceptos de la moral y de la religion, hermo세ándolos con imágenes halagüeñas y la dulzura tan propia de los metros poéticos. Si debemos, pues, al bello sexo tan delicadas inspiraciones, ¿no es cierto que le debemos tambien los principios de la civilizacion y del progreso

de nuestra sociedad? Sabemos muy bien que la poesía se ha separado con frecuencia del camino de la virtud; que ha servido de instrumento á la lascivia y á la disolucion de las costumbres; que ha revestido de imágenes seductoras el vicio, y que ha derramado tambien la hiel y la ironía sobre verdades augustas y santas; pero ¿de qué no se ha abusado en este mundo de corrupciones y miserias? La perversidad de los hombres ¿no ha derramado la fiera ponzoña en las fuentes más puras de todas las virtudes? Los abusos, pues, nada prueban ni oscurecen la verdad á los ojos del sábio, que contempla la esencia y naturaleza de las cosas para fallar sobre su bondad ó índole perversa.

Pero la poesía vulgar, hija primogénita de la provenzal, que celebró las valerosas hazañas de los héroes de la Edad media, y las novelas caballerescas, que nos pintan á aquellos ilustres campeones dotados de virtudes excelsas, y prontos á sacrificarlo todo en defensa del honor del bello sexo; declarándose sus adalides y esclavos ¿no echaron los cimientos de la moral y de la justicia, aunque los revistieron de un oropel fantástico que hoy provoca la risa de los hombres superficiales, porque lo miran todo al través de un falso prisma, que dá colores ridículos á los hechos heróicos, á las costumbres y á las creencias religiosas que se separan de nuestra civilizacion? Es de notar, sin embargo, que esos campeones que divinizaron al bello sexo, que sus hazañas, desfiguradas por tradiciones fantásticas y fabulosas, y que las poesías delicadas en loor de la hermosura y virtudes de las mujeres, contribuyeron á dar alas á

una filosofía social y á las verdades evangélicas, revelando prácticamente á los ojos del mundo que la sola emancipacion de la mujer podia reanimar una sociedad nueva, cuyos gérmenes fermentaban en el seno de la oscuridad en que se vió envuelta toda la Europa despues de la caida del imperio romano.

El bello sexo, pues, fué el primero que desgarró el tupido velo de la barbarie, y su poderosa influencia en las costumbres, en la moral y en las creencias religiosas, durante el largo período de la Edad media, inauguró la civilizacion moderna. ¿No fué el amor más puro y delicado el que inspiró á la musa patética y suave de los mejores poetas, como lo hemos apuntado ya? ¿no fué el amor el que inflamó el génio de Dante, y que le sirvió de guía cuando puso mano á su poema divino, inspirándole los versos tiernos y bañados de suave melancolía en que nos describe con colores inimitables su encuentro con Francisca de Rímini? El bello sexo se ha visto espuesto á la maledicencia, á la calumnia, al escarnio; se ha visto convertido en juguete de caprichos deshonestos; pero ha sabido triunfar con sus virtudes de todos sus enemigos. Cuando la mujer yace en vergonzosa esclavitud; cuando se la vé degradada y envilecida; cuando no disfruta de todos sus derechos; la sociedad se distingue por su aspecto triste y corrompido; la familia desaparece, y se apagan todas las delicias y el amor santo, que convierten los hogares domésticos en un jardín de flores celestiales.

La filosofía, las letras, las bellas artes se proponen como único objeto dirigir al hombre por el camino del

progreso, aclarando su razon, satisfaciendo sus necesidades, presentándole las cosas bajo el aspecto más útil, y perfeccionando su espíritu con el ejercicio de todas las virtudes, pero bajo la condicion de que la mujer sea su compañera indivisible desde la cuna hasta la tumba. Si nosotros, pues, envilecemos y despreciamos á este ser tan noble y necesario á nuestro bienestar, la filosofia, las letras y las bellas artes se quedarán incompletas en sus aplicaciones, confusos nuestros deseos, malsatisfechas nuestras necesidades: todos los objetos tomarán un aspecto triste y monótono, y nuestro espíritu se quedará imperfecto, porque el ejercicio de la virtud tiene sus aplicaciones á ambos sexos. Si los estudios filosóficos no se proponen ennoblecer al hombre, son perjudiciales ó inútiles; ¿pero podrán darle lustre y grandeza despreciando y degradando al bello sexo? ¿quebrantando ó debilitando los lazos tiernos y cariñosos, que nos unen con nuestras madres, con nuestras hermanas, con nuestras consortes? Las bellas letras nos enseñan á presentar nuestras ideas con gracia, con elegancia y con aquellos matices muy delicados, que dan á nuestros conceptos un brillante colorido y todo el atavío de una elevada inteligencia; pero ¿no se apagará la llama del genio, no se amortiguarán nuestras ideas, y no tomarán el aspecto de un repugnante sensualismo, si consideramos á las mujeres como un vil instrumento, consagrado á nuestros caprichos? El que envilece al bello sexo, envilece á su propia familia, y el que le mira sin veneracion ni respeto, desconoce la delicadeza de los afectos tiernos, que despojan á los hombres de su na-

tural rudeza, como nos lo demuestra la experiencia. Las bellas artes se proponen representarnos en mármol ó en tela los objetos naturales con aquella viveza de expresion que les aproxima más á la realidad, como lo observamos en la pintura y la escultura; ó se proponen, mediante la modulacion artificiosa de la voz, ó de instrumentos melódicos, manifestar con armonía encantadora los afectos del alma, como en la música; ó se proponen espresarlos con movimientos simétricos y acompasados, como en el baile, y con especialidad en la mímica. Todas las bellas artes, pues, se apoyan principalmente en la delicadeza, en la dulzura, en la suavidad y en el canto, que son las dotes más preferentes del bello sexo, y que forman un contraste delicioso, hermanándose con la fuerza y energía que expresa el hombre en todos sus actos. Así es, pues, que una estatua que nos represente á Júpiter sentado en su trono de marfil, cubierto con un manto de oro, y que empuña su cetro con mano robusta y frente airada, nos producirá una impresion más bella si le vemos colocado en medio de la orgullosa Juno y de la encantadora Venus. Las facciones de la primera serán magestuosas y graves, pero las formas propias de su sexo las atemperan; y las de la segunda, cuyas miradas suaves inspiran deleite, parecerán dulcificar la cólera del padre de los dioses. La música y el baile necesitan más delicadeza aun para adquirir gracia é importancia, y todos los encantos muy propios del bello sexo, porque la combinacion de las armonías y la ligereza acompasada de los movimientos exigen más variedad, y cierto tinte

halagüeño y flexible que la naturaleza no ha concedido á los hombres.

Todo lo que llevamos espuesto hasta ahora nos demuestra que las mujeres han ocupado en todas las épocas un lugar muy distinguido. Su férvida imaginacion, su natural despejo, su talento y sagacidad, su espíritu penetrante se nos presentan bajo todas las formas, y nos ponen de manifiesto que han influido muy directamente en la civilizacion del mundo. La poesía las debe sus más bellas inspiraciones; la guerra, prodigios de valor; la política, sus mayores progresos; el hogar doméstico, la virtud y la modestia; el linaje humano, el alivio de sus amarguras, el consuelo de sus pesares y la delicadeza de sus afectos.

Un escritor anónimo, pero muy juicioso y profundo en sus conceptos, nos dice, al hablarnos de las prendas que adornan al bello sexo, que para desmentir á sus calumniadores y tenerlo en merecido aprecio, nos basta reflexionar detenida y reposadamente en que el nombre de las virtudes más eminentes figura en todas las lenguas de la Europa moderna con el noble y lisonjero atavío del género femenino. Luego nos hace una reseña, no tan solo de las muchas virtudes que han dado realce al bello sexo, sino tambien de los buenos resultados y de las consecuencias cada vez más útiles y provechosas, que han producido en beneficio de la humana stirpe; y por último nos dice, que las mujeres han sobresalido siempre á los hombres por su mucha piedad y espíritu religioso.

Pues se sabe,
 Aunque no se las alabe,
 Ser tantas las excelentes,
 De pasadas, y presentes,
 Que no hay lengua que lo acabe
 De contar.

Cielos, y tierras, y mar
 Están poblados, y llenos
 De hechos santos, y buenos
 Que nos mandan pregonar
 Bien de ellas:
 Casadas, viudas, doncellas,
 Que al mundo con su grandeza
 Adornan de gentileza,
 Como al cielo las estrellas.

Siempre ha habido
 Por el círculo sabido
 De la tierra en derredor,
 Hembras, que con su valor
 Han el mundo esclarecido.

No hay historia
 Do no se haga memoria
 De algun caso señalado
 De mujeres, que han ganado
 Inmortal y digna gloria:

Por lo cual,
 El que para decir mal
 De mujeres tiene boca,
 En él queda, y en él toca,
 La vergüenza principal.

Sin mujeres
 Careciera de placeres
 Este mundo, y de alegría;
 Y fuera como sería
 La feria sin mercaderes:

Desabrida

Fuera sin ellas la vida,
 Un pueblo de confusion,
 Un cuerpo sin corazon,
 Un alma que anda perdida.

Su consuelo

Tan cierto, tan sin recelo
 En nuestras adversidades,
 Trabajos y enfermedades
 Tenemos en este suelo.

De ellas mana

Cuanto bien el hombre gana,
 Y ellas son la gloria de ello,
 La guarda, firmeza y sello
 De nuestra natura humana.

Y en paciencia

Sufren con gran obediencia
 Nuestras importunidades,
 Forzando sus voluntades
 Por no hacernos resistencia.

No hay señor

Tan grande, ni emperador,
 Que á mujeres no haya sido
 Inclinado, y sometido,
 Por gozar de su favor.

III.

Muchas y sublimes son las dotes que adornan al bello sexo, como queda consignado ya en estas páginas; pero los hombres, que afectan con disimulo y repugnante hipocresía costumbres severas, le culpan

muy á menudo de frívola ostentacion, de vanidad, de ligereza, y dicen que las mujeres no poseen mas ciencia ni mas talento que saberse engalanar, inventar modas y cuidar de su tocador. Nosotros hemos desmentido todas estas calumnias; pero no queremos ahora pasar por alto, á fin de poner de manifiesto aun mas la necedad insustancial de tantas y tan injustas acusaciones, que las formas delicadas y los encantos muy propios del bello sexo, que su carácter naturalmente flexible, que su hermosura exigen aquel aseo, aquellos adornos esmerados, aquellos elegantes atavíos, no muy convenientes tal vez á los hombres, que parecen destinados por la naturaleza á distinguirse por su valor, por su osadía y por cierta gravedad de carácter, que armoniza con sus formas robustas y con sus ordinarias ocupaciones, como lo cantó el antiguo vate Anacreonte, diciendo que la naturaleza dió á todos los seres vivientes dotes particulares, y á la mujer :

La hermosura
 La honesta compostura
 La bizarría y gala.

Decimos, pues, que van muy equivocados los que califican de mera vanidad la limpieza, el aseo y los adornos, que dan brillo al bello sexo: y para no creer que estas palabras las apuntamos á la ventura y tan solo para sostener nuestro aserto, vamos á trascribir lo que dice sobre el particular San Francisco de Sales, que por sus muchas virtudes cristianas ha merecido los honores de los altares: « En cuanto á la materia y á la

»forma de los vestidos, no se deben jamás perder de
 »vista la edad, las circunstancias y las compañías. En
 »los días festivos cada cual se adorna con más esmero;
 »en las bodas se llevan los vestidos más engalanados;
 »entre los príncipes hay mayor fausto; la mujer casada
 »puede y debe adornarse, condescendiendo con los de-
 »seos de su esposo; á las doncellas se las permiten más
 »atavíos, porque pueden desear atraerse honestamente
 »la atención y el agrado de los hombres. Tampoco se
 »deben calificar de vanas á las viudas que se adornan,
 »con ánimo de enlazarse nuevamente en matrimonio,
 »sin manchar su alma con deseos impuros. Los adornos
 »no ofenden la honestidad si el bello sexo conserva
 »siempre un exterior decente. La descompostura y el des-
 »aliño de los vestidos indisponen á cualquiera; mientras
 »que por el contrario, el aseo y los adornos que no rayan
 »en la inmodestia y en las locuras de una moda afectada,
 »son un indicio de respeto hácia los demás.» Las pala-
 bras de un varon tan ilustre por su santidad y doctrina,
 nos confirman en la opinion de que son necesarios los
 adornos y la elegancia exterior en el bello sexo, y que
 la verdadera decencia es muy distinta del lujo desen-
 frenado y de la vanidad. Dejémonos, pues, de conde-
 nar lo que exigen la sociedad y nuestra civilizacion, si
 no queremos ser culpados de un rigorismo inoportuno.

Los hombres de corazon corrompido y otros muchos
 que calumnian al bello sexo, estimulados por el orgu-
 llo y el petulante deseo de una ostentacion insensata;
 los hombres, que para distinguirse de todos los demás
 ridiculizan la hermosura, los encantos, los afectos deli-

cados y hasta la elegancia modesta de las mujeres, calificándola de vanidad, no hacen más que manifestar á los ojos del filósofo un espíritu superficial y repugnante, que lo confunde todo y echa mano de capciosos argumentos y ejemplos mezquinos para probarnos el absurdo de que la humana estirpe, que se compone de los dos sexos, pueda ser mas perfecta, separándola en dos fracciones con grave perjuicio del órden social y de los hogares domésticos. Esos hombres perversos é imbéciles, ó profundamente malignos, merecen ser mirados con desprecio y fiereza por los buenos; esos hombres creen descubrir en las cortesias más ordinarias y candorosas cierta malicia oculta; esos hombres creen que no media distincion ninguna entre las dulzuras de un amor delicado y casto, y los caprichos fugaces y deshonestos, que han sido tal vez el patrimonio esclusivo de toda su vida; esos hombres no han llegado á comprender que el amor filial, el afecto entre hermanos, la piedad hácia los desventurados, se manifiestan y arraigan con preferencia en el corazon del bello sexo, inclinado naturalmente á la docilidad y á la benevolencia; esos hombres proceden de error en error, lo confunden todo, y si persisten en su depravada filosofia y tristes convicciones, se convierten en seres rudos y perjudiciales al bienestar de sus semejantes, porque los que desconocen la práctica de las virtudes, se dejan halagar por el vicio y acaban por sumirse en el lodazal de una disolucion vergonzosa.

Si es cierto, como dijo el ilustre Fenelon, que el hombre es un compuesto de espíritu y materia, y que

todas sus acciones participan de estas dos sustancias; si es cierto que el primero tiende cada vez con más anhelo á elevarse hasta las regiones celestes, porque es un destello divino, al paso que la otra tiende á unificarse con el polvo de que se compone, es cierto tambien que tanto el hombre como la mujer, su inseparable compañera, pueden, sin abandono ni rudeza, sobresalir por el ejercicio de aquellas virtudes, que tienen un tinte celestial y una rectitud de intenciones, que llenan de regocijo nuestra alma, y no pueden confundirse de ninguna manera con los afectos muy vulgares que no se separan de la materia, y aspiran únicamente á satisfacer nuestras inclinaciones frágiles y mundanas.

Pero dejando á un lado estas reflexiones que tienen algo de abstracto, aunque muy oportunas; ¿quién ignora que el bello sexo influye muy directamente en la suerte de los hombres, si los sanos principios de una educacion esmerada lo han dirigido por la buena senda? Entónces sus consejos, acompañados de aquellas insinuaciones suaves y de aquellos encantos inocentes que le son propios, no solo persuaden y encadenan los corazones, sino que tambien los separan de las pasiones violentas, que nos agitan y ocasionan muy amenudo consecuencias muy tristes. Hemos visto con efecto, que las mujeres han obrado prodigios é introducido reformas muy útiles en el seno de las familias, ya aplacando las iras domésticas, ya robusteciendo los lazos del amor conyugal. Hé aquí por qué todos convienen en que la mayor de las desventuras para un hombre, que alimenta en su pecho sentimientos virtuosos, es la viudez, así como es mayor

desventura aun la horfandad de la madre en nuestra primera infancia. Hé aquí por qué la naturaleza misma, que inspira á los padres de familia afectos muy tiernos y cierta preferencia hácia las hijas, parece que se propone como objeto darles á entender que usen mayores distinciones hácia el bello sexo, y que consideren como alhajas preciosas su modestia y sus demás virtudes, destinadas todas en beneficio de la sociedad. Una madre juiciosa modera los justos resentimientos del consorte contra sus hijos comunes, y procura dirigirles por el buen camino con aquella suavidad insinuante de afectos, mucho más poderosa que el rigor. Entre hermanos existe siempre el gérmen del amor fraternal; pero entre un hermano y una hermana este mismo amor tiene un colorido muy distinto, y un interés tan delicado, que desciende hasta el fondo de nuestra alma, así que experimentamos su fuerza sin poderla explicar, porque los sentimientos y afectos muy intensos no son un producto del raciocinio, sino un mandato de la naturaleza que lo sujeta todo á su voluntad.

Se cree que las gracias, que naturalmente adornan á las mujeres, son más seductoras que la misma belleza:

Si belleza mayor pródigo el cielo
 Dar pudiera, interés nunca tan vivo
 Dieron las gracias á feliz modelo,
 Y á todos se aventaja ese atractivo.

Esto es cierto, pero lejos de generalizar en todas sus aplicaciones la palabra *gracia*, y de mirarla bajo

todos sus puntos de vista; se ha pretendido encerrarla en el círculo mezquino de una seducción condenable; hé aquí por qué se falla terminantemente contra las gracias del bello sexo, y se afirma que son un escollo contra la honestidad y el pudor; un escollo en que suelen estrellarse las buenas costumbres y la más acendrada moral. Los hombres sensatos y los que consideran á las mujeres como un tipo de las criaturas que han recibido la noble mision de dar complemento á nuestra tranquilidad en el seno de las familias, discurren de diverso modo, y no vacilan en afirmar que sus gracias y cariños afectuosos con que se proponen consolar nuestras aflicciones, aliviar las amarguras de la vida é inspirar en nuestro corazon sentimientos puros, tienen cierto matiz celestial que contribuye sobremanera á la felicidad del hombre. Una consorte amorosa, que derrama lágrimas y pone en juego con honestidad y decoro todos sus modales graciosos ante los jueces de un esposo desventurado, que se vé espuesto á la calumnia de falsos acusadores ¿no tiene una fuerza mágica, y sus lágrimas no son el instrumento más poderoso para conmover los ánimos y suspender el fallo que amenaza á la inocencia? ¿No son lo bastante para que estos jueces examinen con más detencion un negocio, de cuyo buen éxito depende la suerte de una entera familia? Una madre, que derrama lágrimas sobre los extravíos juveniles de un hijo, que se separa de la senda de la virtud ¿no es lo bastante para atraerle con sus consejos al buen camino? Un padre, que encorvado bajo el peso de los años y oprimido por la po-

breza, se ve al borde de la tumba y sin recursos ¿no encuentra un consuelo inefable en los modales graciosos y delicados de una hija que se esmera en cuidar de sus necesidades? Los hombres superficiales, pues, que interpretan en sentido muy siniestro todo lo que dice relacion con las gracias que adornan al bello sexo, manifiestan malignidad é ignorancia. La palabra *gracia* significa cosa agradable y propia para producir en el fondo de nuestra alma un gran cúmulo de sensaciones, que comprenden la benevolencia, la suavidad, la dulzura; un cúmulo de sensaciones, que en vez de agitar con violencia el espíritu, le infunden calma; un cúmulo de sensaciones, en fin, que nada tienen de criminal, nada de opuesto á la virtud, nada de deshonesto, si se las considera en toda su pureza, como un efecto muy natural de un corazon ingénuo. Hé aquí por qué Sócrates representó las Gracias ataviadas con un ropaje sencillo, diferenciándose de los demás escultores de Grecia, que las representaban desnudas con grave ofensa del pudor. De esto se colige, que la malicia de algunos hombres se esfuerza en dar á las dotes naturales y más encantadoras del bello sexo un colorido oscuro, que es el producto de interpretaciones calumniosas que rayan en la infamia. Pero los verdaderos sábios, que no desconocen el mucho aprecio que merecen las mujeres, se mofan de los hombres ruines que pretenden convertirlas en juguete de su corazon corrompido, y en objeto de ludibrio; y nos desplagan á la vista con mucha gala el gran cuadro de la historia sagrada y profana, en que las

mujeres figuran siempre en primer término. Miriam, hermana de Moisés, entona un himno de gracias al Todopoderoso, que ha sepultado en los abismos del mar á los egipcios, fieros perseguidores del pueblo de eleccion: este himno, que ha llegado hasta nosotros, es un modelo de poesía y de santo entusiasmo. Judit liberta con inaudito heroísmo á sus compatriotas del furor enemigo, y humilla el orgullo de Nabucodonosor dando muerte al fiero Holofernes; Ester se cautiva el ánimo del rey Asuero y quebranta el yugo de la esclavitud que oprime al pueblo de Israel; la madre de los ilustres Macabeos prefiere la muerte á la violacion de la ley divina, y se somete al martirio con sus hijos despues de haberles exhortado á morir; la madre de Pausanias, valeroso general de Lacedemonia, habiendo sabido que su hijo se habia refugiado en el templo de Minerva á fin de evitar el castigo que le esperaba por haber hecho traicion á su pátria, lleva la primera piedra á la puerta del templo para que Pausanias no pueda proporcionarse los medios de apelar á la fuga, y perezca de hambre en aquel recinto sagrado é inviolable; Veturia, madre de Coriolano, derrama ardorosas lágrimas á los piés de su hijo que marcha contra Roma, aplaca su ira y salva á la patria; la ilustre Cornelia, madre de los Gracos, se niega á dividir el tálamo con un rey de Libia, que quiere enlazarse con ella, y contesta con noble fiereza: «Prefiero á la real diadema, ser viuda de un romano.» Podriamos apuntar en estas páginas un crecido número de otros hechos históricos para dar á conocer aun más la grandeza y el heroísmo del

bello sexo; pero los pasaremos en silencio por amor á la brevedad, y dirigiéndonos nuevamente á los que prodigan sus calumnias sobre todo lo que hay de más apreciable en este valle de lágrimas y amarguras, decimos que nuestra sociedad y los progresos de la civilizacion nos ponen de manifiesto á cada paso el mérito intrínseco y real de las mujeres, tributándolas testimonios de respeto y sumision profunda.

Porque son

De estremada perfeccion,
Dulces, graciosas y bellas,
Yo os quiero dar cuenta de ellas,
Para mi consolacion.

Estos pocos versos nos traen á la memoria todas las muestras de preferencia que los pueblos de la culta Europa prodigan al bello sexo en los públicos paseos, en los teatros y en las tertulias más concurridas. Con efecto, si se presenta una señora en una gran reunion, aun cuando no ocupe un puesto elevado ni pertenezca á la clase media más distinguida, no dejará de inspirar cierto respeto y veneracion; y al que afecte hácia ella descuido ó indiferencia, se le califica de hombre rudo y adocenado. Una mujer, que sobresale por grandes virtudes, se convierte en un objeto de adoracion, y se la dá la preferencia, no tan solo entre las personas de su sexo, sino tambien entre los hombres que suelen distinguirse con el nombre de héroes. En todas las naciones más cultas de ambos hemisferios se distinguen hoy las mujeres, porque muchas entre ellas han dado

brillantes testimonios de discrecion y sabiduria. Esto honra en gran manera nuestro siglo, y lo debemos al gran cuidado con que se procura en nuestros dias educar al bello sexo. Tanto los gobiernos como las cabezas de familia han llegado á persuadirse de que las mujeres no pueden dar un verdadero lustre al Estado, ni á sus respectivas familias, sin adquirir aquel cúmulo de conocimientos, que son muy necesarios para nuestro bienestar, y han llegado á conocer que una instruccion sólida las dá una importancia considerable en todas las vicisitudes de su vida doméstica.

Los que se dejan predominar por un orgullo infundado y que dan rienda suelta á sus preocupaciones ó á su malignidad hácia el bello sexo, dicen que se le guardan únicamente grandes atenciones, porque se le juzga desprovisto de todas las muchas dotes muy propias y esclusivas del hombre, cuya generosidad lo inclina á manifestarse, más bien por galantería que por conviccion, protector y amparo de los débiles. Este sofisma muy repetido se desploma por sí mismo, si paramos mientes en que la cortesía y las distinciones que son el producto de una educacion refinada, no pueden ser colocadas al mismo nivel que los testimonios de un respeto verdadero, que dimana de la íntima persuasion de los méritos intrínsecos que dan naturalmente importancia y lucimiento á las personas. Si nosotros ahora queremos fijar aun más nuestras miradas en el bello sexo, no podemos menos de convenir en que se le tributan distinciones y acatamientos por todos los hombres con cierto aire de veneracion, que es lo bastante para dar-

nos á conocer que las mujeres lo merecen todo, porque están naturalmente adornadas de grandes dotes, y porque la sociedad reconoce en ellas el apoyo más firme del bienestar de las familias que componen el Estado.

Es cierto que entre los hombres, y con especialidad entre los jóvenes, que quieren blasonar de sábios, afectando seguir la moda, hay muchos que calumnian al bello sexo, y que hacen alarde con culpable desfachatez de cierto desprecio hácia las mujeres; pero estos hablan tan libre é inconsideradamente, porque anhelan atentar contra su pudor, y sacrificarlas á sus caprichos. Con efecto, aun cuando fingen ridiculizarlas, salpicando sus discursos privados con mofas satíricas, se manifiestan muy respetuosos hácia ellas en todos los sitios públicos y concurridos. Semejante hecho nos patentiza, que sus palabras están en abierta contradicción con lo que la sociedad exige, y que ésta les obliga á desmentirse á cada paso. Pero la prueba más elocuente de la nobleza de las mujeres nos la ofrece la esperiencia de todos los siglos, la cual nos demuestra con hechos indisputables, que entre los hombres han ocupado un puesto cada vez más lastimoso los que, desprovistos de aquellos sentimientos delicados muy inherentes á nuestra naturaleza, se han manifestado contrarios al amor suave y dulce que nos inspira el bello sexo. Estos seres miserables han sido hermanos ingratos, hijos desnaturalizados y amigos pérfidos. Nosotros, pues, juzgamos muy oportuno poner término á esta disertación sobre la nobleza y sublimes dotes del bello sexo, insertando los versos siguientes del célebre vate español

Juan de la Encina, que floreció en tiempo de los reyes
Católicos.

Quien dice mal de mujeres,
Haya tal suerte é ventura,
Que en dolores, é tristura
Se conviertan sus placeres:
Todo el mundo le desame,
De nadie sea querido,
No se nombre, ni se llame
Sino infame, y más infame,
Ni jamás sea creído.

Siempre viva descontento,
Fatigado é congojoso,
Nunca se vea en reposo,
Jamás le falte tormento,
Jamás le falte cuidado,
Pene más que pena fuerte,
Viva tan apasionado,
Que de mui desesperado
Haga por buscar la muerte.

E muera, pues que meresce
Morir como malhechor,
Pues por malicioso error,
Lo bueno mal le parece:
Que el que está de vicios lleno,
Es enemigo mortal
Del que del mal es ageno;
Más los buenos de lo bueno
Nunca saben decir mal.

etc., etc., etc.

... de la historia, que floreció en tiempo de los reyes
...

Quien más mal de tristezas,
Haga tal guerra a sus ojos,
Que en la historia se vea,
De los reyes que se vea,
Toda el mundo la historia,
De reyes que se vea,
No se vea, ni se vea,
Sino la historia, y no la historia,
Ni jamás con otros.
...
Faltaba a los reyes,
Nunca se ve en reyes,
Largo lo hizo la historia,
Largo lo hizo la historia,
Falta más que para historia,
Vive tan desahogado,
Que de mal desahogado,
Haga por hacer la historia,
E historia, para que historia,
Haga como mal, otros,
Falta por historia otros,
Lo punto que se historia,
Que el que está de historia, historia,
La historia historia,
Del que historia, otros,
Es lo historia de lo historia,
Y para historia historia,
...

FANTASÍAS.

FANTASIAS.

Y
9
I
L
M
N
V
U
L
L
R

FANTASÍA.

UN VIAJE AL FIRMAMENTO.

I.

No fué Sócrates únicamente protegido por un Genio, yo tengo tambien el mio, y me ordena que escriba lo que ví ayer en un viaje que hicimos juntos al firmamento.

Mi Genio me llevó sobre sus alas á las regiones celestes, y me dijo: «Todos estos astros brillantes y luminosos están habitados por la gran multitud de las generaciones pasadas que vivieron en tu planeta. ¿Quieres ver á los que hicieron alarde de riqueza y ostentaron un gran lujo, arruinando su hacienda? ¿Quieres ver á los que blasonaron de sábios sin haber leído nunca ni las primeras hojas de un libro? ¿Quieres ver á los que pasaron su vida en la holganza y en el ócio, quejándose

de la fortuna porque no les mandaba dinero con la estafeta? ¿Quieres ver á los fabricantes de sistemas filosóficos, políticos, religiosos y comerciales, que acabaron por pedir limosna, suponiendo que iban á nadar en el oro?»—Mi Genio protector, contesté, quisiera verlo todo, pero estoy muy ocupado en la tierra, como tú no lo ignoras; te suplico, pues, enseñarme lo que juzgues más útil y provechoso para mi persona.—Dices muy bien. Has de saber ante todo, que los que habitan en estos astros, que tachonan el firmamento, son puros espíritus, pero visibles, porque han conservado su figura óptica.—¿Qué palabra es esa? yo no la entiendo.—Algunos filósofos modernos han dicho, que la figura del hombre es indestructible, y que cuando pasa á otro mundo, muy distinto del tuyo, se la lleva consigo: esta es la figura óptica, y los filósofos la han dado atribuciones y facultades estupendas.—¿Qué atribuciones y facultades la han dado.—Una fuerza de traslación voluntaria de los astros á la tierra, y de esta á aquellos; la facultad de hacerse visible ó de ocultarse; la de contestar á todas las preguntas, y adivinar por inspiración profética todo lo que ha de suceder hasta la consumación de los siglos.—Pero ¿es cierto lo que me dices ó el producto de una acalorada fantasía?—Es doctrina corriente entre los filósofos modernos, y en prueba de ello los espíritus, que habitan en los astros, son visibles.—Luego mi Genio me llevó á un gran planeta, cuyo nombre no quiso revelarme, y viendo que yo insistía para que me lo dijera, me contestó:—Bástete por ahora saber, que este planeta ha de producir dentro de seis

mil años un nuevo diluvio en el globo terrestre.—Eso no me dá cuidado, porque mucho antes me veré convertido en figura óptica.—No hables á la ventura.—¿Puedo acaso vivir hasta entonces?—Un médico aleman (1) acaba de probar, que un hombre puede vivir dos siglos, conservándose lozano y fuerte como un muchachuelo de quince años. Despues de este doctor, ¿no puede probar otro sábio, fundándose en las mismas probabilidades, que un hombre puede prolongar su existencia hasta cuatro siglos? y luego otros médicos ¿no pueden aumentar con un rasgo de pluma estas cifras hasta seis mil años? Todo lo que se escribe hoy en Alemania es el fruto de largas y sensatas meditaciones.—Estas supuestas probabilidades las juzgué un gran disparate, pero guardé silencio por consideracion á mi Genio. En tanto se me presentó el espectáculo lamentable de dos espíritus que luchaban entre sí, arañándose desapiadadamente.—Estos, dije al Genio, ¿son tal vez las figuras ópticas de un español y un marroquí? —No: son dos filósofos; el uno inglés y el otro aleman. —¿Y por qué se sacuden y arañan?—Por una razon muy sencilla: el inglés, secuaz de Locke, dice que no hay ideas innatas; el aleman, aficionado al misticismo, pretende sostener con obstinacion que no existe más que la inteligencia pura.—Pero ¿qué interés pueden inspirar á los espíritus de este planeta las discusiones filosóficas del mundo sublunar?—La figura óptica del hombre que muere, conserva inalterablemente todas

(1) Huffeland.

sus inclinaciones, y con especialidad sus locuras metafísicas, que pasando de generacion en generacion, toman, por último, asiento en este planeta.—Después de haber atravesado algunos campos solitarios, llegamos á un paraje en donde ví á una multitud de espíritus que bailaban con mucha alegría al compás de instrumentos músicos, sobre un monton de escombros rodeado de casas, que amenazaban ruina.—¿Qué espíritus son estos, dije á mi Genio?—Son las figuras ópticas de los secuaces y amigos de Proudhon, que han muerto y hoy están de enhorabuena por que ven ya entre ellos á su jefe, pronto á derribar los restos miserables de estos edificios.—Se habrán propuesto tal vez fabricar otros mejores.—No: quieren dormir al sereno.—¿En dónde están, Genio protector, las figuras ópticas de los hombres políticos?—Levanta la cabeza y las verás.—Entonces dirigí mis miradas hácia lo alto, y se presentó á mi vista una multitud de espíritus, ricamente ataviados y llenos de condecoraciones, que corrian á escape por la *Via Lactea*, unos en coche y otros á caballo.—¿Y por qué corren tanto?—Para llegará tiempo á París, y celebrar los funerales del tratado de Viena de 1815.—Mi Genio acababa de pronunciar estas pocas palabras, cuando ví á muy corta distancia de nosotros un crecido número de espíritus sentados en el suelo, que hablaban con mucha animacion y se reian.—¿Y estos, dije yo, por qué se rien tanto?—Fueron todos periodistas é historiadores, que divorciados de la verdad, escribieron siempre lo contrario de lo que sentian; y ahora que no pueden ejercer más su triste oficio, se burlan sobera-

namente, recordando lo pasado, de los tontos, que citan todavía como autoridad las mentiras y las majaderías que dejaron escritas. Pero vamos á otro planeta, que quiero enseñarte cosas mejores y más divertidas.—Esto dijo mi Genio, y me ví por virtud mágica trasladado á Saturno.

Sus habitantes tienen un aspecto severo, una fisonomía adusta; hablan en tono grave y reposado; sus palabras son sentenciosas, y ventilan siempre cuestiones muy hondas. La luz de Saturno, que dista mucho del Sol, es opaca; está sembrado de montañas de nieve; sus ríos se hielan casi en todas las estaciones del año; sus animales son muy pocos; su vegetación es raquítica, y la densidad de la atmósfera dá un colorido cobrizo á la bóveda celeste. En aquel planeta la naturaleza parece enferma y quejosa; menudean los huracanes, y todos los objetos, cuya vista despierta sentimientos de tristeza y dolor, reconcentran los espíritus, y les obligan á entregarse á una meditación profunda.

—¿Qué figuras ónticas habitan en Saturno, pregunté á mi Genio protector?—Todos los publicistas antiguos y modernos, precursores, hermanos ó allegados de esos hombres políticos que viajan por la Vía Lactea.—En tanto ví salir por la puerta de un gran palacio de arquitectura gótica, cuyas paredes ennegrecidas parecían amenazar ruina, á dos hombres, que discurrirían tal vez de cosas muy serias, porque se paraban á menudo y fruncian las cejas.—¿Quiénes son estos, dije á mi Genio?—Las figuras ónticas de Bonald y De Maistre, publicistas muy célebres de la primera mitad de este siglo.

—¿Y por qué viven en este palacio, que parece una mansion de espíritus malignos?—Porque su arquitectura es muy conforme á los principios de las doctrinas que profesaron. Sostuvieron que la sociedad no puede ser feliz, ni los hombres dichosos, si no se restablecen todas las leyes de nuestros tatarabuelos, y la autoridad de un poder omnímodo y absoluto. Aunque ignoro en este momento el tema de su conversacion, puedo adivinarlo; hablan con ternura de las justas y los torneos, de los caballeros andantes, de los de la tabla redonda, del rey Arturo, del reinado de Carlomagno, de los doce Pares de Francia y de la mucha necesidad de reedificar los castillos feudales con sus almenas. De Maistre, deseoso de cooperar al restablecimiento del buen orden en bases muy firmes, pocos años antes de bajar á la tumba hizo el elogio del verdugo en sus «*Veladas de San Petersburgo*», y ahora se queja con Bonald de la ingratitude de los gobiernos que no han otorgado privilegios, exenciones y condecoraciones al ejecutor de *la vindicta pública*, que tantos y tan señalados servicios ha prestado á la humanidad.—Recuerdo ese elogio.—¿Y quién no ha leído esa produccion clásica, que eleva el espíritu, consuela al hombre y ennoblece el cadalso? Después de haber estudiado con alguna detencion y buena crítica las obras de Bonald y De Maistre, ¿no desea un hombre dotado de sentido comun abandonar su profesion, por muy noble que sea, y convertirse en verdugo?—¡Muy bien! Genio protector, me agrada tu lenguaje satirico; pero dime, ¿esos dos publicistas tan distinguidos han tenido secuaces?—¡Vaya! y hay

muchos todavía en tu globo sublunar, que profesan sus doctrinas y esperan su realización como los judíos la venida del Mesías, y los antiguos portugueses esperaban la aparición del rey D. Sebastian.—Estas últimas palabras me hirieron el corazón, y guardé un profundo silencio. Entonces el Genio me dijo:—Disipa tu tristeza; no pierdas de vista que los absurdos son patrimonio exclusivo de la humana estirpe; confía en las luces y su progreso, mientras haya fósforos, y ven conmigo, que te haré ver la figura óptica de un hombre extraordinario.—Con efecto, me llevó á una casa en donde vi á un mozállon en mangas de camisa, que trazaba líneas en un gran papel, y tenía á su lado un estuche con instrumentos matemáticos.—¿Es esta la figura óptica de algún geómetra?—No: es la de un publicista que figuró mucho en los clubs de París cuando fué destronado Luis Felipe.—¿Pero qué tiene que ver el derecho público con todas estas líneas?—Luego lo sabrás: este hombre, dotado de un númer que rayaba en lo divino, y de una mente elevada y especulativa, no había podido adelantar en sus estudios por falta de recursos; se puso á oficio, y al cabo de pocos años fué el primer sastre de su país, que era una aldea de treinta vecinos en el fondo de la Normandía. Apenas estalló la revolución del año de 1848 en París, echó las tijeras á un lado, y creyendo, lo que era una realidad, que la fortuna acababa de franquearle las puertas del templo de la gloria, se trasladó á la capital de Francia, y se presentó en uno de los clubs más concurridos para formular un proyecto tan nuevo como útil, que llevado al terreno de la práctica

habría podido cimentar en bases muy firmes la felicidad de las cinco partes del mundo conocido y de las tierras del polo antártico que se van descubriendo.— Me admira que un sastre haya querido blasonar de publicista.—No hay de qué admirarse; todas las ciencias políticas hoy son patrimonio comun; no son oscuras ni misteriosas como en otro tiempo; hoy puede ser gran publicista un mozo de café con tal de que lo quiera. Por lo demás, ¿qué hay de particular en que un sastre haya figurado como un sabio? ¿No era Shakespeare un pobre palafrenero, que cuidaba de los caballos de los que frecuentaban los teatros de Lóndres, y hoy sin embargo ocupa un puesto muy preferente entre los poetas dramáticos de ambos hemisferios? ¿No fué Rousseau lacayo, y sin embargo, sus obras son muy clásicas, muy leídas y apreciadas? Los periodistas franceses discutieron el proyecto de nuestro sastre; pero, bien fuese por envidia ó descuido, callaron el nombre de su autor, y los habitantes de la tierra hoy no pueden hacer más que bendecir y glorificar la memoria anónima del que lo inventó.—Hemos perdido media hora charlando, é ignoro todavía ese gran proyecto.—Lo sé todo de memoria, y lo repetiré al pié de la letra, conservando sus formas algo rudas y desaliñadas, pero ingenuas y llenas de candor. El sastre dijo así: «Señores, nadie ignora que desde la más remota *eternidad* (querria decir tal vez *antigüedad*), el número tres fué siempre perfectísimo; en tres se divide el hombre moral: memoria, entendimiento y voluntad; en tres el hombre físico: soltero, casado y viudo; en tres todos los gobier-

«nos; ¿quereis la monarquía pura? El rey, su consejo
 «y el pueblo; ¿quereis un gobierno representativo? El
 «rey, las cámaras y el pueblo; ¿quereis la aristocracia?
 «Un senado, los funcionarios públicos y el pueblo;
 «¿quereis la democracia, elevada á su último térmi-
 «no? Un presidente, la asamblea universal y los va-
 «ngos. En fin, todo el mundo se divide en tres: cielo,
 «tierra y mar. Pero necesitamos formular este número
 «perfectísimo para venir al terreno de la práctica y á sus
 «aplicaciones. ¿Cómo lo conseguiremos? De un modo
 «muy sencillo: reduciendo el número tres á triángulo, y
 «colocando en los tres ángulos estas palabras: *libertad*,
 «*igualdad*, *fraternidad*. No diferenciándose los ángulos
 «entre sí, y conservando una perfecta igualdad, la con-
 «servarán también las tres palabras, y estas aplicadas á
 «las necesidades de la vida, harán renacer la paz, la jus-
 «ticia, la abundancia, la equidad; todos los vicios con-
 «trarios á estas virtudes y otros muchos, que paso en si-
 «lencio por amor á la brevedad, no son más que el pro-
 «ducto de la discordancia que ha reinado hasta hoy en-
 «tre las tres palabras mencionadas por no haberlas sabido
 «reducir á triángulo; si cortamos de raíz la causa, cesa-
 «rán sus tristes y lastimosos efectos.

«El gran triángulo que he formulado, y que llamaré
 «típico, podrá servir de modelo á otros triángulos meno-
 «res, aplicables á ramos especiales, como la hacienda
 «pública ó de los particulares, el comercio, las bellas
 «artes, el cultivo de los campos, la navegacion, la cria
 «de animales, la literatura, la filosofía, etc., etc., etc.
 «Concluyo, pues, señores, con deciros que el mundo no

»podrá ser feliz hasta que no se divida todo en triángulos.»—Genio protector, tu jovialidad me inspira alegría, y veo que quieres divertirme á mis espensas inventando patrañas.—Vives en un grande error: lo que te acabo de decir es tan real y positivo como la luz del dia: tómame la molestia de recorrer los periódicos que se publicaron en Francia en el año de 1848, y allí encontrarás en letras de molde el proyecto de nuestro sastre. Si con eso no tienes lo bastante, pregunta á varios individuos de los que á la sazón estaban en París, y verás que todos te confirmarán lo propio.—Palabras tan terminantes disiparon todas mis dudas, y contesté á mi Genio: muy bien, te creo, pero ¿qué éxito tuvo el proyecto?—Ninguno, porque los clubs se disolvieron á consecuencia de nuevas vicisitudes políticas; todas las discusiones fracasaron, y el sastre murió.—Sin embargo su figura óptica sigue trazando líneas.—Es claro, y no suspenderá su tarea hasta otra manifestacion.—¿Qué es eso? no comprendo lo que quieres decir, ni sé á qué viene la palabra *manifestacion* en lo que vamos hablando.—Te creia más instruido, pero conozco que eres muy ignorante, y casi me arrepiento de haberte dispensado tantos favores. ¿Has leído las obras de Pierre Leroux?—No las he visto nunca.—Esto patentiza aun más tu ignorancia. Leroux, hombre extraordinario, ha sostenido y probado con argumentos, tan sublimes como peregrinos, y que muchos no han llegado á comprender, que el que muere, renace dos, tres ó más veces; cada uno de estos nacimientos nuevos se llama *manifestacion*; y Leroux, no contentándose con lo refe-

rído, dijo en tono enfático en las cámaras francesas: «Señores, hace dos siglos que me asesinaron pasando de noche por uno de los puentes del Sena.»—Entonces la vida actual de Pierre Leroux es, cuando menos, una segunda *manifestacion*.—No me atrevo á confirmarlo.—Genio protector, pasemos á otro planeta, y que se vayan enhoramala todas las supuestas *manifestaciones* y las figuras ónticas de los publicistas.—No hay inconveniente, descansemos un rato y luego marcharemos.

II.

Campos alfombrados de flores, amenos vergeles, árboles frondosos, cuyas verdes copas recrean con su sombra al pasajero en los meses calurosos del estío; elevadas palmeras, cuyas cimas parecen tocar las nubes; mariposas, que con sus alas plateadas ó color de oro, encantan la vista; fuentes y ríos de aguas limpias y cristalinas, poblados de peces, cuyas escamas relucen como perlas orientales; abejas, que revolotean de flor en flor para empaparse en sus perfumes, y convertir sus esencias olorosas en miel exquisita; gamos, ciervos, corderillos, que brincan con ligereza y alegría; pájaros, que con sus cantos melódicos saludan al astro alumbrador del mundo cuando se levanta de las olas argentadas del mar; sátiros y fáunos, que bailan con ninfas coronadas de rosas y mirto, son los objetos lisonjeros y voluptuosos, que presenta á la vista del viajero

el planeta de Venus, á donde mi Genio me llevó. Quedé estático largo rato, y luego le dije:—¿Qué figuras ónticas habitan en este planeta?—Las de los economistas y de los que cultivan las ciencias naturales, y las de los vates.—Sé muy bien que estos últimos, que se dejan llevar sin discrecion de su númen, inventan fábulas, y no ignoro que su profesion es la de mentir y adular; pero no sucede lo propio con los economistas, ni con los que cultivan las ciencias naturales: estos buscan los hechos, y marchan siempre con pié firme.—Tú eres un pobre hombre y no sabes lo que te dices: así los primeros como los últimos están á un mismo nivel.—¿Cómo es eso? ¿quieres negar, Genio protector, la realidad de los hechos? ¿No es cierto, que los economistas han sido, desde Smith, ó más bien desde Jenofonte, los únicos que nos han facilitado los medios de adquirir riquezas, indicándonos sus fuentes?—Tú deliras á continuacion.—¿Porqué? no comprendo á qué vienen estas palabras en el presente discurso.—Veo que has perdido la memoria: ¿no te acuerdas de los desatinos que decias, cuando esplicabas economía política, como profesor sustituto, en la universidad de tu país?—¿Con que en mis lecciones deliraba?—Con mucha frecuencia. Sin embargo, tus disparates me divertian, porque hablabas con calor y cierto entusiasmo muy propio de la juventud; me gustaba tambien tu espíritu de nacionalidad, y cuando le dabas rienda suelta, es menester confesarlo, disparatabas menos, y anunciabas algunas verdades. Me acuerdo que un dia, hablando de la mucha utilidad de la division del trabajo, dijiste con ento-

nacion enfática: «Señores, esta teoría no es de Smith, no es de los franceses, que escriben mucho y meditan poco, no es de los alemanes, pertenece esclusivamente á un italiano: fué el ilustre Beccaria, que la proclamó por primera vez en Milan cinco años antes de publicarse la obra del economista escocés.» Y otro dia: «Señores, no constituye la riqueza de las naciones ni la de los individuos el dinero únicamente, sino la abundancia de los productos, y esta verdad la debemos tambien á uno de nuestros compatriotas: fué el conde Carli que la proclamó á principios del siglo xvi.» En su precioso opúsculo sobre la moneda, dijo: «Cuando el conde Ugolino fué encerrado en la torre de Pisa, tenia los bolsillos atestados de oro; pero el metal no podria alimentarle, y murió al cabo de cuatro dias; si por el contrario tuviera un pedazo de pan ó un huevo, podia haber prolongado su penosa existencia.» Y otro dia: «Señores, la teoría de Malthus, que hoy hace tanto ruido, no es suya sino del veneciano Ortés, que la proclamó más de un siglo antes del economista inglés, esforzándose en probar que son muchos los que llegan tarde al *banquete de la vida*, porque la poblacion, que crece en proporeion *geométrica*, consume más de lo que produce.» Pero cuando comenzabas á hablar de las investigaciones sobre la economía política de Stewart-Denham, de los errores económicos de Lauderdale, de la escuela de los fisiócratas, del *Ami des hommes*, de Turgot, de Ustariz, de Ulloa, de la gran coleccion de los economistas italianos, por Custodi, de Smith, de Mengotti, de Ganilh, de Storch, de Melchor Gioja,

del conde Pecchio, de Riccardo Riccardi, de Say, de Sismondi, de Rossi, de Malthus, etc., etc., etc., me daba fatiga oírte, y decia en mi interior, ¿por qué habla tanto de toda esa gente perdida?—¡Oh Dios, que blasfemia! ¿Fueron, pues, gente perdida todos esos sábios eminentes?—¿Y por qué no? Las verdades que pusieron al alcance de todo el mundo fueron muy pocas, y muchos sus errores: han causado más daño que producido ventajas, y hoy sus desatinos se citan como autoridad.—No puedo admitir bajo ningún concepto una opinion tan descabellada. ¿Quién osará negar en nuestros dias que debemos gran parte de las mejoras materiales de la sociedad en que vivimos á los adelantos de la economía política? ¿Quién osará negar que esta ciencia puede merecer el nombre de ciencia madre? Enséñame, Genio protector, enséñame, te lo suplico, las figuras ónticas, que residen en este planeta, esas figuras de los más célebres economistas, dignos predecesores de la nueva escuela económica, capitaneada por Federico Bastiat.—Lo haré. Pero á fin de que tú puedas quedarte más satisfecho en el logro de tus deseos, quiero que escuches ante todo lo que voy á decirte: Una tarde de carnaval, y no hace muchos años, se representó en el teatro del Príncipe, que tú conoces muy bien, una linda comedia en la que figuraba como protagonista uno que se decia sócio de una compañía de seguros: habiéndosele preguntado qué garantías daba la empresa, contestó en esta forma: «Las compañías de seguros sirven para todo; aseguran de los incendios; aseguran la vida y la

»muerte; aseguran la navegacion; aseguran los ferrocarriles; aseguran de noche y de dia; aseguran los matrimonios y los divorcios; aseguran á los que van en coche, ó que andan á pié, ó que corren á caballo; aseguran á los amos y á los criados; aseguran de las enfermedades: aseguran á los ricos y á los pobres; aseguran á hombres, mujeres y niños: en fin, lo aseguran todo, y son buenas para el invierno y el verano.» Pero, ¿qué conduce toda esta cáfila de palabras.—¿No me has comprendido aun? ¿Tan cortos son tus alcances? Ese sôcio es el retrato más acabado de nuestros economistas: creia el pobrecillo en sus delirios, que las compañías de seguros son la única base de la felicidad pública; que todo el gran edificio del Estado se apoya en ellas, y que las compañías de seguros, que lo abrazan todo, pueden darle vida y movimiento. Nuestros economistas creen lo propio respecto de la ciencia que profesan: dicen que la economía política resuelve por sí sola todos los problemas más trascendentales, científicos, políticos y religiosos, por muy complicados que sean ó parezcan; que caen bajo su dominio no solo la agricultura, el comercio y las manufacturas, sino tambien la física, la metafísica, la astronomía, la náutica, la geografía, la ostetricia, la cirujía, la botánica, la química, la historia natural, la literatura, las bellas artes, los cañones rayados, el magnetismo animal, la mágia, las mesas giratorias y los espíritus fluidos. Los ministros, los diplomáticos, los maestros de escuela, los tenderos, los mozos de cordel, los vagos, caen todos bajo el dominio de la economía política. En fin sin ella no hay más que

cielo y tierra; no hay instruccion pública; no hay gobierno posible; no hay felicidad; no hay libertad; no hay vida.

«Entre el hombre de quien hemos hablado y nuestros economistas, media tan solo la diferencia de que el primero tomaba por punto de partida las compañías de seguros, y los segundos toman el *yo*.—¡Maldito *yo* que en esta época nos persigue por do quiera, como la sombra de Banco á Macbeth, ó la de Boecio á Teodorico: en todas las disputas literarias ó científicas, en todos los libros y hasta en algunas novelas se nos presenta siempre el *yo*. No podemos, sin embargo, desterrarle de la economía política, porque si queremos ser ricos y felices: *Prima caritas incipit ab ego* (1) decian los antiguos jesuitas.—¡Muy bien! ¿Pero no te lo he dicho ya que deliras á continuacion?—¿Quieres acaso que la economía política funcione sin el *yo*? ¿Crees tú que puede existir un cuerpo sin cabeza?—Eso no tendria nada de particular, porque hay muchas cabezas sin sesos; pero *la economía*, palabra abstracta y puramente científica, no necesita cabeza ni piés para funcionar. Esta ciencia se propone por objeto y fin, como afirman tus economistas, la felicidad comun, el aumento de las riquezas, el particular cuidado de colocar á todos en buen terreno para que hagan lo que les dá la gana, y la improbable tarea de enseñar á los hombres cómo deben gobernar al gobierno en vez de ser gobernados. Si esto es cierto,

(1) El primer amor tiene por su punto de partida nuestra personalidad.

ó se supone que lo sea, ¿no ves tú que tomando por punto de partida el *yo* das al traste con todo el cuerpo político, y aniquilas la familia, base única y eterna de la humana sociedad? ¿No ves que el hombre reducido al *yo* se convierte en orangutan, no quedándole más que la fuerza de sus instintos, que le llevan al más completo egoísmo? Para darte una muestra de lo que es este famoso *yo*, te voy á estractar de memoria y en muy pocas palabras lo que se encuentra de más sustancial sobre el particular en muchos libros, escritos al lado de la chimenea en esos países sombríos del septentrion de Europa, cubiertos de nubes pobladas de espíritus fantásticos: «El *yo* absoluto refleja en Dios; el relativo en las criaturas visibles é invisibles; el subjetivo recorre la esfera de su propia inteligencia, y penetra en las ideas puras; cuando se manifiesta es objetivo; reconcentrado el hombre en su mismo *yo*, tiene la fórmula más adecuada de su conciencia; el *yo*, reconcentrado en Dios, es la inteligencia universal.» ¿Te parece que este *yo* puede servir de punto de partida para los algodones de Cataluña, para los géneros coloniales de la isla de Cuba, para el comercio de Filipinas?—¿Qué punto de partida fijaremos, pues, Genio protector, para la economía?—La sociabilidad del hombre; ese punto de partida abraza la inteligencia y la materia en todas las ciencias políticas y morales.—Pero ¿no admites tú la libre enseñanza y el libre cambio?—Vaya, si los admito; la libertad no tiene dos caras como Jano, sino un aspecto solo; y nosotros, los Genios, naturalmente liberales y enemigos de la

opresion, amamos toda clase de libertad; pero conocemos mejor que los hombres, que no hay nada de absoluto en tu mundo sublunar; que una ley, por muy útil que sea, y á primera vista aplicable á todos los casos, exige siempre alguna excepcion; que la libertad para ser provechosa en el terreno de la práctica, necesita grandes preparativos; y que en cuanto á la economía política las reformas son siempre intempestivas si lastiman muchos intereses creados sin un pronto remedio.

—Lo que tú dices hasta cierto punto me persuade; creo, sin embargo, que no me inducirás á abandonar el *yo*, porque me parece que es el punto de partida más firme que pueda tener un economista.—Lo siento, pero si quieres ver los buenos efectos y las consecuencias lisonjeras de tu *yo*, mira hácia la derecha.—Entonces se me presentó á muy corta distancia de nosotros la figura óptica de un hombre casi desnudo é inclinado al suelo, que arrancaba manojos de yerba y se los comía.

—¿Quién es este, Genio protector?—La figura óptica de Jeremías Benthan; este padre de los utilitarios confundió todos los derechos y deberes del hombre; proclamó el egoismo; lo redujo todo al *yo*, y ahora su figura óptica, que vive separada de todas las demás que habitan en este planeta, se alimenta de yerbas, frutas y raíces como los animales frugívoros.—Mientras escuchaba atentamente á mi Génio, me hirieron el oido voces descompasadas, que decian: «Quitense ustedes del medio, no ocupen el camino, que vamos cargados.»—¿Qué gritos son estos, dije al Genio?—Y en tanto mirando con direccion al punto de dónde pare-

cian venir, ví á una multitud de gente cargada con canastas de comestibles, lienzos, quincallerías y otros géneros; habia más de ciento entre jóvenes y ancianos, y todos corrían desesperadamente con sus mercancías á cuestas.—¿Qué figuras ónticas son esas?—Las de los discípulos de Ganilh; esos y su maestro, cuya figura óntica es la que precede á todas las de la multitud, sostuvieron siempre que la principal fuente de riqueza es el comercio, y que la agricultura y las manufacturas son cosas secundarias; sus figuras ónticas, se ocupan en este planeta en comprar y vender lo que encuentran, y las mercancías con que van cargadas, las llevan á la plaza pública para negociar con ellas.—Genio protector, quisiera ver la figura óntica del marqués de Mirabeau, de ese gran pícaro, que fué el azote de su familia, el tirano de su esposa y de sus hijos, y que, sin embargo, tuvo la desfachatez de darse á sí mismo el nombre de *Ami des hommes*.—No hay inconveniente: ven conmigo.—Atravesamos juntos muchas veredas algo escarpadas, y despues de haber recorrido una media legua, llegamos á un paraje tan ameno y delicioso, que parecía un nuevo Eden. Estaba sembrado de colinas, cubiertas de un eterno verdor; estaba poblado de árboles y atravesado de canales, los efluvios de cuyas aguas refrescaban la atmósfera, empapada en las esencias olorosas que despiden las plantas aromáticas que allí nacen. Entonces mi Genio me dijo:—Mira á derecha é izquierda y contempla las figuras ónticas de este lugar.

Sus palabras, pronunciadas con un acento muy sig-

nificativo, fueron lo bastante para que yo fijára desde luego la atención en todos los objetos que me rodeaban. Vi al pié de una colina las figuras ónticas de dos hombres que socavaban la tierra, y ví la de otros dos en medio de algunos árboles frutales. Una de ellas tenía un aspecto severo y muy triste, y otra la miraba con respeto; ví á lo lejos la de un hombre asomado á una ventana de una casa, que no tenía más que una puerta muy estrecha, cerrada con un gran candado; ví en medio del campo la de otro, que abrazaba á unos cuantos orangutanes, y jugaba con ellos; le acompañaban las figuras ónticas de muchos jóvenes, que parecían sus amigos y admiradores; ví la de un anciano que se paraba muy á menudo, y que cogiendo de vez en cuando alguna flor, la contemplaba con alegre satisfacción y luego la enseñaba á un sinnúmero de figuras ónticas que le seguían; ví, por último, á una multitud de ellas, cubiertas de harapos, que entonaban himnos y canciones. Después de haber disfrutado largo rato de este espectáculo, dije á mi Genio: «Ahora que lo he observado todo, esplicame el sentido misterioso de estas figuras.»—Los dos que socavan la tierra son Quesnay y Mirabeau, célebres fisiócratas, que querían convertirla en oro como los antiguos alquimistas; decían que los manufactureros y los comerciantes tanto producen cuanto consumen, y que la agricultura únicamente deja utilidad. Los que están allí debajo de los árboles frutales son Smith y Say; el primero conserva un aspecto muy triste, porque no ha podido encontrar una medida exacta y fija para la apreciación de todos los

valores; el segundo riñó ayer con su hermano Luis, porque este no quiere admitir el libre cambio. El hombre, asomado á la ventana, es Melchor Gioja, gran pa-negirista del sistema continental, establecido por Napoleón I; muchas figuras ónticas han llamado á su puerta para hablarle, pero no han podido conseguirlo. Ha dicho terminantemente, que no abrirá á nadie, y que franqueará la puerta de su casa tan solo al doctor List cuando llegue la hora. El que abraza á los orangutanes es el naturalista Lamarck: este varon ilustre sostuvo con gran copia de erudición que el hombre ha nacido del mono, y para dar visos de mayor certeza á su teoría dijo, que un día unos orangutanes, tristes por sus asuntos particulares, prorumpieron en llanto, que otro día se echaron á reír y hablaron, y que por último se vieron trasformados en hombres. El anciano, que va cogiendo flores, es el célebre Decandoll, que muchas veces hizo la locura de quedarse sin comer para no interrumpir su trabajo. Los que le siguen son discípulos suyos y casi todos académicos, por haber hecho muchos descubrimientos inútiles para el bien de la humanidad. Los canallas, que entonan himnos y canciones, fueron todos poetas.—Pero, ¡Génio mio, qué manera de hablar es esa! Los economistas gente perdida, los poetas canallas, los médicos, los legistas, los teólogos y todos los demás hombres científicos, ¿qué serán?—Lo que tú quieras: nosotros, los Genios, que vemos las cosas de un punto más elevado que los hombres, nos reímos de vosotros, y damos á cada cual sus títulos correspondientes.—Vaya, conozco que estás de broma;

dime, entre esos, á quienes tú llamas canallas, ¿están Horacio y Virgilio?—No: sus figuras ónticas residen en Júpiter al lado de Augusto y de los demás monarcas.

Luego me dijo el Genio:—Vamos.—Estoy á tus órdenes, le contesté, y siempre dispuesto á obedecerte; pero no puedo viajar por los espacios aéreos si no me llevas sobre tus alas.—Vives en un error.—¿Es tal vez mi cuerpo más ligero que el éter sutil de la bóveda celeste?—Veo que ignoras las más bellas teorías de la filosofía moderna: escucha. Vosotros los hombre, sois un compuesto de espíritu y materia, y los sábios alemanes esto lo han explicado sencillamente con las palabras *subjetivo* y *objetivo*. Todo lo que se ve, se toca, se pisa, es objetivo; todo lo que se refiere á la inteligencia, pura es subjetivo. La teoría es esta, hay otras cosas sobre el particular, pero podemos pasarlas por alto, porque no vienen al caso. Ahora bien, desde el momento en que te has unido conmigo te has *subjetivado*. —¿Qué quieres decir con eso?—Que estás aquí sin cuerpo, y tan solo con tu inteligencia pura.—Pero, Genio amado, ¿cómo puedo admitir semejante disparate, si veo que tengo manos, piés, cabeza y todas las demás partes corpóreas?—Así te parece, y sin embargo, no es cierto; lo que tú juzgas tu cuerpo, no es más que *luz astral*.—No entiendo lo que dices.—No estás al corriente de los adelantos del siglo; Eliphaz Lévi, que ha hecho de la magia una ciencia, ha demostrado que todos los espíritus pueden tomar formas visibles en algunos casos excepcionales, revistiéndose, bien sea voluntaria ó involuntariamente, de un éter sutil muy dis-

tinto de la materia sub lunar, y llamado por Eliphaz Lévi *luz astral*: nombre peregrino, pero muy significativo, porque nos dá á entender que tiene su raiz en los astros.—¿Es posible?—Es muy cierto: con efecto, á pesar de que tú te juzgas todavía con tu cuerpo, el portero de tu casa, que lo ha visto inmóvil y sin respiracion en tu aposento, ha ido á avisar á los sepultureros y á la parroquia para enterrarlo.—¡¡Misericordia!!... volvamos pronto á mi casa, no quiero convertirme en figura óptica tan de prisa; volvamos.—No te asustes, hombre: en España no se entierra á nadie sin pagar adelantado; tú no tienes deudos ni allegados; tus amigos y el portero no cargan con los gastos del entierro, y antes de que intervenga la autoridad para que te lleven al campo santo, resucitarás.—Estos cálculos no me satisfacen, son muy hipotéticos; pueden despacharlo todo pronto y enterrarme antes de la resurreccion.—Si eso sucediese, no me faltarian cuerpos en donde meterte para que resucitáras en otra parte.—¿Cómo puede ser eso?—Hoy es muy fácil: ¿no ves tú cómo muchos duques que han muerto en Italia, han resucitado en Alemania?—La comparacion me pareció muy estraña, y á pesar de que sus palabras me dejaron medio aturdido, iba á contestarle; pero el Genio ne me dió tiempo ni siquiera de chistar, y asiéndome de la mano me sacó por fuerza y con mucha violencia del planeta Venus. El espectáculo imponente que presentó á mis ojos un espacio sin límites poblado de globos celestes, y el verme suspendido en regiones tan elevadas me asustaron en términos que prorumpí en copiosas

lágrimas; pero alargando uno de mis piés de *luz astral* encontré una resistencia no menos fuerte que la de una roca, entonces cobré valor, y dije: Marchemos.

III.

Recorrí con mi Genio, que me llevaba cariñosamente asido de la mano, más de mil leguas, y por último, entramos los dos en un gran planeta, que parecía una ciudad más poblada que París y Lóndres. En todas sus calles se veían hombres y mujeres vestidos de diversa manera, y algunos llevaban trages tan raros, que provocaban la risa; pero todos manifestaban en su rostro cierta agitación de tristeza y dolor, ó de alegría. Ví hombres ataviados tan magnífica y lujosamente, que parecían, cuando menos, duques y marqueses; ví otros cubiertos de andrajos y descalzos. Algunos recorrían las calles sentados en carrozas de armas y escudo con tiros de seis caballos; otros marchaban á pié, y nadie reparaba en ellos. Algunos hablaban con palabras mesuradas y gran sosiego; otros decían en voz muy alta: «Veremos, veremos.» En todas las calles que atravesamos habia largas mesas, y estaban sentados en su derredor hombres que escribían con asombrosa rapidez y fumaban al propio tiempo ricos habanos. Un espectáculo tan nuevo y variado me causó mucha sorpresa, y dije á mi Genio: «¿Qué ciudad es esta? ¿Qué figuras ónticas son las que la habitan?» El me contestó,

acompañando sus palabras de una sonrisa muy significativa:—«Estas son las figuras ónticas de los muchos que acaban de morir, y habitan provisionalmente en este planeta, que es el primer descanso de los recién llegados, para pasar luego á otros más convenientes y análogos al papel que desempeñaron sobre la tierra. »Todos estos trages, tan distintos y variados, son las modas que se suceden unas á otras sin interrupcion, y »habiendo trasformado hoy á las mujeres en toneles »con sus pomposos miriñaques, mañana las convertirán tal vez en momias, dando á sus vestidos la forma »de una mortaja muy ajustada á su cuerpo. Los que »recorren las calles en suntuosos carruajes fueron »hombres opulentos, pero sus riquezas les facilitaron el »camino que conduce á este planeta, porque los regalos de una vida voluptuosa enervaron sus fuerzas y »quebrantaron su salud. Los que dicen: «Veremos, veremos,» depositaron toda su confianza en los supuestos »beneficios del tiempo, creyendo que llegaría el dia en »que verían realizados los ensueños de los milenarios, »que aguardan una segunda venida del Mesías, y el »reinado de la justicia y de la paz sobre la tierra durante mil años; pero murieron dejando al mundo en »el mismo desórden en que le habian encontrado, y sucederá lo propio á todas las generaciones futuras. Los »andrajosos, de quienes nadie hace caso, fueron todos »literatos, que estudiaron griego y latin, esperando »hallar á quien les protegiera, pero acabaron en el »fondo de un hospital, recitando cada uno en su lengua estos versos:

Virtud, letras, ingenio, entendimiento
 Y buenas partes, pero con pobreza,
 Si no reciben de quien puede aliento,
 Haciéndoles favor con su largueza.
 Son un molino que llamis de viento,
 Puesto en lo alto de una fortaleza,
 Que cuando el aire calma, está parado
 Y su artificio desaprovechado (1).

»Los que escriben, fueron todos periodistas *juramentados*.»—Pero ¿á qué viene, Génio mio, en este lugar semejante palabra, que suele aplicarse en castellano á los que se eximen de alguna pena jurando?—Justamente: este es su verdadero sentido, y aquí viene como anillo al dedo, porque todos estos, antes de dedicarse al periodismo, juraron por la Laguna Estigia, á fin de evitar toda escomunion política, no decir ni escribir jamás lo que su bueno ó mal criterio les sugería.—Genio mio, te agradezco sobremanera el viaje que hemos hecho de uno á otro planeta, porque las figuras ónticas que he visto, me confirman en la idea de que en el mundo sublunar todo es farsa, y que el hombre, para vivir tranquilo necesita limitar sus deseos y escudarse con las armas de cierto estoicismo y santa tolerancia, que puedan preservarle de aquellas pasiones desenfrenadas, que exaltan la imaginacion, y del extraño pensamiento de alcanzar una dicha tan completa como irrealizable.—¡Muy bien! me complazco de haber contribuido á ponerte en buen camino, y para que tú per-

(1) Cobarrubias.

sistas siempre en la idea de que rayan en la locura todas las doctrinas fantásticas de algunos filósofos charlatanes y reformistas á su manera, que se jactan de haber llegado á conocer los principios de una ciencia trascendental, cuyas aplicaciones pueden proporcionar á todo el linaje humano una felicidad perfecta y muy duradera, para que tú persistas, digo, en esta idea, voy á referirte antes de separarnos un cuento oriental, muy superior en mérito á todas las especulaciones metafísicas de este siglo.

«Abimalek-Aben-Husseyñ era un rey de Ormuz, á quien Mahoma y la fortuna habian prodigado inmensos dones; sus vasallos eran príncipes opulentos y poderosos, y su trono estaba rodeado de cortesanos y millares de esclavos, que porfiaban entre sí para cautivarse del afecto de su señor, ejecutando todas sus órdenes y sirviéndole con esmero. Estaban poblados sus establos de camellos y dromedarios, y era muy diestro en cazar tigres y leones. Vivía en un suntuoso palacio hermoso rodeado de amenos jardines, que abundaban en árboles frutales, y las flores de este nuevo Eden embalsamaban con sus esencias olorosas la atmósfera. Muchas columnas, revestidas de un perpétuo verdor, recreaban la vista, y parecían el último término de un gran panorama que se perdía en lo vasto del horizonte. En estos jardines habia estanques poblados de peces, cuyas escamas relucientes reflejaban con brillo los rayos del astro alumbrador del día; y los pajarillos que le saludaban con sus arpadas lenguas al romper el alba, le despedían con sus cantos melodiosos cuando llegaba al

»ocaso. Una brisa suave y voluptuosa agitaba al caer de
 »la tarde las hojas de los árboles, que parecían decir
 »con ligero murmullo: «Abimalek, sé feliz; tus odaliscas
 »te adoran, tus vasallos te idolatran, y en el paraíso de
 »Mahoma te espera una eterna dicha.»

»Pero, á pesar de todo esto, el rey de Ormuz pasaba
 »su vida sumido en dolores y amarguras: una tristeza,
 »cuya causa todos ignoraban, postraba cada día más
 »sus fuerzas. Se mandaron venir médicos de Babilo-
 »nia, magos de Egipto, brujos y hechiceros; pero na-
 »die supó adivinar la causa del mal ni sugerir reme-
 »dios. Entonces se presentó en el palacio de Abimalek
 »un dervich cargado de años, cuya barba canosa, que
 »le cubría el pecho, su calva propia de la vejez, y el
 »báculo en que se apoyaba inspiraban respeto y venera-
 »cion: el dervich le dijo con voz trémula: «Señor, tu
 »enfermedad es una afeccion moral, y un castigo de
 »nuestro Profeta por las faltas de tu juventud; pero en
 »su misericordia te ha perdonado, y te revela por mi
 »boca, indigno musulman, que se disipará la perti-
 »nacia de tu mal, poniéndote la camisa del hombre
 »feliz. Ordena, pues, á cuatro de tus cortesanos, más
 »adictos á tu persona, que recorran toda el Asia, y
 »que traigan la camisa del hombre que vive sin pesa-
 »res en la paz y la inocencia.» El monarca abrazó
 »repetidas veces al dervich, y ordenó á cuatro princi-
 »pes de su vasto imperio, marchasen en busca de la
 »camisa milagrosa, llevando consigo cincuenta came-
 »llos cargados con aloe, mirra, tapices de Persia, te-
 »las de la India, oro y plata, para regalar todos estos

»objetos preciosos al hombre feliz que les proporcionara la camisa tan deseada.

»Los príncipes recorrieron ciudades y aldeas, preguntando á los que aparentaban más riqueza y alegría, si eran dichosos; pero la respuesta era siempre uniforme: «¡Ah! decía cada cual, estoy abrumado de tristeza; una suerte cruel me persigue, y la risa que se asoma en mis labios es engañosa.» Finalmente, los príncipes, frustrados en sus esperanzas, tomaron nuevamente el camino que conducía á Ormuz, afanosos y tristes, como un perro que ha perdido las huellas de un gamo ó de una liebre, en cuyos delicados miembros esperaba clavar el diente para recibir en cambio caricias y halagos del cazador su amo. Habían recorrido ya buen trecho de camino, cuando tropezaron con un hombre que labraba la tierra: su cara tostada del sol, el sudor que surcaba su frente y sus mejillas, los andrajos que le cubrían el cuerpo, manifestaban dolor y miseria. Los príncipes, con ánimo tal vez, de darle una limosna, le dijeron: «¡Hombre infortunado, tú vives en penosos trabajos y amarguras!» El campesino contestó con noble fiereza: «Eso no es cierto: el trabajo dá mas fuerza á mis miembros robustos, y un honrado sustento á mi familia: yo no deseo más de lo que tengo y me juzgo muy feliz.» Apenas había desprendido de sus labios estas últimas palabras, cuando los príncipes, llenos de alegría, le cogieron con violencia, y le rompieron la casaca para apoderarse prontamente de su camisa. Pero, ¡oh desventura! el hombre feliz no tenía camisa.» Esto me

dijo mi Genio, y puso término á su discurso con unos lindisimos versos, cuyo sentido era lo que ponemos á continuacion: «Volvieron á Ormuz con tristes auspicios
 »los mensajeros que habian ido en busca de una camisa,
 »y dijeron que los astros no habian secundado sus votos.
 »Los que poseen, pues, ricas camisas no son felices,
 »aunque el vulgo y sus aduladores les digan á cada instante, que llevan consigo fortuna y dicha.»

Este cuento oriental, que encierra un gran fondo de filosofia, y tiene en su apoyo la esperiencia de todos los siglos, despertó en mi mente una multitud de ideas no muy comunes y problemas científicos dificiles de resolver. Deseoso, pues, de manifestarlo todo á mi Genio, le dije: «No te separes de mí sin contestar primero á
 »lo que voy á preguntarte: Es cierto que han sido vanos los esfuerzos de los hombres para alcanzar un estado de completa felicidad; es cierto que la imperfeccion de su naturaleza opone un dique á todas las especulaciones científicas, que salen del estrecho círculo
 »del mundo en que habitan; pero es innegable al propio tiempo, Genio querido, que el hombre se eleva de vez en cuando con la fuerza de su espíritu á regiones
 »misteriosas que no son las suyas, y que en todos los siglos los mortales han creido descubrir una relacion
 »oculta entre la tierra y los astros, en donde yo no he visto más que figuras ónticas, y no seres que puedan
 »revelar lo futuro y proporcionar felicidad perenne á los que viven en el mundo sublunar. Aclárame, Genio
 »amado, si puedes y te es permitido, estos puntos envueltos en tinieblas muy espesas, que no alcanzo á

»disipar.» Me contestó en esta forma:— «Un sábio brah-
 »man dijo á sus discípulos: imaginaos un millon de
 »grandes vasos todos llenos de agua, sobre los cuales
 »el sol esparce los rayos de su luz. Este astro refulgen-
 »te, aunque único, se multiplica en cierto modo, y se
 »representa en un mismo instante todo entero en cada
 »vaso, reflejando en todos una imágen muy distinta.
 »Estos vasos llenos de agua son nuestros cuerpos, y el
 »sol es la figura del Ser Supremo; la imágen que re-
 »presenta cada uno de ellos, representa cabalmente
 »nuestra alma, creada á imágen del mismo Dios, su-
 »perior bajo todos conceptos á la materia y dotada
 »de una inteligencia, cuyos destellos esencialmente
 »divinos, descubren al hombre en ciertos casos, ó
 »cuando menos le hacen entrever, cosas que tienen un
 »gran fondo de verdad. A este gran pensamiento del
 »sábio brahman voy á añadir ahora la revelacion de lo
 »que sigue. La existencia del mundo y la del hombre
 »debes considerarlas unificadas entre sí, y tan insepa-
 »rables como el alma unida al cuerpo que todavía vive, y
 »quiero que sepas tambien que el globo sublunar es una
 »reproduccion de otros anteriores, que formaban parte
 »de todo el universo, el cual en un principio fué único.
 »Entonces no hubo toda esta multitud de cuerpos ce-
 »lestes, ni tanta diversidad de pueblos y razas; pero
 »habiendo variado el sistema del universo, por causas
 »que ignoramos, el cuerpo único se fraccionó en los
 »muchos que vagan por los espacios, y que, sin em-
 »bargo, se atraen por la homogeneidad de la materia
 »de que se componen. A sus habitantes no es dable po-

»nerse en comunicacion, y los hombres destinados á
 »vivir sobre la tierra, que formó parte del gran cuerpo
 »único, se encuentran aislados de los que viven en re-
 »giones más elevadas, y en planetas muy distintos de
 »los que hemos visitado, y que sirven tan solo de mo-
 »rada á las figuras ónticas que has visto. Pero lo que
 »sucede en el órden físico no se diferencia de lo que
 »acontece en el órden moral, y la atraccion de la ma-
 »teria no es más que un reflejo muy ostensible de la
 »que ejerce el pensamiento sobre los espíritus. Sentado
 »este principio, no te será difícil de comprender, que
 »una reminiscencia oscura ha hecho nacer en el ánimo
 »de los habitantes de la tierra el deseo de reconquistar
 »en el órden moral la unificacion y la fuerza de aquella
 »inteligencia primitiva, que lo abarcaba todo antes
 »de la culpa de nuestros primeros padres, y que con-
 »servando aun hoy los destellos de su esencia divina, co-
 »noce, aunque confusamente, el bien que ha perdido,
 »que era su felicidad suprema. Entonces los hombres
 »eran inmortales, y no ignoraban lo absoluto, esto es,
 »la perfeccion en sí misma y el modo de disfrutar-
 »la. A esta reminiscencia, pues, debes atribuir las
 »investigaciones astrológicas, que se proponen adi-
 »vinar lo futuro, contemplando los fenómenos celes-
 »tes y el movimiento de los astros; esta reminiscencia
 »dió origen á la filosofia de Pitágoras, el cual de-
 »cia que los hombres tienen afinidad y cognacion
 »con los seres superiores, y que adquieren una es-
 »pecie de correspondencia ó vínculo con los dio-
 »ses, mediante los astros, y otras cosas por el esti-

»lo, que pertenecen á la que se llama *Filosofía*
»*oculta.*»

Despues de este largo discurso, que me dejó sorprendido por la revelacion de cosas que no me habian pasado nunca por la imaginacion, mi Genio prorumpió en invectivas, primero contra la humanidad en general, y luego contra todas las profesiones, contra todos los oficios, contra todas las gerarquías sociales en particular:—«Escucha, me dijo. El mundo en que tú vives
»ha sido habitado siempre por gente perdida, como te
»lo han dado á conocer ya en gran parte las figuras ón-
»ticas que has visto recorriendo los planetas. Los aboga-
»dos desean y fomentan disensiones en las familias para
»entablar pleitos, y repartirse las fortunas de los par-
»ticulares; los médicos desean que se escapen todos los
»males de la caja de Pandora, y que se multipliquen
»las enfermedades, para llenarse los bolsillos de dinero;
»los mercaderes no se quedan satisfechos con una mo-
»derada ganancia, y procuran engañar á los compra-
»dores, vendiéndoles gato por liebre; los casados casi
»siempre desean enviudar; los solteros, y aun más los
»solterones, son muy mala gente; entre dos ó más her-
»manos se juzga muy afortunado el que puede usurpar
»una parte de la herencia paterna, y que vayan á pe-
»dir limosna sus otros hermanos, poco le importa; los
»amigos y compañeros procuran engañarse mutuamen-
»te. Pero en el mundo que tú habitas no hay gente
»más ruin que los literatos, y siento que tú perteneces
»á esa clase que fabrica libros para trastornar la cabe-
»za á los ciudadanos pacíficos.»—«Genio mio, ¡qué des-

»cripcion de calamidades y miserias es esta! ¿No hay
 »más en el mundo que engaños, perfidia, fraudes,
 »valevosías? ¿Todos los hombres son perversos y ruines?»
 «—Los buenos son muy pocos, el retrato que acabo de
 »bosquejar es real y verdadero, y podria probártelo
 »con una multitud de ejemplos, llevándote á otros pla-
 »netas; pero no puedo detenerme más, porque negocios
 »muy urgentes me obligan á trasladarme á otras re-
 »giones.»—Estas últimas palabras produjeron en mí una
 emocion violenta; se exaltó mi espíritu, y deseoso de
 continuar la conversacion, cogí del brazo con mucha
 fuerza á mi Genio para impedirle su marcha..... ¡Ay,
 desventura! en aquel mismo instante me pareció ver
 temblar todo el firmamento y desperté lleno de susto,
 creyendo que una mano de hierro me hacia rodar por
 el espacio entre truenos y relámpagos. Pero habia des-
 aparecido ya mi Genio, no temblaba el cielo ni la tier-
 ra; no habia figuras fantásticas; todo era silencio y ti-
 nieblas en mi aposento. Entonces conocí que era un
 sueño lo que creia haber visto y oido, y exclamé con el
 poeta Metastasio: «Los sueños de la noche son una
 »reproduccion y una viva imágen, con colores más ó
 »menos estraños, de lo que pensamos durante el dia.»

FANTASÍA.

GRANDES

Y PORTENTOSAS PROFECIAS.

ESCRITAS

EN LOS LIBROS MISTERIOSOS DEL DESTINO.

Estamos ya en el año de 1865: que sea feliz y dichoso para todo el humano linaje, y nosotros anhelosos de dar á nuestros suscritores faustos anuncios, vamos á comunicarles cosas estupendas.

Hemos consultado las profecias de Nostradamus, las del ilustre Juníparo: hemos evocado las sombras de Saint-Martin, de Swédenborg, de Sain-Germain, de

Cagliostro, de la baronesa Krudner, de Catalina Théot; hemos recibido cartas particulares de los magos y hechiceros nuestros contemporáneos, como Eliphaz Lévi, célebre autor del *Ritual de la Mágia*, y el anglo-americano Home, que habla cara á cara con los muertos; hemos consultado á Dupotet, hombre muy entendido en la materia, y al marqués de Merville, que conversa tan francamente con los espíritus, como nosotros con los que están todavía revestidos de carne y huesos: todos nos han dicho lo que sigue:

«El año de 1865 será memorable en los Anales del mundo; la homeopatía progresará asombrosamente, y mediante sus globulitos, más portentosos que el elixir de la vida de Paracelso, muchos adquirirán la inmortalidad; otros vivirán más que los patriarcas del Antiguo Testamento, y despues de muertos funcionarán en las mesas giratorias y en las paredes de las casas, divirtiéndose en dar golpes para contestar á las preguntas de los vivos. En fin, la *Espiritología*, y los magos modernos, que no carecen de cierta respectabilidad, pondrán en tan íntima relacion á los vivos con los muertos, que ni aquellos necesitarán morir, ni estos resucitar para ocuparse juntos del porvenir de la humanidad.» Pero hay más aun: Luis Figuier en su *Historia de lo maravilloso*, prueba terminantemente que los espíritus de uno y otro hemisferio se ponen en comunicacion con una rapidez, que se adelanta en mucho á los telégrafos eléctricos. No hay para ellos paises remotos, no hay largos viages que les impidan: el cielo sin límite, el océano profundo, el desierto sin término no les asustan,

y lo que les acomoda más es lo infinito (1). Los que se pongan en relacion con los espíritus disfrutarán de las mismas ventajas: pasarán de los Estados- Unidos á la Europa: visitarán á Francisco II en Roma, al emperador de Austria en el Veneto, á Víctor Manuel en Florencia, encontrarán tal vez por el camino á Garibaldi, y llegada la noche descansarán en sus casas respectivas.

En este año el libre cambio suprimirá todos los aranceles, no habrá más aduanas, ni contribuciones, y la economía, hermanada con la política, permitirá á cada cual hacer lo que le dé la gana.

La filosofía alemana está en visperas de encontrar lo absoluto, y la esencia y suma perfeccion de las cosas, apoyándose en el binario de la humana inteligencia. Esta es subjetiva y objetiva: interior la primera, exterior la segunda: la sociedad se compone de familias, y estas son la base del binario, porque los que se casan son dos y no tres. Pero los esposos tienen su inteligencia interior y exterior, á saber, subjetiva y objetiva. Es cierto, pues, que binarias son las inteligencias, binarias las familias y binarias todas las cosas, porque cada objeto, animado ó inanimado, es masculino ó fe-

(1) De but lointain, de long voyage à faire,
 Il n'en est pas;
 Nous franchissons l'un et l'autre hémisphère
 En quatre pas;
 Ciel sans limite, océan sans falaise.
 Desert uni,
 Le seul espace où nous soyons à l'aise,
 C'est l'infini—FIGUIER.

menino, y á los neutros se les puede considerar como nombres colectivos, cuyo binario es todo subjetivo. Pero las inteligencias pueden ser directas ó bilaterales como los individuos; el hijo desciende directamente de su padre, y tambien cada uno de sus hermanos; pero los primos descienden de otro padre, y aunque subjetivamente considerados, pertenecen en todas sus manifestaciones á una inteligencia directa, pertenecen objetivamente á una inteligencia bilateral. Lo absoluto depende de la combinacion subjetiva y objetiva de estas dos inteligencias, base del binario: y habiendo llegado ya los filósofos alemanes á esplicarlo todo con tanta claridad, no cabe duda que están en vísperas de encontrar lo absoluto.

Este gran descubrimiento traerá consigo otros muchos, como el del movimiento perpétuo, de la cuadratura del círculo, del perfeccionamiento del magnetismo animal, del sonambulismo y de la segunda vision, porque todos dependen de la combinacion del binario, que abraza las dos inteligencias, subjetiva y objetiva. En el magnetismo figuran dos, el magnetizador y el magnetizado; en el sonambulismo figuran dos, el sonámbulo y el objeto á que se dirige la segunda vision, que ha adquirido; en el movimiento perpétuo figuran dos, el objeto que se mueve, y el espacio en que se mueve; en la cuadratura del círculo hay dos figuras geométricas. Pero la segunda vision, que se apoya en la inteligencia subjetiva, abraza lo presente y los futuros necesarios y contingentes; en estos últimos están los números que salen á la lotería y un buen sonámbu-

lo puede adivinarlos. En el binario, pues, estriba toda la máquina del universo, y este solo principio, bien conocido y desarrollado, puede regenerar la humanidad, y revelarnos secretos maravillosos. En Francia se ha intentado magnetizar á los brutos, y estos ensayos no han sido del todo inútiles, porque se ha observado que el fluido magnético, poniendo en juego el binario de las dos inteligencias, subjetiva y objetiva, las agita y tiende á mejorar su condicion. Andando el tiempo los brutos manegtizados adquirirán, tal vez, el uso de los sonidos articulados, y la segunda vision; se colocarán á un mismo nivel que los hombres; nos darán á conocer que Apolonio de Tiana no era un impostor ni un charlatan, cuando afirmaba que entendia perfectamente el lenguaje de las aves; y así como hoy se dice á muchos en tono despreciativo:—Vete, eres un bruto, llegará tiempo en que se diga á los brutos magnetizados en Francia:—Vete, eres un hombre.

En este año venturoso, y precursor de otros más felices, se publicarán muchas novelas, y la amena literatura desplegará un gran vuelo. Cada novela tendrá de cuatro á cinco mil guiones para dar viveza y claridad al diálogo, y no cansar la atencion de los lectores; tenemos entendido que una de ellas comenzará en esta forma:

- Lelio, son ya las cinco de la tarde.
- El relój de mi casa no daba bien las horas.
- Disculpas ordinarias.
- ¿Crees, Clelia, que hablo siempre con el firme propósito de engañarte?

—Hasta ahora no me has dado muchos testimonios de afecto.

—Porque no los has merecido.

—¡Eres muy caballero!

—Vaya, si lo soy.

—Anoche no te he visto en el teatro.

—Estuve muy ocupado.

—Te lo impedirían los que concurren á la tertulia de la condesa Villa de Oro.

—Hubo un espléndido sarao.

Clelia le mira con fiereza y desprecio, y le dice: Siento haber depositado todo mi afecto en el pecho de un pérfido; siento tener tu retrato, y el anillo que me regalaste como prenda de amor y eterna fidelidad; pero te lo devolveré. Soy muy desventurada; tengo, sin embargo, el consuelo de no haber faltado nunca á mis deberes y al decoro conveniente á mi sexo.

La madre de Clelia sorprende á los dos amantes, y dice á Lelio: caballero, me causa mucha maravilla encontrarle á solas con mi hija.

—Acabo de entrar.

—¿No sabe Vd. mi aposento?

—He faltado sin premeditacion ni malicia.

—Creia que mi casa mereciera más respeto, y más consideraciones mi persona.

—Mi atrevimiento ha sido muy inocente.

—Yo conozco los buenos sentimientos que Vd. abriga en su corazon y la virtud de mi hija, pero...

—He faltado sin malicia, etc. etc.

Todo este trozo es magnífico, y una feliz imitacion

de las mejores novelas modernas: no se parece en nada á los capítulos largos y pesados del Quijote y del Gil Blas, novelas muy rancias y fuera de moda: es rápido, ligero, vivo, animado: no hay combinaciones ni enredos: no puede cansar á los lectores ni á los que intenten escribir otros diálogos por el estilo: corre ligero como el vapor, y es aplicable á todas las novelas del mundo.

La física, la química y la historia natural progresarán sobremanera en este año, y todos los trabajos, que se han hecho en Francia, desde principios de este siglo hasta hoy, para probar que la alquimia no es un sueño, ni la generacion espontánea un delirio, se realizarán. Ambas cosas serán muy útiles para los Estados y los pueblos, porque el que carezca de dinero para sus gastos ó de bueyes para la labranza ó de yeguas para su coche, sin tomarse la molestia de buscar el primero, ni someterse á grave dispendio para adquirir los segundos, comprará los ingredientes necesarios, y hará en su casa dinero, bueyes y yeguas.

En este año la poesía dramática adquirirá mucho lustre é importancia, tanto por la índole de los argumentos, que serán históricos y contemporáneos, como por la nobleza de los actores, que tendrán algo de heroico y soberano. Se representarán muchas comedias en el Norte de Italia, farsas graciosísimas en Nápoles y Sicilia, escelentes tragedias en Viena, zarzuelas y sainetes en España. Habrá escenas teatrales, que harán desternillar de risa á los espectadores, y todas serán conformes al genio y carácter del público y de los ac-

tores, á sus condiciones, circunstancias, contingencias, eventualidades, gustos y aventuras.

El sufragio universal pasará de los reinos á las familias, y al que no le acomode estar en la suya, que se anexe á otra: en tiempos no muy remotos el sufragio era para las ánimas, hoy es para los pueblos.

La elocuencia adquirirá más brillo y un carácter todo propio, porque prosistas y poetas podrán ejercitarse soberanamente en recitar cantos y oraciones fúnebres, no solo en elogio de los muertos, sino tambien en conmemoracion de otros muchos, que parecen todavía vivos.

En este año ocuparán un puesto muy preferente los periódicos políticos; estos ilustrarán al pueblo, y los destellos de su elevada inteligencia penetrarán en los palacios de los grandes, en las casas de la clase media, en las tiendas de comestibles, en las chozas de los aldeanos, y por último, en los gabinetes reservados. En unos figurará el héroe Garibaldi; en otros, Garibaldi el bandolero; en unos, el rey excomulgado; en otros, Victor Manuel, salvador de Italia. Unos dirán que está muy próxima la reaccion monárquica; otros afirmarán que la democracia está en vísperas de alcanzar su último triunfo. En unos Basilea se convertirá en Bâle; en otros figurará San Francisco de Sales, como obispo de Génova. Unos suspirarán por el *statu quo*; otros reclamarán un progreso *sui generis*; unos abogarán en favor de los frailes, y exigirán el restablecimiento de los conventos; otros dirán que es menester quitar al clero todos sus privilegios. Unos adorarán á Mazzini; otros ido-

ladrarán á Montalambert; unos dirán que Napoleon III es el primer político de Europa; otros sostendrán que su política es raquítica y ruin.

El choque de todas estas doctrinas, acompañadas de fervorosas polémicas y muchas personalidades, pondrá en fermentacion los espíritus, y en el decurso de este año los periódicos echarán las bases de un nuevo derecho público é internacional europeo, que llevará *precipitadamente* á todos los pueblos por el camino del *progreso*.

¡Salve, año espléndido, magestuoso y grande! ¡Salve, año de felices esperanzas! Tú fijarás una nueva era en los Anales del mundo; te glorificarán todas las generaciones; todas conservarán eterna tu memoria, y los venideros creerán que has sido un año más bien mitológico que histórico.

de la política de Montebello; pero dice que Napoleón III
 es el primer político de Europa; otros sostienen que
 la política es república y civil. Véase el capítulo III.
 El objeto de todas estas doctrinas, según se ve en
 favorables polémicas y muchas personalidades, todas
 se fundamentan en las capitales, y en el decoro de este
 año los periódicos españoles las hacen de un nuevo dete-
 rminado á integrar el mundo, que hasta que
 el mundo se había por el camino de
 progreso, como se ve en el capítulo III.
 Este año espléndido, magnífico y grandioso,
 esto de todos esperanzas! Lo fijas una nueva era en
 las Américas del mundo; te gloriarán todas las genera-
 ciones; todas consuevan como la memoria, y las co-
 nforme creará que has sido un año más bien milio-
 nes que historias.

LA PEREÑA

ELOGIOS
SATÍRICO-BURLESCOS.

ELOGIOS
SATIRICO-BURLESCOS.

ELOGIO.

LA PEREZA

CONSIDERADA EN TODAS SUS RELACIONES CON EL
BIENESTAR DE LA SOCIEDAD.

Todos los escritores esponen con fementida modestia sus argumentos; y dirigiendo al público protestas, aparentemente humildes, anuncian con aire de misterio y novedad, cosas ya conocidas. El velo de hipocresía con que se encubren esos hombres puede ser comparado al manto de Diógenes, cuyos agujeros, como decia Platon, dejaban entrever por doquiera un grande orgullo. Yo, que tengo sobre todo en mucho aprecio la sinceridad, no vacilo en manifestar á los lectores que vivo en la íntima persuasion de que hoy la Providencia me destina á señalar á los habitantes de uno y otro

hemisferio la verdadera senda, que pueda conducirles á la felicidad suprema, demostrando que la primera de todas las virtudes es la *Pereza*, digna de merecidos elogios por los beneficios que prodiga á la humanidad, inspirando paz, descanso, reposo, y que todas las desgracias, que han abrumado, ó abruma á los infortunados mortales, son la consecuencia funesta de las palabras terribles: *actividad é industria*, aplicadas á la agricultura, á las artes, al comercio; y de las palabras: *progreso y perfeccion*, tan repetidas en los círculos políticos.

¡Cuánto se ha abusado de la tolerancia y de la credulidad de los hombres! El cantor de la ira de Aquiles, el ciego Homero, describió con pomposos elogios la guerra de las ranas; Virgilio convirtió en héroe al tábano; otros escribieron la perrología ó luchas encarnizadas de los perros; Villaviciosa empleó largos desvelos en describir el furor bélico de las moscas; otros celebraron á los gorriones; Lope de Vega escribió la gatomaquia; otros hicieron el elogio del asno; un hombre intolerante y mozalvete iracundo, viendo que una noche se introdujo con franqueza en el aposento de su novia un murciélago pacífico é inocente, le apostrofó llamándole alevoso y atrevido; el doctor Akerlio escribió el elogio de las pelucas, diciéndonos en tono tan magistral como ridículo que las emperatrices romanas, y principalmente Mesalina, se echaban polvos de oro en sus perfumadas cabelleras; el ilustre Erasmo, esa lumbrera de la época del renacimiento, tuvo la desfachatez de escribir el elogio de la locura; un inglés, el de los hom-

bres gordos; un autorcillo, que se habia cansado de estar sano, escribió el elogio de la fiebre; y Plutarco en sus vidas paralelas prodigó encomios á todos los pícaros de Grecia y Roma.

Este cúmulo de elogios y papeluchos indecentes ¿no es un insulto al buen sentido? ¿Qué utilidad puede sacarse de ellos? En materia de elogios tan solo uno conozco digno del autor que lo escribió, y muy útil para la sociedad; es el elogio de los *gabinetes reservados*, produccion memorable del inmortal Swift, que despues de haber propuesto sobre el particular al parlamento inglés reformas muy acertadas, y que tienen algo de filosófico, exige que un bill sancione, autorice y ordene, que los tabiques de todos los *gabinetes reservados* de Lóndres para el servicio público estén construidos con tan poca elevacion, que los concurrentes, puestos cómodamente en sus sillas, puedan hablarse cara á cara, y tambien discutir los asuntos políticos de mayor trascendencia para la Gran Bretaña, como serian hoy sus relaciones diplomáticas y su comercio con China ó la guerra de los Estados-Unidos de América.

Pero, habiéndome propuesto escribir el elogio de la *Pereza*, á fin de aniquilar la preocupacion dominante de que es muy dañosa á la humana felicidad, permítaseme que comience con una introduccion filosófica, digna de los sábios á quienes me dirijo, y honrosa para mí, autor de tamaño descubrimiento.

El hombre con la fuerza de su inteligencia reconcentra en sí mismo todo el mundo físico y moral, y se constituye punto de partida en todas las invenciones

más asombrosas y en la esposicion de verdades nuevas, que se han quedado ocultas á las generaciones pasadas; pero coopera en esto casi siempre cierta combinacion fortuita de circunstancias, que exaltan nuestras facultades intelectuales en términos de que llegamos á penetrar algunos secretos de la naturaleza, ó á descubrir los medios muy eficaces de realizar ideas abstractas, amoldándolas á las necesidades y al bienestar del hombre. Una manzana que se desprende de las ramas de un árbol y cae á los pies de Newton, le hace concebir la primera idea de la gravitacion universal del sistema del mundo. El movimiento siempre uniforme en la oscilacion de los cuerpos, observado casualmente por Galileo, le sugiere la primera idea de la péndola para medir con exactitud el tiempo, y así se descubre una de las grandes leyes físicas. Arquímedes, meditando en el baño, encuentra la solucion de un nuevo problema, y llega á conocer la cantidad de cobre que un platero había mezclado en la corona de oro presentada al rey Hieron: y hoy, aunque son muy cortos mis alcances, tengo la gloria de poder ocupar un puesto muy preferente entre estos tres ilustres varones, y otros muchos, por haber hecho el gran descubrimiento de que la *Pereza* no es un vicio, ni un pecado capital, como dijo con demasiada vulgaridad Eugenio Sue, sino la suprema de las virtudes: este descubrimiento lo debo á una vision que se me apareció estando entregado al sueño.

En las noches de invierno descansamos regaladamente cuando ricas y pesadas colchas restauran nues-

tros miembros ateridos del frío, que durante el día nos ha atormentado. Entonces nuestros espíritus animales cobran cierto vigor que dá alas á la fantasía, creadora de los sueños.

En una de esas noches me pareció verme trasladado á uno de los amenos jardines del Oriente, que inspiran, como dicen los viajeros, una voluptuosidad encantadora. El leve susurro de los céfiros, que revoloteaban en las ramas verdes de los árboles, acompañaba con armonía suave y flebil el canto de los pajarillos, que con sus arpadas lenguas saludaban al astro alumbrador del mundo, que parecia levantarse de las olas argentadas del mar, engalanando con sus rayos de oro el horizonte. Arroyuelos plácidos y cristalinos cruzaban con sus aguas limpias y transparentes el suelo alfombrado de flores, cuyos efluvios olorosos embalsamaban los aires; y ese nuevo Eden parecia la mansion de aquellos dioses campestres, que nos pintan con gran viveza de colores los antiguos vates de Grecia y Roma. En un rincon de ese jardin ví recostada sobre un asiento de blanco mármol, entre rosales y jazmines, á una mujer de formas muy esbeltas. Su rubia cabellera ondeaba ligeramente sobre sus hombros, agitada por el viento, y su actitud lánguida y suave tenia algo de divino. Sus ojos soñolientos y su respiracion plácida daban á entender que estaba próxima á entregarse á un reposo inocente y puro. Apoyaba sobre su seno la cabeza un hermoso niño, y ella le acariciaba de vez en cuando con sus manos delicadas. Este espectáculo, no menos nuevo que halagüeño, atrajo mi atencion, y me

arrobó en un éxtasis celestial. En tanto aquella mujer, abriendo casi con pena los ojos, me dirigió una mirada seductora y me hizo seña con la mano para que me acercára. La juzgué una divinidad, y obedeciendo á su mandato, fui á postrarme á sus piés para manifestarla mi profundo respeto. Pero ella me dijo: «Levántate y »contesta á lo que te pregunte: ¿quién te ha conducido »á este delicioso jardin del alcázar que yo habito?» Respondí lleno de confusion: «Diosa ó mortal, quien »quiera que tú seas, no puedo satisfacer tu curiosidad, »porque lo ignoro, y te suplico me digas á tu vez en »dónde estoy, y quién eres tú.» Una ligera sonrisa desfloró sus labios de coral, y me dijo: «Este paraje invisible y oculto á todos los mortales, ocupa una parte »de la vega deliciosa de Córdoba, que fué metrópoli de »toda la España, cuando los árabes erigieron en esta »Península un nuevo califato, la memoria de cuya grandeza y lustre se conserva todavia en las páginas de »las crónicas antiguas. Soy una de aquellas huris, que »figuran en el Coran de Mahoma como otras tantas divinidades del paraíso: soy inmortal, siempre jóven, y »mi profeta, que me ha designado el régio alcázar en »que habito, y este jardin, me quiere más que á las »otras huris, porque soy la diosa Pereza: este niño, »prenda querida de mi corazon, es el Ocio.» Sus palabras lánguidas inspiraban amor á la paz y al reposo; pero la dije que todos los sábios califican á la pereza de pecado, y como uno de los vicios capitales, que ponen obstáculos al progreso y á la perfeccion del hombre. «¡Progreso! ¡Perfeccion!» me contestó con acento muy

significativo: «Estas palabras, que han agitado los es-
 »piritus desde tiempos inmemoriales, han sumido á la
 »humanidad en un piélagos de desventuras. Mis queri-
 »dos musulmanes perdieron la España por haberse de-
 »dicado á las artes industriales, á la literatura, á la
 »filosofía, y últimamente á los furores de la guerra. Si
 »se hubiesen contentado con pasar la vida en sus
 »hogares domésticos, fumando con sus largas pipas,
 »serían todavía dueños de la España. Pero dime ¿eres
 »tú español? tu acento me parece que tiene algo de
 »extranjero. Hurí divina, la contesté, he nacido en
 »otra tierra, soy italiano.—¡Ah, italiano! ¿Y practicas
 »aquél refrán de tu país: *il dolce far niente*?—No:
 »obligado á elucubraciones muy serias, me levanto al
 »romper el alba.—¡¡Alá, Alá!!... ¡al romper el alba!
 »¿y tomas á esas horas el chocolate?—No tengo esa cos-
 »tumbre.—Veo que no has nacido para aclimatarte en
 »España. Yo soy enemiga del trabajo y prefiero la paz
 »y el reposo á todos los placeres del mundo, persuadi-
 »da de que en esto únicamente reside la verdadera fe-
 »licidad, y creo que el mundo, agitado por todos esos
 »charlatanes, que gritan *progreso*, no necesita más
 »que la obra de un varón ilustre que ponga en eviden-
 »cia los graves perjuicios que ha acarreado al cuerpo
 »humanitario esa fuerza de actividad, en cuyo abono
 »se han publicado con avilantez millares de volúme-
 »nes. El sábio, que lleve á cabo una tarea tan útil, me-
 »recerá ser divinizado; y tú, que te precias de labo-
 »rioso, escribe sobre este argumento, y alaba á mi di-
 »vinidad y al reposo, mi único atributo. Si cumples

»mis deseos, los venideros bendecirán tu memoria, y »serás para mí el predilecto de los mortales.» Quería decir más la hurf, pero el estrépito de una copiosa lluvia me despertó, y desapareció con el sueño toda la vision. Sin embargo, las últimas palabras de aquella mujer divina me quedaron estampadas en la mente, y conociendo que su consejo podia ser beneficioso para mis semejantes, escribí las páginas que presento á mis lectores.

Si no queremos vagar por los espacios aéreos, entregándonos á hipótesis ridículas é infundadas, debemos atenernos á la Sagrada Escritura, que nos señala el principio de todas las cosas y del hombre. Salido este ser noble de las manos del Todopoderoso, inocente y sin culpa, estuvo destinado á vivir en la paz pastoril: la tierra le ofrecia espontáneamente sus esquisitas frutas; los rios el agua más limpia y cristalina, y su fiel compañera engalanaba su existencia; los brutos, que hoy nos infunden espanto, eran todos mansos, y corrian á lamer los piés de Adan como plácidas ovejas. Su pecado le hundió en un abismo de calamidades, y desde entonces fué condenado á procurarse el alimento con el sudor de su frente, y á morir para convertirse en aquel polvo, de cuyo seno la Divinidad le habia sacado. El trabajo, pues, no es propio de nuestra naturaleza, sino una consecuencia de su depravacion; y si es cierto, como dijo el inmortal Schlegel en su *Filosofía de la historia*, que el hombre debe esforzarse en reconquistar su inocencia primitiva, practicando todas las virtudes, no cabe duda que debe aborrecer el trabajo y

abandonarse á la vida contemplativa, que nos separa de las pasiones tumultuosas y de los negocios públicos y privados, que allanan la senda al fraude, al engaño, á la ambicion, á la sed de oro, á la astucia, al disimulo, á las guerras y á toda clase de intrigas repugnantes y alevosas. Esta verdad, más clara que la luz que alumbra el firmamento, hizo que varones santísimos abrazasen la vida solitaria en los desiertos de la antigua Tebaida, en donde vivieron largos años deplorando las miserias que acarrea á los hombres su actividad. De aquí trajeron origen los cenobios, asilo de inocencia y costumbres puras; y los habitantes del Asia, cuna de nuestra raza, aunque cayeron para su desdicha, andando el tiempo, en todos los errores de la idolatría más grosera, han conservado hasta hoy las tradiciones patriarcales de una vida toda contemplativa y agena del trabajo. En la India los más virtuosos entre los brahmanes viven en las pagodas, templos dedicados al Ser Supremo, simbolizado en la persona de Brahma, ó viven en la soledad de los campos, recreándose con el espectáculo majestuoso que se les despliega á la vista. Las tradiciones, aunque desfiguradas, de la vida inocente de nuestros progenitores, que pasaban los días y los años en el seno de la paz y del reposo ¿no han llegado hasta nosotros con el nombre seductor de siglo de oro?

El hombre, que vive en estos tiempos corrompidos, se despierta lleno de agitacion por los muchos cuidados que afligen su espíritu; piensa en el cúmulo de sus negocios, y medita de qué modo puede mejorar su fortuna con ánimo de satisfacer las necesidades ficticias

que se ha creado: necesidades todas que le separan de la vida sencilla é inocente con que nos brinda la naturaleza, arrojándole á otra turbulenta, que lisonjea sus apetitos desenfrenados, y le lleva á desear banquetes suntuosos, magníficos muebles, coches y caballos. Pero cuesta mucho á ese hombre la adquisicion de placeres tan fútiles, y se vé obligado á soportar, para lograrlos, trabajos improbables que acibáran su existencia y la abrevian. El perezoso se contenta con pasar gran parte del día recostado en su lecho ó en un asiento cómodo y blando; desprecia el lujo y los festines; un ropaje muy sencillo, que pueda defenderle de las intempéries atmosféricas le satisface; no malgasta su tiempo en el tocador; el reposo le prolonga la vida; su retiro le exime de todos los compromisos; no le acosan cuidados molestos; y si vive en el campo, puede esclamar, echando una mirada plácida y serena á todos los objetos que le rodean: «Soy el predilecto de la naturaleza.»

Pero esa gran multitud de necios, que recorren las calles de nuestras capitales, y pretenden darse importancia, blasonando de sábios y repitiendo sofismas ridículos y vanos, dirán tal vez que este elogio de la pereza no es más que una reproducción, bajo otra forma, de lo que escribieron con elocuente pluma contra las artes y las ciencias Lilio Giraldi, Cornelio Agripa y J. J. Rousseau, constituyéndose en adalides de la ignorancia. Dirán, para indisponer á los lectores contra la verdad, que no debemos olvidar que esos tres autores murieron sumidos en el dolor y en la amargura, como castigo

merecido por el abuso que habian hecho de la sutileza de su ingenio y de su erudicion. Yo, aunque no ignoro que Giraldi acabó su carrera mortal abrumado de miserias, que Agripa murió en un caramanchon sin tener ninguno de los recursos que exigía su estado lastimoso, y que Rousseau, segun afirman algunos de sus contemporáneos, se suicidó, digo con noble atrevimiento, que no temo la persecucion de los hombres, cuando emprendo á defender una buena causa; que prefiero más bien esclamar con esos tres campeones esclarecidos contra la injusticia de mis semejantes, que adornarme las sienes con las coronas de laureles que ambicionan los espíritus inquietos; que no aspiro á adquirir fama ni renombre, prodigando elogios al progreso y á la actividad, que dan alas á todos los vicios, y que fomentan rivalidades ruinosas; que no es mi intencion proclamar héroes á los destructores de la humanidad, á esos hombres que llaman conquistas sus robos y usurpaciones; y digo por último, que mi elogio de la pereza se diferencia mucho de las obras de Giraldi, Agripa y Rousseau, porque no demostraron en sus escritos los daños que ocasiona el trabajo, ni lo desaprobaron terminantemente, considerándolo perjudicial y opuesto á nuestra naturaleza. Si en vez de sus diatribas contra las artes y las ciencias, se hubiesen atendido á poner de manifiesto las ventajas de la vida perezosa, habrian logrado lo que anhelaban para el bien de la humanidad, y no habrian irritado el ánimo de los que sostienen con pertinacia que la verdadera grandeza del hombre consiste en ensanchar el círculo de sus conocimientos. La

pereza tiene un aliciente muy poderoso, y no es posible sofocarlo cuando se llegan á comprender sus inmensos beneficios. Es cierto, pues, que Giraldi, Agripa y Rousseau se vieron convertidos en juguete de la injusticia y del escarnio, y vieron frustrados todos sus deseos, porque atacaron de frente las artes y las ciencias antes de destruir la preocupacion perniciosa de que debemos todos hacer alarde de actividad é industria. Si en sus doctas elucubraciones se hubiesen dirigido por este camino, habrian visto coronados sus esfuerzos, porque en donde reina la pereza no se piensa en vanas especulaciones científicas, literarias y artísticas.

El hombre, dice el docto Virey, no tiene garras como las aves de rapiña, no tiene largos dientes como el tigre, el leon y la hiena, brutos carnívoros y feroces, no tiene astas agudas como el toro, y la naturaleza quiere que se presente siempre entre las tribus de todas las demás criaturas, como un pacificador. Debemos, pues, convenir, ateniéndonos al raciocinio de este célebre sábio, que el hombre ha nacido para ser perezoso, y que toda clase de trabajo es contraria á lo que exigen las leyes humanas y divinas.

Los espíritus turbulentos, que abogan con ahinco en abono de la actividad y del progreso, dirán que mis últimas palabras contradicen la Sagrada Escritura, porque Dios dijo al hombre caído en la culpa: «La tierra no producirá sin el sudor de tu frente.» Esto es innegable, pero todo arrepentimiento aminora el efecto del pecado; y la tierra, que se manifiesta esté-

ril é ingrata con el hombre que vive en esas grandes ciudades, entregadas á la molicie, y que sigue el impulso de sus pasiones violentas, prodiga todavía dones cuantiosos, con generosidad maternal, á los pueblos sencillos que habitan parajes separados de las naciones corrompidas. Hé aquí por qué Lamennais, que á pesar de sus graves errores, no dejó de columbrar verdades fundamentales, dice en una de sus obras: «Si viviésemos en el reino de la justicia, y nos esforzásemos en recobrar la inocencia primitiva, disfrutaríamos todos de los bienes y tesoros de la naturaleza, y así como la miel de una colmena es propiedad de todas las abejas, y ningun pajarillo perece en su nido, la tierra prodigaria á todos los hombres sus frutos saludables.» ¡Gran pensamiento! El autor de este pasaje considera á todas las criaturas vivientes bajo un mismo punto de vista, y pone con refinado juicio al hombre al lado de la abeja y del pájaro.

Pero ¿no es inconcebible el supuesto de que pueda existir una sociedad, cuyos miembros, abandonados á la pereza, no tengan leyes obligatorias, ni magistrados, ni artes, ni oficios? ¿Cómo puede existir una sociedad cualquiera sin leyes que opongán un dique á la perpetracion de los crímenes? ¿Cómo puede existir sin jueces que fallen en las contiendas entre uno y otro individuo? ¿A qué remedios podrá apelar un padre contra sus hijos díscolos? Esa sociedad imaginaria ¿no acabaría por convertirse en un estado anárquico?—¡Sofismas miserables, que revelan la ignorancia profunda de los panegiristas del trabajo! Si triunfa la pereza ¿en

dónde habrá crímenes, pleitos é hijos díscolos? Todos estos males ¿no son la consecuencia funesta de la exaltacion y desarreglo de nuestras pasiones, de nuestra codicia y de nuestro anhelo en buscar objetos nuevos, que puedan satisfacer las necesidades ficticias que nos hemos creado? ¡Ah, el verdadero estado del hombre no es este, sino la paz, la tranquilidad, el reposo! El que quiera sostener lo contrario, caerá en el error antisocial de Hobbes, que basa todo su sistema político y filosófico en la idea absurda de que el hombre nace naturalmente malvado y batallador. Los publicistas modernos han reducido á polvo su teoría, y han probado que todos nos inclinamos á ser benignos y piadosos con nuestros semejantes, que todos nos inclinamos á la paz y no á la guerra, y que si queremos secundar los instintos de la naturaleza, nos veremos forzados á vivir en una santa concordia. Diremos finalmente, que es un aserto exagerado é inexacto suponer que la vida perezosa destierra todas las artes y los oficios; la pereza no es más que la realizacion de aquel descanso, que aborrece todo trabajo que nos causa alguna molestia. Pero los seres vivientes no pueden permanecer siempre inmóviles, como los objetos inanimados; no cabe duda pues, que tambien los perezosos encontrarán cierto regocijo en proveerse de las cosas necesarias, que puedan proporcionarles una existencia más agradable. Este raciocinio, que se apoya en bases firmes, nos dá á conocer que la pereza, beneficiosa para el hombre, desterrará únicamente las artes y los oficios que son un producto de la deprava-

cion. En fin, el reino de la pereza será el de la virtud.

Esas grandes ciudades, á las que se prodigan los títulos pomposos y magníficos de focos y emporios de civilización y cultura, de industria y trabajo, de actividad y progreso, no son más que reuniones de hombres que ponen en desasosiego todos los espíritus con sus especulaciones fantásticas y vaporosas, que no tienen aplicación ninguna á nuestro bienestar. ¿Qué haremos de esa filosofía alemana, muy propia, como dijo Jorge Sand, para producir vahidos con sus teorías abstractas é inconcebibles? Según esa filosofía hay cuatro *yo* reunidos en un mismo individuo; el *yo* absoluto, el relativo, el objetivo y el subjetivo. No puedo negar que esta teoría tiene á primera vista algo de consolador, porque un hombre, que se ve fraccionado en cuatro sin salir de su gabinete, sin menearse de su asiento, y sin que ninguno se haya atrevido á cortarle ó dislocarle los miembros, cree que puede conversar cómodamente con otros tres. Pero después de haberse mirado de arriba abajo, buscando á todos estos *yo*, que no encuentra, ¿no tiene sobrada razón para exclamar, maldita sea la filosofía alemana?—No veo más que un *yo* en mi individuo, y dos cuando hablo con otro. ¡Oh, santa pereza, cuán necios son los hombres que se separan de tu seno para vagar en los aires! Uno de los filósofos más célebres de la docta Alemania, llamado Fichte, después de haber explicado á su manera la formación de las ideas exclamó: «¡Mañana crearemos á Dios!» ¡Oh tarea sublime! Pero considerando que crear á Dios no es muy

fácil, y que debería costar mucho trabajo al loco que pretendiera hacerlo, ¿no es preferible por todos estilos adorar en la paz y en el reposo al Ser Supremo, que fué desde la eternidad, en vez de crear otro con Fichte? ¿Qué diré del *criticismo* de Kant, que sometiéndolo todo á un exámen detenido y sofisticado, considera á la idea como una creacion separada de lo existente, y acaba por sostener que la metafísica y la moral no pueden fundarse en un mismo principio? Si es esto cierto, ¿qué provecho sacaremos de una metafísica, que no puede tener aplicacion á las necesidades sociales, porque estas no tienen más punto de apoyo ni más guia que la moral? ¿Y hay hombre que pueda llegar á comprender, estudiando la filosofía de Kant, las ideas á priori, las ideas puras, y sus categorías? Este sábio acabó por no entenderse á sí mismo. Si Kant, en vez de arrojarle al vasto piélago de tantas especulaciones nebulosas, hubiese preferido vivir en el seno de la paz y del reposo ¿no habria ahorrado á la humanidad el trabajo, no menos inútil que perjudicial, de leer sus obras, que han abierto el camino de la locura á otros filósofos alemanes y franceses, los cuales dirigiéndose por sendas opuestas, los unos pretenden sostener que no existe más en el hombre que la idea, y los otros, que todo es materia? Algunos de los más adictos á la filosofía de Kant, queriendo refutar mi opinion y calificarla de falsa é infundada, dirán que es un testimonio evidente de la profundidad é importancia de sus doctrinas el hecho de que puesta en venta su peluca en la feria de Leipsick, hace ya catorce años, muchos ofrecieron por ella quin-

ce mil francos, y no pudieron adquirirla, porque los herederos se negaron á deshacerse de esta hermosa prenda á tan bajo precio. El hecho es real y positivo; pero no prueba nada, y lejos de destruir mi opinion, la confirma. Los que idolatraban á Kant, no habiendo podido llegar á comprender sus doctrinas muy abstrusas é inconcebibles, supusieron que se habian quedado estampadas con alguna claridad en su peluca, y se ofrecieron á comprarla para someterla á un análisis psicológico. ¿Qué utilidad han producido al bienestar de los hombres, y en qué han mejorado nuestra condicion Schelling y Fichte, que han fundado toda su filosofia en la idea, Kant con su criticismo, Jacobi con sus doctrinas misticas y su sentimiento instintivo, que puede conducirnos, á su entender, por el camino de investigaciones profundas, nuevas y trascendentales? Los neoplatónicos de la escuela alejandrina convirtieron la metafisica en mágia, y los alemanes la han convertido en logogrifo.

La filosofia, que entre todos los ramos de los conocimientos humanos ha contribuido sobremanera á agitar la mente, ha dado márgen á las especulaciones más estravagantes y ruines, exaltando en todas las épocas el espíritu de los hombres, separándoles de la vida pacífica, y precipitándoles en los errores más lastimosos, como nos lo atestigua la historia. ¿No fué la multitud de filósofos, no fueron sus escuelas y sus sectas las que sacudieron hasta en sus cimientos los principios de la buena moral entre los helenos? ¿No fueron filósofos los que sublevaron al pueblo contra Sócrates y le prepara-

ron la cicuta porque escarnecía sus sofismas? ¿No se vió Roma en la dura necesidad de expulsar á todos los filósofos que vivian en su recinto, porque propagaban las doctrinas más perversas contra las leyes establecidas? Federico II de Prusia, á pesar de que queria ser llamado por vana ostentacion filósofo ¿no dijo repetidas veces que si hubiera querido castigar á alguna de sus provincias la habria mandado un filósofo para gobernarla? En la época del renacimiento, ¿no fueron Pomponazzo, Campanella, Patrizio, Telesio, Valla, Vanini y otros de la filosófica familia, los que pusieron en duda las verdades más augustas, y allanaron el camino á las aberraciones modernas más monstruosas? ¡Ah, dichosos nuestros progenitores, que en vez de devanarse los sesos con investigaciones fútiles, pensaban poco y disfrutaban mucho, viviendo en el seno de aquella tranquilidad de espíritu propia del hombre perezoso!

Yo sé muy bien que la sociedad depravada en que vivimos, y el crecido número de libros que se dá á luz, fomentan el delirio de la lectura, y que esta enfermedad no puede cortarse de raiz hasta que no se establezca en bases firmes el reino de la pereza; pero si queremos aminorar el mal, para dirigirnos luego al puerto de salvacion, separémonos de esos estudios perniciosos, que han usurpado el título de graves, y limitémonos á leer de vez en cuando libros amenos que recreen la mente sin cansarla, como por ejemplo la gran coleccion de novelas que hoy tenemos en la biblioteca Lévy, verdadero tesoro para los que quieran aprovecharle. Una lectura seria y detenida daña al individuo,

y yo he conocido á un hombre muy aventajado, que cuando leia mucho se le caian los pelos del bigote.

¿Qué ventajas han sacado los hombres, rebelándose contra la vida pacífica y tranquila para abandonarse á esa que se llama actividad del espíritu, al furor de las conquistas y al deseo de engrandecerse? Su única ventaja ha sido acrecentar la multitud de los males y de las enfermedades que nos acosan. La irrupcion de los árabes en el siglo vii trajo del Africa y propagó por todo el globo las viruelas, enfermedad que no tuvieron los antiguos, y que segun se calcula llegó á diezmar en un corto número de años la poblacion de las tierras hasta entonces conocidas. El descubrimiento del Nuevo Mundo fué la época desastrosa de aquella enfermedad que ha contribuido á la degeneracion de nuestra estirpe, inoculando de padre á hijo un veneno destructor, ignorado por los pueblos que nos precedieron. La estension del comercio marítimo, y esos viajes de uno á otro polo, atravesando las olas tempestuosas del Océano, dieron origen al escorbuto y le perpetuaron. Los tártaros trajeron á Polonia y otros países del Norte la plieca pletórica, enfermedad terrible, que reconcentrando mucha sangre en la raiz del pelo de la cabeza, lo engrosa hasta el extremo de que los cabellos se convierten en tubos llenos de sangre. Las aneurismas, las afecciones nerviosas, las apoplejías ¿no dimanan todas de los excesos del trabajo, de la meditacion profunda, y de la combinacion estudiada de alimentos esquisitos al paladar, y muy perjudiciales á la salud? Por esto decia Séneca á los romanos cuando se quejaban de sus

males físicos: «la culpa no es de la naturaleza, sino de
»vuestros cocineros.»

En los tiempos más remotos, en esos tiempos que llamamos todavía patriarcales, en esos tiempos, en que los hombres vivían en el seno de la paz y del reposo, no había enfermedades, ni médicos y los hombres morían de vejez. ¿Quién ha vivido 996 años como Mathusalem, ó 900 como Noé? Se me dirá tal vez que el gran cataclismo del diluvio universal alteró las condiciones del globo, y debilitó nuestra naturaleza. Esto no es del todo exacto, y nadie osará negar que también hoy disfrutan de una vida robusta y longeva los hombres que viven en el descanso y santamente perezosos, separados del lujo y de todo lo que puede poner en desasosiego el ánimo. Pero si la actividad y el trabajo han acarreado graves perjuicios al hombre, que lleva su codicia hasta el punto de registrar las entrañas de la tierra para apoderarse de los metales preciosos y de los minerales, no han contribuido menos á alterar la salud con sus penosos estudios todos esos doctores, que creen adquirir gloria inventando nuevos sistemas de curación, y recetando fármacos nuevos, que pueden más bien merecer el nombre de venenos que de remedios. Boehraave, cuyo nombre adquirió tanta celebridad, que un día llegó á sus manos desde el fondo del Asia una carta con este sobre: «A Boehraave en Europa:» Boehraave, digo, ¿no acrecentó los males de la humanidad con su medicina vitalista, que pretendía explicarlo todo por las leyes de la mecánica, hermanada con la química? ¿No

fueron muchos los perjuicios que originó Brown á los desventurados mortales con su teoría de la excitabilidad? Ese doctor, y en tiempos más modernos Rasori, con su teoría del contraestímulo ¿no facilitaron el camino á Broussais, que pretendía explicar todos los fenómenos patológicos por la irritación é inflamación de los tejidos, y que ordenaba más sangrías que el doctor Sangredo, que tanto figura en el Gil Blas de Santillana? Si todos esos hombres en vez de entregarse á elucubraciones, no menos ímprobos que dañosas, hubiesen preferido vivir en el seno de la pereza ¿no habrían hecho el gran bien á la humanidad de no enviar prematuramente al otro mundo un sinnúmero de víctimas? Podemos, sin embargo, alimentar la viva esperanza de ver disminuir los males originados por la medicina, echándonos en brazos de la homeopatía, que ha encontrado el elixir de la vida en sus globulitos. Si la escuela homeopática, si esa escuela sencilla sepulta á todas las demás, serán inmensos los beneficios que producirá á las generaciones futuras: si llega á su apogeo, espero que pasará de los globulitos á la nada. Entonces desaparecerán de la faz de la tierra los químicos, los botánicos y los boticarios; entonces la pereza triunfará; entonces volveremos á los tiempos antediluvianos en los que no habia, como queda consignado, ni medicamentos, ni el cúmulo de tantos males; y si ligeras indisposiciones alteraban la salud, las curaba la naturaleza, como sucede hoy con la hidropatía, sistema sencillo, que lo cura todo con el agua clara. ¡Ah, ese específico es muy bueno, porque nos bastan las

fuentes y los rios para estar sanos! Pero entre las escuelas médicas, más bien filosóficas que curativas, no encuentro ninguna tan maravillosa y propia para establecer y consolidar el reino de la pereza como la del doctor Gall, si nuestros legisladores quieren tomarla en la consideracion que merece.

Este varon ilustre, fundador de la cranioscopia y padre de todos los frenólogos, demostró, apoyándose en muchas y repetidas esperiencias, que por los signos exteriores del cráneo podemos llegar á conocer la fuerza de las facultades intelectuales y de los instintos del hombre. ¡Cuánta claridad en sus doctrinas! ¡cuánta precision en sus ideas! ¡cuánta infalibilidad en todas sus observaciones! Algunos pretendieron refutar el sistema de Gall, y echando mano de las armas de la persecucion, dijeron que tendia á destruir el orden social, porque admitiendo en el hombre instintos terminantes que le llevan á la virtud ó al vicio, se anulan el libre albedrío y la responsabilidad de nuestras acciones. Pero Gall supo resistir á sus opositores, y despues de haber defendido su sistema con nuevos argumentos y pruebas que no admiten réplica, dijo que todos los instintos del hombre, por muy pronunciados que sean en el cráneo, pueden modificarse, destruirse y tambien dirigirse por un camino opuesto, mediante la fuerza de la educacion y del hábito, porque así como el ejercicio de la facultad ó de un órgano los robustece y desarrolla, la persistencia en reprimirlos los atrofia (1) y anonada. Un hom-

(1) Esta palabra, propia de la medicina, se aplica á los órganos ó funciones del cuerpo humano que pierden su fuerza y vitalidad.

bre, pues, que nace para su desventura con el instinto muy desarrollado en su cráneo de robar y asesinar, podrá con sus esfuerzos convertir estos dos vicios abominables en virtudes ejemplares, como la caridad en desprenderse de los bienes propios para socorrer á los demás, y el aborrecimiento á la sangre. Estas razones agradaron á muchos, y nuestro doctor fué menos perseguido; pero sus discípulos y el mismo Gall se manifestaron propensos á creer hasta cierto punto, que hay malos instintos que parecen absolutamente incurables, por lo que doctos jurisconsultos, sin rechazar ni adoptar el sistema de aquel gran médico-filósofo, y ateniéndose á sus opiniones particulares, supusieron que hay hombres que han nacido tan solo para delinquir, y fallaron, animados por un gran espíritu de filantropía, que el remedio más caritativo era mandarles sin demora á la eternidad. Yo no apruebo ni censuro sus buenas intenciones; pero persuadido de que el sistema de Gall se apoya en bases muy firmes, creo que aun cuando se quiera admitir que hay malos instintos, que parecen incurables, nuestros sábios legisladores podrán destruirlos dando mucho ensanche al reino de la pereza. Esta virtud suprema es la inaccion habitual, y su consecuencia no dañar á nadie, porque el hombre perezoso, que prefiere la paz y el descanso á todo lo demás, está exento de aquella exaltacion de espíritu que arrastra al crimen. Cualesquiera que sean los malos instintos acabarán por extinguirse si el hombre se entrega á la santa pereza. Pero se me dirá, que así como pueden apagarse por este medio los instintos perversos, suce-

derá lo propio en cuanto á los buenos, porque la inacción que inspira la pereza lo abraza todo.—¡Sofismas miserables! ¿No he probado ya que esta virtud es su prema, y que comprende todo lo que puede proporcionarnos felicidad y beatitud? Si esto es cierto cómo se pretende ahora que puedan existir instintos buenos y virtuosos, que no estén comprendidos en la vida del hombre perezoso? Y un gran santo, que si no me engaña la memoria, fué el beato Bernardo de Corleon ¿no dijo en tono magistral y seráfico: «La vida del buen cristiano es la vida del perezoso?»

No quiero sostener con Rousseau que el hombre que piensa es un animal depravado; pero no puedo negar que el que piensa mucho acaba por dañarse á sí mismo y perjudicar á los demás, como nos han dado siempre, y nos dan un vivo testimonio de ello, los que abogan en favor del progreso, haciendo alarde cada día más de proyectos nuevos, que agitan los espíritus y conspiran contra el bienestar de la humana raza.

Todo lo que acabo de esponer, en abono de mi tesis, se apoya en la realidad, fruto de la esperiencia, y en las tentativas muy sensatas de los verdaderos sábios, que, insinuando ó promoviendo reformas radicales, no han hecho más que recomendar, bien sea directa ó indirectamente, la práctica de una vida sosegada y pacífica, que pueda restablecer al hombre en su estado primitivo, y llevarle á la inocencia patriarcal. Aunque podría probar mi aserto, consignando en estas páginas lo que imaginaron de más útil y peregrino sobre el particular Campanella en su ciudad del Sol, Bodino en

su república, Harrington en la Oceania, y tambien Fenelon cuando describe en su Telémaco la vida sencilla de los habitantes de la antigua Bética y de Salento, considerando que estos varones ilustres no esponen con viveza de colorido los graves perjuicios que acarrea el amor al progreso, me limitaré á emitir algunas reflexiones sobre el socialismo, que tiene todavia secuaces y partidarios, estimulado por el fervoroso deseo de que los filántropos modernos pongan en juego todos sus esfuerzos para sacarle de la postracion en que ha caido. El socialismo únicamente puede producir el saludable efecto de una vida tranquila; el socialismo puede proporcionarnos una verdadera felicidad; el socialismo puede borrar de todos los códigos de Europa las palabras *tuyo* y *mio*; el socialismo, en fin, puede realizar el aniquilamiento de nuestra constitucion política, declarando que la propiedad es un robo, y restituyéndonos todos los bienes que deben ser comunes. Cárlos Fourier pretendia destruir con sus falasterios esas grandes ciudades, foco de vicios horrendos, limitar el territorio de todos los Estados con la buena intencion tal vez de nivelarlos á la república de San Marino, al principado de Monaco ó á la inclita república de Andorra; renovar aquella fraternidad que disfrutaron en otros tiempos los pitagóricos, y establecer la comunidad del trabajo: este último pensamiento es verdaderamente colosal. Persuadido un hombre laborioso de que por mucho que se esfuerce no logrará nunca aumentar el cúmulo de su riqueza, procurará trabajar lo menos posible, y todos los hombres, desterrando

paulatinamente la avaricia, el egoísmo, el deseo de mejorar su fortuna, y prefiriendo el reposo á toda clase de trabajo, la nueva sociedad, organizada por Fourier, daría un completo triunfo á la pereza, tan beneficiosa para el cuerpo humanitario. Entonces llegaría á realizarse aquella paz universal, idolatrada por el abate de Saint-Pierre, y podrían plantearse muchas de las reformas é innovaciones proyectadas por el célebre San Simon, precursor de Cárlos Fourier. San Simon murió escarnecido y abrumado de miserias, pero con la conciencia de su propio genio, que no le abandonó jamás. Cuando este varon insigne vió por primera vez á madama Staël en Suiza, la dijo estas palabras memorables: «Señora baronesa, vos sois la mujer más extraordinaria del mundo, y yo el hombre más extraordinario: uniéndonos los dos procrearíamos un hijo más extraordinario aun.» Staël, que á pesar de su talento elevado no supo comprender el sentido de las palabras referidas, contestó con una gran carcajada; pero yo, que miro más al fondo de las cosas, no dudo en afirmar, que las dictó á San Simon su genio, y que este gran personaje, conociendo que las empresas escabrosas, aunque muy útiles, necesitan largos años para realizarse, alimentaba el anhelo filantrópico de legar al mundo un heredero que pudiera llevar á cabo las reformas de su querido papá. ¡Ah, únicamente San Simon y Cárlos Fourier conocieron los males que nos acosan! ¡Esos dos hombres únicamente con su nueva organizacion del trabajo y su comunismo podían echarnos en brazos de la pereza, que prodiga al hombre bienes inagotables!

Reybaud en su historia de los «Reformistas modernos,» califica de soñadores á San Simon y Fourier; pero yo, dando oido á las voces de mi conciencia, les proclamo genios creadores, y espero que la realizacion de sus doctrinas coronará mis deseos. Si esas doctrinas, al parecer tan abstractas, pasan al terreno práctico ¿no fraternizarán con más desahogo todos los hombres y todas las naciones? ¿no quedarán tambien aniquiladas las aduanas, y todos los estorbos, que dañan hoy al comercio? En fin, esas aduanas, verdadero bochorno de la sociedad moderna, y justa pesadilla de nuestros libre-cambistas ¿no dejarían en reposo con su abolicion á tantos y tan numerosos empleados, que trabajan sin descanso?

¡Ojalá los hombres de nuestra época hubiesen sabido aprovechar los pequeños motines y alborotos, que han producido las ideas socialistas entre obreros y empresarios por el aumento de salario! Si los gobiernos, en vez de acudir á medidas enérgicas ó conciliadoras, como sucedió en Inglaterra con los cartistas, y en Cataluña con algunos obreros, hubiesen dejado tomar incremento á la paralización benéfica del trabajo, el comercio habria perdido su actividad codiciosa, los hombres se habrían acostumbrado al reposo, y se habria dado una bella iniciativa al reinado de la pereza, fruto sabroso del socialismo y anhelado por los buenos.

Que todos los periódicos se esfuercen en propagar sus ideas y doctrinas; que aboguen los unos por el absolutismo y la santa inquisicion; que aboguen los otros

por el progreso y la democracia; que defiendan estos los gobiernos representativos; que fomenten aquellos la anarquía, si así lo quieren, ninguno de todos esos periódicos podrá proporcionarnos felicidad hasta que sus redactores se determinen con sano juicio á proclamar el reino de la pereza en vez de ocuparse de política palpitante.

¿Es cierto, como lo he probado, que el trabajo es contrario á la naturaleza del hombre, y un fruto de la culpa de nuestros primeros padres? ¿Es cierto que el hombre no puede reconquistar su inocencia sino aborreciendo el trabajo y entregándose á la vida contemplativa? ¿Es cierto que todas las enfermedades y males físicos han dimanado del espíritu inquieto y de la actividad del hombre? ¿Es cierto que esta misma causa, que exalta todas nuestras pasiones, conturba las conciencias más timoratas y abre la puerta á todos los vicios? ¿Es cierto que recordamos todavía con triste dulzura la vida de nuestros progenitores y antiguos patriarcas, que pasaban sus días en el seno de la paz? Si estas verdades no admiten réplica, está ya resuelto el gran problema de la felicidad humana: descanso, reposo, pereza.

ELOGIO.

DIFICULTADES

QUE SE OFRECEN AL QUE BUSQUE UN BUEN TEMA
Y ELOGIO DE LA ANARQUIA.

Es una impertinencia, que raya en la temeridad censurar á un autor, porque ha escogido este ó el otro tema sobre que escribir: cada cual puede secundar libremente su gusto, su talento, su capricho, no teniendo más responsabilidad con el público que el desempeño, más ó menos perfecto, de su tema. Pero es siempre tarea muy difícil y escabrosa contentar á todos los lectores, y acertar con la eleccion de un tema, que inspire interés y amenidad. Hallándome, pues, no sé si por antojo ú obligacion, en tan grave apuro, cogí á la ventura, hace pocos dias, algunos libros de entre los

muchos que tengo en mis estantes, sobre mis sillas, en mi despacho, á la cabecera de mi lecho y hasta en el fondo de una despensa entre botellas y lozas rotas, con la esperanza de pescar alguna idea, algun pensamiento, que pudiera sugerirme un tema digno de este siglo ilustrado. La suerte no me fué madrastra, y encontré lo que deseaba con anhelo, como luego verán los lectores. Pero juzgo muy del caso poner ante todo en conocimiento del público lo que contiene de más sólido la obra, que me ha suministrado una abundante cosecha de materiales para el tema que me propongo tratar.

Esta produccion originalísima lleva por título: «Pensamientos político-morales de un hidalgo de mal humor.» Nuestro sábio prueba hasta la evidencia contra todos los publicistas antiguos y modernos, y á quienes califica de miserables é ignorantes, que el fastidio únicamente es el principio constitutivo de la sociedad humana; que á este principio *Sublime* debemos el progreso de las ciencias, las letras y las artes, la variedad de las modas, todas las elegancias y los adelantos de los siglos. El autor se espresa en esta forma: «A un gobierno se le cambia por otro, porque el anterior causa fastidio; en todos los ramos científicos y literarios se emiten teorías y preceptos nuevos, porque fastidia repetir siempre lo propio; se sustituye una moda con otra, porque el fastidio da márgen á las novedades, que inspiran alegría; no seguimos el método de vida de nuestros antepasados, porque todo lo antiguo empalaga y fastidia.»

Después de haber emitido estas ideas generales, entra de lleno en su argumento, y haciendo alarde de una erudición selecta y peregrina, y de conocimientos históricos muy profundos, habla de las pelucas y casacas de nuestros tatarabuelos, de los zapatos con hebillas, del peinado de las antiguas mujeres, que parecían llevar montañas sobre sus respectivas cabezas; habla de los tontillos, y de los trajes con largas colas, sostenidas por un paje; elogia la inconstancia, volubilidad y ligereza del bello sexo, consecuencias necesarias del fastidio; dice que las guerras y las conquistas, producidas por el fastidio del *statu quo*, son útiles y provechosas, porque si hubiesen vivido más tiempo *todos esos héroes* que han muerto en el campo de batalla, no cogieramos tal vez en este globo que habitamos; y ateniéndose á las teorías modernas de sábios afamados, les apostrofa en estos términos: «Libre-cambistas, socialistas, comunistas, filósofos alemanes, anárquicos »de todas las naciones, en vosotros se apoya la gran »máquina del Estado; en vosotros estriba la felicidad »pública; vosotros sois los adalides del progreso; vosotros sois los regeneradores de la humanidad entera; á »vosotros el fastidio de lo pasado os ha convertido en »palanca para conmover y desquiciar el gran cuerpo »social, á fin de mejorar la condición de nuestra raza.» Después de este trozo de elocuencia demosténica, nuestro hidalgo propone reformas muy útiles, provechosas y humanitarias. «Que los libre-cambistas, esclama con entusiasmo, quiten, destruyan, aniquilen »todas las aduanas; que no haya barreras ni fronteras;

»que no haya límites que separen una nacion de otra;
 »que no se atreva ningun gobierno á fomentar el co-
 »mercio, la industria, las artes: los particulares saben
 »mejor que nadie lo que más conviene á sus intereses,
 »y si lo ignoran lo aprenderán. *La propiedad es un ro-*
»bo. ¿Tienen el aire, el agua, el fuego, propietarios es-
 »clusivos y privilegiados?—No por cierto.—¿Con qué
 »derecho se pretende, pues, que haya poseedores de
 »casas y tierras? ¡Comunion de bienes, comunion per-
 »fecta, comunion de todo! El que no tiene para comer,
 »vaya á la casa de su vecino; siéntese á su mesa y coma
 »con libertad y desenvoltura: nadie puede echarle. ¡Co-
 »munion y fraternidad universales! El que no tiene calza-
 »do, ni medias, ni pantalones, que los pida á los dueños de
 »las tiendas en que se despachan, y nadie ose pedirle dine-
 »ro; el comunismo lo ordena, la filantropía lo exige. Los
 »sábios, que pretenden hermanar la filosofia con la moral,
 »han padecido hasta hoy un lastimoso engaño. Ahí es-
 »tá Kant, ahí está ese gran filósofo, que ha probado
 »con argumentos sólidos, firmes y hasta inconcebibles
 »por su sublimidad, que la filosofia y la moral son dos
 »cosas muy distintas, y que el filósofo en sus especula-
 »ciones científicas no necesita remontarse á los prin-
 »cipios eternos de lo justo y de lo honesto: idea profun-
 »da, de la cual puede deducirse como consecuencia le-
 »gítima, que un filósofo puede santificar en sus teorías
 »el robo y el asesinato.»

Pero entre las muchas reformas, que pretende intro-
 ducir nuestro sábio hidalgo en el cuerpo político, llevan
 el timbre de una originalidad sin ejemplo por su gran-

deza é importancia, las que tienen una aplicacion inmediata al sufragio universal, como vamos á ponerlo de manifiesto.

«El sufragio,—dice nuestro ilustre autor,—no debe
 »ser universal, sino universalísimo; en la celebracion
 »de este acto solemne y augusto deben tomar parte los
 »hombres, las mujeres y los chiquillos, que emiten sonidos articulados, y pueden decir sí ó nó, porque
 »este y no más es el requisito único, que se exige para el
 »sufragio. Los padres votarán por los recién nacidos
 »y demás niños, que todavía no hablan; las mujeres en
 »cinta darán un voto y medio, en atencion á que el
 »fruto que llevan en su seno, pertenece á la gran familia de los seres racionales por la mitad que les corresponde. En virtud de este gran sufragio, todos los
 »pueblos, todas las naciones, todos los Estados podrán
 »anexionarse unos á otros, sin que nadie se lo impida
 »ni prohiba. ¿No están los españoles en su derecho si
 »quieren anexionarse á la república de los Grisones?
 »¿Quién puede prohibir á los italianos anexionarse al
 »imperio otomano? El sufragio universalísimo se dividirá en fracciones ó sufragios especiales, segun las
 »necesidades y exigencias de los particulares. Si uno
 »juzga conveniente á sus intereses ó caprichos separarse de su familia y anexionarse á otra, reuna los sufragios de las dos familias y sométase á su fallo. El
 »sufragio universalísimo, y cada uno de los especiales,
 »tendrán sus empresarios y corredores públicos; estos
 »últimos dirigirán la opinion de los votantes por la
 »buena senda bajo la vigilancia de los primeros, desti-

»nados á recoger los votos, que serán siempre, en ma-
 »yor ó menor escala, conformes á sus miras, deseos
 »y cálculos, porque en casos semejantes, es contrario á
 »todas las reglas de la sana lógica suponer que haya
 »empresarios que aventuren ciegamente sus inte-
 »reses.»

Todas las reformas, propuestas por nuestro hidalgo, confirman su luminosa teoría de que los progresos y los adelantos los debemos al fastidio, á este gran principio constitutivo de la sociedad humana; á este principio que facilita el camino á toda especie de innovaciones, las cuales muy repetidas llevan á la anarquía, que con sus felices trastornos, promovidos sucesivamente por el fastidio de lo existente, desenvuelve en el hombre aquella fuerza vivificadora que lo anima todo. «Es cierto, por lo demás, dice nuestro hidalgo, que la »anarquía es connatural al hombre», y apoya su tesis sobre un hecho indisputable, que merece ocupar estas columnas. «¿Cuál es, esclama, el periodo más envidia- »ble de la vida? ¿qué es lo que más se anhela? ¿qué »es lo que más halaga en este mundo?—La juventud. »—Pero ¿hay por ventura un periodo de la vida más »anárquico que ese?—Pasiones encontradas y violentas »agitan el corazón; lo que se desea hoy, se aborrece »al día siguiente; desafíos, locuras amorosas, comilonas, »francachelas, bailes, festejos, cacerías, partidas de »campo; prodigalidades, despilfarros, juegos ruinosos, »etc., etc. El hombre llega finalmente á la edad ma- »dura y á la vejez. Entonces otro sistema de vida: se le- »vanta siempre á una misma hora; se alimenta con manja-

»res sanos; una sopita de pan, cuatro albóndigas, un pedacito de carne asada, una copa de vino para ayudar la digestion, un postre muy ligero; por la tarde duerme la siesta; luego dá una vueltecilla; se retira temprano; toma una taza de chocolate con dos bizcochos, y entre diez y once á la cama.—¿Qué vida monótona es esta?—¡Ah! responde el pobre anciano, arrojando un suspiro de dolor, ha llegado el otoño y ha venido el invierno; la juventud pasó, soy viejo y cedo el lugar á las generaciones nuevas.—Estas palabras, dice nuestro hidalgo, nos demuestran que la anarquía es inseparable de la juventud y que así como esta es la flor de la vida; la otra es la de los cuerpos políticos, que son una coleccion de individuos.»

La obra del sábio hidalgo; esta obra, de la que hemos hecho mérito; esta obra colosal, y parto de una gran mente, que raya en lo divino; esta obra en fin, que nos dá á conocer, con firme raciocinio y de un modo evidente, que los verdaderos elementos regeneradores del siglo en que vivimos son el socialismo, el comunismo y la filosofía alemana, sometidos al poder saludable de los anárquicos de todas las naciones; esta obra, digo, cuya lectura encanta y seduce, despertó mi entusiasmo, y cogi la péñola para escribir el elogio de la anarquía, que ahora presento al público.

Si nosotros quisiéramos atenernos á un método estrictamente sintético, podríamos afirmar desde luego, que en la espinosa y noble palestra, que nos proponemos recorrer, nos han precedido ya, hace cerca de cuatro siglos, algunas de las antorchas del renacimien-

to, sábios profundamente eruditos, que adquirieron gloria y fama con sus locuras científicas y literarias, porque la anarquía no es más, en su sentido muy lato y extenso, que una especie de locura, que comprende en sus grandes agitaciones, en su fermentacion, en sus efervescencias los cuerpos políticos, naciones y pueblos enteros. Pero nosotros, persuadidos de que defendemos, bien armados, la mejor de las causas, queremos atenernos á un método todo analítico, á fin de demostrar minuciosamente la importancia y utilidad de la anarquía. Vamos á comenzar, pues, por algunos ejemplos, á fin de pasar de hechos particulares á teorías más generales.

No cabe duda, como nadie lo ignora, que en estos tiempos felices en que vivimos, los progresos de la medicina han sido muy rápidos y tan prodigiosos, que este arte saludable ha demostrado hasta la evidencia teórica y prácticamente, que en las fiebres, acompañadas de delirio, que dimanan de una descomposicion ó anarquía de los humores, los enfermos adquieren fuerzas extraordinarias y mucho vigor, y que no vacilan en luchar contra los mismos elementos, deseosos de acometer actos y empresas que ofrecen las mayores dificultades. ¿No hemos visto acaso febricitantes, que en sus delirios han postrado en el suelo hombres robustos, que pretendian impedirles el hacer uso de sus fuerzas? Ahora bien: si la medicina, progresando aun más, puede regularizar este estado de modo que la anarquía de los humores, que lo produce, conserve todo su vigor sin alterar la razon, esa clase de enfermos, ¿no se convertirá en una multitud de valientes, de generales osa-

dos, de héroes y varones más ilustres que los héroes de Grecia y Roma? ¿No convienen hoy todos los sábios en que los fenómenos más estupendos del magnetismo animal, del sonambulismo, del éxtasis, son el producto de una gran sobreexcitación del sistema nervioso, que comunica á nuestro organismo fuerzas ignoradas, en cuya virtud nuestras facultades intelectuales adquieren una vida singular, cuyas funciones cada vez más extraordinarias y variadas, revelan, que en el individuo, separado de su camino normal, predomina la anarquía? Pero el hombre en ese estado de sobreexcitación profetiza y adquiere luces misteriosas, que le ponen en el caso de hablar lenguas que no ha aprendido, de tratar con aplomo materias científicas ó literarias que no ha estudiado, y de descubrir verdades ocultas. ¡Ah! si la medicina y las ciencias naturales pueden revelar á todos los hombres, andando el tiempo, el gran secreto de convertirse á todas horas en seres magnetizados, en sonámbulos, y de ponerse bajo el imperio del éxtasis, los progresos de la humanidad rayarán en lo divino. Entonces descubriremos tal vez la cuadratura del círculo, que hasta hoy ha sido objeto de elucubraciones tan profundas como inútiles; descubriremos alguna isla ó nuevos continentes en donde nacen yerbas medicinales, que pueden servir de fármaco á todas las enfermedades; podremos encontrar los medios de recorrer resuelta y francamente los aires, dando á los globos acrostáticos la dirección horizontal, que hoy no tienen; descubriremos tal vez el elixir de la vida para prolongar sin término nuestra existencia, y otros muchos secretos de la naturaleza.

Cuando el filósofo medita sobre cosas tan importantes, y ve desplegar á su vista el panorama de un mundo enteramente nuevo, mediante los progresos y ventajas, que traen origen de la anarquía ¿puede acaso acomunar su opinion con la del vulgo, exclamando con insensatez que la anarquía es perjudicial á la humanidad?—Ciertamente que no.—Santificará, por el contrario, este gran principio; recomendará el porvenir de nuestro linaje á los anárquicos; dirá que estos son los hombres más útiles y necesarios á nuestro bienestar, y si les ve perseguidos, blasfemaré contra sus viles enemigos y perseguidores infames.

La magia, la hechicería, las brujerías fueron castigadas severa y escrupulosamente en los siglos pasados, no solo porque nuestros padres creían que con estas malas artes los hombres obraban prodigios, auxiliados y protegidos por el demonio, sino tambien, porque predominaba en ellos la íntima persuasion de que prodigios semejantes tendian más ó menos directamente á perturbar la marcha de los acontecimientos humanos, y á subvertir las leyes del mundo, introduciendo una anarquía de principios y una gran confusion entre lo que pertenece á esta vida mortal, y lo que se refiere á otra sin término y á un mundo invisible, cuyos misterios envueltos en el tupido velo de la eternidad es vedado al hombre penetrar.

Pero nosotros, sin meternos ahora en camisa de once varas con el intento de examinar ó discutir, si todo lo que se atribuyó en tiempos pasados á la magia y á la brujería, fué una realidad, ó en gran parte el pro-

ducto de alucinaciones fantásticas, no vacilamos en afirmar que de la anarquía y confusión de los principios ya referidos, ha brotado una ciencia nueva, una ciencia hasta hoy ignorada, una ciencia, que casi nos pone en relación íntima con el mundo invisible; ha brotado, en fin, la magia, ha brotado el espiritismo, sometidos á reglas y principios científicos. Nosotros estamos muy lejos de censurar las medidas enérgicas, adoptadas en otro tiempo contra brujos y magos, y cuando leemos en el auto de fé de Logroño, descrito por Moratin, que muchos brujos fueron condenados *por haber volado y otros excesos*, la sentencia de sus jueces nos inspira respeto: es muy natural romperse la crisma, cayendo en una alcantarilla ó en un hoyo cualquiera; pero el hombre que se excede hasta volar, merece toda clase de suplicios (1). En nuestros tiempos

(1) En Calahorra hubo brujos y brujas que formaron una especie de secta, y se reconocian unos á otros por la figura de una pequeña rana que tenian estampada bajo la pupila del ojo izquierdo. El condestable de Navarra lo descubrió mediante sus agentes de justicia, y mandó quemar á todos los que tenian esta señal, libertando al país de una plaga tan terrible. Esta anécdota, digna de pasar á la más remota posteridad, está consignada en un manuscrito original, en caracteres góticos y muy anterior al auto de fé de Logroño, depositado en la Biblioteca Nacional de Madrid (codex, D. 150, fólío 103). El elegante y erudito escritor don José Güell y Renté refiere todos los pormenores del hecho que acabamos de referir, ridiculizándole en su obra titulada: *Consideraciones políticas y literarias*, impresa en París y traducida al francés por Mr. Magnaval, 1863, página 324, hasta la 329.—Nosotros, separándonos en esta circunstan-

no sucede lo propio: los brujos no vuelan, y la magia, reducida á ciencia, y hermanada con el espiritismo, tiene sus problemas, sus teoremas, sus escolios, sus axiomas como las matemáticas. Ahí esta Eliphaz Lévi: esa capacidad portentosa, ese genio superior, ha tenido la rara habilidad, apoyado en todas las obras apócrifas del fabuloso Egipto; y en otras, que no han existido jamás, de probar que la magia nada ofrece de supersticioso y anticristiano, y que es inseparable del estudio de la Sagrada Escritura y del Nuevo Testamento.—¿Queréis saber algo de lo futuro?—Evocad á los espíritus fluidos, y vereis un lápiz, que camina solo y responde en cifras muy inteligibles á vuestras preguntas. Pero todos estos progresos maravillosos de las ciencias ocultas ¿no los debemos á la anarquía y confusión de principios, que estimularon en tiempos muy

cia del señor Güell y Renté, damos el hecho por real y verdadero, porque hoy la magia, reducida á ciencia, tiene armas de muy buen temple para explicar sencillamente todos estos fenómenos, como no dejarán de conocerlo los que lean atentamente lo que hemos apuntado en el texto, acerca del particular. ¿No conocen hoy los médicos muchas de las causas que producen la maurosis y las cataratas?—Cierto que sí.—¿Y por qué andando el tiempo la medicina, hermanada con la magia, no podrá explicar científicamente el extraño fenómeno de las ranas estampadas en el ojo izquierdo de los antiguos brujos de Calhorra?

En Sevilla, á último del siglo pasado, fué condenada al fuego una bruja porque empollaba huevos: sentencia muy bien dada, condena muy bien aplicada, porque esta mala mujer había usurpado á las duecas sus derechos imprescriptibles.

remotos la curiosidad de los hombres, inclinándoles á estudiar detenida y filosóficamente la magia y el espiritismo, á fin de descubrir hasta qué punto el hombre puede lanzarse con éxito feliz y pié firme al mundo invisible?

Eliphaz Lévi, y otros muchos, dan hoy públicamente en París lecciones de mágia; esplican sus doctrinas y teorías acerca del particular; enseñan los ritos, las ceremonias y las fórmulas necesarias para evocar á los espíritus y á las almas de los difuntos. En España, por el contrario, se piensa en establecer cátedras de literatura y ciencias, de lenguas doctas y exóticas, en fundar nuevos colegios, en formular planes de estudios, y nadie se acuerda de inaugurar en esta universidad central una cátedra de magia: indicio seguro y testimonio lastimoso de nuestro atraso en la cultura intelectual.

Consiguientes á nuestras promesas, pasando ahora de los hechos particulares á teorías muy generales, que comprenden al cuerpo de enteras y grandes naciones, creemos poder afirmar clara y terminantemente, que la anarquía no solo ha servido de base á todos los gobiernos, sino que ha dado un poderoso impulso á su magnificencia y lustre.

Todos esos varones muy célebres de la antigua Grecia, todos esos varones, que han dado esplendor y fama al siglo de Alejandro el Grande ¿no nacieron y se formaron en las épocas más agitadas y anárquicas de las repúblicas helénicas? El armonioso idioma del Latín y su mucha cultura intelectual ¿no echaron raíces

muy hondas en tiempo de las guerras civiles y del dominio anárquico de Mario y Sila? La época del renacimiento en Italia ¿no la prepararon los bárbaros con sus guerras y el ejercicio de un poder enteramente anárquico? La invasion de los árabes en España ¿no dió á los nacionales el timbre de un carácter de hierro y de una valentía sin ejemplo? En esa época, considerada todavía por algunos españoles como aciaga para su pátria ¿no llegaron las artes y las ciencias á su apogeo? La cultura intelectual de Alemania ¿no desplegó su raudo vuelo en tiempo de la reforma, época de graves trastornos y anarquía? la grandeza y lustre de la Inglaterra, de esa reina de los mares, ¿no los inauguraron las guerras civiles y la anarquía, promovidas por los puritanos? Sin la mucha agitacion de los ánimos en Francia, á consecuencia de las guerras de los hugonotes, de la noche funesta de la St. Barthélemy y de las guerras de la Fronda ¿creeis, por ventura, que el siglo de Luis XIV podia haber producido toda aquella multitud de varones ilustres, que le han dado mucha fama y renombre? No ignoramos que los historiadores y todos los publicistas claman contra la anarquía; no ignoramos que la califican de azote del mundo y de plaga de la humanidad; no ignoramos que las glorias de las naciones, que acabamos de nombrar, las atribuyen á causas muy distintas de la anarquía y de los trastornos, que han atravesado; pero esos escritores adocenados, no pueden bajo ningun concepto merecer nuestro aprecio. Sus falsas teorías y sus sofismas ¿no han sido pulverizados por el inmortal Proudhon, por

ese padre respetabilísimo de todos los anárquicos modernos? ¡Qué grandeza en todas sus doctrinas! ¡cuántas excentricidades muy originales en sus teorías? ¿A quién habia ocurrido antes de Proudhon la idea colosal de que el verdadero fundador del cristianismo habia sido Virgilio? ¿a quién habia ocurrido proclamar la gran doctrina, tan beneficiosa para el humano linaje, de que la propiedad es un robo? ¿A quién habia ocurrido antes de Proudhon escribir dos tomos para demostrar matemáticamente que la guerra es una necesidad, y que el mundo lo debe todo á la fuerza de las armas en lucha perenne? Nosotros, pues, ateniéndonos á todas estas bellas y luminosas teorías, ateniéndonos á estas doctrinas enteramente nuevas, parto de una inteligencia peregrina, y considerando al propio tiempo como un axioma, la gran sentencia de Proudhon, concebida, con corta diferencia, en estos términos: «El mejor de los gobiernos y el más conveniente al hombre es el en que no »hay ley ninguna,» proclamamos como saludable y connatural al hombre la anarquía.

Los necios, que consideran este estado como violento, ni siquiera han parado mientes en que resuelve el gran problema del movimiento continuo. ¿No es cierto que la anarquía en el terreno práctico agita todos los ánimos sin interrupcion ninguna? ¿no es cierto que les infunde un vigor y una fuerza, que asombran?—Convengamos, pues, en que todos los anárquicos, que cooperan á la realizacion de este gran fin, merecen una corona cívica de laurel y mirto, porque son varones ilustres muy útiles y necesarios, política y científicamente mirados.

Los que abogan contra la anarquía, dicen que es perjudicial á pueblos y naciones, porque viola todas las leyes establecidas, porque fomenta la licencia, porque tiende á quebrantar todos los lazos sociales. Nosotros no negamos este aserto, ni queremos detenernos en refutarle; pero contestamos terminantemente á nuestros opositores, que viven en un lastimoso engaño. ¿No es cierto que las tradiciones más remotas nos aseguran que en el siglo de Saturno, que en ese siglo de oro, que los vates nos describen con delicadeza y en tono patético, no es cierto, decimos, que en ese siglo, en que no se conocían las palabras de *tuyo* y *mío*, que en ese siglo de libertad é inocencia, en que no había amos ni siervos, en que no había leyes ni gobernantes, todos los hombres fueron felices? Si esto es cierto, y si la anarquía tiende en último término á hacernos reconquistar ese estado de dicha y bienaventuranza que hemos perdido, ¿no es más recomendable aun?

Hombres de todos los países, sin anarquía no hay felicidad; cooperemos pues todos á promoverla y perpetuarla, para que nos bendigan las generaciones futuras.

FIN.

INDICE.

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCION.....	v
LEYENDAS.	
El Doctor Fausto y Lutero.....	1
El papa Silvestre II y el supuesto libro mágico del papa Honorio.....	55
Carlomagno y los tribunales secretos de la Edad media.....	71
La hermosa é inocente Rosita; leyenda turca del siglo xvi.....	103
Rancé y la Trapa.....	117
Enrique Cornelio Agripa y su poder mágico.....	137
Gilles de Laval, conocido generalmente con el so- brenombre de Barba azul.....	149
Del Gran torneo celebrado en Bruges en el año de 1392.....	161
Beatrice Cenci.....	177
DISERTACIONES.	
Disertacion sobre las ciencias ocultas.....	227
Disertación sobre la nobleza y las sublimes dotes del bello sexo.....	227
FANTASÍAS.	
Un viaje al firmamento.....	297
Grandes y portentosas profecías.....	299
ELOGIOS SATÍRICO-BURLESCOS.	
La Pereza.....	313
La anarquía.....	341

Biblioteca Pública de Valladolid



71879489 BPA 709(2)

Biblioteca Pública de Valladolid



71879417 BPA 709(1)

16

274